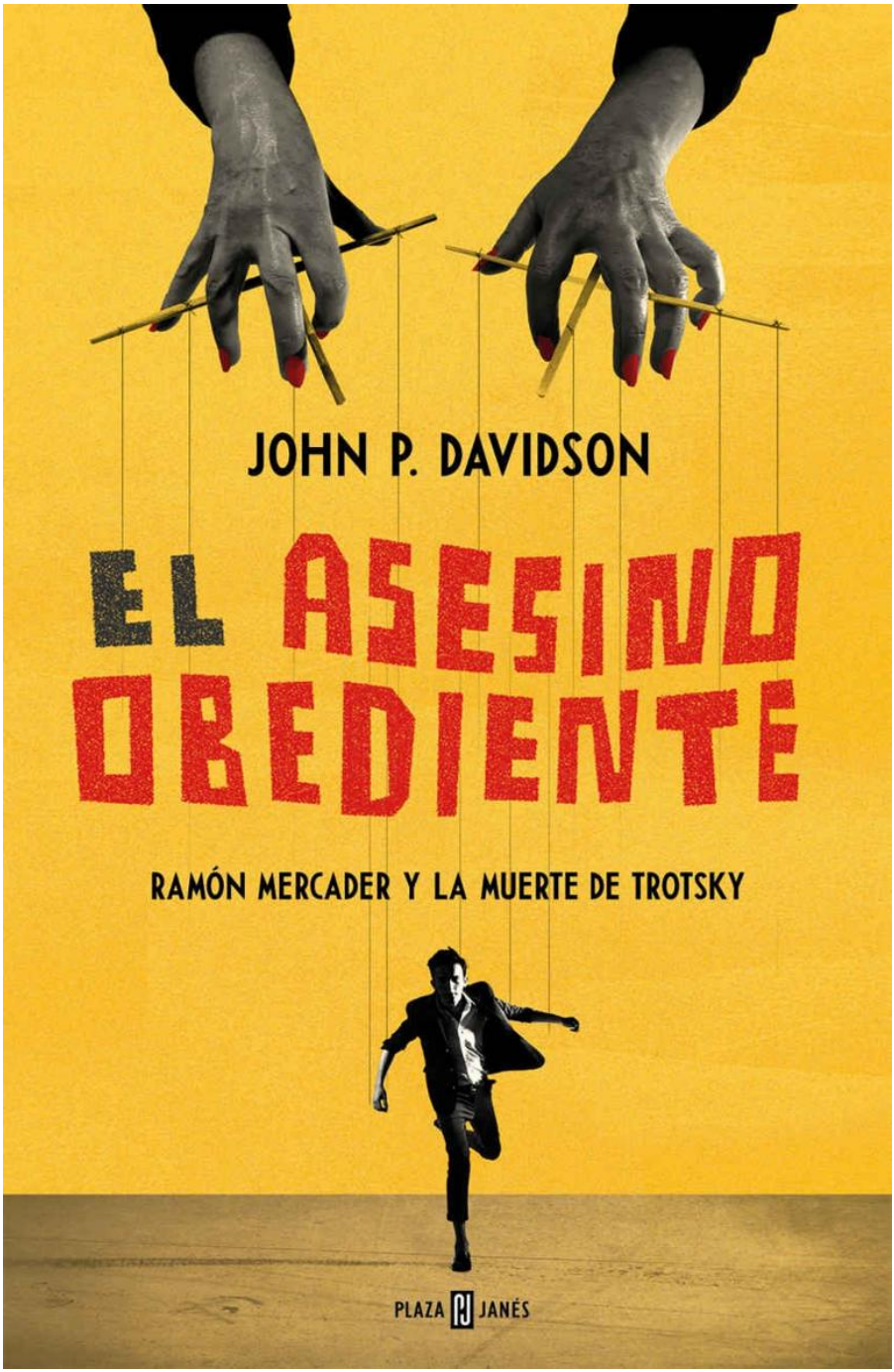
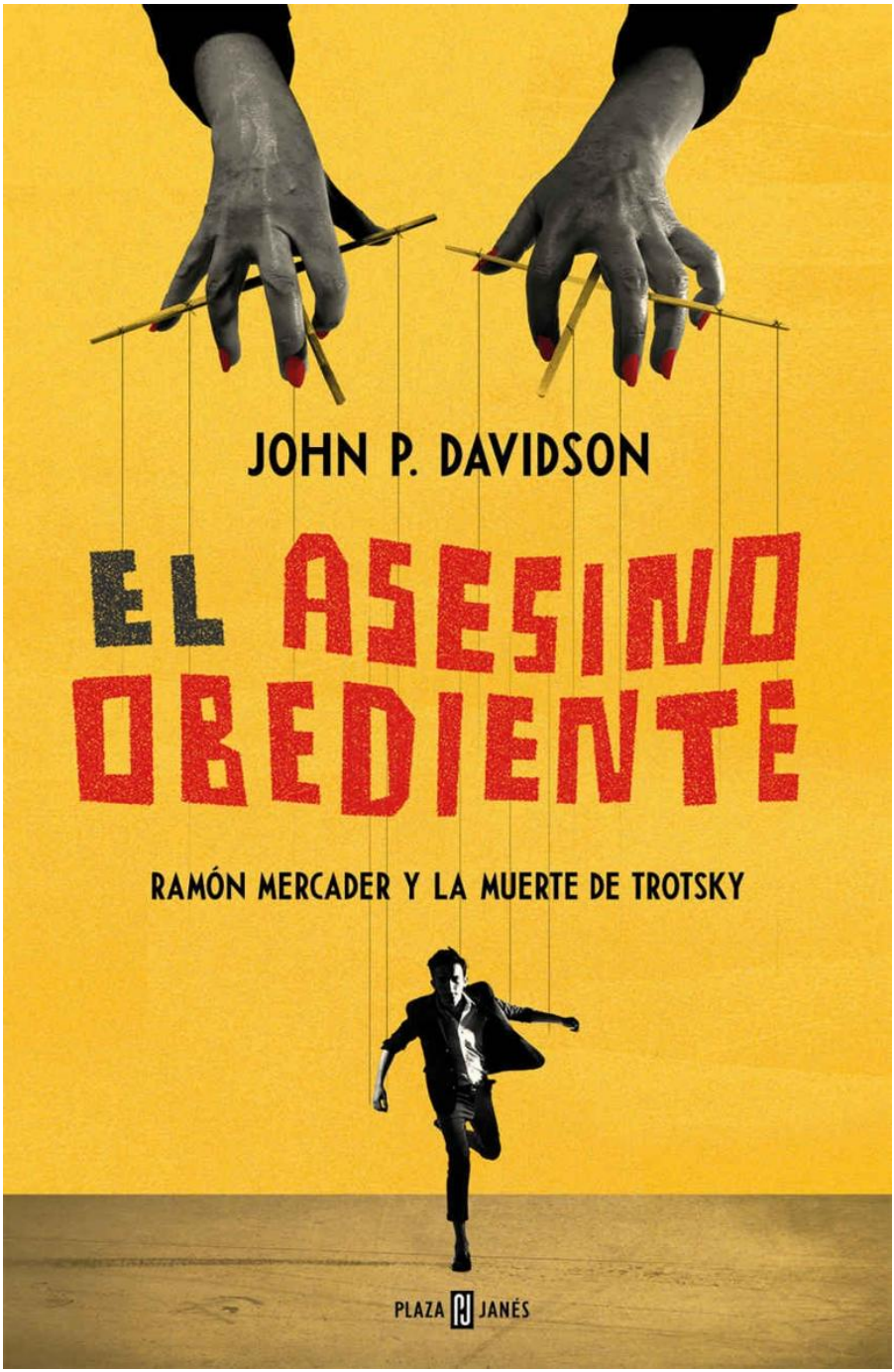
El asesino obediente (Spanish Edition)

John P. Davidson


JOHN P. DAVIDSON
EL ASESINO OBEDIENTE
RAMÓN MERCADER Y LA MUERTE DE TROTSKY
PLAZA JANÉS



EL ASESINO OBEDIENTE

EL ASESINO OBEDIENTE

RAMÓN MERCADER Y LA MUERTE DE TROTSKY

John P. Davidson

Traducción de Guillermo Arreola

PLAZA JANÉS

megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Para Cezar Moreira Sanchez

UNO

Los hombres vieron cómo el coche iba acercándose por el camino durante mucho tiempo. Aparecía en una cuesta y luego desaparecía, un sedán negro que se movía entre el paisaje de blancos cerros calizos. El camino era agreste. Lo transitaban *jeeps*, camiones, mulas y carretas, pero que un coche pasara por ahí no era común.

Hacía frío aquella tarde, la temperatura a punto de una helada. Cúmulos de nubes color gris pizarra se desplazaban hacia el sur. Hasta donde podía verse, del suelo se había eliminado cualquier cosa que pudiera arder; la maleza, los árboles y hasta los yerbajos habían sido

cortados o arrancados de cuajo. Unas latas destellaban desde la vieja alquería y desde las trincheras cavadas a lo largo de la montaña. El tufo a basura podrida y excrementos humanos impregnaba el aire.

Al otro lado del valle, en la ladera opuesta, el campamento de los nacionalistas parecía una morada de la edad de piedra enclavada en la tierra. Cada cuando aparecían soldados del tamaño de una hormiga, y alguna voz solitaria se hacía eco en el frío aire seco. O, con un resonante chasquido metálico, se oía en un altavoz el sonsonete de uno de los nacionalistas hablando acerca del general Franco que salvaba a España y de cómo el ejército republicano estaba infestado de "comunistas y maricones". El ruido de las armas era monótono y por lo común distante: el "pum pum" de un rifle o el estacato de una metralleta.

El teniente Mercader yacía acurrucado en su catre en un cobertizo de piedra que olía a ovejas. Escuchó la llegada del coche, las voces de los hombres hablando con emoción: "Es una mujer con su hijo".

Las mujeres no acudían al frente, ni siquiera las campesinas que intentaban vender comida. El teniente tenía frío y estaba agotado, pero se puso en pie y buscó sus lentes con armazón de acero. El cobertizo estaba lleno de penumbra y del ruido de los ronquidos. Cuando descorrió la lona de la entrada, vio el Peugeot, elegante a pesar de la costra de barro blanco, deslizarse hacia la alquería. Miraba con atención, cuando su madre salió del coche. Tan alta como la mayoría de los hombres, era imponente e ineludible, con su mata de pelo blanco. Camino a la alquería, se cubrió la cabeza con un chal negro. Conocía el protocolo. Se encontraría primero con el comandante Contreras.

El teniente pensó en ir hacia el coche para hablar con el chiquillo, su medio hermano, que estaba sentado en el asiento trasero. Sin embargo, dejó caer la lona alquitranada y volvió a su catre para aguardar, jalando las cobijas de lana por encima de las botas y hasta su mentón. El dolor de la vergüenza le caía como un gran trozo de hielo sobre la boca del estómago. La cara rígida, los ojos moviéndose rápidamente de un lado a otro, pensó en las palabras que diría, las duras verdades que debían expresarse. Tembloroso, oyendo el ronquido de uno de los subalternos, se metió la mano por debajo de los pantalones para rascarse el festín de piojos que había en su vello púbico.

Después de un rato, emergieron voces de la alquería, los ecos de la partida.

La mujer hablaba con el comandante Contreras, decía adiós. Luego, como era previsible, apareció a la entrada del cobertizo:

—¡Hijo, ven! Soy Caridad, tu madre.

—Voy —respondió él con voz ronca y profunda.

Envolviéndose los hombros con una cobija, hizo a un lado la lona y salió del cobertizo. Escudriñó en su rostro buscando señales de pesar y vio que en las mejillas le había quedado el rubor provocado por el brandy que había bebido al calor del fuego con el comandante.

—Toma —dijo ella acercándole un paquete de cigarros.

—¿Dónde los conseguiste?

—En Barcelona.

—¿Cómo?

Ella encogió los hombros, como para evitar enredarse en explicaciones.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

—¿Es así como me recibes?

Él no respondió. La expresión de su rostro no cambió.

—Quería verte. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Necesito contarte de Pablo.

—Sé lo que ocurrió. ¿Qué más puedes agregar?

—Tenemos otros asuntos de qué hablar.

—¿Cuáles?

—¿Dónde podemos hablar? ¿En privado?

—Aquí no. ¿En el coche?

—No, ahí está el chofer y está Luis.

—Entonces sígueme. No es agradable, pero nada lo es.

La condujo por un sendero a través de un corral y rodeando la esquina del establo. Los hombres, buscando eludir el viento del norte y procurándose privacidad, hacían sus necesidades cerca de una pared. Mucha mierda se había acumulado, y Contreras les había ordenado hallar otro lugar. Ahora el excremento estaba seco, congelado, y prácticamente sin olor. Unas ratas muertas colgaban de una cerca de alambre, como advertencia para sus iguales sobrevivientes.

Ella abrió su bolsa de mano para sacar un segundo paquete de cigarros y le ofreció uno junto con una cajita de cerillos. Él le prendió uno a ella; luego el suyo, aspirando profundamente.

—Esto me va a provocar mareo.

—¿Cuántos te fumas al día?

—Dos.

—Quédate éstos. Tengo más en el coche.

Madre e hijo estaban de pie en el frío, fumando. Unos cuervos graznaron en la distancia. A ella, el negro chal alrededor de la cabeza le daba la apariencia de una campesina enlutada, pero tenía la espalda demasiado recta y había algo singularmente altanero en el contorno de sus labios y en sus prominentes pómulos. Aspiró profundo y exhaló ruidosamente por la nariz. Sus ojos recorrían los agujeros que se abrían como cicatrices en el solar junto al granero; intentaba descifrar el misterioso diseño rectilíneo, y poco a poco comprendió que alguna vez allí había habido una huerta. Los hombres habían talado los árboles para la leña, y luego volvieron para remover los tocones y quemarlos también.

Él se volvió para verla a la cara.

—Entonces, cuéntame de mi hermano.

—Dijiste que ya sabías.

—Dije que perdías el tiempo, si era por eso que habías venido. Pero ahora que estás aquí, cuéntame. Quiero oír tu versión.

Los ojos de Caridad se movieron, calculando, buscando una forma de dominar la ira. Él tenía veintidós años, cumplidos en la guerra, todo un hombre.

Sus mejillas tenían hoyuelos; los labios, agrietados y enrojecidos.

Aunque cansado y desaseado, era guapo con su espeso cabello castaño. Tenía el aire de ella, la piel aceitunada y sombreada como con tenue lavanda debajo de sus profundos ojos verdes.

—Cuéntame —insistió él—. ¿Cómo lo mataron?

—Fue en una acción disciplinaria. Pablo desobedeció las órdenes. Conocía el reglamento. No se dejan cuerpos en lugares públicos después de una ejecución política. Nunca se deja un cadáver en la calle. No fue poca cosa lo que Pablo hizo.

—Podían haberle advertido.

—Lo hicieron. Se lo advirtieron. Estaba saliendo con una mujer del POUM, una sospechosa trotskista. Le dijeron que terminara esa relación, pero se negó.

—Era Alicia. Estaba enamorado de ella.

—Él se puso por encima de la causa.

—¿No lo defendiste?

—¿Qué podía hacer? Yo no estaba allí. Ya se habían dado las órdenes.

—Con todas tus relaciones, con todos los hilos que mueves, ¿dejaste que tus camaradas hicieran de Pablo un ejemplo? ¿Permitiste que ocurriera?

Ella rio, el amargo y silencioso gesto de una risa.

—No *permití* que ocurriera. Sobrestimas mi poder.

A él la voz se le quebró cuando las lágrimas le punzaron los ojos.

—¿Es cierto que le ataron dinamita al cuerpo? ¿Es cierto que lo hicieron marchar delante de un tanque? Dime, ¿es verdad?

—Sí.

—Lo hicieron correr como a un perro. Le dieron la oportunidad de la ley fuga, y después lo aplastaron en el suelo como a un perro roñoso.

Ella asintió.

—Quiero oírlo de ti.

—¡Ramón, por favor! Esto es cruel.

—¡Era mi hermano!

—¡Era mi hijo!

Él miró a la distancia. Soplaba el viento; un cuervo, agitando sus negras alas, se había posado en la cerca para picotear las ratas muertas.

—La vergüenza. La suya. La nuestra. Se tuvo que haber cagado en los pantalones, de terror. ¡Y todos sus camaradas viéndolo!

Ella lo miró a los ojos, con los suyos nublados de llanto.

—Tienes que entender. Se le iba a castigar. La decisión ya se había tomado y yo no podía hacer nada. Todos me estaban mirando, esperando que me quebrara.

Pero no, mantuve la cabeza en alto. Todo lo que pude controlar fue mi temperamento. Hice un último sacrificio y guardé silencio. Demostré mi lealtad

más allá de toda duda y ahora ellos están en deuda conmigo.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué quieres?

Ella arrojó lejos la colilla del cigarro.

—Tú sabes que ésta es una causa perdida. Si perdemos frente a Franco, no tendremos país.

Movió la barbilla, señalando las trincheras.

—Ésos a los que matas del otro lado del valle son españoles. Son como tú, no son diferentes. Tienen hambre, y se rascan las picaduras de las pulgas con sus propias uñas, y se congelan en su propia mierda. Ésta es una revolución que debimos haber ganado. Es de otro tiempo eso de andar hurgando en el fango. No conviertes a los hombres en revolucionarios matándolos. Los adoctrinas.

Hubiésemos ganado de no ser por Trotsky, que separó a la izquierda, poniendo a unos contra otros.

—Ya sé de Trotsky, no necesitas sermonearme.

—Tienes que entender que la lucha ha cambiado; una guerra más

grande se aproxima.

Él se estremeció, sintiendo otra vez el frío:

—¿Qué quieres de mí?

Sus ojos se posaron en los de él:

—Se me ha dado una oportunidad. Estoy dirigiendo una misión que habrá de cambiar el curso de la historia; soy la segunda al mando. Es un gran honor para todas las mujeres. He venido aquí para ofrecerte una encomienda.

—Como verás, estoy comprometido luchando en una guerra.

—No. Tienes que escucharme. Es una misión encubierta, de inteligencia. Las órdenes vienen directamente de Stalin.

—¿Cómo es que te cayó esta papa caliente en las manos? ¿Es una recompensa por tu lealtad?

—Tal vez en parte.

—¿Quién está al mando?

—El coronel Eitingon. Leonid.

Él se rio.

—Claro, Eitingon. ¿No nos ha perjudicado ya bastante?

—¿Qué quieres decir?

—Te dejó cuando estabas embarazada. Me acuerdo de tu desdicha.

—Me comporté como una burguesa. Él hizo lo que pudo. Nunca nos

abandonó. Nos ayudó. Pagó tu educación.

—Te abandonó.

Ella hizo una mueca de dolor, moviendo la cabeza.

—Eso no es cierto.

—¿Es su bastardo el que está sentado en el coche?

—Leonid quiso quedarse conmigo.

—Pero tenía dos esposas, dos familias. Al abandonar a papá como lo hiciste y arrastrarnos a todos a Francia, tú arruinaste a la familia.

—Tuve que dejar Barcelona. Me estaba muriendo en Calle Ancha, y no me daba cuenta.

—No confío en ti.

—Ramón, quieres odiarme, pero somos iguales. Hay mucho que ganar, pero debes enfrentar la verdad. Tenemos que pensar más allá de España. Sin nuestro país no somos nada. Seremos como los gitanos, como los judíos, vagando de un lado a otro.

”Por eso es que tenemos que ganar la gran guerra. Ramón, tenemos que pensar en el futuro. Yo te puedo sacar de todo esto. Esta noche en Barcelona te das un baño y tendrás una comida caliente. Puedes ver a Lena. Dormirás en una cama tibia, y en Francia…”.

—¿Francia?

—Sí, París. Nos vamos mañana. Lo que te estoy ofreciendo es mucho mejor que esto, quizás algo glorioso.

—¿Cuál es la misión?

—No te lo puedo decir. No aquí. Pero lo sabrás pronto. Confía en mí.

Él movió la cabeza:

—No, lo siento. No, nunca.

DOS

Mientras el tren se deslizaba por el túnel en Portbou, Ramón vio cómo una franja de playa y el agua fría y gris del Mediterráneo quedaban atrás junto a las vías férreas; se preguntó cuándo volvería a ver España, o si regresaría alguna vez a Barcelona. Se sentía ridículo vestido con el traje de lana que le quedaba chico, como si fuera un escolar viajando con su madre. Caridad iba sentada frente a él y tejía; sus dedos se movían rápidamente, jalando la hilaza negra, y las agujas chocaban suavemente. Él no alcanzaba a entender cómo había conseguido presionarlo para dejar el frente, y cómo lo había convencido de que abordara el tren.

Habían reñido por horas en el mísero patio de la alquería, con las heces humanas secas pegadas a la pared y las ratas muertas colgando

del alambrado de la cerca. Él se había mostrado inflexible, y resuelto a no ir con ella. Estaba atrincherado en una batalla. Pero ella le había argumentado para que se sometiera, apelando a su vanidad, a sus temores; había cavado con sus dedos en los tiernos lugares de vulnerabilidad que sólo una madre conoce. Le dijo que lo necesitaba y que sabía lo que era mejor para él, que tenía fuentes de información y contactos que él no se imaginaba. Y de este modo había transcurrido la tarde, los dos peleando, fumando los cigarros de Caridad, los cuervos picoteando las ratas muertas. De vez en cuando se oían disparos a la distancia, y la voz metálica de un altavoz denunciando a los soldados republicanos como comunistas y maricones. El día declinó; una brisa fría soplaba desde el norte. Cuando se puso el sol, una línea rosada cruzó las nubes grises y el pardo horizonte. Al final, era el frío lo que lo había llevado al coche junto con ella, el deseo imperioso de calor. Ahora, después de pasar tres horas en el tren, la luz se ensombrecía cuando entraban en el túnel, y una pared de roca remplazó la vista del Mediterráneo. En una transición que le resultó familiar, un recuerdo de todas sus travesías hacia Francia, el tren crujió y se zarandeó en la oscuridad. Luego las ruedas avanzaron libremente hasta que llegaron a una parada en el andén del lado francés del túnel. Ramón echó una mirada a su madre, que estaba guardando sus utensilios de tejer y lucía a la moda en su traje de lana, con una estola de martas alrededor de los hombros, cada una mordiendo la cola de su

predecesora.

Mientras Ramón sacaba las valijas de la estantería, ella recogió su bolso de mano y un pequeño maletín. Cuando él encontró un maletero, ella ya estaba en el andén comprando cigarros en un quiosco. La estación en Cerbère era pequeña y, puesto que aquello era el sur de Francia, estaba abierta al aire frío y salado y al murmullo de las gaviotas. Como si hubiera sido atraído por un imán, Ramón salió para observar las escarpadas estribaciones de los Pirineos que se hundían en el Mediterráneo. Sintió la presencia de Canigou, la montaña sagrada que se elevaba fuera de su vista.

El año anterior al estallido de la guerra en España, la primavera que percibió como si la vida estuviera todavía comenzando, había escalado por entre las arboledas de naranjas y limones desde la base de la montaña. Mientras ascendía, la vegetación cambiaba, el aire de la montaña se volvía frío y seco, la intensa luz solar le quemaba la piel mientras escalaba más alto entre los matorrales de pinos y abetos, y el pico nevado relucía de blanco contra un cielo azul cobalto. Había pernoctado en un saco de dormir, mirando hacia lo alto las

constelaciones y las galaxias de estrellas que giraban en el cielo nocturno. Por las tardes miraba al sur, hacia España, mientras el olor de los naranjos en flor se mezclaba con el aroma del pino y del abeto en el diáfano aire montañés. Pasó una semana explorando el costado de la sierra, bebiendo agua helada de los torrentes y comiendo pan y jamón que compraba a los campesinos con que se topaba en el camino. Uno de los últimos días se encontró con un inglés vestido con equipo para escalar, quien lo condujo a lo alto, por uno de los barrancos más empinados, hacia el pico del glaciar.

De pie afuera de la estación, recordó aquellos días y deseó que fuera allí el lugar adonde se dirigía. Luego, sintiendo el llamado del deber, volvió a entrar, y encontró a Caridad sentada a una mesa en el café, leyendo un periódico parisino y fumando un cigarro, frente a una tetera.

—¿A dónde fuiste? —preguntó ella, levantando la vista para verlo.

—A ningún lado —respondió él jalando una silla.

La vio mientras ella exhalaba dos gruesas riadas de humo por la nariz y las atraía voluptuosamente hacia la boca, sus labios estriados con líneas verticales.

—¿Sigues enojado? —preguntó ella con un divertido tono en la voz, expulsando otra nube de humo.

—¿Quién dijo que lo estoy?

—Has estado con mala cara desde que dejamos Barcelona.

Él miró a lo lejos.

—Ya sabes, un hombre levanta la voz, y sale lo que hay en su cabeza. No es mi culpa que no hayas encontrado a Lena. No deberías culparme.

—Pudimos haber esperado otro día.

Ella movió la cabeza, entornó los ojos, hizo una ligera mueca.

—No, hijo mío, no podíamos esperar. Tenemos una reunión importante mañana en París.

—¿A qué hora de mañana?

—Después de que lleguemos.

—¿Y quién estará además de Eitingon?

—Su jefe. Otros.

—¿Vienen de Moscú?

Ella frunció levemente el ceño. Hablaban en catalán, pero todos hablaban catalán a lo largo de la frontera.

—¿De dónde vienen?

—No hagas tantas preguntas. Lo sabrás cuando necesites saberlo.

Un camarero les llevó el menú y puso una jarra en la mesa.

Ramón la miró con asombro.

—¿Leche? No la hemos pedido.

Ella sonrió:

—Sí, y crema y mantequilla y mucha carne. Ya verás. No te arrepentirás de haber venido.

Ella le tocó la manga del saco con sus largos dedos, recordando cómo lo había visto padecer hambre cuando era un bebé, con sus diminutas manos empuñándose desesperadamente en el aire, buscando con pánico su mirada. Él no podía comer. Una enfermedad misteriosa, el marasmo, afligía a los infantes tras la guerra. Ella lo había intentado todo, incluidas siete nodrizas. Finalmente, en un acto de desesperación, una ocurrencia genial, había remojado carne de caballo en coñac, sabiendo que él necesitaba algo fuerte, y que ella no lo dejaría morir.

Sonrió con tristeza, restregando la tela de su saco entre los dedos.

—No te preocupes, te conseguiremos un traje nuevo en París. Éste está gastado y ya no te queda.

En el tren nocturno a París, les tocó un compartimento con otros cuatro pasajeros cuyas presencias impidieron una conversación entre Ramón y su madre,

permitiéndole a él simular que viajaba solo. Desde el asiento frente al de Caridad

—a corta distancia— él la observaba: la forma en que

impacientemente tironeaba de la hilaza con que tejía, su manera de fumar, prendiendo un cigarro con la colilla de otro. Todo en ella —su forma de abstraerse, su condescendiente consideración hacia los otros — lo enervaba. Ella había estado siempre tejiendo, desde que él era un niño. Era una forma de quedarse tranquila, como si pasara por sus dedos las cuentas de un rosario. Él miraba las puntas de las agujas y el hilado, preguntándose si sería un calcetín o la manga de un suéter.

Finalmente se decidió a mirar hacia fuera, al paisaje francés que transcurría frente a él con la caída del crepúsculo, a los marchitos campos de invierno, los olivares y los pequeños pueblos de piedra; el tren se mecía a un ritmo constante, la incesante cadencia del chasqueo de los rieles. Por la mañana él había estado esperando en el pequeño y embaldosado vestíbulo de la casa de los padres de Lena, tocando impacientemente el timbre del departamento 3C. Estaba tan cerca que podía ver sus profundos ojos cafés y la forma en que se reiría cuando se diera cuenta que él estaba allí. Pero nadie respondió al timbre de la puerta.

Timbró una y otra vez, y después salió a la acera, mirando hacia lo alto de las ventanas en la esquina del departamento. El edificio estaba en una de esas pequeñas plazas esparcidas por toda Barcelona, alguna vez impecablemente limpias, y ahora zarrapastrosas y llenas de basura. Eran las diez de la mañana.

¿Dónde estaba ella? ¿Dónde su madre y sus hermanas? Se dirigió al café donde con frecuencia la esperaba, desde donde podía mirar la puerta de entrada al edificio. Mientras los minutos pasaban rápidamente, se tomó un fino, y después, incapaz de creer que de veras la había perdido, escribió una torpe nota en una servilleta que deslizó en el buzón.

Conforme caía la noche los pasajeros en el compartimento empezaron a prender sus lámparas para leer; la ventana se convertía en un espejo interior, un reflejo que acompañaba al compartimento y a los pasajeros que se mecían lentamente.

—Permiso, permiso —él se levantó, abriéndose paso hacia la puerta del compartimento—. *Pardon! Pardon, s'il vous plâit*. Balanceándose, apoyándose en las paredes del angosto corredor, caminó hasta el final del vagón; una ráfaga de ruido y de aire frío lo recibió cuando salió al andén, mientras la locomotora ululaba a la distancia. Iba de vuelta, contra el movimiento del tren a través de otro vagón de compartimiento, hacia el bar. Evadió a los españoles —a veces era difícil distinguir entre fascistas y comunistas— y, hablando en francés,

pidió un brandy y luego, como un segundo pensamiento, papel para escribir, que se llevó consigo a una de las pequeñas mesas en la parte trasera del vagón. Encendió un

Gauloises y miró fijamente la hoja en blanco antes de escribir: *Querida Lena*.

Era su novia. Había tenido muchas otras, lo cual era lógico. Era importante que él pudiera instruir a Lena en el sexo después de que se casaran.

¿Recibiste la nota que te dejé esta mañana? Toqué el timbre de tu departamento una y otra vez, y apenas puedo creer que no pude verte, aunque fuera por un momento. Estuve en la ciudad por una noche y me marché por la tarde hacia París. Ahora voy en el tren, sentado y tomándome a solas un brandy, pensando en ti. Te reirás cuando leas que estoy con mi madre. No puedo decirte lo que estamos haciendo porque todavía no lo sé. Y no puedo decirte cómo es que ella me metió en esto. Era exasperante, y de algún modo fue imposible negarme. Está tan segura de todo, tan segura de que hace bien. Dijo que no había podido hacer nada para ayudar a Pablo, que todas las decisiones ya se habían tomado, etc., etc. No sé cuándo regresaré, pero te escribiré seguido. Te pediría que vinieras a París, pero sé lo que tus padres piensan, sé que nunca estarían de acuerdo. Mi querida Lena, piensa seguido en mí. Te adoro, R.

Dobló la hoja de papel, y la deslizó en el bolsillo de su camisa. Después de terminar de beber el brandy y de fumar un segundo cigarro, regresó al compartimento, donde la mayoría de las luces ya estaban apagadas y Caridad, en su lugar junto a la ventana, dormía con la cabeza echada hacia atrás y la boca ligeramente abierta.

Por la mañana, cuando Ramón despertó, Caridad estaba pintándose los labios. Fueron al comedor por café y pan, y se sentaron nuevamente en el compartimento cuando el tren se acercaba a las afueras de París. La vio polvearse la cara y ponerse el sombrero, sujetándolo con una larga horquilla que le atravesaba el cabello. Ella alzó la vista de su pequeño y redondo espejo y lo miró ansiosamente.

—Ahora, ¿serás poco afable con Leonid?

—No, madre, prometo comportarme.

—No quiero sarcasmos. Esto es muy importante. Nos está dando una gran oportunidad. ¿Me entiendes?

—Sí. Entiendo.

—Allí está —dijo ella, saludando con un movimiento de mano a un hombre de pie en el andén.

Para cuando Ramón recogió las maletas, Caridad ya estaba fuera abrazando a Eitingon. Ramón iba detrás, un poco avergonzado y triste por su madre, que se aferraba y apretujaba a Eitingon. Hizo una mueca de dolor cuando ella echó atrás

la cabeza para contemplar fervientemente la cara de Eitingon.

Con un abrigo de cuello de cordero y un sombrero gris en la mano, el ruso parecía un acaudalado banquero más que un revolucionario. Tenía el cabello negro y tupido, agradables ojos de un verde grisáceo, y una romántica cicatriz en la barbilla. Se puso el sombrero, dándole al ala un golpecito, y dio a Caridad un último apretón; después, riendo, le extendió la mano a Ramón.

—Mi muchacho, apenas te reconocí sin uniforme —dijo en francés.

—Lo mismo digo de ti —respondió Ramón, también en francés.

Eitingon parpadeó, notando la frialdad; enseguida adelantó el paso, palmeando a Ramón en el hombro.

—Bueno, te ves magnífico, guapo como siempre.

—Gracias. Tú también te ves bien.

—Déjame ayudarte con eso —tomó uno de los velices y lo llevó afuera hacia un coche que los esperaba, dispersando a las palomas en la acera. Hacía frío en París, y el tráfico que se arremolinaba alrededor de la Gare de Lyon era más denso y rápido que cualquiera de Barcelona. Un chofer les ayudó a poner el equipaje en la cajuela del coche; posteriormente, los tres se acomodaron en los asientos traseros, y Caridad se sentó entre los dos.

—¿Estamos listos? —preguntó Eitingon.

—No estoy seguro —dijo Ramón—. Todavía no sé a qué hemos venido.

—Ay, tu madre ha sido muy estricta contigo —dijo Eitingon, tomando la enguantada mano de Caridad con la suya.

—¿Y los niños? —le preguntó a ella—. ¿Y Luis? ¿Los has acomodado?

—Sí, con la familia en el campo, cerca de Ripollet. Es una granja

encantadora. Estarán a salvo.

Eitingon le dio al chofer una dirección, luego el coche dio tumbos y entró en la calle. A pesar de sus recelos, a Ramón se le levantaron los ánimos cuando ante su vista apareció el Sena, imponente, hermoso, icónico. En la orilla opuesta, una larga hilera de casas uniformes en altura y proporciones daban hacia el plateado río en donde un remolcador jalaba dos barcazas corriente arriba. Cruzaron un puente rumbo al boulevard Saint Germain, bajo el cielo gris fragmentado por el negro de las ramas de los castaños y los sicomoros. Eitingon le señaló a Ramón el Café de Flore y Les Deux Magots, y luego empezó a contarle de lo que había cenado la noche anterior.

—No te imaginas unas gallinas guineas rostizadas tan tiernamente —dijo con su francés salpicado de un leve acento ruso, con la gramática levemente torcida

—. Eran tan suculentas las gallinas, tan suaves. Te llevaré a un restaurante que nadie conoce. Los quesos y los vinos, perfectamente seleccionados. ¡Y las zanahorias! Sazonadas con aceite de olivo, con trocitos de esas aceitunas negras de Nyons, ajo y perejil. Los colores eran hermosos.

—Ya sé qué platillo es. Es provenzal.

—Sí, claro que lo conoces. No creo que hayas tenido la oportunidad de cocinar.

—No hay nada que comer en España.

—Aquí está todo. Los mercados rebosan, ya verás.

Dieron vuelta en una calle en la que se alineaban edificios de departamentos, las fachadas formaban una pared cubierta con tejados abuhardillados. Al que entraron era casi igual a los demás. Ramón esperó con las maletas mientras Eitingon y Caridad subían por el ascensor y sus voces resonaban en la altura como el parloteo de las aves. Cuando Ramón se bajó en el quinto nivel, una puerta se abrió de par en par hacia un departamento. Caridad y Eitingon estaban sentados en un sofá con los abrigos puestos, hablando y fumando; por las puertas de vidrio entraba una luz solar de color amarillo pálido en los angostos balcones.

—Creo que todo saldrá bien —estaba diciendo Caridad.

—¡Ay, Ramón, debí ayudar con el equipaje!

—Está bien. El elevador es muy pequeño —contempló el departamento, los altos techos, las molduras ornamentadas, el parquet que chirriaba bajo sus pies.

—Está estupendo —dijo, saliendo al balcón para ver la ciudad toda gris, plateada y oscura, los edificios de cantera manchados de hollín; el único color visible era el de las chimeneas de barro rojo que exhalaban jirones de humo hacia el cielo plomizo.

—¿Qué piensas? —preguntó Eitingon cuando Ramón entró por un cigarro.

—Podría estar muy cómodo aquí.

—Es temporal. Tú y Caridad tendrán sus propios departamentos.

¿Y qué es lo que haremos?

Eitingon sonrió.

—¿Hay una reunión esta tarde?

—Oh, sí, mi amigo Pavel Sudoplatov vino desde Moscú para supervisar el equipo que hemos formado tu madre y yo. Es muy simpático, un tipo encantador. Cuando lo visité en su oficina del Kremlin no pudo haber sido más agradable. Todo era “mi querido amigo por aquí”, “mi querido amigo por allá”.

Y fue en el tiempo en que todo el mundo en España era sospechoso de ser un

simpatizante trotskista. Todos en el Kremlin andaban con temor de ser atrapados en una de esas purgas internas y terminar frente a un pelotón de fusilamiento.

Todo el mundo en Moscú es sospechoso de ser un simpatizante de Trotsky. Todo el mundo es sospechoso, especialmente si has estado en España.

”Pero Pavel estaba sentado muy tranquilo. Su secretaria le sirvió té y luego él empezó a hablarme de esta misión, que le habían encargado directamente Stalin y Beria. Me dijo que había sido llamado a la oficina de Stalin junto con Beria, quien tenía aspecto de bribón con ese horrible monóculo y el bigote tan angosto como un lápiz. Stalin empezó a ir y venir por la habitación como si estuviera solo, mirando fijamente por las ventanas y reflexionando acerca del estado del

mundo. Hitler, Alemania, la guerra por venir. Luego se sentó a su escritorio, y de pronto se incorporó como si lo hubieran empalado o como si hubiera recibido una descarga eléctrica. 'Hay que resolver el problema Trotsky', anunció, o algo parecido. Trotsky no debe segmentar a la izquierda en la guerra mundial de la forma en que lo hizo en España. Le dieron a Pavel la encomienda y lo ascendieron, lo hicieron director del Departamento de Asuntos Internacionales en el NKVD. Pavel es un tipo listo, se hizo de una reputación como asesino cuando amañó una caja de chocolates como una bomba. Algún cabrón codicioso cree que está abriendo un regalo, y bum, le explota en la cara".

—¿Mencionaste un equipo?

—Ramón, ¿entiendes de Trotsky?, ¿entiendes que debe ser eliminado?

—Sí. Lo entiendo.

—¿Te encontraste en España con David Alfaro Siqueiros?

—¿El pintor mexicano?

—Sí, ése.

—Supe de él. Era famoso en el frente por sus uniformes.

—Sí. Bueno, él es un artista y un pavorreal —concedió Eitingon—. Diseñaba él mismo sus uniformes y mandaba hacerlos en Nueva York. Pero es también un soldado valiente, un héroe de la Revolución mexicana.

—Conozco su reputación.

—Va a dirigir un ataque contra Trotsky en México. Proveeremos el dinero y él formará un pequeño ejército. Un hecho consumado.

—En México ¿en dónde?

—En un suburbio en las afueras de la capital, uno de esos nombres indígenas.

—Coyoacán —dijo Caridad.

—Exacto. Trotsky vive en una casa que pertenece a Diego Rivera. Siqueiros conoce el lugar. Todos los pintores mexicanos son amigos, o al menos se conocen entre ellos. Y, por supuesto, Caridad conoce México. Ella ha estado allí, sabe cómo opera el Partido, y conoce a

todos los mexicanos que pelearon en España. Toda la operación encaja pieza tras pieza.

—¿Y seré parte de este pequeño ejército en México?

—No así de burdo —Eitingon miró a Caridad como si buscara una guía.

—Necesitamos a alguien que se infiltre en la organización de Trotsky aquí en París —dijo ella. Con tu inglés y tu francés puedes entrar fácilmente.

—Trabajarás como un agente encubierto para la GPU —afirmó Eitingon—.

Es, ¿cómo se dice?, una papa caliente a como van las cosas.

—¿Y tú y Caridad dirigirán la operación? —preguntó Ramón.

—Así es. Tendrás que tener cuidado de que no se te vea en público con Caridad. Es bien conocida entre los trotskistas. Pero hasta ahora, la Cuarta Internacional está tan a la defensiva que no confían ni en sus propias madres.

—¿La Cuarta Internacional?

—La organización de Trotsky —respondió Eitingon.

—Entiendo, como si la Tercera Internacional hubiera sido remplazada.

—Un descaro, ¡haciendo creer que la Unión Soviética ya no es la revolución!

No muchos han escuchado hablar de la Cuarta Internacional, y si tenemos éxito, no muchos lo sabrán. El hijo de Trotsky la dirigió aquí en París y al parecer el pobre tipo tuvo una apendicectomía. Ya sabes cómo es cuando uno está enfermo, cómo quiere uno estar con los suyos, con la gente que habla tu idioma. Así que Sedov (ése era su nombre, Led Sedov) ingresó aquí en París en una clínica que administran los rusos blancos. Lo operaron, un asunto de rutina, y se estaba recuperando espléndidamente. Dos días después murió por causas extrañas —

Eitingon pestañeó frente a Ramón—. El cabrón usaba un alias francés en la clínica, creyendo que los rusos no darían con él. Pero para entonces ya sabíamos que estaba allí. Su secretaria es uno de nuestros

operarios.

—¿Tienen a alguien infiltrado? —preguntó Ramón.

—Sí, un sujeto excelente, estudia en la Sorbona. Antropología, me parece.

Su nombre de clave es Étienne. Ya lo conocerás.

—Si ya cuentan con él, ¿para qué me quieren a mí? Creí que mi trabajo era infiltrarme.

Eitingon y Caridad se miraron entre sí.

—Étienne no trabaja para nosotros —dijo Caridad.

—¿No está en la GPU?

—Sí. Pero no es agente nuestro. No nos han informado de todas las operaciones clandestinas en París. Y necesitamos a alguien desconocido que pueda ir a Nueva York y a México. Queremos que vayas a la casa de Trotsky en México para saber qué está haciendo.

Eitingon juntó sus gruesas manos, inclinándose hacia adelante en el sofá.

—Bueno, estoy seguro que querrás asearte y descansar un poco. Regreso a las dos para ir al hotel Lutetia y ver a Pavel.

TRES

Afuera, el frío aire invernal olía a humo de leña y a castañas asadas. Al otro lado de la calle, un campesino con un delantal azul oscuro y la cara roja, entrecano, vendía pollos vivos en la parte trasera de un camión, mientras dos mujeres de pie fumaban cigarros, esperando que un perro terminara de defecar. Eitingon y Caridad caminaban rápidamente y por delante, brazo a brazo. Siguiéndolos por la angosta acera, Ramón tuvo uno de esos repentinos sentimientos de ensueño que le provocaban picazón en el cuero cabelludo, como si hubiera caído a través del tiempo y volviera a ser un muchacho en Tolosa, nostálgico y fuera de lugar, caminando tras de Caridad y Eitingon, esperando que no se olvidaran de él.

Se detuvo en su trayecto en la angosta acera. Había dado vuelta en la calle equivocada, alejándose. Eitingon y Caridad parecían ignorarlo, hablando y moviéndose a la distancia. Y desde la distancia, él vio que

ya no eran jóvenes, que Caridad ya no era hermosa. Con su blanco cabello, su traje sastre y la estola de martas alrededor de sus hombros, parecía una viuda con título nobiliario, una persona a la que había que satisfacer, pero no una mujer enamorada. Estaba envejeciendo más rápidamente que Eitingon, quien, aunque corpulento y con la apariencia de oso que le daba su abrigo, conservaba su aspecto viril, su vívida tez y su oscuro y brillante cabello.

—¿Algún problema? —preguntó Caridad, deteniéndose a esperar a Ramón.

—No, no, ya voy.

Estaba en París. El aire frío olía delicioso. Un viejo empujaba una carretilla llena de carbón; un conserje sacaba brillo parsimoniosamente al metal de una puerta. Unos hombres en el mostrador de un café hablaban mientras bebían espresso y vino. Sabían de la guerra en España y que Hitler dirigía sus tropas del otro lado de la frontera. Pero en Francia había paz.

Cuando dieron vuelta en una esquina, avistaron el hotel Lutetia, un pastel de bodas a la Bellas Artes con capa sobre capa de glaseado. Cuando entraron, un hombre se levantó de uno de los mullidos asientos frente a la puerta. Era alto, tenía el cabello negro y espeso, una larga y afilada cara aristocrática, y nariz aguileña. Lucía muy teatral en uniforme, un capote gris, pantalones y botas de

montar. El capote se le abrió cuando abrazó a Eitingon, dejando al descubierto sus sedosos forros escarlatas. Besó al ruso en ambas mejillas, y después, haciendo chocar los tobillos, se inclinó para besarle la mano a Caridad.

—Y éste es Antonio Pujol, mi compañero y ayudante de campo —dijo, presentando al hombre que estaba a su lado. Pujol, un indio mexicano, tenía las mejillas picadas por la viruela, la nariz chata y los labios gruesos.

—Antonio es un prodigio marxista, con una notable comprensión de la teoría. Es también un buen artista. Lo encontré en un mercado de la Ciudad de México.

Cuando le presentaron a Siqueiros, Ramón notó el marcado corte de los labios del pintor, la sensualmente rara y casi femenina boca. Siqueiros insistía en que ya conocía a Ramón:

—Sí, claro, conozco muy bien al hijo de Caridad. ¿Entonces, de qué se

trata?

—dijo Siqueiros a Eitingon—. ¿Qué es lo que Sudoplatov quiere?

—Quiere conocer al equipo que hemos integrado.

—Pero no podemos reunir aquí a nuestro equipo —objetó Siqueiros—.

Tenemos que hacerlo en México.

—Él quiere vernos —dijo Eitingon.

—Ah, o sea que quería un paseo por París.

—Quizá también. Pero no debe haber error, ¡Dios no lo quiera!, para que así Sudoplatov pueda informar que vino a supervisar a su equipo. Ya sabes lo metódico que es Stalin. Todo tiene que hacerse apegado al reglamento y todo lo previsto se tiene que verificar y volver a verificar.

Siqueiros cambió a hablar en francés cuando se dirigían a los elevadores; les dijo a Eitingon y a Caridad que en París había visitado muy de prisa galerías y a algunos amigos: Braque, Léger, Picasso. Ramón examinaba todo el tiempo el hotel. El revestimiento en el elevador era de oscura madera pulida, la alfombra del pasillo de un vivo azul profundo.

En el cuarto piso, caminaron por un largo corredor hacia una de las idénticas puertas blancas que puntuaban su recorrido. Eitingon tocó, y un asistente los invitó a pasar al enorme vestíbulo de una amplia habitación. Esperaron unos momentos para ser escoltados a un salón de estar donde la lumbre chisporroteaba en una chimenea y las cortinas de seda color amarillo pálido que había en las ventanas daban al cielo gris del exterior. Sudoplatov entró a la habitación ajustándose los puños de su camisa francesa. Vestía un traje azul marino a rayas, una camisa blanca y una corbata blanca de seda; tenía ojos de un café oscuro, facciones regulares, nariz fuerte, y la quijada cuadrada de una estrella de cine.

Abrazó a Eitingon, y le dio un beso en cada mejilla, luego en la boca. Hablaron afablemente en ruso por unos momentos, y luego se volvió hacia Caridad.

"*Enchanté*", le dijo, dándole un beso en cada mejilla. *Enchanté*, le dijo a cada uno de los presentes: era todo lo que sabía decir en francés.

Eitingon se colocó al lado de Sudoplatov, haciendo las presentaciones y diciendo algunas palabras de cada uno. Cuando Ramón saludó a Sudoplatov con la mano, recordó la caja de chocolates explosiva, recordó que el ruso alguna vez no había tenido nada más que su juventud, su aplomo y su ingenio. Ahora, como director del Departamento de Asuntos Internacionales del NKVD, supervisaba la GPU.

Todos encendían cigarros y platicaban mientras se rotaban una charola con pequeñas copas de brandy. La reunión pudo haber sido una pequeña fiesta de no ser por su carácter clandestino. Por debajo del zumbar de la conversación Sudoplatov se volvió a Eitingon:

—Ella se ve bien —dijo en ruso—. Me sorprende que aún siga con nosotros.

¿No está resentida?

—No. Es una camarada leal. Lo ha demostrado. Nadie como ella.

—¿El apuesto joven es su hijo?

—Sí.

—Es impresionante el aire de familia. Tienen los mismos ojos —dio Sudoplatov una larga fumada a su cigarro, y sus fosas nasales se hincharon—.

¿Podemos empezar?

—Por supuesto. ¿Cómo quieres que procedamos? ¿Traduzco para los demás?

—No es necesario, y es muy tedioso. Ya conocen el plan, ¿verdad? Soy yo el que tiene que oír. Sobre la marcha les haré algunas preguntas.

—Como gustes. Yo les explicaré para que no se sientan incómodos.

Sudoplatov le dio otra fumada a su cigarro, luego lo aplastó al tiempo que Caridad y Ramón se acomodaban en el sofá. Siqueiros tomó un sillón, Pujol se quedó de pie a sus espaldas.

—Ahora, querido Leonid, háblanos de la Operación Madre —dijo en ruso Sudoplatov, pronunciando la última palabra con un cierto grado de ironía.

Mientras Eitingon y Sudoplatov proseguían, Ramón tuvo la sensación

de que las puertas se cerraban de golpe. Aparte de los ocasionales *da* o *nyet*, el idioma le resultaba impenetrable. Se preguntó qué tan difícil sería aprender ruso. No se acordaba de cómo había aprendido a hablar francés. Para él, el castellano, el catalán y el francés eran lo mismo. Cambiaba de uno a otro con sutileza y sin

esfuerzo, en respuesta a las circunstancias externas, a la gente. El inglés, que había aprendido en el primer grado en la escuela británica de Barcelona, lo percibía diferente en un modo fundamental que él no sabía describir. Al hablar inglés hurgaba en un sitio más profundo, tardaba más en salir a la superficie.

Ramón fumó un cigarro y terminó su brandy, mirando hacia lo alto cuando Eitingon traducía para Siqueiros una pregunta acerca del domicilio de Trotsky en México. Siqueiros, que se dormía de aburrimiento, acostumbrado como estaba a ser el centro de la atención, respondía como una planta sedienta de agua. Claro que conocía la casa, que pertenecía a amigos, y no, no creía que fuera a ser un problema. Como todas las casas en México, tenía un muro, pero no era muy alto y resistente.

—¿Cuántos hombres necesitarás? —tradujo Eitingon una vez más.

—Con veinte sería suficiente.

—¿Y podrá reunirlos Siqueiros?

Siqueiros se encogió de hombros.

—Por supuesto, si hay dinero, no habrá problema.

Eitingon y Sudoplatov iniciaron una larga discusión que Ramón siguió viendo sus caras y escuchando el tono de sus voces. En un momento dado, Sudoplatov parecía incómodo, haciendo preguntas capciosas, pero al final cedió.

—Quiere saber si están satisfechos con el plan —le dijo Eitingon a Caridad.

—Sí —ella asintió y le sonrió a Sudoplatov—. Dile que sí.

Un leño ardiente chisporroteó en la chimenea.

—¿Y la operación será segura?

—Sí —respondió Caridad—. Justo como lo ordenó Stalin.

CUATRO

Eitingon tomó una ostra del hielo y la deslizó en su boca, cerrando los ojos para saborear las frías olas del océano y deleitarse con la exquisita textura. Sacudió la cabeza suavemente, luego tomó un trago de Sancerre para disipar el sabor metálico del molusco.

—Estas *portugaises* están muy buenas. ¿Pedimos otra docena?

—Sí, pero quisiera pedir un vino diferente.

—Sí, éste es insípido. Beberemos el Pétrus con el *civet de lapin*.

El restaurante era un descubrimiento de Eitingon, una fachada con una barra de cinc y manteles de papel, y un propietario que era asimismo el chef y que vestía una toca blanca y que gritaba a su hija cuando ésta no servía los platillos lo suficientemente rápido.

—Toma, deléitate —dijo Eitingon, llenando la copa de Ramón. Quería que Ramón soltara la lengua, averiguar qué era lo que pensaba. Bebió otro trago de vino, recordando la vieja granja de piedra en las afueras de Tolosa, una ruina con viñedos y emparrados. Se oía música en discos en un gramófono, habían comido en una mesa debajo de un roble. Caridad se veía hermosa. Él la veía como una española bohemia adinerada buscando una nueva vida en compañía de sus hijos en Francia.

—Ya sabes lo de Pablo —dijo Ramón.

Eitingon escudriñó la cara de Ramón.

—No se merecía esa muerte. No entiendo cómo ella lo permitió.

Eitingon bajó la vista hacia su copa de vino, que hizo girar un poco en la mesa.

—¿Qué podía hacer ella? No estaba allí. Pablo dejó un cadáver en la calle.

—Un padre —respondió, titubeando y mordiéndose el labio superior —. Un padre hubiera salvado a su hijo.

—Tal vez. No puedes asegurarlo. Caridad sabía que estaba siendo observada, que su lealtad estaba a prueba.

—Y pasó la prueba.

—Y ésta es su recompensa. Yo no estaba allí, no pude ayudarla. Pero pude asignarle esta misión.

Eitingon miró a lo lejos, luego respiró profundamente y exhaló. Tenía un recuerdo muy vívido de Ramón en Tolosa. Una semana o poco después de que Caridad, de forma melodramática, lo había echado de la casa, él había regresado para ver si había algo que pudiera hacer. Los otros niños de algún modo se habían alejado, pero Ramón, al lado de su madre, intentaba servirla; tenía una apariencia de asombro, esa mirada perturbada de quienes han estado en combate.

—Caridad no es una persona fácil —dijo él.

Ramón rio.

—¿Cuántos años tenías cuando nos conocimos en Tolosa?

—Diez, más o menos.

—¿De qué te acuerdas?

—De todo, creo.

—¿Me culpas por lo ocurrido?

Ramón parpadeó:

—No. ¿Debería?

—Ella estaba enojada conmigo. Pudo haber dicho cosas. Sé que cometí errores. Yo no entendía lo limitada que había sido su vida. Creí que era otro tipo de mujer, que había tenido una vida más mundana. Y entonces… —dudó. Lo que había ocurrido había sido tan atroz que él no alcanzaba a imaginar lo que aquella época había significado para Ramón: una ambulancia llegando a la casa, los vecinos a la expectativa en el umbral del portón.

Eitingon giró de nuevo su copa de vino.

—Creo que el problema de Caridad era la religión.

—¿La religión? Ella es una intelectual, una atea.

—No en ese entonces. Se la pasaba hablando de la Iglesia. Es lo que decía, que estaba perdida porque había abandonado la Iglesia. Es una persona complicada. Ramón, toda esta teoría marxista, el materialismo dialéctico me suena todo a chino.

—También a mí. En el frente, cada vez que un grupo de soldados se reunía, discutían sobre quién era estalinista y quién trotskista. Y entre dos, quién era el verdadero marxista. Y después surgían todas las discusiones acerca de las organizaciones sociales de Cataluña y cuál de ellas era trotskista.

—¿Y qué sacaste de todo eso?

—No escuchaba tanto los argumentos. Hasta donde sé Lenin fue el padre de

la revolución.

—¿Y Trotsky?

—Tal vez él fue el hijo consentido que causó problemas cuando Lenin eligió a Stalin para que fuera su sucesor.

Eitingon se encogió de hombros.

—Para Caridad, Marx y el *Manifiesto* son como las sagradas escrituras.

¿Sabías que quería ser monja?

—Sí, pero sus padres la obligaron a casarse con papá porque era rico.

Un ruido de ollas que entrechocaban se oía desde la cocina.

—Ramón, cometí algunos errores, pero espero no me culpes.

—No. Me dolió cuando te fuiste. Particularmente después de que llegó Thorez.

Ramón sintió una sacudida.

—Era frío y distante.

—No imagino que Maurice Thorez fuera muy divertido, pero supongo que era lo que ella necesitaba.

—Tú entiendes toda esa teoría. Yo no soy lo suficientemente inteligente para eso.

—Eres muy listo. La teoría simple y sencillamente no te interesa.

Eitingon instó a Ramón a que tomara la última ostra, luego hizo a un lado la bandeja con el hielo y las conchas.

—Necesitamos hablar de tu misión.

—Sí. No entiendo en realidad qué es lo que voy a hacer.

—El comienzo es lo más difícil. Tenemos que estudiar la situación y esperar el momento idóneo. Necesitas pensar en cómo pasar encubierto.

—Creí que me asignarían una nueva identidad.

—Es mucho mejor si te creas una propia, una con la que te sientas cómodo, que te guste.

—¿Y cómo hago eso?

—Quédate del lado de la verdad lo más que puedas. Si inventas en demasía, luego se te olvida y te confundirás. Por ejemplo, tienes a Caridad en tu vida. Así que te conviertas en quien te conviertas tendrás una madre que fuma mucho, y que quizá teja. En esencia, esto será cierto para ti. Puedes ser quien quieras ser, siempre y cuando tu historia cuadre. Tiene que ser lo suficientemente sólida para soportar la presión. Tendrás que recordarla cuando duermas, y aferrarte a ella

podría ser tortuoso. Pero no pensemos negativamente.

Puso más vino en sus copas.

—¿Qué tan fluido es tu inglés? ¿Podrías pasar por norteamericano o por australiano?

—No con mi acento.

—No puedes ser español. Eso despertaría sospechas.

—Podría ser sudamericano, de Argentina o de Chile.

Eitingon puso la botella de vino en el centro de la mesa y miró fijamente a Ramón.

—No. Si te oyen hablar español sospecharán que eres de España. Debes borrar a España de tu memoria y el castellano de tu identidad. Nunca has estado en España. No sabes una palabra del idioma. Tu lengua madre es el francés.

—Así que soy de Francia.

Eitingon se quedó pensativo un momento.

—Pero si eres de aquí, ¿dónde está la familia? ¿A qué escuelas fuiste? No, no puedes ser francés —razonó—. Podría funcionar en Nueva York o en Moscú, pero obviamente no funcionará en París. Debes venir de otro país de habla francesa.

—¿Marruecos? ¿Argelia?

—¿Te sientes marroquí? ¿O argelino?

Ramón sintió que la espalda se le entumecía.

—¡No, por favor!, preferiría que no.

—No creo. ¿Qué tal belga? ¡Eso es! Está al norte de Francia, el camino a España está al sur. Puedes ser belga. Eso explicará la falta de familia en París y las pequeñas discrepancias en tu acento.

Ramón miró a la distancia, imaginando las implicaciones de su nueva nacionalidad.

—¿Y qué hay con Trotsky?

Eitingon aguardó.

—Supongo que tengo que aprender todo sobre Trotsky si voy a ser uno de sus seguidores.

—No, no, no. No serás uno de ellos. Ese mundo es demasiado pequeño. No serás como ellos, pero sí aceptable como alguien diferente. De hecho, debes ser de un mundo que ellos no conocen.

Se terminaron la segunda ronda de ostras y observaron con interés cómo la

hija del dueño llegó con la botella de Pétrus. Eitingon la probó, parpadeó, luego le pasó su copa a Ramón.

—Sí —concordó Ramón—. Es excelente.

Llegó el guisado en un largo plato blanco, acompañado de una fragante salsa aderezada con cebollas translúcidas, trozos de zanahoria y salpicado de perejil.

—Este conejo sabe como si hubiera vivido entre el tomillo silvestre —dijo Ramón cuando empezaron a comer.

—Sí, probablemente así fue. ¿Te acuerdas de los conejos de Tolosa?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—¿Y qué hay de tu nombre? Vas a querer conservar tus iniciales. Es mucho más fácil con monogramas. ¿Algo con una R? ¿Robert?

—Mi primer nombre es Jaime, Jaume en catalán.

—Bueno, entonces algo con la letra J.

—Jacques es un nombre que siempre me ha gustado. Tuve un amigo que se llamaba así y que vivía en Tolosa.

—Jacques te va muy bien, pero tienes que deshacerte de esos lentes con marco de metal. Te hacen ver como soldado o como obrero de una fábrica alemana.

—Ya sabes lo que me gustaría ser —dijo Ramón—. Siempre quise ser un aristócrata.

Eitingon, con el cuchillo y el tenedor en el aire, sonrió ante el joven, complacido de que no fuera un ideólogo como su madre.

—¿Un aristócrata? Eso es antiético.

—¿Antiético a qué?

—Al marxismo, al estalinismo, al trotskismo si a ésas vamos.

—¿Acaso no hay aristócratas naturales, gente superior, gente que nació así?

—Mi querido Ramón, eso es exactamente lo que los aristócratas nos dicen, que son mejores que nosotros por la sangre que corre por sus venas. Por su pedigrí.

—Pero entiendes lo que digo.

—Sí, creo que sí, que hay gente excepcional, naturalmente superior —cortó un trozo de carne de conejo y lo remojó en la salsa—. Si eso es lo que quieres, posar como un aristócrata tiene cierto genio. Nada será más extraño para los trotskistas. Puedes ser un aristócrata proveniente de una familia en Bélgica, una oveja negra en París.

—Sí, y claro, me gusta el buen vino y el buen comer.

CINCO

Ramón yacía en la cama, pensando en Lena. Le había enviado tres cartas desde París, pero aún no obtenía respuesta. Sabía que algo había ocurrido —además de que Barcelona era una zona de guerra—. Y si ella no hubiera recibido sus cartas, si creyera que él había desaparecido… si ella pensara que él estaba siendo desconsiderado, entonces estaría enojada. Tenía su genio, como el de su madre, y recordando a su madre, doña Inés, él pudo imaginar a la vieja escondiendo las cartas, haciendo rollo el mensaje que él había escrito en una servilleta y arrojado en su buzón. Doña Inés siempre lo había desaprobado y había hecho todo lo posible por encauzar a Lena hacia hombres más convenientes.

Mirando al techo, sus ojos se posaron en una mancha que parecía nube cerca de la cornisa y que se escurría hasta la pared contraria. Salió de la cama, se puso un pantalón encima de la piyama y las pantuflas. Fue al baño, luego salió al pasillo y bajó las escaleras al piso debajo del suyo. El murmullo de la voz de un hombre salía de una de las puertas. Escuchó atentamente hasta que estuvo seguro que se trataba de una transmisión radiofónica, luego golpeó ligeramente la puerta.

—Soy Ramón —dijo.

El sonido de la radio cesó; un golpe seco, luego otro. La puerta se abrió hasta donde lo permitía el seguro puesto. Caridad se asomó; sus ojos se movían de lado a lado.

—Vengo solo —dijo él en catalán.

Ella cerró la puerta para quitar la cadena del seguro, bajó su pistola, y dejó que Ramón entrara. El departamento estaba casi vacío. Había un equipo de radio, una mecedora, un cigarro encendido en un platito, varios ceniceros y vasos, periódicos y revistas.

—¿Estás fumando puro? —dijo él, frunciendo la nariz.

—Cuando tejo. No necesito detenerme para encender los pitillos. Hay café si quieres —dijo ella, volviendo a la mecedora y a su tejido.

Él agarró un paquete de cigarros, encendió uno y luego pasó a la cocina donde había un recipiente para hacer espresso en la estufa. Palpó la tapadera para

ver si estaba caliente, luego encendió un cerillo para prender el quemador.

—¿Hay algo para comer? —preguntó.

—Hay una caja con galletas saladas.

—¿No hay queso? ¿Mantequilla?

—Esto no es una cafetería.

Terminó su cigarro, poniéndolo bajo el chorro del grifo para apagarlo, y luego colocó varias galletas en un platito cerca de su taza. Cuando un chisguete de vapor empezó a espiralear fuera de la cafetera, puso el grueso y espeso café en una tacita blanca, agregándole dos cucharadas de azúcar. Su madre lo miró regresar con su café y su plato de galletas.

—Dormiste hasta tarde —dijo ella, mientras las agujas para tejer claqueteaban rápidamente—. No le digas a Leonid, se supone que deberías estar en el gimnasio.

Ella chasqueó la lengua, pero se contuvo de hablar, con los ojos clavados en las puntas de las agujas.

—¿Es cubano? —preguntó él apuntando hacia el puro.

—Sí.

—Estaba pensando en tu familia en Cuba.

—Es también la tuya —respondió ella, sin siquiera voltear a verlo—. Eres un Del Río tanto como un Mercader.

Ella había contado acerca de la familia Del Río en Cuba: las vastas plantaciones de caña, la legión de criados, las fiestas, los hermosos caballos y carruajes. Su vida tenía un matiz mítico, fantástico tal vez, que desafiaba la lógica convencional. ¿De veras sus padres habían dejado Cuba para ir a Barcelona para que a ella le enseñaran caligrafía las hermanas del Sagrado Corazón de María? El convento era famoso por la caligrafía. Las monjas enseñaban a las alumnas a escribir las letras perfectamente redondeadas. Las mujeres de la clase alta del mundo de habla castellana reconocían esa caligrafía.

Se llevó la taza a los labios, cerrando los ojos suavemente como si tomara un primer sorbo.

—¿Eran los Del Río aristócratas en Cuba? —preguntó él.

Las agujas con que ella tejía detuvieron su chasqueo, y ella tomó su

puro.

—Eran aristocráticos.

—¿Y muy ricos?

—Sí, en una época.

—Pero no aristócratas.

—No tenían títulos nobiliarios, si eso es lo que estás preguntando.

—Cuando llegaron a Barcelona, ¿tus padres eran ricos?

Ella dio una calada al puro.

—Probablemente creían que eran ricos. Eran unos privilegiados. Dudo que supieran nada de dinero.

Él la escudriñó, tratando de conciliar a la mujer que fumaba un puro con las historias acerca de su pasado. Bajo el tutelaje de las hermanas, ella descubrió su vocación religiosa. Había entrado al convento, y que se hubiera convertido en monja no habría impedido que Pablo Mercader apareciera de pie frente a la escuela en donde estaba ella con otras jóvenes. Él era el más convencional de los hombres, tan predecible como un reloj. Pasaba sus días caminando de la casa a las oficinas de la familia, ambas ubicadas en la calle Ancha, la amplia calle comercial que corría paralela a la que estaba frente al mar. Nunca se había desviado de su bien conocido camino hasta el día que vio a Caridad, que destacaba entre las demás chicas, con la cabeza más alta, su larga cabellera tan negra como el ala de un cuervo, los ojos verdes. Él casi le doblaba la edad, pero a pesar de ello la siguió a la casa. Al día siguiente estaba esperándola frente a la escuela. Durante días la siguió hasta que venció los nervios para hablarle.

Durante un año la acompañó a su casa antes de preguntarle si quería casarse con él. Sorprendida de que él no reconociera su vocación religiosa, ella declinó la petición hasta que intervinieron sus padres. Los Del Río querían la alianza con la acaudalada familia Mercader.

—¿Y los Mercader? —preguntó Ramón—. ¿Qué pasó con el dinero?

—Se lo robó tu tío. Ya lo sabes. Nicolás era el mayor y tomó las riendas después de que muriera el padre. Vendió las fábricas textiles y se fue a Buenos Aires.

—¿Nadie pudo impedírselo?

—No sabían. Él iba a invertir en fábricas textiles en Argentina y mandar dinero a Barcelona. Todos esperaron y esperaron pero el dinero nunca llegó.

—¿Y nadie hizo nada?

—Al final, ya era muy tarde. Y ya sabes cómo es tu padre.

Ramón mordisqueó una galleta; deseaba tener mantequilla y mermelada.

—¿Por qué todas estas preguntas acerca del pasado? —preguntó ella.

—Eitingon dice que mi nueva identidad debe tener sentido. Me estoy preguntando si tiene sentido para mí ser un aristócrata.

Ella asintió con la cabeza. Sus ojos se centraron en las agujas, y sus labios se movían como si estuviera contando puntadas.

—¿Todavía eres belga?

—Me separé de la familia. Todavía no estoy seguro por qué.

—Te casaste con la mujer equivocada. Eso siempre funciona.

SEIS

Con un nuevo fedora en la cabeza y el abrigo doblado sobre el regazo, Eitingon se sentó en una silla cerca del ring para observar a Ramón entrenando boxeo con el quebequense; sus golpes y sus fintas seguían los múltiples ritmos del gimnasio: el sonido de una pera, una cuerda rítmicamente golpeteando el suelo.

El canadiense tenía la cara de un matón y era quince libras más pesado.

—¡Ramón!, ¡arriba!, ¡arriba! —decía el entrenador—. ¡Izquierda, izquierda, derecha!

Ramón no era lo suficientemente fornido, pero era rápido y delgado; el sudor perlaba su aceitunada piel. Bailoteó, dio un jab con la izquierda, luego dio un golpe volado con la derecha y recibió un puñetazo en la cara. Se tambaleó hacia atrás al sonar la campana, y la sangre le empezó a escurrir de la nariz.

—¡Venga! —dijo Eitingon, limpiándole la sangre.

Ramón ladeó el mentón, mirando hacia lo alto mientras Eitingon le taponaba las fosas nasales con un trozo de algodón. Respiraba con dificultad, su pecho se elevaba y decrecía, sus antebrazos reposaban en los muslos, los gruesos guantes le colgaban entre las piernas. Aceptó la botella de agua que le ofreció Eitingon y bebió; su manzana de Adán subía y bajaba.

—¿Paramos? —preguntó Eitingon.

Ramón frunció el ceño, sin entender lo que decía Eitingon.

—¿Suficiente?

Ramón movió la cabeza negativamente.

—No me voy a dar por vencido sólo porque me sangra la nariz. Aguanto otro *round*.

Cuando sonó la campana una vez más, se puso de pie, pasándose el anverso de un guante por la boca, y regresó al centro del ring. Sabía que no iba a lastimar al canadiense, pero decidió boxear con mayor astucia. Concentrado, mordiéndose el labio superior, golpeó a su oponente, amagando y retirándose en tanto se balanceaba. Los dos daban pasitos de un lado a otro cuando la campana sonó de nuevo.

—Bien hecho, Alonzo —dijo Ramón en francés, golpeteando con uno de los guantes la espalda de su oponente—. Buena paliza la que me diste.

Dejó que Eitingon le quitara los guantes, agarró la toalla que le ofrecieron, presionándose con ella la nariz, y se llevó una botella de agua a la boca.

—¡Te veías bien! —dijo Eitingon.

Ramón sonrió irónicamente y echó atrás la cabeza para tomar aire. Se dirigió a los vestidores, donde Eitingon sacó una hoja de papel doblada de la bolsa de su saco.

—¿Estás listo? —preguntó.

—Sí, supongo que sí. Déjame ponerme los lentes.

—Tienes tres minutos.

Eitingon consultó su reloj y esperó a que Ramón pasara la vista por la lista de los reyes franceses y las fechas de sus reinados. Las listas eran cada vez más largas y complicadas, pero tras dos minutos Ramón devolvió el papel y empezó a recitar lo que había leído.

—Muy bien —dijo Eitingon—. Tu memoria es extraordinaria. No entiendo por qué te fue tan mal en la preparatoria.

Ramón encogió los hombros.

—Tuve una mala actitud y la policía nunca me dejaba en paz.

—Ahora, unas vueltas en la alberca.

Ramón miró de soslayo a Eitingon, se quitó el cabello de la frente y se lo echó hacia atrás.

—¿Vueltas? Creí que los trotskistas eran intelectuales, no fanáticos del deporte.

—No importa. Te quiero en forma, física y mentalmente. Quizá tengas que memorizar documentos rápidamente. No sabemos qué tipo de retos físicos pudieras enfrentar. Pero dime la verdad, estás disfrutando de esto, ¿cierto?

Ramón sonrió.

—Sí, supongo que sí.

Los vestidores olían a sudor, a linimento, a toallas mojadas y a jabón.

Ramón se sentó en un banco para quitarse los zapatos, luego se puso de pie para desvestirse. No era modesto ni creído. Era sólo físico, un ser físico. A no ser por su vello púbico y por el vello debajo de sus axilas, era casi lampiño. A Eitingon la piel de Ramón le parecía satinada, las venas de un verde cobrizo bajo la superficie. Desnudo, con una toalla sobre los hombros, Ramón empujó la pesada puerta que daba hacia la alberca, una resonante estancia acuosa, clorada y

con sombras movedizas.

—Nada unas vueltas para calentarte, luego medimos tus tiempos —dijo Eitingon.

De mala gana Ramón se lanzó al agua desde una esquina de la alberca, y luego se impulsó. Parecía fuerte, pero nadaba sin estilo. Cuando se detuvo, se quejó de que sus brazos estaban tensos por el

boxeo.

—Sí, por eso estamos haciendo esto —Eitingon sacó un cronómetro—.

Ahora, vamos a medir tu tiempo para los cien metros. Después, lo hacemos más despacio.

Ramón se dio un largo baño con agua caliente; luego prendió un cigarro y se vistió sin prisa, disfrutando la sensación y el olor de su ropa nueva, el fino algodón de la ropa interior, la suave lana de los pantalones. Afuera, la mañana era fría y gris.

—Si vas a dártelas de aristócrata belga viviendo en París, no sólo tienes que lucir como un aristócrata, tienes que conocer también la ciudad —dijo Eitingon cuando iban camino a la sastrería. Los nombres de calles y puentes, las glorietas, los grandes monumentos y los parques, el metro, los mercados y cafés, Ramón tenía que saberlo todo.

Se detuvieron en una barra por un café, una copa de vino blanco y un cigarro. La sastrería estaba cerca, en una de las pequeñas calles atrás de Saint-Michel, un establecimiento modesto que se sentía tibio y acogedor. El dueño, monsieur Émile, los saludó por su nombre, y les mostró dos trajes en hechura; los trozos de tela estaban cubiertos de puntadas blancas. Ramón se midió el primer traje y se paró frente al espejo mientras el sastre y su asistente se movían a su alrededor, marcando la prenda con gis, y fijando las costuras con alfileres para hacer pequeños ajustes.

—Cuando los terminen, necesitaremos dos para la primavera y dos para el verano —dijo Eitingon.

—¿Para el verano en Francia?

—Sí, y tal vez para el trópico.

—Entonces que sean de lana delgada. Como éste, tal vez —dijo el sastre, sacando un rollo de tela—. Una lana muy fina, apropiadamente hilada y tejida, puede ser tan fresca y cómoda como el algodón. Es lo que los árabes usan en el desierto.

Eitingon palpó la tela de modo reflexivo, moviéndola entre los dedos.

—Dígame, monsieur Émile, qué… digamos, ¿qué debería tener un

aristócrata en su guardarropa? Que fuera auténtico.

—Oh, eso depende del joven y de la familia —dijo monsieur Émile, tocando su grueso bigote, con actitud pensativa—. Por supuesto, debe contar con trajes para cada estación: lanares gruesos para el invierno, más ligeros para el otoño. Y

ropa apropiada para las diferentes horas del día. Al menos un esmoquin de temporada alta, y un esmoquin para el verano y la primavera. Un traje de etiqueta para las bodas. Tal vez un frac, pero no necesariamente. Luego, por supuesto, todos los aditamentos: sobretodos, impermeables. El abrigo con hombreras se ha puesto muy de moda. Suéteres, camisas, bufandas, sombreros, guantes, corbatas. Piyamas, ropa holgada, una bata, pantuflas. Y zapatos.

Zapatos y botas que se deben hacer a pedido. Si él caza, éste es un guardarropa en sí mismo.

—¿Será una inversión considerable?

—Sí, pero es una inversión hecha gradualmente. No todo tiene que ser nuevo. En las familias nobles, un joven debe vestir la ropa que perteneció a los tíos, al padre, a los hermanos mayores. Si un saco es de excelente calidad y uno entre muchos, durará para siempre. Lo que importa siempre es la calidad. La calidad, no la cantidad.

—¿Y qué hay de las joyas? —preguntó Ramón.

—¡Joyas! —monsieur Émile agrandó los ojos, a punto del escándalo—.

¡Discretas! Deben ser muy discretas. Oro o plata; tal vez un anillo, pero sólo si tiene un significado especial, nunca como decoración. Mancuernillas, botones, una cigarrera y un encendedor. Rara vez piedras preciosas, y nunca diamantes.

—¿Y si el joven es un *playboy*? —preguntó Ramón.

—Eso es harina de otro costal. La mayoría de los hombres a la moda ven al príncipe de Gales como el ideal de belleza, pero la nobleza no está necesariamente a la moda. Creen estar más allá del estilo pero, como puede que haya observado, hay siempre una cierta tensión entre el mundo de la moda y la aristocracia.

Afuera, una fina neblina había empezado a caer.

—¿Y qué hay del equipaje? —dijo Eitingon cuando caminaban por la acera, evadiendo a dos chicas adolescentes envueltas en abrigos, con los brazos unidos, los hombros recargados una en la otra—. Vas a

necesitar valijas y probablemente un baúl.

—Me gusta la piel de cerdo, y dicen que dura más que la de ternero.

—Bueno, ve a merodear y a ver si encuentras algo en las tiendas de segunda mano. Sudoplatov nos ha dado carta abierta, pero no se va a ver bien si todo es

nuevo —el ruso vio su reloj.

—¿Algo más? —preguntó Ramón.

—¿Qué quieres decir?

—¿En qué me ocuparé? ¿Algún encargo?

—No, no, sólo familiarízate con la ciudad, piensa en tu nueva identidad —

Eitingon movió la cabeza, mirando a Ramón fijamente—. ¿Pasa algo?

—No siento que esté haciendo gran cosa.

—Ésta es la etapa de espera para la misión, y puede ser la más difícil. Eres un actor que se prepara para un gran papel. No te preocupes, con el tiempo tendrás las manos llenas —Eitingon sonrió—. ¿Algo más?

—No. Es todo.

—Entonces, te veré más tarde.

Eitingon dio un tirón al borde de su sombrero y encogió los hombros hondamente en su abrigo. Ramón lo vio irse calle abajo y dar vuelta en la primera esquina. Sabía que no tenía que preguntarle a dónde iba. A veces no sabía lo que Eitingon y Caridad hacían o dónde estaban. ¿Colaboraban con otros agentes? ¿Revivían su antiguo romance? La GPU era un mundo secreto y opaco, una serie de células, cada una separada de la siguiente, todas tan sospechosas como el resto. Uno nunca sabía quién podría ser un agente o quién pudiera estar bajo vigilancia.

Ramón se sentía continuamente inquieto. No tenía la sensación de pertenecer a una organización. Nadie lo había investido como agente soviético; nadie le había otorgado una placa secreta o un carnet de identidad. Tal vez era la naturaleza del trabajo encubierto, pero se sentía excluido y solo, excluido de información importante.

Ensimismado, se dirigió al río y caminó por los muelles, observando las barcazas. Se concentraría en convertirse en Jacques Mornard.

El aire se sentía frío y húmedo, el día lleno de posibilidades. Pensó en ir por la parte baja hacia el sendero más adelante del muro de contención donde las parejas hacían ocasionalmente el amor. Mirara a donde mirara —los pasillos, las bancas del parque—, los parisinos hacían el amor. Se detuvo en una balaustrada; centró la atención en un pescador, la cuerda de pescar unida a la garrocha, un reflejo en el agua. Por la neblina, la escena tenía una calidad granulosa como la de una fotografía. Se dijo que aguardaría hasta que el hombre pescara algo, hasta que levantara y jalara la caña. Como una sombra inadvertida, compartiría la espera del hombre. Pero entonces, como si despertara de su ensoñación, se dirigió al boulevard Saint Germain.

Empezaba a sentir que Saint-Germain-des-Prés era su casa. Eitingon le había hablado de los famosos cafés: cuáles atraían a los artistas, cuáles eran frecuentados por intelectuales y escritores. En el invierno, los cafés estaban entrecerrados con láminas de plástico, que los hacían ver como tiendas de campaña.

Por cuenta propia, encontró un café donde las jóvenes se sentaban a las mesas durante horas, cuidando sus consumiciones mientras los camareros acechaban. Las chicas eran como él, prospectos, creaciones de sí mismas.

Habían escatimado para hacerse de un traje para la estación: un sombrero, un saco, guantes, y zapatos que usaban día tras día. Cuando una chica tenía suerte, atraía a un hombre que le invitaba la comida y una copa de vino. Por un poco más, podía acceder a ir a un hotel cercano.

Ramón disfrutaba escuchar a las chicas hablar de sus guardarropas. Cada una tenía un camarero que se mostraba interesado en sus romances, la aconsejaba y la protegía. El camarero capacitaba a la chica, la dejaba quedarse en las mesas, conducir un pequeño negocio a su lado.

Recordando las instrucciones de Eitingon, Ramón fue a una tienda de antigüedades cerca de la Escuela de Bellas Artes, donde encontró una cigarrera plateada con las iniciales JM.

—¿Genuina? —le preguntó al empleado.

—Chapada, pero no está gastada. Nadie notaría la diferencia.

La compró y guardó en ella los cigarros de un paquete que traía en el bolsillo. Un elegante juego de cepillos para el cabello llamó su atención.

—Ésos son genuinos —dijo el empleado—. Los lomos son de plata, las cerdas están montadas en marfil.

Ramón asintió.

—Lo pensaré, en otra ocasión.

Abrió y cerró la cigarrera, admirándola mientras caminaba. Al entrar a un café, vio a una chica con cabello rojizo, apariencia chic y con un sombrero verde claro, una mascada verde y guantes. Jugueteaba con un pequeño abanico japonés, con coquetería, abriéndolo y cerrándolo frente a su cara.

—Jacques Mornard —dijo él, ofreciéndole un cigarro.

—¡Qué linda cigarrera!

—Gracias, me la regaló mi padre en Bruselas. Es herencia de familia.

Le prendió el cigarro, pensando que podría llevarla a un hotel, hasta que notó que tenía los dientes cariados.

—¿Bruselas? —preguntó ella, abriendo el abanico—. ¿Eres belga?

—Sí.

—Suenas provenzal, igual que un amigo del sur.

—Claro. Pasé allí los veranos cuando era un muchacho. La familia de mi madre tenía una casa cerca de Tolosa.

—Eso lo explica todo.

—¿Cómo se llama tu camarero?

—Bruno.

—¿Te cuida bien?

Ella sonrió detrás del abanico.

—Ay, sí, es muy atento. Él es mi familia aquí en París.

SIETE

La voz iba y venía, debilitándose bajo un persistente y chirriante sonido como si fuera sofocada por una sirena. Había una oscura capa de humo gris suspendida en la habitación, recrudeciendo la atmósfera de ansiedad, temor y cansancio.

Caridad se sentó a un lado del equipo de radiofonía, los ojos hundidos mirando hacia el frente, enfocados en la rara e impasible voz que subía y bajaba de volumen, hablando monótonamente en catalán. Con un lápiz amarillo que sostenía en su mano izquierda, tomaba notas en un cuadernito que tenía sobre las rodillas. Eitingon se puso de pie junto a uno de los dos escritorios, hablando en ruso por el auricular receptor.

—¿Qué dicen? —preguntó en francés, apartando el auricular de su oído.

Caridad volteó a verlo como si despertase de un sueño.

—Los nombres de las calles —respondió—. Distritos de Barcelona.

—¿Donde han caído las bombas?

—Aún no lo sé. No entiendo.

Ramón se concentró en la voz, escuchando atentamente por si mencionaban las calles cerca del barrio donde vivía Lena. Los bombarderos italianos SA-79 y SA-81 habían estado azotando Barcelona cada tres horas durante dos días. Se imaginó la alineación de los aviones, las siluetas contra el cielo. Pudo oír el zumbido continuo y distante de los motores, seguido de silbidos agudos, un momento de aterrador silencio, luego el terrible ruido sordo, la estrepitosa explosión, olas de sacudidas batiendo el aire, los punzantes escombros, las nubes de humo levantándose por encima de los lamentos de las sirenas.

Como civiles, Ramón y Pablo habían peleado lado a lado en Barcelona cuando la ciudad se levantó contra los generales de Franco que intentaban hacer caer al gobierno republicano en Cataluña. Las familias, los amigos, los vecinos y los trabajadores tomaron las calles, combatiendo de manzana en manzana y de barricada en barricada. Había sido un triunfo glorioso del pueblo. Los sindicatos de obreros tomaban las fábricas. Los trabajadores distribuían armas, comida y ropa. Por un tiempo breve, parecía que España se sacudiría la opresión de la Iglesia, la aristocracia y el ejército.

Ahora, dos años después, llovían las bombas fascistas: bombas de fuego, bombas de gas y bombas de acción retardada atravesaban los techos y los edificios antes de explotar en sus interiores, causando el máximo daño lateral a unos centímetros por encima del suelo.

—Esto es una réplica de Guernica —dijo Eitingon—. Están bombardeando a civiles, arrasando los distritos obreros. Ni siquiera se ocupan de los blancos militares. El ejército republicano no tiene armas antiaéreas, ni retaguardia en el aire.

—Guernica a gran escala —corrigió Caridad.

Causa y efecto, una cadena aritmética de sucesos en despliegue, enfrentando a fascistas contra comunistas. León Blum, el primer ministro francés, abría la frontera con España; los soviéticos enviaban víveres a través de la frontera para el ejército republicano en Barcelona, y ahora Mussolini bombardeaba la ciudad para someterla.

Incapaz de quedarse quieto, Ramón se puso de pie y caminó hacia la ventana, arrastrando su sombra. Era extraño ver a la gente abajo, los parisinos, paseando por la acera; extraño que fuera una tarde soleada de marzo, aún fría y borrascosa. Eitingon había amueblado el cuarto de enfrente del departamento como una oficina: dos escritorios, un teléfono, una pesada máquina de escribir, el equipo radiofónico, archiveros clasificados, y una voluminosa caja fuerte color verde oscuro. Los diarios franceses, rusos, españoles e ingleses estaban desparramados en la habitación, apilados en hileras en el suelo. Ceniceros rebosantes, copas y platos cubrían la superficie.

Ramón vaciló, luego tomó su abrigo y se dirigió hacia la puerta. Caridad lo miró, con el lápiz amarillo en la mano.

—¿Vas a salir?

—No puedo seguir aquí sentado —respondió en catalán—. Voy a ir a Barcelona a buscar a Lena.

Ella frunció el ceño. No podía creer lo que escuchaba.

—No puedes hacer eso. Las carreteras están cerradas. No hay forma de ir.

—Siempre hay una manera. Al menos puedo intentarlo.

—Leonid —alzó ella la voz, cambiándola al francés—, Ramón va a Barcelona.

—¿Cómo?

—Va a rescatar a su novia.

Eitingon apartó del oído el auricular.

—Tengo que ir —dijo Ramón—. No puedo estar aquí sentado.

Eitingon movió la cabeza, con una expresión severa en su rostro, y luego sonrió gentilmente.

—Ramón, tu impulso es noble, pero Caridad tiene razón. Las carreteras están cerradas, los trenes no funcionan. ¿Cómo llegarás allí?

—No lo sé. Puedo pedir un aventón. Alguien tiene que ir. Puedo caminar si es necesario. Al menos sabemos que la frontera está abierta.

—Y si consigues llegar, ¿dónde estará ella?

—En la casa de su familia.

—¿En qué parte de la ciudad?

—En el Eixample —respondió Caridad—. Es un vecindario de ricos, relativamente seguro. La zona destaca en los mapas aéreos. Los fascistas no bombardean a los ricos si éstos pueden ayudarles.

—Entonces probablemente ella está a salvo —dijo Eitingon.

—Sí, pero tengo que verla. Tengo que cerciorarme —Ramón abrió la puerta, y salió.

—¡Actúas como un tonto! —gritó Caridad—. No lo permitiré.

Eitingon bajó el teléfono y se dirigió a la puerta.

—Ramón, no es una buena idea, y te necesitamos aquí.

—¿Para hacer qué? —tenía la cara roja de frustración y coraje. Los ojos los tenía desorbitados—. He esperado por meses. Nunca sé lo que está ocurriendo.

Nunca me dicen nada.

—Sí, esperar es difícil, pero Caridad y yo hemos estado trabajando con nuestros contactos. Hemos estado en comunicación con nuestros

camaradas de Nueva York. Algo va a ocurrir y te necesitamos aquí. No te podemos decir con exactitud qué va a ocurrir, pero eres una parte importante de la misión.

Contamos contigo.

—No me puedo quedar. Tengo que buscar a Lena.

Caridad se puso de pie abruptamente; su cuadernito cayó al piso.

—Si te vas —le dijo moviendo el lápiz amarillo frente a él—, te reportaremos con nuestros superiores como un insubordinado.

Eitingon se dio media vuelta:

—¡No digas eso! ¡No lo amenaces! Él entrará en razón.

Se volvió hacia Ramón y dijo tranquilamente:

—Tenemos camaradas en Barcelona, agentes de la GPU. Me comunicaré con

ellos ahora mismo.

—¿Cómo? Las líneas del teléfono y del telégrafo están muertas.

—Tienen un radio de onda corta en Barcelona. Podemos enviarles un mensaje a través de un agente en Tolosa. Nos tomará tiempo, pero será mucho más rápido que si tú intentas llegar allí. Sabremos algo en uno o dos días. Si te vas ahora de París te tardarás una semana en saber qué ocurrió. ¿Cuál es su domicilio? Dame su dirección y hablaré por teléfono a Tolosa. Si su edificio no ha sido bombardeado, ¿será suficiente para que estés satisfecho?

—Pudo haber estado en un café —objetó Ramón—. O en la calle.

—Sí, pero ¿puedes quedarte tranquilo por el momento?

Ramón inclinó la cabeza, con una expresión de desamparo en el rostro, y se encogió de hombros bajo su abrigo.

Durante tres días, escuchó los reportes de bombardeos y se sumergió en los reportes de los periódicos. El peso de la ansiedad se mitigó cuando se enteró, a través del agente de la GPU en Barcelona, de que el edificio donde vivía Lena no había sido dañado. El Eixample apenas había sido tocado. Caridad tenía razón: las bombas fascistas habían caído principalmente en los distritos de la clase trabajadora.

Los árboles empezaban a florecer cuando Caridad citó a Ramón en su departamento. Ahí estaba Eitingon, y ambos, él y Caridad, se veían emocionados; habían dado finalmente con lo que buscaban: una joven, una seguidora de Trotsky que iba a París para asistir al encuentro de la Cuarta Internacional. Llegaría a París a principios de junio, lo cual daba a Ramón menos de seis semanas para habitar su nueva identidad como Jacques Mornard.

Ramón no sólo había tenido que aprender bien la historia de Jacques, sino que tuvo que inventar una historia para cada uno de los miembros de su familia.

¿Qué hacía su padre en Bruselas? ¿Cómo era su madre? ¿Tenía hermanos y hermanas? ¿Cuáles eran sus nombres y a qué se dedicaban? ¿Dónde vivían? Si sus padres eran aristócratas acaudalados, necesitarían vivir en una zona exclusiva en el domicilio apropiado. Cabía la posibilidad de que alguno de los delegados de Trotsky fuera de Bruselas e hiciera este tipo de preguntas.

Eitingon advirtió a Ramón que todos aquellos detalles y todas esas historias debían tener consistencia. Ramón no podría inventar cosas sobre la marcha y no podría olvidar lo que decía o enredarse. Debía poner por escrito los detalles, memorizarlos y luego quemar sus apuntes.

Para complicar las cosas y como un incentivo para Ramón, Eitingon decidió que Jacques Mornard tuviera un coche. Ramón nunca había tenido ni comprado

uno y le emocionaba el prospecto. Además de estudiar, tendría que buscar un coche: algo elegante pero no llamativo.

—Se apellida Ageloff, Sylvia Ageloff —dijo Caridad en un encuentro posterior—. Proviene de una familia adinerada de Nueva York, judíos ricos que abandonaron Rusia antes de la revolución. Son muy cultos, muy educados. Ella habla ruso, francés y, claro, inglés.

—¿Es judía? —preguntó Ramón.

—No te preocupes por eso —dijo Caridad—. Si es judía no esperará que le presentes a tu familia o amigos.

—¿Cómo la encontraste?

—Por medio del editor de un periódico estalinista en Nueva York. Su secretaria la conoce. Es mayor que tú. Veintisiete.

—Me pondré seis años y diré que tengo veintinueve.

—Ella es una intelectual. Tiene una hermana mayor que va y viene de México, como mensajera de Trotsky, y una hermana menor que trabajó como una de sus secretarias. La secretaria del editor en Nueva York la acompañará a París. Ella se encargará de que ustedes se conozcan.

OCHO

Sylvia Ageloff repasaba su francés en el hotel St. Germain cuando la llamaron de la recepción para avisarle que mademoiseille Weil estaba allí para verla.

— *Oui Oui, très bien!* —dijo Sylvia, incapaz de pensar en las palabras correctas para decir "díganle que suba". Había tomado clases de francés en la secundaria, pero no se acordaba de nada cuando lo requería.

—Un momento —gritó cuando oyó que Ruby tocaba a la puerta.

Al abrir, Ruby estaba de pie en el pasillo y posaba para mostrar su vestido blanco y negro de lunares en combinación con un sombrero negro de paja de ala ancha. Tenía las cejas depiladas y sus gruesos labios pintados de rojo.

—¿Cómo me veo?

—Muy linda. Muy glamurosa.

—¡Y mírate tú! —exclamó Ruby—. ¡Ratón de biblioteca! ¡Estás en París y estudiando tu viejo manual de francés!

—Pues es que quiero aprender un poco de francés.

—Pero tienes que estar con gente que lo habla. Nunca lo conseguirás encerrada en tu cuarto de hotel, aunque no está mal. Para nada mal — Ruby se acercó a la ventana y descorrió las cortinas para ver al otro lado de la rue du Bac la hilada de altas y angostas fachadas, la cantera casi negra, la ristra de balcones y ventanas que resaltaban lo opuesto y lo complementario—. ¿Te estás divirtiendo?

—Sí, mucho —respondió Sylvia. No consideraba a Ruby una verdadera amiga, por lo que le resultaba extraño tenerla en su habitación, y más extraño aún había sido compartir con ella un camarote en el barco en que habían arribado

—. ¿Y tú? —preguntó Sylvia—. ¿Te has estado divirtiendo?

—Mi hermana me ha hecho pasarla divinamente.

—¿Corinne está en París?

—Sí. Anda con alguno de sus encantadores amigos. Ha sido muy generosa, pero no me le puedo pegar todo el tiempo. Así que pensé en ver si querías salir.

—Creo que puedo hacer algo.

—¡Lo sé! Corinne me dio una carta de recomendación para un hombre de aquí de París. Creo que es un aristócrata. Me dijo que era muy atractivo. Vamos a llamarle.

—Ruby, no vine aquí para conocer aristócratas.

—No estoy segura de que lo sea, pero llamémosle. Déjame usar tu teléfono

—levantó el auricular y le hizo una mueca a Sylvia mientras esperaba la respuesta de la recepción.

—¿Habla inglés? —preguntó—. Sí, quiero hacer una llamada local.

Le dio a la operadora el número de teléfono y un momento después estaba presentándose, diciendo que estaba en el hotel St. Germain.

—¿De veras? ¿Vive usted tan cerca? Bueno, sí, estoy aquí con mi amiga.

Déjeme preguntarle.

—Está a unas calles de aquí y quiere venir.

—Ruby, no sé.

—Suena tan francés. Voy a bajar para conocerlo, y si es guapo, te echo una llamada.

Ruby se retocó los labios, tocándose la comisura de la boca con la uña del meñique.

—¿Cómo me veo? —preguntó volteando a ver a Sylvia.

—Te ves bien, muy linda.

Sylvia intentó volver a su libro pero Ruby la había desconcentrado. Esperó a que llamara para poder decirle que en realidad no estaba interesada; luego, transcurrido el tiempo, empezó a pensar que Ruby se había olvidado por completo de ella. Finalmente, el teléfono timbró.

—Sylvia, tienes que venir. De veras, si no bajas, iré por ti.

—¡Ay, Ruby!

—¡Por favor!

—Estaré allí en unos minutos —Sylvia dejó a un lado su libro y se puso de pie para mirarse al espejo. Era blanca y esbelta. Se sintió bonita hasta que se puso los lentes, los cuales, a pesar de los marcos traslúcidos de un azul pálido, le pesaban como un estorbo. Ocasionalmente se los quitaba cuando conocía a un hombre atractivo, una estrategia equívoca que la hacía ver al hombre borroso y entrecerrar los ojos. Pero tenía confianza en que no se interesaría en nadie que Ruby conociera. Se pasó el peine por el cabello y se puso carmín.

Al entrar al vestíbulo, sintió un leve golpe de reconocimiento cuando vio a un hombre sentado en uno de los sillones, fumando un cigarro. Por un instante

pensó que era alguien del pasado, o que era un actor al que había visto en escena en Nueva York o en una película. A Sylvia le pareció vagamente reconfortante ver que usaba lentes, de carey. Ruby se hallaba sentada a su lado, con los ojos brillando de gozo. Él se levantó cuando Sylvia se aproximó, haciendo una pequeña reverencia.

—Ah, usted es la otra chica de Nueva York.

Ella asintió, fijándose en su acento y sus ropas casuales y elegantes.

—Y usted es de aquí —dijo Sylvia, resistiendo la urgencia de quitarse los lentes.

—Vivo en París, pero no, no soy de aquí. Justo le estaba diciendo a Ruby que soy de Bélgica, pero nunca adivinaría dónde nací.

—¿No en Bruselas?

—No. Es más complicado. Teherán.

—¿Su familia es persa? —dijo ella sonriendo.

—¿Parezco persa? No, mi padre era embajador ahí. Pero no vino usted a París para oír estas cosas.

Sylvia se dio cuenta de que su inglés sonaba formal y un poco en desuso, como si lo hubiera aprendido de un libro de texto.

—¿Fue a la escuela en Inglaterra? —preguntó—. Habla usted muy bien inglés.

—No. Mis padres me enviaron a una escuela primaria inglesa en Bruselas.

No tengo oportunidad de hablarlo muy seguido, y si lo escucha por largo rato, identificará mis puntos vulnerables. Le estaba preguntando a mademoiselle Weil qué había visto de París. Es un día hermoso y mi coche está en la calle. Nada me complacería más que mostrarles un poco la ciudad.

Ruby asentía ansiosamente, pero Sylvia intuyó algo, una conexión entre ambos, y decidió no interferir.

—No, gracias. Yo mejor no.

—¡Sylvia! —se quejó Ruby.

—Es usted muy amable pero estoy ocupada.

—¡Sylvia! —siseó Ruby, tomándola de un brazo y jalándola a un lado —.

¿Qué haces?

—Vayan ustedes, se divertirán.

—Pero no puedo ir sola. No lo conozco. Por favor, hazlo por mí.

Sylvia miró a Jacques haciendo como que ignoraba el intercambio visual y,

por algún misterioso motivo, sintió la necesidad de decir:

—De acuerdo. Pero tengo que ir a mi cuarto por mi bolso.

Cuando Sylvia regresó, Jacques las condujo hasta un reluciente Citröen negro. Puesto que sabía lo coqueta que era Ruby, Sylvia

insistió en sentarse en el asiento trasero, asumiendo que muy pronto se olvidarían de ella. El interior, los asientos de piel marrón olían a jabón para cuero. El día era cálido, y luces y sombras en la calle se balanceaban suavemente por debajo de los árboles.

—Ah, perdón —dijo Jacques cuando el coche se sacudió abruptamente en una cuneta. Le sonrió a Sylvia por el espejo retrovisor—. El embrague es nuevo, me temo que está un poco rígido.

Desde el asiento trasero vio pasar Saint-Germain-des-Prés, y vislumbró una antigua plaza que daba a una callecita, un puñado de edificios más pequeños y más lúgubres. Comparado con París, Nueva York no tenía pasado. Sylvia era consciente de la estratificación del tiempo en París, el peso de la historia ejerciendo presión sobre el presente, amenazando con atravesar el entelado de sus percepciones.

Tras dar vuelta en una de las amplias calles rectilíneas que Haussmann había recortado a través del medieval corazón de la ciudad, de repente estaban cruzando un puente; las torres de Notre Dame se levantaban ante ellos con toda su penumbra gótica. Bajando la velocidad del coche hasta llegar a un apeadero, los tres estiraron sus cuellos por las ventanas, y Jacques señaló los arbotantes y las gárgolas.

Cruzaron Île de la Cité y luego dieron vuelta al oeste en la calle de Rivoli, pasando frente a uno de los flancos de piedra gris del Louvre y el espacio abierto del Jardín de las Tullerías antes de llegar a la Concorde, una vasta plaza empedrada. Sylvia sintió el fresco rocío de las fuentes que salpicaban el aire y perlaban el parabrisas, y la silueta del obelisco egipcio que se alzaba para ser reflejado por la torre Eiffel a la distancia. Jacques señaló el Petit Palais, el Grand Palais, y el hotel Crillon; luego, alejándose de la zona de parques, se dirigieron a los Campos Elíseos. El tráfico se volvió denso y ruidoso; los parisinos tocaban sus bocinas incesantemente y el aire se enrarecía con los gases de escape. El tráfico convergía en la gran glorieta que circundaba el Arco del Triunfo, que se mantenía rígido e impasible como un enorme cajón de embalaje. Jacques maniobró el coche de carril a carril hasta quedar libre de la fuerza centrífuga.

Desembocaron a una avenida de tres carriles con casas señoriales que los condujo a la calma frondosa del Bois de Boulogne.

—Esto es muy pacífico, como estar en el campo —dijo Jacques mientras

veían a un grupo de mujeres con vestimentas de equitación que

cabalgaban a medio galope, con los cascos de los caballos levantando pequeñas nubes de polvo.

Al dejar el parque, cruzaron el Sena una vez más y continuaron por la orilla izquierda, regresando a Saint-Germain-des-Prés, donde los atrajeron las hileras de mesas de cafés debajo de los sicomoros. Era el París que Sylvia había soñado.

Era el verano, cargado del sentir de que la realidad bélica se aproximaba, que todo estaba a punto de cambiar, que ya nada sería igual. Con la polvosa luz vespertina que se filtraba entre los árboles, Jacques parecía muy a gusto vestido con aquel traje; las jóvenes se reflejaban en sus lentes oscuros.

Sylvia y Ruby, que batallaban con el francés, se maravillaban cuando él le hablaba al camarero, desapareciendo en otra lengua y en otra cultura, volviéndose alguien irreconocible. Pero él quería hacer que todo les fuera accesible. Sabía cuál era el mejor aperitivo para beber en una cálida tarde de verano. Tenía eso que llaman *savoir faire*. Perfectamente rasurado y perfumado, con una sombra de barba visible por debajo de su fina piel aceitunada, era europeo hasta la punta de los dedos manchados de nicotina. Pero por debajo de su languidez estaba alerta, rigurosamente programado y en fina sintonía, casi como si hubiera dos personas ocupando la misma piel. Cuando hablaba de su familia, lo hacía con un suspiro inaudible, con un hondo sentimiento.

—A mi madre tendrían que conocerla para entenderla. Es hermosa, encantadora y enérgica. La quiero pero odio lo que representa. Es de una familia noble de Bruselas e intenta perpetuar la aristocracia.

—¿Y tu padre?

—Es de una familia de comerciantes, acaudalados pero no aristócratas. Por supuesto, desaprueban mi forma de vida en París. Es una vieja historia. Soy el tercer hijo. El dinero que tengo por mi familia no es suficiente, así que piensan que debería buscarme una esposa rica o hacer una carrera para hacer dinero.

—¿Y qué te gustaría hacer?

Apretó los labios, y de pronto pareció apesadumbrado.

—Ése es el problema. No fui hecho para nada.

—Pero debe haber algo que te guste hacer.

—Sí, pero es difícil conseguir un trabajo de alpinista.

—¿Escalador de montañas?

—Como comprenderán, no es realmente una carrera a menos que seas famoso por tus hazañas o escales la parte norte del Eiger, como los alemanes. La verdad es que no he tenido la oportunidad de escalar mucho, sólo lo necesario

para saborearlo.

—¿No te da miedo?

—Es excitante. Entre más se escala, más difícil es, pero también más hermoso. Todo es limpio y diáfano. Se está solo con la montaña, a menos que vayan en grupo —se rio—. Pero me gustan los deportes y estoy estudiando periodismo. Quizá eso me lleve a algo.

—¿Se preocupa tu familia de lo que pasa en Alemania? —preguntó Sylvia.

—Por supuesto, todo el mundo se preocupa. Hitler es un idiota y posiblemente un loco, pero ¿qué se puede hacer? Usa el odio contra los judíos a su favor. Todo el mundo es antisemita. Es un hecho. Incluso mis padres, si me vieran sentado aquí en este café con dos atractivas judías de Estados Unidos, lo desaprobarían.

Sylvia rio para ocultar la punzada de la intolerancia.

—¿No es ésa una actitud más bien arcaica?

—Todo en la nobleza es arcaico. Pero es su problema, porque yo hago lo que quiero. Odio la política. Odio oír hablar de política. Acepto a la gente como es.

Le hizo una seña al camarero para que le llevara la cuenta. El día estaba llegando a su fin. El crepúsculo se aproximaba. Era la hora azul; el cielo se tornaba color índigo y luego cobalto. Los pájaros se arremolinaban en las copas de los árboles, y en alguna parte del barrio tocaban las campanas de una iglesia.

Jacques pagó la cuenta. Iba distraído y distante cuando salieron del café.

—Puedo ir caminando al hotel —dijo Sylvia—. Son sólo unas calles.

Jacques sonrió de modo taciturno.

—Ha sido tan agradable, qué pena que se termine.

—Sí, nos hemos divertido mucho —convino Ruby.

De nuevo, la sonrisa que sugería una tristeza honda, quizá el miedo de estar solo.

—No quisiera monopolizar su tiempo, pero conozco un pequeño restaurante, el tipo de lugar que los norteamericanos como ustedes nunca encontrarían por cuenta propia. La cocina es magnífica. Si no tienen otros compromisos me gustaría invitarlas a cenar esta noche. Las puedo llevar al hotel. Todos podemos descansar un rato, refrescarnos, y luego vuelvo a una hora apropiada.

Ruby miró a Sylvia.

—Me harían un favor —imploró Jacques.

—Ay, Sylvia. ¡Vamos! —exclamó Ruby.

Esa noche Sylvia se vistió con esmero, escogiendo una falda azul oscuro entallada y un saco, con una blusa blanca que se cerraba en el cuello. Estudió su reflejo con los lentes puestos, luego sin ellos; su imagen se volvió más suave, las líneas se difuminaron. Jacques no era el tipo de hombre con el que había salido en Nueva York. No era un intelectual que se apasionaba con sus ideas y con la política. Era el arquetipo que ella reconocía de películas y libros, un aristócrata, un acaudalado *playboy*. Él tenía que conocer a un sinnúmero de personas en París, y si Ruby era algún tipo de indicativo, era atractivo para las mujeres de un modo superficial. Volteó la cara levemente buscándose un ángulo más coqueto.

Por un momento, su mente se quedó quieta; luego, moviéndose un poco, decidió que ella no era su tipo.

Con todo, durante la cena, después de una copa de vino, se quitó los lentes para verse más atractiva a la luz de las velas. Jacques habló sobre París, apenas alzando la mirada cuando Eitingon y Caridad llegaban para ocupar una mesa del otro lado del lugar.

Jacques les decía a Sylvia y a Ruby cuáles eran los mejores sitios para escuchar jazz, los espectáculos más atractivos, pero la comida era su tema preferido. Cuando el camarero apareció discutió largamente con él sobre los vinos y el menú. Conocía las recetas y qué hacía que un platillo fuera especial.

Habló con soltura de la forma correcta de comer y de beber, y de cómo estas cosas cotidianas eran fundamentales en la vida. Cuando llegaron sus platillos, insistió en trocear el pollo, sosteniendo los cubiertos como si se tratara de instrumentos quirúrgicos.

—Hay mucho que ver en París —dijo—. Por supuesto, tienen que visitar Montmartre para ver la mejor vista de la ciudad. Cuando se pronuncia la palabra Montmartre, la mayoría de la gente piensa en el Moulin Rouge, pero la vista desde el Sagrado Corazón es sublime y hay maravillosas callecitas y pequeños y excelentes cafés. Es como un pueblito. De veras, es un pueblo. Las puedo recoger mañana a las once. Hay mucho que hacer y me dará mucho gusto.

NUEVE

Jaló una hebra de hilaza de la madeja, manteniendo la vista en la punta de las agujas, que movía rápidamente, sin verlo a él.

—¿No tienes noticias de Lena?

—Sólo una nota, por fin.

—¿Qué dice?

—Que quiere dejar de escribirme por un tiempo.

—¿Por qué?

—Dice que es muy difícil. Cuando llegan mis cartas su madre las intercepta.

—¿Y cómo te sientes?

—No me agrada, pero si es lo que ella quiere…

Caridad suspiró, levantando una ceja a la vez que tomaba un puro.

—Así que la chica Weil se va. Eso cambiará las cosas.

—Sí. Estoy seguro de que Sylvia se volverá tímida sin Ruby de chaperona.

—¿A dónde la llevas?

—A Versalles, a ver el castillo.

Caridad asintió.

—Tendrás oportunidad de sacar el Citroën a la carretera. Y los norteamericanos adoran los palacios.

—¿De veras?

—Es lo que sé —levantó la vista para verlo—. Ahora empieza el trabajo de a de veras.

—¿El trabajo de a de veras?

—La seducción —dijo ella.

—Ah, sí, eso.

—¿Cómo procederás?

—No será difícil. Estudió psicología. Le confiaré los problemas que tengo con mi compleja madre.

La comisura del lado derecho de la boca de la madre se levantó en un conato de sonrisa. Le dio una fumada al puro y se quedó viendo el humo mientras lo exhalaba.

—¿Tienes algún indicio de que sospeche de ti?

—¿De qué? —dijo él, tratando de dispersar el humo con la mano.

—De que la estés engañando.

—Si dejo que me impregne el humo de puro, va a sospechar que tengo una aventura con un hombre —se sacudió una imaginaria pelusa de las iniciales en azul marino de su manga, preguntándose si el color marrón no habría sido mejor para la camisa rosa—. No tiene en buena opinión a los aristócratas. A su juicio, difícilmente puedo ser peor que lo que le he dicho que soy.

—Pero eso no quiere decir que no se enamore de ti.

—No, claro que no.

—¿Sospecha que eres mucho más joven?

—No. Al parecer estoy envejeciendo muy rápido.

—¿Y a dónde la vas a llevar a cenar esta noche?

—He pensado en ese pequeño lugar de Vieux Colombier.

—Qué pena que use lentes. No es chic en absoluto.

—No le interesa la moda. Es una intelectual, un poco como tú, mamá.

DIEZ

Sus zapatos taconeaban en el parquet cuando pasearon por los aposentos reales del Palacio de Versalles, mientras sus reflejos flotaban en el vidrio nublado de los inmensos espejos dorados. Sylvia se movía muy despacio, deteniéndose para leer largos párrafos de su guía de turista. Cuando llegaron a una salida, Jacques se dirigió a una de las grandes escalinatas para fumarse un cigarro. Extrañaba a Ruby, que conversaba tontamente, coqueteando. Pero ahora se concentraba en Sylvia. Sentía que necesitaba ir muy poco a poco, que para conseguir su atención tenía que ofrecerle un enigma.

Se volteó cuando la escuchó venir. Llevaba en las manos su guía; llevaba puestas sus sandalias de tacón alto y su vestido de algodón amarillo.

—Lamento haberme tardado —se disculpó—. No quería hacerte esperar.

—No lo hiciste. Podemos quedarnos todo el tiempo que quieras.

—El castillo es hermoso, ¿verdad?

—Es un sitio tenebroso para mí.

—¿De veras? ¿Con todos esos candelabros y espejos?

Ella lo vio, cubriéndose del sol con la mano derecha, su cara reflejada en los vidrios de sus lentes de sol.

—¿Quieres ver los jardines?

—Se está poniendo caluroso. Creo que vi un café cuando íbamos a la villa.

—Sí, por mí está bien. He visto demasiado.

Caminaron al estacionamiento y luego bajaron por el angosto carril bordeado de sicomoros; un penacho de polvo blancuzco se levantó tras ellos. En el pueblo, se detuvieron en un café con terraza, donde eligieron una mesa a la sombra. Él ordenó lo que iban a tomar y enseguida encendió un cigarro.

—Me imagino que Versalles y la revolución son más interesantes para alguien con una historia familiar como la tuya.

—¿Qué quieres decir con lo de mi historia familiar?

—Ruby me contó cómo tu familia abandonó Rusia antes de la revolución, que los Ageloff eran una familia rica en Rusia.

Sylvia se rio.

—Es absurdo.

—¿No es cierto?

—No me imagino de dónde sacó eso Ruby.

—¿No es una amiga cercana a la familia?

—No. De hecho, no conozco tan bien a Ruby. Era amiga de mis hermanas hasta que se pelearon por la política. Ella dejó de hablarles cuando la acusaron de ser estalinista, pero empezó a llamar cuando supo que yo venía a París.

—¿Y los Ageloff no eran judíos acaudalados? ¿No huyeron de Rusia?

—Muy lejos de eso. Mi padre era de un pueblo pequeño en Ucrania. Llegó a Nueva York a finales de 1890, mucho antes de la revolución. Era un muchacho sin dinero y analfabeta. Todavía no habla muy bien inglés.

—Pero tú eres muy culta.

—Sí, era muy importante para él porque tuvo tan poco. No sé cómo aprendió.

—¿Vive todavía?

—Sí, claro, pero es graciosa su historia. Construyó un edificio de departamentos que se inauguró justo antes de la depresión en 1929. Cuando se menciona las torres Ageloff, alguien invariablemente dice: "ah, sí, Ageloff. Saltó de su rascacielos cuando se desplomó el mercado".

—¿Era un rascacielos?

—Sí, supongo que así se le puede llamar.

—¿Llegó sin un centavo pero construyó un rascacielos?

—Se había metido en el negocio de la construcción. Había tenido éxito.

—Debe ser verdad lo que dicen de Estados Unidos, que ahí todo es posible.

—Siempre fue bueno con los números, y no tenía miedo de tomar riesgos. Y

me imagino que tuvo suerte.

—Sí, la suerte es importante —convino Jacques.

Cuando el camarero llegó con el vino, Jacques tomó un trago, un vino rosado deliciosamente frío. Sylvia hizo lo mismo.

—¿Puedo ver tus lentes? —preguntó extendiendo la mano.

—¿Mis lentes?

—Quiero ver el marco.

Ella se quitó los lentes y se los pasó.

—Son muy bonitos —dijo él, tras examinarlos—. El azul hace resaltar el azul de tus ojos. No creo que haya de éstos en Europa. ¿Odias usarlos?

Sylvia sonrió con valentía.

—No creo que a ninguna chica le guste usar lentes.

—Me gustan más los míos. Creo que me hacen ver como intelectual, lo cual, por supuesto, no soy. Pero es diferente para un hombre. ¿Has probado anteojos oscuros?

—No, nunca.

—Toma, pruébate los míos —dijo él, pasándole sus anteojos. Se rio cuando ella se los acercó a los ojos y retrocedió sorprendida—. Mis lentes deben tener muy alta graduación.

—O al menos son diferentes —dijo ella.

—Pero déjame ver cómo luces. Cierra los ojos si necesitas hacerlo. Sí,

son lindos. Deberías considerar conseguir unos lentes de sol. Te hacen ver como estrella de cine.

—¿Estrella de cine? Jacques, sé serio —dijo ella quitándose los lentes.

—En serio. Te voy a llevar con mi optometrista en París.

Cuando volvían a París, Jacques sintonizó una estación de radio que ocasionalmente tocaba alguna canción norteamericana. Ambos sonrieron, y canturrearon junto con Fred Astaire “Nice Work If You Can Get It”.

Holding Hands at midnight,

‘neath a starry sky

Nice work if you can get it

And you can get it —if you try

Jacques se veía feliz hasta que llegaron a las afueras de París, luego se puso serio, y dejó que Sylvia viera las sombras que lo envolvían, dejó que se preocupara.

—Temo que estés cansada de mi compañía —dijo cuando estacionó el coche frente al hotel—. Pero estaba pensando si querrías ir a cenar conmigo de nuevo esta noche. Hay algo que me inquieta. Creo que me comprenderás, que puedo hablar contigo con confianza.

Por supuesto, Sylvia accedió. Esa noche fueron caminando del hotel al restaurante. Jacques se veía particularmente atractivo, en su oscuro traje a rayas.

Le acomodó la silla a Sylvia, ordenó un aperitivo, y discutió el menú con el camarero. Finalmente, enmarcados por la luz de las velas, dejó a sus ojos

recorrer el rostro de Sylvia, después dio un largo respiro y suspiró.

—No sé cómo decirte esto. Me temo que no pensarás bien de mí, que podría ser la última vez que te veo.

Ella inclinó la cabeza a un lado.

—La verdad es que he cometido un error, un gran error en mi vida, y no sé cómo remediarlo. Te conté de mi madre, que estoy muy apegado a ella. Siempre he hecho todo lo que he podido para complacerla.

—¿Sí?

—Debes entender que el mundo del que vengo es muy diferente al tuyo. No somos libres como lo eres tú. Lo que tu padre hizo nunca podría haber ocurrido en Bruselas. Nosotros siempre estamos conscientes del pasado. La historia nos guía en todo. Siempre sentimos esa obligación para con la familia.

—Sí, creo comprender.

—Cuando yo era joven, demasiado joven para tener buen juicio, mis padres eligieron una chica para casarme con ella. Sí, Sylvia, así se hace todavía. La chica no era de la nobleza, pero mis padres querían una alianza con su familia, por asuntos de negocios. Es una chica muy linda pero nada interesante, al menos no para mí.

Él se observó las manos, que reposaban sobre la mesa; luego tomó un cigarro de la cigarrera y lo encendió.

—Hice lo que mis padres querían y me casé con ella. Quise complacer a todo el mundo, pero al final no pude —sonrió con tristeza—. Aquí, lo civilizado sería buscarme una amante. El matrimonio es la familia y la propiedad. El romance es algo más. Pero yo quiero que me quieran por mí mismo y amar a alguien que me comprenda. Por eso estoy aquí en París.

—¿Sí?

—He pedido el divorcio, pero ella se niega y mis padres se han puesto de su lado. Dicen que soy inmaduro, que tengo que mantener mi parte del convenio.

—¿Tu parte del convenio?

—Sí, así es como piensan ellos.

—¿Tienen hijos?

—No. Si los hubiera nunca podría irme. Y al conocer a alguien como tú, alguien que es libre, ahora entiendo que tengo que hacerlo.

—No puedes seguir casado con una mujer a la que no quieres. Tus padres tendrán que entender. No pueden detenerte, ¿o sí?

—Pueden detener el dinero —respondió.

—Aún eres joven. Tienes una buena educación. Puedes empezar una

carrera.

—No sabes cómo son las cosas para nosotros en Europa, tan agobiados por el pasado, la historia, cercados por todas esas tradiciones. Cambiar, empezar; ésas no son palabras que signifiquen lo mismo para nosotros. Vemos la vida de modo diferente.

—Pero si no eres feliz debes cambiar. Siempre hay excepciones. Sólo tenemos esta vida. Tenemos muy poco tiempo, tenemos que usarlo lo mejor posible.

Él puso su mano derecha encima de la mano izquierda de ella y la apretó.

—Sylvia, estoy tan contento de haberte conocido.

ONCE

—Le da a tu apariencia un toque de brío —dijo Jacques, estudiando el reflejo de Sylvia en el espejo. Había seleccionado un sombrerito de paja, laqueado de blanco, que se acomodaba garbosamente al lado derecho de su cabeza.

—¿No crees que parece un plato? —dijo ella sonriendo.

—No, no, para nada. Es del tamaño de un plato pero pequeño. Un platillo.

Él se volvió a la vendedora y empezó a hablar rápidamente en francés. Sylvia comprendió las palabras *drôle*, *gamine*, *mignonne*. Para Jacques era natural llevar a Sylvia de compras. Sylvia no sabía nada de la moda, y él había pasado tanto tiempo escuchando a las chicas de los cafés hablar de ropa, que podía guiarla a los zapatos idóneos, el cinturón perfecto. La había llevado con un peinador para que le cortara el cabello, un peinado corto y a la moda, y, con su orientación, a ella le dio por probarse una pequeña mascada de seda alrededor del cuello y arremangarse las blusas como había visto que lo hacían los chicos.

—Sí, el sombrero te da estilo —pronunció sacando su billetera mientras la vendedora movía la cabeza de manera aprobatoria.

Los amigos de Sylvia que se hospedaban en el hotel St. Germain advirtieron al guapo y bien vestido francés que arribaba cada mañana a las once, llevándole a Sylvia el correo de la oficina de American Express. Se fumaba un cigarro mientras la esperaba, luego la escoltaba

hasta el Citroën negro para llevársela con él.

Imaginando que iba a escuchar brillantes discursos y debates, Sylvia había ido a París como observadora de las reuniones de la Cuarta Internacional, pero tras el asesinato del hijo de Trotsky, el secretario de la organización, Rudolf Klement, había decretado que no podían encontrarse más de dos personas a la vez: una forma segura de desanimar a los infiltrados. No habría congreso, ni juntas generales en París, y casi nada que Sylvia pudiera observar.

Afortunadamente, Jacques estaba allí para entretenerla, planeando salidas, llevándola a restaurantes, a museos, a conciertos. La obsequiaba con atentos regalos: un ramo de violetas, chocolates, una canastilla de ciruelas maduras. No hizo nada abrupto que pudiera sobresaltarla, pero escuchaba atentamente lo que

ella decía y alababa su inteligencia, su perspicacia y simpatía. A veces él aludía al futuro de un modo melancólico, mirándola a los ojos por más tiempo del necesario.

—Sylvia, algún día quisiera mostrarte los Pirineos. ¿Sabías que hay glaciares? Sí, lejos al sur, grandes corrientes de hielo que refulgen frente al sol.

Ahí es a donde voy a practicar alpinismo. Los pueblitos son hermosos; la comida y el vino, excelentes. No hay nada más satisfactorio que escalar hasta la cima de la montaña, y ver el mundo hacia abajo. Y, Sylvia, si tú vinieras, yo no necesitaría escalar. Nos hospedaremos en hostales, haremos largas caminatas, dormiremos como ángeles.

En el hotel St. Germain, Walta Karsner, advirtiendo a Jacques y el cambio en la apariencia de Sylvia, fue la primera en felicitarla por haberse hecho de un amante.

—¡Walta! —rio Sylvia, sonrojándose intensamente.

—Sylvia, esto es París. Es lo que se espera que hagas —californiana, Walta rara vez hacía lo que se esperaba de ella. Había crecido en una familia acaudalada de metodistas en Sacramento, pero había ido al Bernard College en Nueva York, donde se había casado con un estudiante de Columbia que era judío y comunista. No veía límites donde otros los veían.

—Lamento desilusionarte pero Jacques no es mi amante.

—¿Y por qué no? Es muy atractivo.

—Sí, Jacques es encantador, pero realmente no es mi tipo.

—¿Qué quieres decir?

—No es un intelectual.

—¿Qué importa? Es muy guapo, y ya sabes lo que dicen de los franceses.

—¿Qué dicen?

—Te besan en los lugares que los norteamericanos nunca soñarían siquiera.

—¡Walta!

—Es lo que dicen.

—Bueno, no importa. No le interesa la política ni las cosas que a mí sí. No es muy tranquilizador escucharlo hablar de Hitler y no creo que sepa que Franco partió en dos a España.

Manny, el esposo de Walta, y el resto de los hombres que asistían a las reuniones de la Cuarta Internacional mostraban poco interés en Jacques, pero Walta andaba siempre ansiosa buscando su compañía. Pasó una mañana con ellos, explorando los senderos boscosos en Père Lachaise, buscando las lápidas

de Chopin, Balzac, Proust y Bernhardt. Después, Jacques las llevó a almorzar y luego a nadar a la playa que conocía en el Marne.

Tumbada al sol, moviendo los dedos de sus largos pies blancos, Walta observaba a Jacques en el trampolín de la piscina. Estaba concentrado, absorto, su cuerpo perfectamente proporcionado; los músculos se movían ágilmente por debajo de su piel aceitunada.

—¿Cómo lo conociste? —preguntó Walta.

—Por una chica de Nueva York.

—Me recuerda a los chicos que iban a Stanford. Ya sabes, ricos, atléticos.

—Sí, él entrena cada mañana en el gimnasio —dijo Sylvia.

—¿Qué tipo de entrenamiento?

—Boxeo, natación, esgrima.

—Debe ser maravilloso en la cama.

Sylvia sonrió pero no dijo nada.

—Siempre he sabido que los intelectuales son mejores amantes, más imaginativos y sensibles. Pero algunos de ellos son fríos; al menos los atletas son conscientes de que tienen cuerpo.

—Me imagino.

—Ay, Sylvia, no me digas que no lo han hecho.

—¡Walta, la situación es complicada!

Walta guardó silencio un momento. El trampolín se dobló y rebotó con un sonido a madera hueca; Jacques partió el agua verde para luego resurgir con el cabello pegado al cráneo.

—¿Estás diciendo que es por él? —dijo Walta, mirando a Sylvia con compasión.

—No, claro que no, pero… —Sylvia escuchó su propia indecisión, sintió que un nudo se le formaba en la garganta—. Somos muy diferentes.

—¡Por Dios! —gimió Walda, poniéndose boca abajo.

Ramón observaba con consternación su departamento, preguntándose cómo podría siquiera llevar allí a Sylvia. Las habitaciones —una recámara, un baño, un foyer, una sala, un recoveco para cenar, una cocinita— estaban amuebladas con un horrible sofá café, un sillón verde, una cama y una cajonera, un maltratado juego de comedor. No tenía alfombras ni persianas, nada que diera al lugar la apariencia de una casa, mucho menos un nido de amor. Ramón sabía cocinar pero consideraba la decoración interior como un territorio engañoso,

lleno de normas misteriosas y la oportunidad para muchos deslices.

¿Una lámpara? Necesitaba una lámpara o dos. O tres. La iluminación del techo era chillona.

¿Cortinas y una alfombra? No sabía cómo o por dónde empezar. No podría pedirle a Eitingon ni a Caridad que lo ayudaran. Sus departamentos se veían peor que el suyo, llenos de mobiliario de oficina maltratado. Quizá podría encontrar un candelero para la mesa,

una fotografía o algo así para colgar en la pared.

Inventaría cualquier tipo de historia para argumentar por qué Jacques Mornard vivía en un lugar así. Había habido un incendio. Todas sus posesiones se habían destruido. Necesitaba unas fotos enmarcadas de familiares y amigos, algo que diera indicios de una vida, al menos una fotografía para poner encima de la cajonera. ¿Y la cama? Le preguntaría al conserje dónde comprar ropa de cama y cuánto había que pagar.

Descubrió que, muy en el fondo, su identidad como Jacques Mornard lo inhibía. A Ramón la seducción se le daba naturalmente. Coquetear era una distracción, un pasatiempo. Como casi todos los españoles, había puesto a su novia Lena en un pedestal, pero otras mujeres eran blanco fácil. Él y Sylvia habían alcanzado esa deliciosa fase de suspenso en que algo tiene que ocurrir.

Adondequiera que miraran había parejas besándose en los puentes, en los pasillos, en las bancas de los parques; hombres y mujeres fusionados en profundos y apasionados besos. París labraba su embrujo. Sylvia lo miraba de una forma distinta. Se retraía, esperando que él la siguiera. Él era un experto para leer estas señales, pero ahora se sentía tímido y se observaba a sí mismo tanto como a Sylvia.

—Esto es temporal —le dijo la primera vez que la llevó a su departamento

—. Vivía con un amigo de Bruselas que tiene uno de esos departamentos enormes llenos de antigüedades y cosas de familia. Nunca he necesitado nada más que mi ropa, y ahora que él ha regresado a Bruselas, necesito traer mis cosas propias.

En realidad, el departamento estaba desnudo, despojado de fotografías, libros y arte, las pistas comunes de una identidad. Sylvia vio las botas para montar, recogió los cepillos para el cabello que él había encontrado en una tienda de antigüedades y en los que había mandado grabar sus iniciales.

—¿Te gustan? —le preguntó él, acercándosele mientras ella pasaba sus dedos por las letras en relieve—. Pertenecían a mi abuelo. Las cerdas están montadas en marfil, los lomos son de plata.

Cuando se inclinó, ella se dio la vuelta para verlo a los ojos. Él le quitó los

lentes, luego se quitó los suyos.

—He estado deseando hacer esto —dijo, y la besó—. No sé por qué dudé.

Cuando él la besó, ella respondió cariñosamente.

—Sylvia, quizá no deberíamos.

—No. Todo está bien. Yo quiero.

Cuando le desabotonaba la blusa, él sintió una oleada de triunfo; sintió que estaba teniendo éxito, avanzando en su agenda. Ella dejó resbalar la blusa por los hombros, ligeramente cubiertos de pecas, su piel blanca y suave cuando él se acercó por detrás para desabrocharle el sostén. Cuando ella se retiró tímidamente, él se ocupó por un momento en quitar el cubrecama, y enseguida fue hacia las ventanas para cerrar los postigos y atenuar la luz vespertina. Luego la vio a ella bajo las sábanas, la cabeza rubia sobre la almohada.

—¿Necesitas algo? —preguntó él.

—No, sólo esto.

Sonriéndole, se quitó la corbata, luego se sentó en una silla para quitarse los zapatos:

—Te ves tan hermosa. Hacer el amor en la tarde…

—Suena un poco lujurioso…

—No es lo que estaba pensando.

Mientras se desabotonaba la camisa, fue al baño, se lavó las manos y luego se untó un poco de pasta en los dientes. Al regresar traía puesta una bata azul marino; se sentó a un lado de ella al filo de la cama y le puso las manos en los hombros cuando se inclinó para besarla. Tras un momento, ella se deslizó hacia el centro de la cama para que él pudiera meterse. Él se quitó la bata e hizo a un lado las sábanas para tocarle los pechos, pasándole las yemas de los dedos por la piel.

Él se imaginó que podría sentirse distante al hacerle el amor; ya lo había hecho, tener sexo en modo mecánico. Así que cuando hicieron el amor, se sorprendió por lo sintonizados que estaban y por el golpe afectivo que sintió por ella.

Después de terminar, ella lo miró encender un cigarro.

—Walda tenía razón.

—¿En qué?

—Dijo que los franceses eran excelentes amantes.

—Pero yo soy belga.

—Sí, claro.

Él le tocó el hueso de la clavícula, un detalle afectivo.

—Todos creen que soy tu querida.

—¿Que te estoy reteniendo?

—No, no eso. Creen que soy tu amante.

—¿Te importa?

—No realmente —ella se quedó callada por unos segundos, mirándolo fumar, y finalmente, con decisión, dijo—: ¿te gustaría ir a algún lado?

—Sí, claro —respondió él—. ¿Pero a dónde?

—Va a haber un encuentro de la Cuarta Internacional en un pueblo en las afueras de París. Todo es muy secreto, la única reunión en donde todos se encontrarán con todos. ¿Te gustaría venir?

—Si es tan secreto, ¿puedo estar ahí?

—Preguntaré. Creo que no habrá problema. Todo el mundo sabe quién eres.

—¿En qué pueblo?

—Périgny. Unos viejos amigos de Trotsky tienen una casa ahí, Alfred y Marguerite Rosmer.

—¿Será aburrido?

—Probablemente. Pero Walta y Manny van a ir. Podemos ir en coche todos juntos.

—Supongo. ¿Cuándo es?

—Pronto. Voy a verificar la fecha.

—Sí, iré, pero júrame que no será demasiado aburrido.

DOCE

En algún lugar del bosque cantó un cucú, haciendo un golpeteo hueco que intensificó el silencio de un día campestre, igual que el sonido metálico del cencerro de una vaca y el zumbido de una mosca. Hacía calor; eran casi las tres de la tarde. Vestido de traje y con lentes de sol, él se paró junto a un cerco de rododendros, fumando y pasándose por la cara un pañuelo mientras gotas de sudor le escurrían de las axilas.

Un hombre, robusto y arrugado, estaba hablando monótonamente, con un grueso acento alemán, acerca de las amenazas a la seguridad de la Cuarta Internacional y de los rumores de que los agentes de la GPU intentaban infiltrarse; a su lado estaba Étienne, un hombre de aspecto juvenil, con ojos muy separados y una boca delicada: la cara perfecta de la traición.

—¿Quién es el alemán? —susurró Jacques cuando se acercó Sylvia para tomarlo del brazo.

—Rudolf Klement —le respondió susurrante ella—. Es el secretario. Está al mando.

—¡Ah!

—Te miras intranquilo.

—Sí, esto es tedioso. Ya sabes cuánto odio la política.

Un hombre cerca del frente levantó la mano para hacer una pregunta.

Estaban en el jardín al lado de una casa de piedra con un techo de tejas. La reunión podría haber sido una fiesta académica o una reunión de feligreses.

—Madame Rosmer preguntó si eras mi prometido —murmuró Sylvia.

—¿Quién?

—Jacques, deberías poner más atención. Alfred y Marguerite son nuestros anfitriones.

—Lo siento. Hace mucho calor.

—Nos iremos pronto a París.

—Está haciendo calor en la ciudad. Quiero irme.

—Sí. Nos iremos pronto.

—No. Quiero decir: irme de París. Estaba pensando qué gozoso podría ser en los Pirineos, donde sé de un hotelito encantador administrado por una familia.

Podemos comer excelente comida, ir de excursión durante el día, y dormir de noche bajo colchonetas.

—Suena divino —dijo Sylvia, apretándole el brazo—. ¿Podemos invitar a Walta y Manny?

—Podemos. ¿Pero realmente los queremos con nosotros?

—Sería más fácil para mí decirle a mi familia que voy a ir en grupo.

Jacques puso los ojos en blanco.

La reunión se acercaba a su fin. Marguerite Rosmer, una fornida mujer que traía puesto un sombrero de paja negro y un vestido floral en blanco y negro, se les acercó. Tenía una cara alegre, ojos azules muy vivos y pechos voluminosos.

—Estamos tomando té y refrescos —le dijo a Sylvia en un inglés meticuloso y escolar. Espero se puedan quedar.

—Me temo que tenemos que volver a la ciudad —respondió Sylvia.

La mujer se volvió hacia Jacques y le habló muy rápido en francés.

—¿Qué decía? —preguntó Sylvia cuando Marguerite se fue.

—Nada en realidad. Me estaba preguntando por mi familia.

Se dirigieron al coche de Jacques; en el camino pasaron por Walta y Manny.

De vuelta a París, Sylvia les platicó sobre los Pirineos: los pueblos, la comida, la trucha pescada de las congeladas corrientes.

—¡Ay, sí! —dijo Walta.

—Suena bien, pero no podemos viajar como lo hacen ustedes.

—¿Qué quieres decir, Manny? Viajaríamos juntos.

—Walta y yo no podemos pagar hoteles elegantes ni comer en

restaurantes de primera clase.

—No se preocupen —dijo Jacques—. Los hoteles son modestos. Y ustedes serán nuestros invitados.

—No, Jacques, tú siempre te adelantas con la cuenta, muy generoso de tu parte. Pero necesitamos pagar nuestros gastos. Si vamos, nos quedaremos en hoteles que podamos pagar. No puedes decidirlo todo.

—Pero yo invitaré el vino. No tolero el mal vino.

TRECE

—Pero ¿se ha enamorado? —preguntó Caridad, con los ojos entrecerrados ante el humo de tabaco que salía de su boca. Estaba tejiendo a gran velocidad, ahora con hilaza roja y negra.

Ramón se acercó para alcanzar el paquete de cigarros en la mesa. Eitingon estaba sentado en un sillón, leyendo un periódico.

—No, supongo que no —admitió Ramón—. Al menos, no todavía.

Caridad jaló impacientemente una hebra de hilaza negra.

—Tienes que hacer que se enamore de ti. Si no, no podrás controlarla.

Necesitas control absoluto.

—Detesto lastimarla.

Los labios de su madre se curvaron en una sonrisa más delgada.

—¿Lastimarla? Rómpele el corazón. No seas tonto. Esto es una guerra. Un sinfín de personas han sido asesinadas. Otras tantas morirán.

—Ella es tan confiada.

—Le estás dando un tiempo único, un romance, algo que recordar de París

—y continuaba tejiendo, frunciendo el ceño frente a las agujas y la hilaza—.

Qué lástima que no fuera virgen.

—No creí que lo fuera.

—¿Te ha contado de sus amantes?

—No precisamente, pero hay un profesor en Nueva York del que habla.

Caridad jaló una hebra de hilaza roja más larga, luego sostuvo en alto lo que se estaba convirtiendo en un pequeño suéter con rayas horizontales.

—Lo que seduce a una mujer no es la gratificación, sino el misterio. ¿No es cierto, Leonid? No es lo que das, sino lo que retienes.

Eitingon echó un vistazo por encima del periódico.

—Sí, claro.

—¿Qué sugieres?

—Sylvia no es una colegiala. Es una intelectual. Tienes que hacer algo para

acaparar su atención.

—¿Como qué?

—Podrías desaparecer.

—¿Desaparecer?

—Tan miope como es, no será difícil. Eso le procurará a ella un enigma, un misterio.

—¿Dices que me vaya de París?

—No, pero haz como que sí. No le quites el ojo de encima. Pero deja que hierva a fuego lento, que se cocine. Cuando esté en su punto, vuelves por ella.

—¿Pero cómo desaparezco?

—Inventas algo. Tienes una emergencia de familia en Bruselas. Puedes escribirle a Sylvia desde allí a través de uno de nuestros camaradas. Por sus cartas sabrás lo que ella piensa. Le pagas a uno de los recepcionistas del hotel para que te diga lo que ella hace. La observas a distancia. La sigues de vez en cuando. Será interesante, un jueguito con que entretenerse.

—Suena cruel.

—Sí, ¿verdad? —continuó tejiendo mientras pensaba más en el asunto —.

Pero si quieres que tu desaparición tenga el mayor impacto, puedes prepararla.

Planea para ella algo especial como anticipo.

—Le he estado hablando de los Pirineos. Planeamos ir allí.

—Eso es.

—¿Pero qué tal si por casualidad me topo con ella? Estaremos en la misma ciudad, la misma barriada.

—Conoces sus hábitos, a dónde va y cada cuándo. Puedes evitarla tan fácil como la puedes seguir —Caridad encogió los hombros—. Y si te la encontraras, pensarás en algo. Acabas de regresar e ibas a verla.

—¿Y si ella me busca aquí, en este edificio?

—No tiene llave de acceso al pasillo. Le damos propina a la conserje. Ella no hablará.

—Me imagino.

—Claro. Piensa en todo el tiempo y el dinero que te ahorrarás.

Ahora que Jacques y Sylvia tenían en mente las montañas, París resultaba intolerable. Las calles se sentían calurosas y polvorientas. Los parisinos se iban por hordas. Alejarse era lo único sensato por hacer. Vestidos casi como para una fiesta —Sylvia con una falda de algodón suelta que Jacques le había elegido;

Jacques con unos pantalones de algodón blancos y una camisa de lino —, bajaron por el boulevard Saint-Germain para encontrarse con Walta y Manny y planear su viaje.

El crepúsculo había llegado. Luces amarillas ornaban los árboles por encima del café, un punto de reunión predilecto de la Cuarta Internacional. Cuando se acercaron vieron a Walta y a Manny y otros rostros familiares; advirtieron entonces una corriente bien diferente en el aire.

—Oh, Dios —dijo Walta—. ¿Se han enterado? ¿Recibieron el mensaje

que les dejamos en el hotel?

—¿Saber qué? Estábamos cenando.

—Rudolf Klement ha desaparecido.

—¿Quién? —preguntó Jacques.

—Lo viste en la reunión con los Rosmer. Es el secretario de la Cuarta Internacional.

—No desapareció —dijo Manny con coraje—. Lo ha secuestrado la GPU.

—Todavía no lo sabemos —objetó Walta.

—Estamos hablando de Rudolph —insistió Manny—. Nunca llega tarde. No se presentó en su oficina, ayer ni hoy. Algo le ocurrió.

—¿No está en su departamento? —preguntó Sylvia.

—Tom y yo fuimos a su domicilio. La puerta no tenía seguro y la cena estaba en la mesa. El periódico de la tarde junto a su plato, el periódico de anoche. Él no probó bocado. Parecía que se disponía a comer cuando alguien tocó a la puerta.

—La GPU lo vigilaba —dijo otro hombre—. Si no lo están torturando, ya está muerto.

—¿Han notificado a la policía? —preguntó Jacques.

—No hay nada que ellos puedan hacer.

Tal vez fue por la llegada de Jacques y Sylvia, o tal vez fue mera coincidencia, pero el grupo empezó a disgregarse. Sintiendo la presencia del peligro, Sylvia se hundió en la silla de junto a Walta. Jacques tomó el asiento detrás de ella y llamó al camarero.

—¿Y ahora? —preguntó Walta.

Nadie respondió.

—¿Todavía van a ir a los Pirineos?

Sylvia y Jacques se miraron. Él encogió los hombros, moviendo la cabeza

como si buscara una salida.

—Quiero marcharme.

—Sí, deberíamos irnos también —dijo Sylvia—. Todos. No hay nada que podamos hacer aquí.

CATORCE

Sylvia despertó a medianoche con el corazón palpitándole con fuerza y la certeza de que había alguien en su habitación. Tanteando en la oscuridad para encontrar sus lentes, estaba a punto de gritar cuando sintió que la mano de un hombre le cubría la boca y oyó a Jacques murmurar.

—¡Sshht! Soy yo. No tengas miedo.

El colchón cedió y los resortes rechinaron cuando se sentó junto a ella.

—¡Ay! —soltó un quejido de alivio—. Tuve tanto miedo.

—No, no, no. Soy yo.

—Jacques, ¿qué haces aquí? —todo le parecía borroso, con la modorra por el sueño: almohadas, sábanas, bata para dormir.

—¡Shhht! No podía irme sin decírtelo.

—¿Irte? ¿A dónde? —preguntó, tratando de encender la lámpara.

—No, no enciendas la luz. No quiero molestarte. Me iré antes de que lo sepas.

—¿Irte? —dijo ella apoyándose sobre los codos.

—A Bruselas. Mis padres tuvieron un accidente. Me tengo que ir de inmediato.

—Jacques, ¿están heridos?

—Mi hermano vino para conseguir un cirujano y nos vamos ahora mismo.

Es muy serio. El chofer murió, y a mi madre podrían amputarle una pierna. No entiendo cómo es que mi padre salió ileso.

—¡Ay, Jacques!

—Ya sé, nuestro viaje a los Pirineos…

—Eso no importa. ¿Cuándo regresas?

—Te escribo en cuanto pueda.

—¿Quieres que vaya?

—No, claro que no —la abrazó por un instante, luego se marchó antes de que estuviera completamente despierta; la puerta se cerró tras él.

Más tarde, cuando ella se despertó de nuevo, la aparición y desaparición de Jacques le parecieron extrañas, como de ensueño.

—¿Cómo eludió al portero y al recepcionista? —preguntó Walta cuando Sylvia la llamó para notificarle que pospondrían el viaje.

—Quizá estaban durmiendo.

—Pero cierran con llave la puerta de la calle. Y tú cierras con llave tu cuarto.

—No sé —respondió Sylvia—. Quizá Jacques sobornó al portero.

—¿Pero por qué vino su hermano a París para conseguir un cirujano si era una emergencia? Debe haber buenos cirujanos en Bruselas.

—Quizá se trate de un cirujano en particular. O quizá ese cirujano vive aquí en París.

—¿Por qué el hermano no le llamó por teléfono o le envió un mensaje?

—Walta, ¿por qué tantas preguntas?

—Suena muy extraño.

—Lo sé. Pero estoy segura de que Jacques puede explicarlo cuando esté de vuelta.

Ramón subió en el coche, llegando a la conclusión de que era lo mejor para pasar desapercibido: un gris y viejo Peugeot que le daba una perspectiva clara de la entrada del hotel St. Germain. El coche olía a rafia podrida de la tapicería, y había una sospechosa botella llena de un líquido dorado que parecía aceite de motor. Revisó la guantera y encontró un mapa de Francia escondido en la visera.

Mientras aguardaba, se sintió invisible. Si Sylvia aparecía en su dirección, se pondría el mapa enfrente de la cara, una estrategia que era simple pero efectiva.

Sin embargo, había advertido que la gente citadina como Sylvia rara vez se fijaba en los automóviles para identificar a sus ocupantes; mientras que los nativos de pueblos pequeños, que querían conocer a todo el mundo, siempre trataban de identificar a la gente en los vehículos que transitaban. Ver era un hábito y una expectativa.

Poco después de las once, Sylvia y Walta salieron del hotel St. Germain.

Sylvia vestía una blusa blanca de mangas cortas; llevaba las mangas enrolladas como él le había enseñado, y una pequeña mascada atada al cuello. Se detuvieron en la calle para hablar, luego Walta se acercó a Sylvia para tocarla en los hombros y las dos se rieron. Al observarlas, Ramón experimentó un sorpresivo resentimiento de que Sylvia estuviera viviendo sin él, pues no mostraba señales de necesitarlo. Resentía la ruptura de su vida diaria y echó en falta la rutina que había creado con ella.

Miró su reloj de mano y supuso que ella se dirigía a American Express a recoger su correspondencia. Cuando Sylvia y Walta dieron la vuelta en la esquina, salió del coche para seguirlas. Se quedó en un portal cuando las jóvenes se separaron, y luego Sylvia entró a la oficina de American Express. Ramón se subió en otro coche vacío —los parisinos rara vez cerraban con llave sus coches

— y se puso a esperar que Sylvia recogiera su correspondencia. Él sabía que iba a ir a su café favorito. Que se sentaría en una de las sombreadas mesas que daban a la acera, que iba a ordenar un café late y leer su correo.

Desde otro coche estacionado, la vio abrir un sobre; estaba seguro de que era su carta pues conforme ella empezó a leerla notó que se llevó la mano a la boca en estado de conmoción. Le había costado describirle el accidente de sus padres, cómo habían conducido desde su casa de campo para pasar un día en Bruselas cuando su padre le dijo al chofer que se detuviera porque quería orinar: un toque realista, pensó Ramón. Su padre estaba parado junto a la carretera cuando un camión de doce toneladas golpeó al coche estacionado, matando al chofer instantáneamente y lastimando a su madre, que se hallaba ahora en estado crítico, esperando saber si los cirujanos iban a amputarle la pierna. El gesto de silencio de Sylvia por la impresión le dio un sentimiento de satisfacción, seguido por punzadas de remordimiento.

Ramón le había pedido que le escribiera a Bruselas a nombre de madame Gaston, una amiga de la familia, explicándole que en el estado tan crítico en que se hallaban sus padres tenían que ser discretos. Madame Gaston enviaba las cartas de Sylvia de vuelta a París y las respuestas de Ramón desde Bruselas con un sello belga.

Las cartas de Sylvia y Ramón iban y venían, estableciendo una correspondencia continua. A Ramón se le hizo costumbre seguir a Sylvia a la oficina de American Express; luego la seguía al café caminando lentamente detrás de ella. Al ver a Sylvia a la distancia, no podía saber lo que ella pensaba o sentía. Sintió una ráfaga de ira cuando cruzó por su mente la posibilidad de que al plan de Caridad le saliera el tiro por la culata, de que su desaparición pudiera hacerle perder a Sylvia. Sylvia no era como las demás. Era la antítesis de Caridad. Sylvia escribía cartas cálidas y afectivas. Los ánimos de Ramón cambiaron cuando vio la letra de Sylvia en un sobre, la oscura tinta azul en el delicado papel cebolla que crujía cuando lo abría. Mientras tanto, no recibía una sola carta de Lena.

Con un París que se vaciaba por las vacaciones, con tiendas y restaurantes cerrados, la ciudad adquirió un aire lúgubre y de abandono. Se sintió un tanto desconectado, como fantasma. Cuando vio un artículo en *Le Monde* sobre

Rudolf Klement, por un momento no pudo identificar al despeinado profesionista a quien había visto hablar en un jardín en Périgny, con el torso metido en un maletero flotando en el Sena. El periódico decía que la cabeza, brazos y piernas de Klement habían sido amputados con tal precisión que las autoridades sospechaban que el trabajo lo había hecho un cirujano.

—¿Fuimos nosotros? —preguntó, pasándole el periódico a su madre.

Ella leyó la noticia.

—¿Qué quieres decir?

—¿Esto lo hizo la GPU?

—Leonid y yo sabíamos de Klement, pero no era nuestro blanco.

—¿Por qué hacerlo tan macabro? ¿Por qué cortarlo en pedazos?

—Por eficacia.

—¿La única manera de poner su cuerpo en un veliz?

—Bueno, sí, pero como ha demostrado Stalin, si se imbuye terror en la gente, no se les tendrá que encerrar o eliminar. Harán lo que uno quiera.

—¿Era Klement una amenaza? A mí no me lo parecía.

Como si estuviera perpleja, Caridad observó a Ramón por unos segundos:

—Era una figura clave de la Cuarta Internacional. Cómo se veía no tiene importancia.

QUINCE

Más tarde ese mismo día, desde la distancia observó la reacción de Sylvia ante la muerte de Klement. Se le veía ansiosa y agotada. Se le había apagado el brillo, la vitalidad. Se había apoderado de ella una palidez grisácea, un terror que lo hacía a él desear aproximársele. Estaba tan cerca de ella que podría alcanzarla. Se sentía muy mal por estar engañándola.

Cuatro días más tarde, como un eco extraño, su carta llegó de Bruselas.

¡Espantosas y terribles noticias! La policía encontró el cuerpo de Rudolf Klement flotando en el Sena. Apenas puedo escribir esto, pero quien lo asesinó (los secuaces de Stalin, dicen todos), le cercenó los brazos, las piernas y la cabeza, y lo metió en un veliz. Ya no sé qué estoy haciendo en París y tengo que decidir si regreso a mi país. Recibí una carta de mi jefe en la que me dice que sólo me puede esperar hasta el 15 de septiembre; si no regreso seré remplazada.

Me sentiría mejor si al menos supiera dónde andas y qué ha ocurrido. Te has convertido en un misterio para mí. Hoy creí verte. Fue una sensación tan vívida y extraña.

¿Has oído la nueva canción? Te veo en todos los sitios conocidos. ¡Es extraño lo encantadora que puede ser una canción! Pero de veras me pregunto si volveré a verte. Me ha escrito mi familia, y me están urgiendo a que regrese.

Están muy preocupados por lo que está ocurriendo en Europa. Creo que podría soportar las grandes incertidumbres, si tan sólo supiera de ti. Con mucho amor, Sylvia.

Tras leer la carta, caminó al garaje cercano a su departamento, donde tenía su Citroën. Estaba harto de andar siguiendo a Sylvia, jugando el estúpido juego ideado por su madre. No tenía otro plan más que salir a dar un paseo, salir de la ciudad. Pero andar en el coche era tonificante —la sensación de una brisa tibia entrando por las ventanas, los cambios de velocidad, la fuerza del motor—.

Había pensado vagamente en regresar a Versalles pero se encontró de repente en el camino a Lyon, arrastrado de una manera inexorable, como si cada milla que avanzaba fuera otro motivo para no volver, como si hubiera quitado un tapón y

el agua brotara de un drenaje.

Era el mes de agosto, el mes en que uno debe irse de París, huir. Se daría el gusto de pasar una noche en Lyon. Sabía cuál era el restaurante donde iba a cenar, los platillos que ordenaría. Pasearía, visitaría la escuela gastronómica en la que había estudiado, encontraría un hotelito donde dormir.

Desde su coche, empezó a ver los centelleos del río en la distancia, los viñedos aterrazados que subían por las colinas. Los camiones agrícolas se estacionaban bajo las sombras de los árboles junto a la carretera, cargados de tomates, duraznos y ciruelas. Se acordó de Provenza, de los campos de lavanda, de los olivares. El olor se hacía más fuerte, la atracción del sur, la gravedad del hogar.

Al detenerse en el límite de Lyon para cargar gasolina, contó sus francos: suficiente para una comida cara y una noche en un hotel, o suficiente para tres o cuatro días si lo administraba. Condujo hasta la ciudad, siguiendo los chapiteles de la basílica, luego aparcó cerca del restaurante que recordaba que le gustaba.

Repasó el menú en la ventana por unos minutos, y enseguida caminó en dirección a la basílica, paseaba a lo largo del Rin —o quizá era el Saona—

cuando llegó el crepúsculo y los faroles en la calle y la luz de los escaparates se encendieron. Al ver una oficina de teléfonos, vaciló por un momento. Sabía que Caridad empezaría a buscarlo, pero no soportaba la idea de tener que escuchar su voz, su convencimiento de que él haría lo que le pidiera, su voz intimidante y fastidiosa. No, no la llamaría. Tenía que excluirla para él poder escucharse a sí mismo. Había llegado lejos. Era su decisión, y ahora se sentía completo y libre de nuevo.

Compró pan y salchichas, que comió sentado en el Citroën mientras estudiaba un mapa de las carreteras. Lyon estaba un poco fuera del camino, hacia el este, pero podía bajar a Aix; luego se seguiría derecho por la Riviera a Perpignan y eventualmente a Cerbère. Le pidió a un hombre que le indicara el camino a Aix, luego viró hacia el sur. El tráfico era leve pero lento; la mayoría eran camiones que se

arrastraban a cincuenta kilómetros por hora. Pasó por Valencia y se detuvo en las afueras de Aix, cerca de una gasolinera, en donde durmió en el asiento trasero del coche. Cuando despertó y escuchó el insistente zumbido de las cigarras en los árboles, sintió como si volviera a ser niño en Tolosa.

Llenó de gasolina el tanque del coche, consiguió café y pan, y emprendió la marcha por Languedoc-Roussillon. El paisaje se tornó mucho más silvestre y accidentado, y el camino tortuoso y lleno de curvas. El sol calaba y el aire era caliente, denso por el olor a aceite de motor y brea derretida, y el aroma a

enebro, romero y pino. En los intervalos, valles pequeños y cuidadosamente cultivados aparecieron ante su vista con viñedos, olivares y campos de lavanda, seguidos por terrenos silvestres y escabrosos, rocas escarpadas y una cadena de pueblos en la pedregosa cima. Vio gaviotas y percibió que el aire cambiaba; luego, yendo hacia la cresta, a lo lejos vio el pico nevado del Canigou que flotaba espectral en una brumosa capa de neblina azul que yacía entre la tierra y el cielo. Se le hizo un nudo en la garganta cuando avistó la sierra; el camino descendía por la cadena montañosa y apareció a la vista el Mediterráneo, reflejando la curva de la tierra; el oleaje subía y bajaba, marcando el paso del tiempo. Estaba cerca de casa, Barcelona, a unas horas de distancia.

La estación del tren en Cerbère se sentía extrañamente tranquila a las dos de la tarde.

—¿Barcelona? —repitió el hombre en la taquilla—. No, no hay nada para Barcelona.

—¿Nada?

—La frontera está cerrada.

—¿Y para los coches?

—Tampoco. Estamos en guerra, ya sabe.

Afuera, en la calle, vio a un gitano que llevaba a un oso bailarín jalándolo con una cadena. El hombre, vestido con llamativos pantalones negros, camisa y un elegante sombrero negro, se veía curtido y agotado. El oso, que tenía un collar de metal alrededor del cuello, estaba sucio, su pesado abrigo manchado y empolvado. Ramón encendió un cigarro y le ofreció la cajetilla al gitano, que tomó dos, diciendo que uno era para un amigo.

—¿Por dónde cruzas la frontera? —preguntó Ramón en catalán.

El gitano levantó el mentón y con los labios fruncidos señaló tierra adentro, hacia las estribaciones.

—¿En coche?

—A pie o a caballo. Hay caminos.

—¿Cruzando en Puigcerdá al sur de Tolosa?

—No, más cerca. Hay un camino de tierra que atraviesa el bosque. Cuando empieces a subir por las montañas, verás la entrada a un camino a Cataluña.

Ramón regresó al coche, yendo hacia el norte por el asfalto hasta que vio un camino de terracería transitable que corría tierra adentro las montañas. Cuando encontró el sendero, fue de regreso a la estación del tren en Cerbère, estacionó el Citroën y detuvo un taxi, considerando que las posibilidades de que el coche

fuera robado o estropeado eran muy grandes en un camino de tierra tan cerca de la frontera.

Le pagó al taxista, luego bajó por el rocoso sendero. Necesitaba bañarse y rasurarse, aunque se veía relativamente respetable en su blanca camisa y sus pantalones grises. Estaba en Cataluña una vez más, a tres horas de Barcelona por carretera o por tren. Se quedó en el sendero hasta llegar a un camino de tierra, donde dio vuelta hacia la costa. Cuando vio a una mujer de sombrero de paja, trabajando con un azadón en un jardín próximo a una alquería, se detuvo para pedir agua. Limpiándose la frente, con una mancha de tierra en la mejilla, ella le llevó en una pequeña lata un poco de agua de pozo. Tenía cuarenta y tantos años, la cara arrugada y descolorida, los labios partidos. A pesar de su edad y de una cierta pesadez que emanaba de su cuerpo, él alcanzó a ver que era bonita.

—El agua sabe mejor de este lado —dijo él en catalán, limpiándose los labios.

—¿Viene de Francia?

—Sí, pasaba por aquí. Pero soy de Barcelona, y estoy tratando de llegar a casa.

—¿No estuvo ahí durante el ataque aéreo?

—No, pero supe que fue terrible.

Ella asintió con gravedad.

—¿Conoce a alguien que vaya por ahí? Le pagaría porque me llevara. Tengo que dejar mi automóvil del otro lado.

Ella se quedó pensativa, mirando a la distancia.

—¿Qué día de la semana es?

—Miércoles, creo. ¿O es jueves? He estado en carretera.

—Puede que don Tomás vaya. Va cada jueves a vender sus quesos en el mercado del viernes. Se queda en la ciudad con su hija.

—¿Y dónde puedo encontrar a don Tomás?

—En la siguiente casa que encuentre en el camino. Dígales que lo envió Matilda.

Ramón le agradeció el agua y siguió caminando. Vio cabras pastando en un campo antes de avistar la casa, y una vieja camioneta Peugeot frente a un cobertizo de piedra. Un hombre que llevaba puesto un sombrero de paja y un traje oscuro colocaba cubos esmaltados en la parte trasera de la camioneta. Un collie blanco y negro le ladró a Ramón y corrió hacia el hombre, agazapándose y moviendo la cola. El hombre hizo callar al perro, luego se echó el sombrero

hacia atrás para ver mejor al extraño que se acercaba. Ramón mencionó a Matilda, dijo que esperaba conseguir un aventón a Barcelona y que estaría feliz de pagar.

El hombre movió la cabeza. No, no aceptaría dinero. De todos modos irían.

—Para la gasolina —estaba diciendo Ramón cuando salió de la casa la esposa del granjero; llevaba puesto un vestido floreado y un sombrerete de paja.

—Tome, es sólo para la gasolina. Es lo justo.

Con gran ajetreo al salir de la casa, ella cargaba una bolsa de mano color negro, una canasta de paja cubierta, un gran balde de flores, y un abultado paquete envuelto cuidadosamente en papel de estraza arrugado y atado con hilo.

En Francia, Ramón había imaginado que su país se moría, pero el granjero y su esposa iban a la ciudad para llevar sus quesos al mercado, como siempre. Ramón tomó la canasta y las flores de la mujer y se ofreció a ayudar a cargar los cubos de suave y cremoso queso.

En la camioneta, tenía temor de que le hicieran demasiadas preguntas, pero cuando dijo que había estado viviendo en Francia con su madre, dieron por hecho que era francés y que tenía doble nacionalidad. Se interesaron más en hablar de la hija de ellos, que estaba casada con un estudiante de medicina de Barcelona.

—Un buen chico, un estudiante brillante —dijo el granjero.

—Pero anarquista —dijo la mujer, preocupada.

—Muchos eran anarquistas en Cataluña.

—Y la pagarán con Franco.

Ramón iba sentado junto a la puerta, con el brazo por fuera de la ventanilla; la mujer iba en medio, al lado del marido. Había oscurecido cuando llegaron a Barcelona. La luz de los faros hacía resaltar las pilas de escombros, las barricadas de madera, escaparates destrozados y carros abandonados. Las calles estaban casi vacías y los peatones andaban de prisa, como si los persiguieran. El granjero y su esposa insistieron en llevarlo a Calle Ancha, la amplia calle comercial que corría paralela frente al mar.

Se detuvo en una farmacia para comprar un cepillo de dientes, y luego caminó rumbo al edificio donde vivía su padre, advirtiendo un enorme boquete del otro lado de la calle. Aún tenía la llave que le habían dado cuando tenía trece años, la cual todavía abría la pesada y estropeada puerta de madera. Encendió la ceniza luz del techo en el vestíbulo de azulejos negros y amarillos, el mismo amarillo pálido de las teclas de un piano viejo. Las losas de piedra en la curvada escalera estaban combadas por el tiempo y la luz superior se apagaba cuando

llegó al rellano. Presionó el interruptor eléctrico para el siguiente tramo de la escalera y continuó hacia otro piso más arriba; se detuvo frente al 2B, alzó la pesada aldaba en forma de delfín y tocó decididamente.

Su padre había crecido en el departamento, y él había nacido ahí. Tras lo que pareció ser una gran espera, lo escuchó venir del interior, como si recorriera una gran distancia. Se escuchó el sonido de un perno,

luego la puerta se abrió.

—¡Ramón! —el nombre fue seguido por una gran exhalación—. ¡Ay, hombre, qué gusto!

Alto, de cabeza calva y hombros redondeados, su padre se veía más viejo y más triste. Se había atado una cinta negra alrededor de la manga izquierda y había cubierto con un trapo blanco el espejo del vestíbulo. Le ofreció la mano, luego abrazó a su hijo.

—Entra. ¿Qué haces aquí? ¿Te quedarás?

—Esta noche, si no te molesta.

—La casa está vacía, a no ser por mí. Tu antiguo cuarto te está esperando.

Una lámpara alumbraba el largo pasillo hacia la cocina. Lo encaminó hacia la parte trasera del departamento; sus pantuflas rozaban los gastados azulejos.

—Aquí me siento —dijo, refiriéndose a la cocina, que no estaba hecha para ser vista, mucho menos para vivir en ella. Todo era utilitario y hecho de modo tosco, gastado por décadas de uso. Un foco descubierto colgaba de una cadena y despedía un brillo verduzco. Había colocado una mecedora cerca de la ventana para respirar la brisa del mar. Un radio, periódicos, un cenicero y cigarros en una pequeña mesa bastante a la mano. Un platito de agua en el piso delataba la presencia de un gato.

—Debes de tener hambre. ¿Quieres un huevo? ¿Un huevo y pan?

—Quizá algo para beber. ¿Un jerez?

—Sí, por supuesto. Un fino.

Sacó una botella de un estante y le limpió el polvo a un vasito.

—¿No me acompañas con uno?

El viejo lo miró sorprendido.

—¡Sí! ¿Por qué no?

Llenó un segundo vaso y lo levantó hacia Ramón, que golpeteó su manga para señalar el listón negro.

—¿Es por Pablo o por los muertos más recientes?

—Ah, sí —bajó la vista para verse el listón—. Por Pablo, pero también por muchos otros. Y por los que están por venir. ¿Ya viste el edificio de enfrente?

¿O lo que fue alguna vez un edificio?

—Claro, no podía dejar de mirarlo.

—Fue espantoso el bombardeo. Tres días, cada tres horas. Arrojaron cuarenta toneladas de explosivos; las sirenas sonaban constantemente. Me senté aquí y esperé. ¿Qué podía hacer? La mayor parte del tiempo no tuvimos electricidad, luz ni agua. Durante el día podía bajar las escaleras para hablar con mis vecinos, pero por las noches me sentaba en la mecedora.

Tomó rápido un sorbo de jerez, vaciando el vaso.

—Será mucho peor con Franco. Me alegra estar viejo. No tengo que vivir todo esto.

—¿Cuántos años tienes?

—En diciembre cumplo setenta.

Ramón asintió, concediendo tácitamente que eran muchos años.

—Lo último que supe es que estabas en el frente en Aragón. Después te perdí la pista.

Ramón bebió su jerez.

—He estado en París.

—¿Con Caridad?

—¿Te sorprende?

—No. ¿Por qué tendría que sorprenderme? —levantó las cejas y los hombros simultáneamente; no había nada que pudiera hacer—. Siempre te dio por cuidarla, incluso cuando eras un niño.

—Nunca lo pensé de ese modo.

—¿Sigue trabajando para los soviéticos?

—Sí, todavía.

—¿Y cómo es eso de trabajar para los soviéticos?

—Es como el limbo. Nunca sabes por dónde andas, siempre estás a la espera.

—No te preguntaré qué es lo que haces —dijo y llenó los vasos de nuevo—.

Así las cosas… Debes tener hambre.

—No he comido mucho los últimos días que he andado en la carretera.

—Marta hizo atún con vinagre y cebollas.

—¿Todavía viene?

—Ya no muy seguido.

—¿Puedo? —preguntó Ramón, yendo hacia la nevera y abriendo la puerta.

—Por supuesto, tú eres el chef. Haz lo que quieras. Me temo que no encontrarás mucho con qué trabajar.

Ramón quitó la tapadera de un platón para examinar el atún.

—Éste me va a caer bien. Debes tener galletas.

—Sí, en la panera, donde siempre están.

Comió del platón, revolviendo el atún y las galletas con un tenedor.

—¿Vas a ir a Ripollet?

—¿Ripollet?

—A ver a Montserrat y a tus hermanos.

—No, no lo he considerado, pero lo haré ahora que me lo mencionas. He venido a ver a Lena.

—Oh, la joven Imbert. ¿Sigues sintiendo lo mismo por ella?

—Sí, claro. Algunas cosas no cambian.

—¿Y qué me cuentas de ella?

Ramón hizo una mueca.

—No estoy seguro. Por eso he tenido que venir. Mandó una postal en marzo para decir que había sobrevivido y no quería que me preocupara por ella. Pero casi había dejado de escribir antes de eso y no sé nada desde entonces.

—Ah, y te preocupaste.

—Habría ido a buscarla esta noche, pero necesitaba darme un baño y cambiarme de ropa. Espero encontrar algo aquí.

—Busca en los armarios de tu cuarto. No estoy seguro de lo que hay allí.

Ramón terminó de comer el atún, y luego fueron hacia el pasillo de la sala en donde había fotografías de bodas, enmarcadas. El horrible jarrón que nunca se rompía, el pesado sofá verde en el que su padre dormía cuando Ramón era un niño y éste le esculcaba las bolsas del pantalón buscando monedas y le dibujaba caras en su calva cabeza. El aire era denso por el Mediterráneo, el ruido de los muelles. El cuarto que había compartido con sus hermanos estaba lleno de recuerdos del pasado, libros y juegos olvidados, ropa vieja y fotografías. Un hogar que había sido destrozado y luego abandonado en pedazos, convertido en un refugio para los niños. Pablo Mercader, mucho más viejo que Caridad, era como un abuelo para sus hijos.

Ramón abrió un armario. Una de las camisas dobladas y acomodadas en el estante parecía que le vendría bien, igual que un par de pantalones que se amarró a la cintura. Volvió a la cocina para tomarse otro jerez con su padre, luego encendió el calentador de agua y tomó un largo baño, tallándose las uñas bajo la

blancuzca agua caliente hasta que se puso fría.

Por la mañana, fue a una barbería para que lo rasuraran y le cortaran el cabello; después le compró una rosa roja de un balde de aluminio a una vendedora de flores. Oloroso a talco y a brillantina para el cabello, y llevando la rosa consigo, se encaminó hacia el Eixample, la cuadrícula donde terminaban las esquinas de las calles, formando octágonos más que rectángulos. Antes de la guerra, los cafés en las aceras con toldos y parasoles hacían ver las intersecciones como pequeños parques, pero muchos de los escaparates estaban tapiados y las calles llenas de basura. Como si fuese una mañana de invierno con

un viento frío, la gente iba de prisa, huyendo del desastre. En cada calle, las familias depositaban mobiliario y pertenencias caseras en viejas camionetas y en coches. Una gaviota se encaramó en una pila de escombros.

La familia Imbert vivía en el Passeig de Grácia, una de las secciones de mayor afluencia en el Eixample. Ramón subió los peldaños al edificio pero se detuvo cuando iba a presionar el timbre del departamento. Alguien estaba tocando el piano, alguien dentro del edificio. Se detuvo a ver el nombre Imbert junto a la columna de los timbres. Luego se dio la vuelta y bajó los peldaños hacia la calle, donde encendió un cigarro y se apoyó contra la defensa de un coche, mirando hacia la ventana de Lena. Tendría que verla. Le enviaría pensamientos poderosos que ella no podría resistir.

El tiempo transcurría lentamente. Pensó en Sylvia en París y se preguntó qué estaría haciendo. Se fumó un segundo cigarro, luego un tercero. Una campana de iglesia se oyó cerca. Un tumulto de monjas se movía calle abajo, en hábitos negros y tocas blancas. Se preguntó si serían del Sagrado Corazón de María, el convento donde Caridad había adquirido una caligrafía perfecta. Ella y Eitingon estarían furiosos con su desaparición, lo que le otorgaba una deliciosa sensación de satisfacción. Que despotricaran. Él estaba en Barcelona para ver a su novia.

Paseaba por la intersección, manteniendo un ojo en la puerta de Lena. Entonces, al final, cuando creyó que ya no la vería, la puerta se abrió y apareció Lena.

Ella se detuvo al verlo; sus ojos se iluminaron.

—¡Ramón! —pronunció su nombre con una dramática rapidez, como si alguien hubiera jalado las cuerdas de una guitarra.

—¿Qué haces aquí?

—Te compré una rosa pero debes tener cuidado con las espinas. La vendedora no tenía papel para envolverlas.

—Pero ¿por qué no tocaste el timbre? ¿Cuándo llegaste? Se supone que estabas en Francia.

Él sonrió y le dio la rosa.

—¿Por qué no me avisaste que venías?

—No lo sabía. Iba rumbo a Lyon y de pronto sentí que tenía que verte. No me detuve ni di vuelta. No tenía ropa. Simplemente me seguí —eso que afirmaba, siguiendo su corazón, lo pagaría con Caridad.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó él—. Dejaste de escribirme y luego, cuando llegué, temí que no me vieras.

—¿Por qué no habría de verte?

—No sé. Quizá quise sorprenderte.

Ella levantó la vista y escudriñó su cara con seriedad. Su oscurecido cabello castaño estaba dividido por un lado como el de una colegiala. Tenía los ojos grises, pestañas largas, y espesas cejas negras. Sus labios eran de un color rosa profundo, con un toque de azul lavanda. Poniendo los brazos a su alrededor, olió el aroma a jabón y el almidón reciente de su blusa. Su sedoso cabello contra su mejilla era fragante. Su cuerpo, su carne era más suave que la de Sylvia. Eran estas sensaciones más antiguas y más familiares las que se entrecruzaban en su vida, uniendo al presente y el pasado, dándole un sentido a su historia. Se abrazaron un momento y luego ella respiró profundamente, apartándose.

Volviendo la vista para mirarlo, entrecerró los ojos como si tratara de ajustar su visión.

—Lena, ¿qué ha ocurrido?

Ella apretó los labios, movió la cabeza.

—No, Ramón, aquí no. No puedo hacer esto.

—Pero tenemos que hablar.

—¿Quieres entrar?

—No, hay un café a la vuelta de la esquina. ¿Todavía está allí?

—Pero no me puedo quedar —advirtió ella.

Caminaron rumbo al café. Ansioso, la boca se le secó, no podía pensar en qué decir. Sentándose a la mesa al otro lado de la suya, ella movió la cabeza de modo desconcertante.

—Lena, yo… —empezó a decir.

—Ramón, has estado lejos por meses. Y antes de eso…

—Sí, la guerra, una época terrible.

—Pero ahora estás en Francia.

—La guerra es más grande que España.

—¿Estás ahí con tu madre?

—Sí —tenía que enviar un telegrama.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que siempre quise, casarme contigo.

—¿Quieres que regrese a París contigo ahora? ¿Es por eso que estás aquí?

Él vaciló. Ahí estaba Sylvia, en quien tendría que pensar, Eitingon y Caridad.

—No ahora, no funcionaría.

—No, por supuesto que no —ella miró a la distancia como si por un momento pensara en algo o en alguien más.

—Pero cuando la guerra termine…

Ella movió la cabeza.

—Ramón, tú estás… —hizo una pausa, mirando a los lados y bajando la voz

—, estás trabajando para la GPU. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Sabes lo que eso significa? No puedo dejar a mi familia. Estamos profundamente arraigados aquí. Ésta es mi vida.

—Pero cuando la guerra termine…

—Nunca podremos regresar. Cuando caiga la República, Franco empezará a perseguir a los estalinistas en Cataluña para llevarlos al paredón. Ya está ocurriendo en el sur.

—No soy estalinista.

—¿Entonces por qué estás trabajando en la GPU?

—Es una misión importante, una oportunidad.

—Al final, no importará por qué o en qué crees. No podrás regresar a España. No libremente. No a vivir.

—Hay lugares donde podríamos vivir.

Ella se mordió el labio superior, luego lo soltó con un pequeño y vibrante resuello de exasperación.

—Magdalena, ¿hay alguien más?

—No. Sí. No tiene nada que ver contigo. Tuve que dejar de vivir en el pasado.

—¿Quién es él?

—No lo conoces y no importa. Será un buen marido, un buen padre. No estoy enamorada de él, no todavía, pero espero estarlo algún día.

Bajando la mirada, advirtió su mano en la mesa a un lado de la rosa, sus dedos regordetes con uñas largas y redondeadas. Cuando alargó la suya, la mano de Lena se curvó y se retiró.

DIECISÉIS

Sylvia sintió que entraba en territorio hostil cuando se bajó del tren en Bruselas.

Además se sentía perdida sin Jacques. Él sabría a dónde ir, el hotelito ideal, un café encantador; pero sin él la ciudad era aburrida y monótona, sofocante en el calor de agosto. Se registró en un hotel cercano a la estación del tren, se lavó las manos y la cara, luego se sentó a un lado de la cama y le proporcionó al recepcionista el número de teléfono de madame Gaston que Jacques le había dado. Mientras esperaba la entrada de la llamada, Sylvia imaginó a madame Gaston como una mujer amable y bien parecida, una criada fiel a la familia, tal vez la nana que había criado a Jacques.

Presintió algo malo cuando escuchó su voz. En lugar de francés o finezas, madame Gaston hablaba inglés con un acento alemán brusco, incluso sospechoso.

—¿Jacques Mornard? —dijo como si estuviera confundida—. ¿Jacques Mornard?

Tras tapar la bocina del teléfono para hablar con alguien más,

madame Gaston retomó la llamada y le sugirió a Sylvia encontrarse en el café cercano al hotel.

La mujer que llegó tenía la piel cetrina, grisácea, el cabello seboso y cargaba un bolso de mano grande y corriente.

—Así que usted es la señorita Ageloff —dijo, sentándose a la mesa de Sylvia

—. Parece que podría hacerle usted algún bien.

—Disculpe, no entiendo lo que dice.

—Sabe usted cómo es él. Es un rico *playboy*. No es usted exactamente de su tipo, ¿o sí, querida?

Sylvia sintió la sangre subirle a la cara, como si la hubieran abofeteado.

¿Estaba sugiriendo la mujer que Sylvia era judía? Decidió defender a Jacques e ignorar el insulto.

—Él tiene grandes cualidades. ¿Es usted amiga de la familia?

—¿Amiga de su familia? Ay, no, lejos estoy de gustarles. Él es amigo de mi

hijo. Entrenaban juntos.

—¿Entrenaban para qué?

—Entrenamiento de oficial. ¿No le contó Jacques que estuvo en el ejército?

—No, nunca lo mencionó. Me estuvo escribiendo, pero de repente las cartas dejaron de llegar. Me empecé a preocupar de que no estuviera bien. Dijo que podría llamarla a usted si necesitaba verlo.

—¿Y tomó el tren hasta Bruselas para encontrarlo?

—Necesitaba salir de París.

—Bueno, él no está aquí. Fue a Londres por asuntos de familia. ¿Hasta cuándo se quedará usted?

—Sólo esta noche.

—Él debe regresar mañana. Llámeme mañana y sabré algo. Voy a investigar.

—¿A qué hora la llamo?

La mujer observaba a Sylvia de modo perspicaz, los brazos alrededor del enorme bolso que tenía en el regazo.

—No sé. Por la tarde.

Caminó hasta la plaza principal pero los altísimos arcos góticos no consiguieron levantarle el ánimo. Regresó al hotel donde pasó horas deprimentes intentando leer, pensando en lo diferente que sería Bruselas en compañía de Jacques. Aquella noche, cuando finalmente se quedó dormida, se atemorizó. Sus sueños pasajeros la dejaron exhausta e intranquila. Desayunó en el comedor del hotel, donde el café lo servían aguado y el pan rancio. Vio el reloj hasta que fue hora de dejar el hotel, y enseguida telefoneó a madame Gaston.

—Lo siento —dijo madame Gaston con su tono cortante—. Sigue en Londres y no volverá pronto. No sé cuándo regresará.

Después de terminada la llamada, Sylvia colocó el teléfono en su lugar. Se sentó al borde de la cama, sintiéndose perdida y confundida. Nada le parecía que tuviera sentido. Tuvo que considerar la posibilidad de que Jacques le estuviera mintiendo, pero no alcanzaba a entender qué motivo tendría para ello. Quiso hablar con sus hermanas o con alguien conocido y en quien confiara. Finalmente se puso de pie y echó una ojeada para asegurarse de que no estaba olvidando nada, luego levantó su pequeña maleta. Había venido a buscar a Jacques. Ahora, comprendía que él había desaparecido. Dejó la llave en el mostrador y caminó rumbo a la estación del tren.

DIECISIETE

Ramón se quedó viendo desde el coche el frente del edificio por unos minutos; luego bajó y cruzó la calle, y abrió con su propia llave la pesada puerta de madera. Notó que la cortina se movía ligeramente en la ventana de la conserje, y encendió la luz de las escaleras, que en poco ayudó a disipar su pesimismo o su creciente aprehensión mientras subía los peldaños de piedra gastados por el paso del tiempo, el innumerable trasiego de las pisadas. Cuando llegó al rellano donde estaba el departamento de Caridad, se fue la luz. Vaciló por un instante, luego localizó el interruptor eléctrico para el siguiente piso y se dirigió a su departamento. Llegó con las manos vacías a excepción de una bolsa de papel de estraza en la que llevaba un rastrillo, un

cepillo de dientes y pasta dental, que acababa de comprar, una camiseta vieja y un par de pantalones que había recogido del departamento de su padre. Metió la llave en la cerradura, sintió la perilla moverse, luego abrió la puerta a una dispersión de papeles en el suelo, un mudo estallido de la ira y la frustración de Caridad.

Refunfuñando, se puso en cuclillas para reunir las hojas de papel marcadas con la distintiva caligrafía, las letras perfectamente redondeadas. El departamento estaba caliente y sofocado por el calor del verano. Abrió una ventana, tiró de la persiana, fue a la cocina por un vaso de agua. Sentado en la sala, encendió un cigarro mientras leía los mensajes.

Hijo, ¿dónde andas?

Ramón, ¿ocurre algo?

Ramón, ¿qué pasa?

Dime dónde estás.

Los mensajes formaban un crescendo de ansiedad y furia, y luego cesaron.

Al leerlos, a pesar de su tono amedrentador, casi sintió lástima por ella, pero la punzada de culpa le reavivó un fogonazo de coraje. Se quedó quieto por un momento, terminando de fumar su cigarro; luego, afrontando lo inevitable, se levantó para ir escaleras abajo al departamento de Caridad.

Escuchó por un momento el zumbido del radio, luego tamborileó la señal que habían convenido: dos toquidos rápidos, luego un tercero. Escuchó

garrapatear en la cerradura, y luego Caridad abrió la puerta de par en par.

—¡Dios mío, eres tú! Finalmente. Casi me vuelvo loca de preocupación.

Él retrocedió cuando ella intentó abrazarlo.

—No —dijo—. No hagas eso. Estás enojada.

Ella se alejó de la puerta.

—¡Entra! —dijo, cerrando—. ¿Dónde has estado? ¿Dónde, en nombre

de Dios?

—En Barcelona. En casa.

—¿Barcelona? ¿Fuiste ahí? ¿Qué hiciste?

—Hice como me dijiste. Desaparecí.

—¿Desapareciste?

—Seguí tus órdenes.

—¡Se suponía que te le ibas a desaparecer a esa joven, no a mí!

Él encogió los hombros.

—¡No me faltes al respeto!

—Estoy aquí, ¿no es eso lo que importa?

—¿En qué estabas pensando?

—Realmente no pensaba, no al principio. Estaba harto de todo esto, de esperar, de seguir a Sylvia por todos lados. Me fui de paseo y no me detuve.

—¿Y el coche?

—Afuera, en la calle.

Ella se apartó de él, y fue por el cenicero que estaba junto a la mecedora donde ardía un cigarro. Las ventanas se hallaban abiertas, pero la habitación estaba saturada de humo. Andaba vestida con una bata de casa, traía suelto su encanecido cabello y la cara limpia de maquillaje. Dándose la vuelta hacia él, le preguntó:

—¿Qué tenías en mente?

—Nada. No planeaba irme, pero iba ya en la carretera hacia el sur y quise ver a Lena.

Caridad se llevó las dos manos a la cara, tornando los ojos hacia lo alto.

—¡Imbécil! ¡Idiota!

—Regresé. Aquí estoy.

—Tuve que defenderte de Leonid con uñas y dientes para que no te reportara.

—¿Reportarme con quién?

—Con nuestros superiores, la GPU. Sudoplatov. Te ausentaste sin permiso.

Ramón parpadeó.

—¿Sin permiso?

—Te llevaste dinero, mucho dinero. Ropa, el coche, has vivido como un aristócrata. ¿Crees que la GPU te iba a dejar ir?

—Eitingon no me reportaría. Me aprecia. Actúa como si yo fuera su hijo, o algo parecido.

—Le simpatizas. Pero él obedece órdenes. Sólo le interesa quedar bien.

Tiene que cumplir con su misión. ¿No entiendes lo que está ocurriendo en el mundo? ¿Qué, no puedes ver a tu alrededor? España sólo es una probadita de lo que se aproxima en todas partes. Estamos al borde de la catástrofe. Franco no es nada comparado con Hitler. Los fascistas nos van a aplastar como a pulgas.

Eitingon lo sabe muy bien. Está luchando para mantenerse en pie, para conseguir una posición. No permitirá que lo pongas en peligro. Esta misión es lo único que tiene. Es todo lo que tenemos todos. Tú, yo, sin esta misión no tenemos cabida en el mundo, ni trabajo, ni dinero, ni nada que hacer. ¿Entiendes? ¿Me estás escuchando?

—Sí, te escucho.

—¿Rudolf Klement? Ya sabes lo que le ocurrió. Le abrieron las venas y se las vaciaron en la tina. Luego lo descuartizaron como a un animal, como a un cerdo, lo empaquetaron y lo arrojaron al río.

Caridad aplastó su cigarro y prendió otro.

—Sé que me culpas por no haber salvado a Pablo, pero soy sólo una mujer.

No tengo tanto poder. No puedo protegerte. Y ahora veo que ocurre lo mismo de nuevo. Pablo no quería renunciar a esa chica. Alicia. No obedeció las órdenes. Y

ahora tú vas tras de Lena.

—Ya no. Se acabó.

—¿Por qué?

—Doña Inés la convenció de que tenía que casarse con un rico.

—Perra fascista.

—No es fascista. No más de lo que lo fue tu madre. Quiere que Lena tenga una buena vida.

—¿Y Sylvia? ¿Qué me dices de Sylvia? ¿Sabes que fue a Bruselas?

—¿Que hizo qué?

—Llamó a madame Gaston, y, por supuesto, Gaston nos envió un telegrama.

Sylvia apareció en Bruselas, buscándote.

—¿Y qué ocurrió?

—Gaston se encontró con ella en un café y le dijo que te habías ido a Londres por asuntos de familia. Está de vuelta en París. La mantenemos vigilada.

Ramón encendió uno de sus cigarros y se acercó a la ventana para mirar hacia afuera, a la calle donde el Citroën estaba esperando.

—¿Qué vas a hacer con Sylvia? Tienes que poner orden. No la puedes perder. Ella es tu puerta de entrada.

Sintió una especie de tristeza al pensar en Sylvia, ternura en su corazón.

—Sí, Sylvia. Ya veré.

DIECIOCHO

Sylvia recibió dos cartas más de Jacques, y ninguna de las dos fue satisfactoria.

La segunda la arrugó y la arrojó al suelo. Ambas habían sido escritas antes de su encuentro con madame Gaston. No quería cartas, quería que Jacques regresara.

Quería saber qué estaba ocurriendo. Detestaba pensar que simple y sencillamente había desaparecido, que pudiera haberle mentido.

Consideró apartar su pasaje a Nueva York, pero tras el calor veraniego, París recobraba su viejo encanto. La luz se volvió más intensa y más tersa. En las mañanas y en las tardes, un delicioso frescor se deslizaba entre el aire, el primer atisbo del otoño. Las tiendas y los cafés permanecían abiertos, las mujeres aparecían ataviadas con sus indumentarias de temporada. Sylvia regresaba de una galería de arte, cuando al entrar en su hotel vio a Jacques sentado en un sofá orejero, con un cigarro en la mano izquierda y lentes de concha, vestido con un elegante saco de tweed; una voluta de humo ascendía hacia el techo. Vaciló cuando él se acercó para abrazarla.

—¡Sylvia! ¿Sylvia? —dijo, yendo hacia ella.

Ella movió la cabeza.

—¿Sylvia?

Ella se dio la vuelta y salió del hotel. Empezó a caminar por la calle. Sin pensar, se encaminó hacia el Sena con Jacques a su lado. Él tuvo la delicadeza de no hablar, de esperar a que ella estuviera con disposición. Las castañas y los sicomoros habían comenzado a arrojar sombras amarillas y rojas. El río relucía en plata, grabado con sinuosas líneas en la corriente bajo la superficie. Adelante de los quioscos que vendían libros, con Notre Dame levantándose en la orilla izquierda, ella finalmente se detuvo y le pidió su pañuelo. Se quitó los lentes para limpiarse los ojos, y se sonó la nariz estruendosamente.

—Me sentí aterrada cuando te vi. No entiendo pero fue una sensación de escalofrio que sentí en la espalda.

—¿Un sobresalto? —los ojos de Jacques se quedaron quietos detrás de sus lentes, moviéndose sólo para buscar su cara.

—Jacques, ¿qué pasó? Fui a Bruselas. Vi a esa mujer, madame Gaston.

Él movió ligeramente la cabeza, pero sin el menor signo de aquiescencia.

—Dijo que te habías ido a Inglaterra.

—No. Lo siento. No te dijo la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Sylvia, no puedo hablar por mi familia, y no te puedo explicar lo que ocurrió. Es demasiado complicado, demasiado extraño. Es tan raro, que no te lo puedo contar. Pero tienes que saber que eres muy importante para mí, como nadie. Al estar lejos, te eché de menos. No quiero pensar en el futuro sin ti.

—¿Y tu familia?

—Saben de ti.

—¿Cómo?

—Tienen sus espías.

—¿Y tu esposa?

Él crispó un poco el rostro.

—Sí, me dio una sorpresa, dolorosa. Está interesada en otro hombre. Ha decidido no esperarme.

—Oh, lo lamento.

Él movió la cabeza.

—Es para bien. Quiero hacer algunos cambios. No puedo huir de mi familia del todo, pero voy a conseguir un empleo. Un amigo dice que puede acomodarme como corresponsal en *L' Auto*, una revista de deportes belga.

—Jacques, es maravilloso.

—No ganaré mucho dinero. Seremos pobres como todos.

—Pero es un comienzo.

—Pero ahora, Sylvia, estoy de vuelta y tienes que confiar en mí —abrió los brazos, y ella le permitió abrazarla. Las lágrimas de Sylvia eran copiosas y mojaban su camisa.

—¡Ay, Dios mío! —rio, apartándose, tallándose los ojos con los dedos —.

Me imaginé las peores cosas.

—Sylvia, estoy enamorado de ti —dijo, creyéndose sus propias palabras cuando las decía—. Quiero casarme contigo.

Ella rio de nuevo.

—Los marxistas no creen en el matrimonio.

—Si no crees en el matrimonio, ¿qué haces cuando sientes de esta manera?

—Le dices al mundo y a los amigos que somos marido y mujer. No necesitamos un juez o un rabino que nos diga que estamos casados. Eso concierne sólo al hombre y a la mujer.

—Pero no soy marxista.

—Y ahora me lo dices —dijo con una sonrisa—. Estoy orgullosa de ti. Y no te preocupes, te gustará tener un trabajo.

—No sé de eso, pero ven, vamos a beber algo. Estás temblando. Yo creo que un *marc* te vendrá bien.

DIECINUEVE

Ya hacía frío; era noviembre, el noveno día. Las ramas de los castaños y de los sicomoros estaban desnudas. Era la hora azul; el crepúsculo empapaba poco a poco las calles de un gris empizarrado y enseguida de color índigo. Parpadeando por el llanto reciente, ella se alejó del quiosco de periódicos y se envolvió más en el abrigo de piel. Al mirar hacia la acera, esperaba ver fragmentos de vidrio estrellado, escucharlo crujir bajo sus pies. No entendía las fotografías en blanco y negro que aparecían en las portadas de los periódicos cuando las vio por primera vez. En una fotografía: una calle se veía tan vacía que podría haber sido algún lugar del viejo oeste americano. Un comerciante, muy encandilado como para moverse, yacía de pie frente a una tienda. Como el vidrio era translúcido, ella no pudo ver en la fotografía que los escaparates de la tienda estaban estrellados, no pudo ver los montones de vidrio en las aceras.

Mientras echaba una ojeada a los titulares y los resúmenes informativos, y comenzaba a asimilar el significado, sintió su conexión con los judíos pobres a quienes les habían roto los escaparates de sus tiendas. No había límites, ni distinciones; ése era el mensaje. Un judío de diecisiete años mata a un oficial nazi en París y un día después los nazis quiebran las ventanas de los judíos en Alemania.

Buscó en su bolsa las llaves mientras se aproximaba al edificio, y entró por la puerta de gruesa madera que se cerró con un ruido sordo tras ella. El chasquido de la cortina azul y blanca en la ventana de la

conserje la hizo sentirse incómoda, observada. Presionó el interruptor eléctrico y subió por los fríos peldaños de piedra gastados por tantas pisadas. Cuando la bombilla se apagó tras ella, presionó otro interruptor del rellano. Buscó a tientas una segunda llave y entró al departamento, que estaba inundado de sombras vespertinas, el olor a humo de cigarro y a café. Había estado allí hacía poco más de un mes, y las habitaciones todavía le parecían ajenas.

Se quitó los guantes y entró en la recámara donde, en el largo espejo del armario, avistó su propia figura: una mujer en abrigo de piel y con sombrero de fieltro, una mascada anudada al cuello, como a Jacques le gustaba. Él le había regalado el abrigo, disculpándose porque era de zarigüeya y no de castor o de

mink. Lo había conseguido en una tienda de ropa usada, y le había asegurado que las mujeres que iban a la moda en París buscaban gangas en las tiendas de segunda mano. Había que enmendar un rasguido en el forro de seda, pero el abrigo estaba muy bien trabajado, la piel era todavía dúctil. No había comprado nada para el invierno y ahora andaba vestida con trajes, suéteres y faldas que Jacques había escogido para ella.

Colgó el abrigo en el armario, se quitó el sombrero, y regresó a la sala, donde la máquina de escribir rentada esperaba en la mesa. En la pequeña cocina, encendió con un cerillo uno de los quemadores que estalló en flamas azules; los olores familiares a azufre y a gas la hicieron extrañar a sus dos hermanas, y el gran departamento que compartían en Morningside Heights. Había sido feliz aquel verano en París, pero ahora empezaba a entender lo que significaba ser una extranjera. Cada vez la sorprendía más lo poco que entendía, las cosas terribles que sucedían en Europa.

El agua estaba a punto de hervir cuando oyó pisadas en el rellano y a Jacques que metía la llave en el cerrojo. Precipitándose, se le acurrucó en el abrigo de cachemir como para protegerse, abrazándolo y apretujándolo.

—¡Oye, oye! ¿Qué es esto? —dijo él, tomándola por los hombros y volviéndola a acoger.

—Acabo de ver las noticias sobre Alemania antes de venir hacia acá. Nada sabía hasta hace unos minutos.

—Ah, sí, los judíos.

—En el quiosco de la esquina, mientras veía los periódicos, estaba…

—Sí, claro, estás alterada. Eso es lo que los nazis quieren. Lamento no haberte podido advertir. ¿Compraste un periódico?

—No soporté traerlo. Es demasiado horrible.

—Sylvia, déjame quitarme el abrigo.

—¿Has estado fumando puro?

—No. Uno de los compañeros en la oficina fuma.

Ella lo siguió hasta la puerta de la recámara, donde desahogó sus impresiones sobre Hitler hasta que la tetera empezó a silbar.

—Sylvia.

—¿Sí?

—La tetera. Tienes que intentar que esto no te afecte. Eso es lo que quieren.

—Sí, lo sé —fue a la cocina—. Estoy haciendo té. ¿Quieres una taza?

—No. Acabo de tomar café.

—¿Te detuviste camino a casa?

—Sí, me tomé un café con una amiga.

—¿La conozco?

—Una mujer que vi en la calle, alguien de Bruselas. Una mujer mayor.

—Has estado viviendo aquí mucho tiempo, siempre pienso que nos toparemos con uno de tus amigos. Qué curioso que nunca haya ocurrido.

Se volvió y le sonrió a Sylvia.

—Cariño, dame un poco de tiempo para reponerme. Estaré contigo en unos minutos.

Ella se preparó su té. Cuando Jacques salió de la recámara, apareció con una bata y pantuflas. Olía a jabón y a agua, a fresca colonia; su denso cabello estaba todavía empapado en la parte que había peinado.

—¿No quieres ponerte cómoda? —preguntó él, encendiendo un

cigarro.

—Pensé en trabajar un rato. Me tranquiliza cuando estoy disgustada.

—¿Tienes que usar la máquina de escribir?

—No, puedo hacerlo a mano. Sigo haciendo notas para mi artículo.

—Trae tu té y siéntate conmigo en el sofá. ¡Así estaremos mucho mejor!

—Si fuera una esposa francesa tradicional, te haría de cenar.

—Nunca serás francesa, pero puedo enseñarte una o dos recetas.

—Mis hermanas y yo siempre tuvimos a Clemmy para cocinar. Es una ridiculez para tres mujeres jóvenes. Clemmy es de Alabama y hace las galletas y el pollo frito más deliciosos. Te hará de comer cuando estemos en Nueva York.

Le dio sorbos a su té, viendo cómo él se levantaba para tomar un periódico deportivo.

—¿Cómo te fue hoy en el trabajo? ¿Qué hiciste?

—Nada interesante.

—Pero cuéntame, me gustaría saber.

Él le sonrió cariñosamente.

—Saqué algunas noticias de última hora del teletipo y las reescribí para mandárselas a mi jefe en Bruselas.

—¿De qué trataban?

—¿Dé qué trataban qué?

—Las noticias.

—Deportes. ¿Para qué quieres saber?

—Me interesa, nada más.

—Sylvia, no sabía que tener un trabajo implicara que uno tuviera que estar hablando de él constantemente.

—Es normal que una esposa quiera saber del trabajo de su marido.

Estaba pensando que un día podría pasar a verte a tu oficina. Nada más para verte.

Podríamos ir a comer.

—No está en un sector agradable. Podría no gustarte estar ahí.

—¿Cómo es tu oficina?

—Oh, no sé, lo de siempre. Monótona y sombría.

Al ver el modo en que aplastó su cigarro y tomó una revista, ella percibió que lo estaba haciendo sentir incómodo. Se terminó su té, luego se dirigió a la mesa donde tenía un bloc y una pila de libros junto a la máquina de escribir.

Estaba revisando un libro sobre las formas de proyección y transferencia en el análisis freudiano, una labor que Jacques le había conseguido cuando ella le anunció que tendría que regresar a Nueva York si no empezaba a ganar dinero.

—Ya sabes, esto sería más fácil si pudiera hablar con el editor —dijo ella finalmente.

Jacques levantó la vista por encima de su revista.

—Ya te lo expliqué. Él cree que soy yo quien está escribiendo el artículo. Si supiera que eres tú quien está haciendo el trabajo, es probable que no me hubiera dado este empleo.

—¿Pero no creerá que eres un psicólogo?

—No —él vaciló como si quisiera decir algo más, hacer más para que ella se sintiera feliz.

—¿Entonces cuál es la diferencia? ¿No podía habérmelo dado a mí?

—Podría pero no sé si lo haría —él sonrió, buscando algo más que decir.

¿No es buena paga?

—Sí, la paga es extremadamente generosa. Generosa en demasía. No me imagino qué tipo de publicación puede pagar tanto.

—Una publicación académica, ¿no crees?

—No. Por lo general no pagan.

—¿No?

Ella advirtió que realmente no sabía, que no había motivo para presionarlo.

—Me haría una mejor idea de lo que quieren si supiera qué publicación es.

—Sólo hazlo lo mejor posible, Sylvia, a caballo regalado no se le miran los

dientes.

Ella se sentó por un momento. Luego cerró el libro y se levantó de la mesa.

Sabía que él quería protegerla, pero a veces se sentía relegada. Y era difícil evadir el hecho de que ser judía les haría la vida difícil. Y eso la hacía sentirse terriblemente triste.

VEINTE

—¡Pero hombre, son maravillosas noticias! —dijo Eitingon en su francés con sabor a ruso, untando una pizca de *foie gras* sobre una rebanada de pan tostado

—. Se le conoce como una seductora, y si te la ganas, puedes deshacerte de Sylvia.

—¿Deshacerme de Sylvia?

—Se te hace tediosa, ¿verdad?

Ramón se ensimismó. Sylvia no le parecía aburrida. Le pareció extraño e irritante que Eitingon pensara así.

—Por supuesto, te cuesta dejar de lado lo que te ha tomado tanto tiempo conseguir.

Ramón quiso levantarse de la mesa y retirarse, pero estaba allí para hacer las paces, para suavizar las cosas.

—Adelante —lo instó Eitingon a que probara el *foie gras*—. Es una delicia.

Ponle un poco de esa estupenda jalea —tomó un sorbo del Château Latour y vio al joven inclinarse hacia delante.

—Interesante, ¿no crees? —dijo Eitingon.

—¿Quién es la seductora?

—Frida Rivera, la esposa de Diego. Es un enlace directo con Trotsky en México. Llega a París un día de éstos.

—¿Y por qué dices que es una seductora?

—Es famosa por sus conquistas. Rivera es un mujeriego, se acuesta con todas. Y ella hace lo mismo. Son una pareja singular.

—¿Qué la trae a París?

—Es delegada de México para la asamblea de la Cuarta Internacional —dijo Eitingon, y se rio.

—¿Es militante?

—Difícil que lo sea. Diego Rivera se las da de político pero es un aprendiz.

Después de que lo echaron del Partido, se fue con los trotskistas y se volvió un

héroe cuando consiguió que el presidente Cárdenas le diera a Trotsky una visa mexicana. Rivera le dio a Trotsky y a su séquito una casa e hizo alarde de adoptar al viejo ruso.

—¿Y por qué la esposa de Rivera vendría como delegada a la Cuarta Internacional?

—Viene a una exposición de sus pinturas.

—¿Es artista?

—Sí, en menor medida —Eitingon se sirvió más *foie gras*, llevándose inadvertidamente un pegoste de grasa de pato del reverso de sus manos a la cicatriz que tenía en su mentón, dejándole un brillo.

—Ha estado en Nueva York, donde conquistó a la prensa y a la alta sociedad. Los periódicos y las revistas dieron cuenta de cada uno de sus movimientos, y la llamaron “la surrealista”.

—¿Qué habrán querido decir?

—¿Sabes quiénes son los surrealistas?

—Claro. Salvador Dalí es catalán.

—Sí, disculpa. Bueno, se le mire como se le mire, Frida Rivera tiene una exposición aquí. Debes ir a la inauguración. Será la ocasión ideal para que la conozcas.

VEINTIUNO

Seductora —seguía pensando—, seductora. Se vistió meticulosamente para la noche: su traje azul marino, una hermosa camisa blanca de fino algodón, una corbata de seda con un diseño geométrico naranja y verde con calcetines que combinaban, y su colonia favorita. Había dudado en cuanto a los calcetines, pero decidió que un destello de color inesperado sería llamativo para los surrealistas.

Mientras iba hacia su coche, hizo lo que Caridad le había recomendado y se detuvo a comprar flores.

—Compra el ramillete de flores más grande que puedas encontrar —le dijo Caridad—. Las rosas rojas son las mejores. Eso le llamará la atención. Para alguien como Frida Rivera no hay detalle demasiado exagerado.

Pensó que las flores aumentarían su confianza, pero cuando iba en el trayecto sintió la punzada de la culpa por Sylvia. No le gustaba engañarla y dejarla sola.

Hubiera preferido quedarse en casa con ella. Las flores en el asiento comenzaron a irritarlo y lo hicieron sentir incómodo. La galería Pierre Colle se encontraba en la orilla derecha del río, en una callecita —Rue de Cambacérès— justo debajo de la unión de los bulevares Haussmann y Malesherbes. Cuando llegó, flotaban copos de nieve delante de los faros del coche. Se estacionó y, cargando el ramillete, caminó por Cambacérès hasta que llegó a la galería donde un cartel anunciaba *Mexique*.

Adentro, la galería estaba atestada de gente y de humo. Parecía un invernadero con altísimas plantas tropicales, muestras de escultura primitiva, y lo que parecían ser coloridos juguetes mexicanos, así como fotografías de gran formato en blanco y negro. Jacques vio un rostro familiar del otro lado del recinto, una cabeza calva y enormes y penetrantes ojos. Al darse cuenta de que se trataba de Picasso, se

sintió de pronto un tonto con las rosas, como si fuera un mensajero. Pensó en esconder el ramillete debajo de su abrigo, pero, considerando que sería impráctico, hizo lo mejor que pudo para restarle importancia a las rosas llevándolas de lado como si cargara un paraguas mojado.

Eitingon le había mostrado una fotografía por la que reconoció a Frida Rivera, de pie y quizá momentáneamente perdida. Llevaba muy arreglada su

negra cabellera y con un grueso listón escarlata le había dado forma de una corona. Una capa púrpura le envolvía los hombros; una cascada de collares ornamentados con oro e hilo tejido caía a lo largo de su falda negra, que barría el piso con una blanca y tiesa escarola.

Agobiado por las rosas, bajó la vista hasta una de las piezas que se exhibían; sus ojos se centraron en una pequeña caja pintada en que un trío de esqueletos con sombrero tocaban una guitarra, un acordeón y una trompeta, mientras que dos esqueletos más, un hombre y una mujer, bailaban en primer plano. Era una alegre escena doméstica, amplificada por dos espejos colocados a ambos lados de la caja. Sus ojos se volvieron hacia una pintura pequeña; se sonrojó cuando reconoció en ella a la mujer que lo contemplaba, desnuda, con un objeto extraño

—¿su propia cabeza?— saliendo de su vagina. Se hallaba postrada en una cama en un estado de agonía que él no pudo comprender, aunque su expresión facial era meditabunda; las exageradas cejas, como de murciélago; los bigotes minuciosamente delineados encima de los labios hasta formar un mostacho pubescente.

—¡Ay, *quel surprise*! —exclamó una mujer detrás de él. Era Marguerite, una conocida de Sylvia, una parisina y trotskista. Lucía elegante en su traje Channel de color gris.

—¡Jacques Mornard! ¿Y dónde está Sylvia esta noche? —preguntó en francés.

Él se adelantó para intercambiar los besos de saludo, una mejilla y luego la otra.

—Lamento decir que Sylvia está trabajando, esclavizada a las reseñas que está escribiendo.

—¿A esta hora? —preguntó la mujer, mirándolo con escepticismo.

—Sí, está en la fecha límite para entregar el trabajo. El editor quiere varias reseñas al mismo tiempo, y es muy buen dinero como para decir que no. Sylvia es muy independiente. Le da temor que se le vea como una mantenida.

—¡Los norteamericanos! —dijo la mujer riendo.

—¡Sí, los norteamericanos! —concordó él.

Se quedó mirando de modo pícaro a las rosas, que apuntaban hacia el suelo.

—¿Intenta conocer a Frida? ¿O tal vez se trate de una amiga?

—Ah, ¿las flores? —levantó las flores como si se hubiera olvidado de ellas

—. Sylvia me pidió que le llevara flores. Lamenta no estar aquí esta noche. Su hermana conoce a los Rivera en México.

—Mire, ése que está hablando con ella es André Breton. ¿Lo conoce? El hombre de melena leonina.

—No. ¿Y quién es ése que está a su lado?

—Marcel Duchamp. Parece un santo, ¿verdad? Tiene un rostro tan adusto y ascético. Para ser genio, se dice que es muy amable. ¿Irá a la cena?

—¿Cena?

—Nadie recibió una invitación. Se suponía que Breton haría los arreglos y no hizo nada. Frida está furiosa con él. La gente hace parada en el bistro que está a la vuelta de la calle. Debería ir si le apetece.

Marguerite se marchó, dejando a Jacques a solas para que observara a Frida Rivera que deambulaba por la fiesta. Pensó en llevarle las rosas, pero las sentía pesadas como una carga. Esperando que nadie se diera cuenta, desesperado por descargarse, se escurrió fuera de la galería y salió a la calle.

—¿Flores? —se las ofreció en la calle a una mujer, que le rehuyó—. ¿Rosas?

—le dijo a una segunda mujer, que lo evadió como si se tratara de un loco.

Al final depositó el ramillete en un bote de basura y fue a una barra, donde se fumó un cigarro y se tomó un brandy. Cuando se aventuró a salir, el gentío de la inauguración iba por la calle hacia el bistro. Frida Rivera encabezaba la retaguardia, cojeando ligeramente por debajo de su amplia falda.

La empujaron contra una rubia muy alta y arreglada, en la abarrotada entrada del bistro. Cuando la rubia se dio la vuelta, Jacques le ofreció a Frida su cigarrera de plata.

—¡Puta! —dijo Frida—. Esas putas ricas no van a comprar nada. ¡Nada de nada! ¡Nadita!

Aceptó el cigarro; luego, cambiando tranquilamente de actitud, puso su pequeña mano anillada en la suya y se inclinó para alcanzar el encendedor, deteniéndose para mirar a Ramón a los ojos entre la temblorosa flama. Él reconoció el gesto como un lugar común, aunque sintió endurecérsele el miembro viril contra su costosa ropa interior, respondiendo a la transgresión, la flagrante señal. El bigote era genuino; los pelos negros le daban a su boca la apariencia de un adolescente, el labio superior levemente curvado, burlonamente. Encontró comprensión en sus ojos, que estaban en perfecta comunicación, y se dio cuenta de que había caído en su encanto.

— *Parlez vous anglais?* —dijo él.

Ella lo miró más de cerca.

—Pero si eres español.

—No. Belga.

Ella exhaló, parpadeando por el humo, y luego se topó de nuevo con sus ojos, planteando posibilidades, preguntas, dando inicio a una conversación que era más sexual que verbal.

—¿No eres francés?

—No. Soy de Bruselas.

—¿Intelectual? ¿Artista?

—No.

—Qué bueno. Me asquean los intelectuales y los artistas, todas las grandes cacas. ¿Conoces a Breton?

—No.

—¿Entonces quién eres? ¿Por qué estás perdiendo el tiempo aquí?

—Unos amigos me dijeron que debía conocerla.

—¿Esa gente sabe de mí?

—De su reputación. Me conocen a mí.

—¿Qué reputación? ¿La de que soy una gran puta?

—Que no es como cualquiera.

Ella miró a lo lejos como si hubiera escuchado otra voz, como si él la hubiera perdido. Luego, volviéndose hacia Jacques, arrojó el cigarro al piso, levantándose la falda para pisarlo con la punta de su botita.

—Quédate aquí —dijo, poniéndole la mano en el brazo y apretándolo con firmeza—. Ahora vuelvo.

Desapareció entre el gentío durante varios minutos, luego regresó junto a Jacques.

—Bien, vámonos.

—¿No se tiene que quedar?

—Nadie se dará cuenta de que no estoy. A ninguno de estos pinches pendejos les importa una mexicana. Están aquí por los demás —se acomodó la roja capa mientras salían.

—Necesitamos un taxi.

—Tengo mi coche.

—¿Está lejos?

—No, a media calle.

—Aquí espero mientras vas por él.

Jacques fue corriendo por la calle a recoger el Citroën, luego dio vuelta a la manzana.

—¿A dónde vamos? —le preguntó cuando ella entró en el coche.

—A Montmartre, a una callecita, Junot. Te diré cuando estemos cerca.

¿Puedes ubicar Montmartre?

—Claro. No está lejos.

Durante el trayecto, ella veía por la ventana, sin molestarse en hablar, haciendo que Jacques extrañara la conversación que Sylvia y él habrían tenido, las observaciones y las referencias compartidas, las hebras de otras conversaciones tejiéndose para formar una vida. Él ya no estaba seguro de dónde estaba su casa, pero por un momento anheló estar allí.

En Montmartre, Frida lo guió a la calle Junot, luego a una casa que tenía una radiante puerta negra y con ventanas amplias que daban a un jardín. Un vestíbulo con piso de mármol en blanco y negro conducía a un salón con libros hasta el techo y largas cortinas de terciopelo color verde musgo. La luz de la lámpara era tenue; el ambiente olía a flores y a cuero y los rescoldos de una chimenea humeaban a través de la rejilla. Quitándose la capa, ella fue hacia una mesa donde había una botella de licor.

—¿Brandy? —preguntó.

—Sí, por favor. ¿De quién es esta casa?

—De una gringa, rica pero no una perra. Me salvó de esa pocilga que Breton llama casa. No me creerías cómo viven Breton y su mujer, un apartamentito sucio. Ellos se quedaron con nosotros durante tres meses en México cuando fue a buscar a Trotsky. Diego no es rico, pero al menos nuestras casas son limpias y la comida es buena. En México los llevamos a todos lados, los presentamos con todo el mundo. Les prestamos nuestros coches y nuestros choferes. Los tratamos como si fueran de la realeza; todo el tiempo Breton decía que yo debía venir a París, que la pequeña Frida era surrealista sin saberlo. Si yo venía a París, prometía organizarme una exposición en la mejor galería de aquí.

”No me importaba ser surrealista o tener una exposición en el pinche París, pero tonta que soy, le creí, envié mis pinturas desde Nueva York, en un barco, y me vine directo a este pinche lugar. ¿Y qué hizo Breton? ¡Nada! ¡Nadita! No se molestó en recoger mis pinturas en la aduana, no consiguió una galería. Querían que durmiera con su hijita en una recámara diminuta.

”Y luego se trajo toda esa basura que compró en un mercado en México para exhibirla junto con mis pinturas, juguetes de niños, y sus fotografías. Mis pinturas ni siquiera se pueden ver. De no haber sido

por Duchamp, nada habría

ocurrido. Duchamp es el único aquí que tiene los pies en la tierra. ¿Conoces a Marcel Duchamp? Seguro lo viste en la galería. Es el novio de la dueña de esta casa."

—¿Qué quería Breton con Trotsky?

—Si Stalin dice que el arte debe ser realista, ¿qué iban a hacer los surrealistas? Todo el mundo es marxista. Trotsky representa el único lugar a donde ir —se acomodó en un sofá y aceptó un cigarro—. Ven, siéntate junto a mí —lo miró de arriba abajo—. Eres muy guapo.

—¿Soy qué?

—No bromees. Entiendes lo que digo. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

Yo no acostumbro acostarme con jóvenes tan guapos. Mi esposo Diego es un viejo cerdo.

—¿Intenta acostarse conmigo?

—¿No es por eso que estás aquí?

Obedientemente —sabía jugar el juego— le tomó la mano, la presionó contra su boca y luego la volteó para besarle el revés de la muñeca.

—¡Espera! —dijo ella, levantándose del sofá—. Tengo que hacer pipí.

Pasó al cuarto de al lado y cerró la puerta tras de sí. Él encendió otro cigarro y se levantó para echar una ojeada; se detuvo para servirse otro brandy y repasó los dibujos al carbón que había en una carpeta. Después de lo que pareció una eternidad, la puerta se abrió pero, en lugar de salir, ella le pidió que entrara en la habitación, que estaba a oscuras salvo por una vela encendida cerca de la cama donde ella se acostó acomodándose en las almohadas. Su negro cabello le caía por uno de los hombros; sus pezones eran dos rosas negras debajo de una bata de delgada muselina.

Ella observaba con sus ojos oscuros y relucientes mientras él se sentaba a su lado, a la orilla de la cama. Y cuando se reclinó, él pensó en Sylvia, en sus ojos azules, en la confianza. Ella no entendería lo que él estaba a punto de hacer, pero no tuvo alternativa.

"Qué puto soy", pensó. Era su trabajo.

—¿Y? —preguntó Caridad—. ¿Te ayudará?

—Tal vez. Tal vez no. Es difícil saberlo.

—¿Por qué no? Le gustas bastante.

—Eso no significa nada para una mujer como ella. Me usó como un juguete.

—¿Qué te dijo sobre Trotsky? —preguntó Eitingon.

—Recibió una extensa carta suya. Algo ocurrió en México, pero no hablará sobre el asunto. Cada vez que le menciono a Trotsky, cambia de tema.

Estaban en el departamento de Eitingon. Caridad se veía pálida tras hacer incontables llamadas telefónicas y fumar un sinnúmero de cigarros. Cataluña había caído —Tarragona, Barcelona, Girona—. Era cuestión de semanas para que las tropas de Franco tomaran Madrid. Medio millón de españoles refugiados se agolpaban en la frontera hacia Francia.

Ramón creía que Lena estaba a salvo. Su padre había mantenido distancia con la izquierda y conservaba alianzas con el régimen de Franco en Barcelona.

Pero en el caos de una zona de guerra había siempre accidentes y errores. Uno nunca sabía lo que podría ocurrir. La gente equivocada había caído.

Sintió que la tierra temblaba bajo sus pies, como si hubiera dado inicio una avalancha mientras él escalaba una montaña. Escuchó a Caridad hacer otra llamada a Perpignan, intentando encontrar a un operativo del Partido que pudiera decirle qué estaba pasando en la frontera con España.

Eitingon se levantó y empezó a ir de uno a otro lado de la habitación.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó a Caridad cuando ésta colgó.

—Quiero ver a los niños. Jorge ya está grande para cuidarse solo, pero Monserrat y Luis están muy chicos. Quiero ir a Ripollet.

—Yo te llevo —dijo Ramón.

—¿Y Sylvia? —dijo Eitingon.

—Le diré que tengo que ir a Bruselas a ver a mi madre. Que no me tardaré.

—Ramón, no olvides que rompiste con tu familia. No queremos perder a

Sylvia. Hasta aquí, es todo lo que tenemos. Y tú no podrías cruzar la frontera —

Eitingon se levantó y caminó de un lado a otro—. Todo esto está tomando mucho tiempo. Hemos pasado meses y seguimos en París, no muy cerca de México.

—¿Sudoplatov está insatisfecho? —preguntó Caridad.

—No. Todavía no. Pero necesitamos dar muestras de progreso.

—Hemos tenido que esperar a Siqueiros —dijo Caridad—. No tiene caso ir a México sin él. ¿Cuántas veces se lo hemos dicho? Él no obedecerá órdenes. No nos escucha.

—Por supuesto que no lo hará. Siqueiros es un artista, el máximo héroe de México —Eitingon se paró junto a una ventana, abriendo las cortinas para mirar hacia afuera—. Pero nosotros lo escogimos. El plan es nuestro. Nuestras cabezas están en la guillotina.

—¿Debemos sustituir a Siqueiros? —preguntó Caridad.

—No. Estaríamos enviando una señal errónea a Moscú, atraeríamos su atención. No están pensando en nosotros, al menos no todavía. La guerra en España terminará pronto y David tendrá que marcharse a México.

—Hablando de marcharse —intervino Ramón—, Sylvia está amenazando con irse.

Caridad y Eitingon se miraron.

—¿Qué piensan? —preguntó él.

—Déjala ir —dijo Caridad—. Dile que la seguirás. También nosotros deberíamos empezar a movernos hacia México.

—Necesitaré un pasaporte belga. No puedo usar mi pasaporte español.

—Falsificamos uno, eso no es problema —Caridad sacudió el paquete de cigarros para sacar uno, que prendió con la colilla del anterior que yacía en el cenicero.

De regreso a su departamento, Ramón pensó en Lena. Ella y su familia sufrirían privaciones en Barcelona pero miles serían ejecutados, correría sangre, los cadáveres arrojados a fosas comunes. Cientos de miles de españoles serían desplazados.

Caridad lo había visto venir. Le había dicho lo que iba a ocurrir, el día que se apareció en el frente en Aragón. Ahora, caminaba media manzana más adelante que él, una forma de precaución por si se encontraran a Sylvia de camino al departamento.

Afuera hacía frío y estaba nublado, pero la primavera llegaría y los

diminutos brotes verdes formarían una calima encima de los árboles. Él había estado un año en París y lo que había fingido —ser residente — se había convertido en una realidad. Se sentía dividido, como si se hubiera convertido en dos personas. Había contado tantas veces la historia de Jacques Mornard y de su aristocrática familia en Bruselas, que terminaba siendo tan real como su vida en España. Observaba a los parisinos con que se topaba en la calle, con la vista les escudriñaba el rostro, y se preguntaba cómo podían ir tan tranquilos.

Seguramente sentían los espasmos de su inminente avalancha.

Se detuvo en un puesto de flores para comprar un pequeño ramillete de violetas para Sylvia. Evitó ver los periódicos del quiosco de camino al edificio y metió la mano en los bolsillos para sacar las llaves. Abrió la pesada puerta de madera que daba a la calle y entró en el frío interior del edificio. La cortina azul-blanca en la ventana de la conserje se movió hacia un lado, dejando al descubierto momentáneamente los ojos de la mujer. Él le había pagado generosamente para asegurarse de que Sylvia —"la americana, su esposa"— no se enterara de que su madre vivía en el mismo edificio que él.

—Ay, la esposa, la madre. No es una buena situación —conjeturó la conserje

—. Bueno, lo que ella no sabe…

Encendió la luz para subir el primer tramo de la escalera, luego el segundo.

Ahora Caridad estaría en su departamento, encendiendo un puro, calentando agua para el café. Cuando abrió la puerta, escuchó a Sylvia escribir a máquina.

Ella volvió la vista y se quitó los lentes azul claro.

¿Se le veía distante? ¿Fría?

—Te compré un regalo —anunció él—, un pequeño ramillete de violetas.

Son muy modestas, pero están frescas.

—Te acordaste de mí.

—Por supuesto, siempre pienso en ti.

Al advertir el grueso sobre de correo aéreo encima de la mesa y que ella no se acercaba para saludarlo, sintió un tipo de ansiedad distinta, el temor de que Sylvia hubiera visto a través de su farsa.

—Fuiste por la correspondencia —se inclinó para besarle las mejillas —.

¿Algo interesante?

—Una carta de mis hermanas.

—¿Qué dicen?

—Lo de siempre. Están preocupadas por lo que ocurre en Alemania y creen que yo debería regresar.

—Sí, lo de siempre —se dirigió a la recámara para colgar su abrigo, luego a la cocina por un pequeño recipiente de cristal con agua para poner las violetas—.

Me estoy sirviendo un vaso de vino. ¿Quieres?

—No. Todavía no. Aún tengo quehacer.

Se sentó en el sofá con su vino en la mano y encendió un cigarro.

—Cariño, ven y siéntate conmigo, te he echado de menos.

Ella levantó la vista de sus ocupaciones.

—Un momento. Déjame sólo terminar esta frase.

—No, por favor. Necesitamos hablar.

Él extendió un brazo cuando ella se aproximó, y le tomó las manos con las suyas.

—Así está mejor. Sabes, no son sólo palabras lo que digo. De veras te extrañé.

Ella se le acercó, apretándose contra él.

—Ojalá no trabajaras tanto. Debe ser algo propio de los norteamericanos. No es normal.

—Lo siento, Jacques. Es sólo que… ¿querías hablar de algo?

—Quizá tus hermanas tengan razón. Tal vez sea tiempo de que regreses.

—Pero Jacques, ¿y nosotros?

—París es seguro por ahora, pero no debemos correr riesgos.

—¿Y qué hago con mi trabajo?

—Sí, también eso. Hoy hablé con el editor. Dice que ya no necesitará más colaboraciones.

—¿Por qué no? ¿No está contento con ellas?

—Le pregunté, pero se mostró evasivo, así que entendí que algo andaba mal.

Asumo que tiene que ver con todo en general.

Sylvia lo vio perpleja, tomada por sorpresa.

—Jacques, ¿qué haremos?

—Iré contigo, por supuesto. Eres mi esposa. Soy tu marido. Estaremos juntos.

Ella sonrió, pero con vacilación.

—¿Pero qué harás tú en Nueva York?

—La Feria Mundial empieza en Nueva York en poco tiempo. Un amigo

me dijo que el pabellón francés necesita gente que hable inglés. Es una posibilidad.

—Ay, Jacques, sería maravilloso. Te gustaría Nueva York. No es París, pero podemos ser felices allí.

—Me tomará un tiempo arreglar mis documentos. Te puedo seguir en uno o dos meses.

—¿Pero vendrías? ¿No desaparecerás de nuevo?

—Cariño, nunca desaparecí.

VEINTITRÉS

Sylvia volvió a su antigua vida —el amplio departamento cerca de la Universidad de Columbia que compartía con sus hermanas, el empleo como trabajadora social en el Departamento de Asistencia Social—, pero era una mujer transformada. En su mente y en su corazón, estaba casada con Jacques Mornard, un aristócrata belga. Le escribía casi a diario, se precipitaba a casa cada tarde para buscar sus cartas y siempre sonreía al leer "Mi adorada pájara rubia". Él estaba teniendo dificultades con su visa en Bruselas, donde su padre interfería una vez más. Los empleos para el pabellón francés eran sólo para ciudadanos franceses. Pero siempre había la posibilidad de trabajar por cuenta propia para periódicos europeos en los Estados Unidos.

Al cabo de dos meses, Sylvia recibió un telegrama de Jacques en el que decía que pronto se embarcaría. De pronto ella se percataba de que estaban en primavera y de que la vida podría ser gloriosa. La travesía duraba seis días. Él podría llegar en una semana o en diez días.

Empezó a planear una cena para la primera noche de Jacques en la ciudad.

Invitaría a todos sus amigos de Nueva York, con quienes se habían visto en París. Clemmy haría una cena especial: pierna de cordero, papas escalopadas, chícharos y leche nevada. A fin de prepararse para el arribo de Jacques, Sylvia se compró un vestido nuevo y se cortó y arregló el cabello. Para hacer que el tiempo pasara más rápido, hizo una lista de tareas pendientes. Había que limpiar el departamento, encerar los pisos, lavar las ventanas. Compró champaña y rellenó la cava, planeó salidas para que Jacques se divirtiera.

Cuando llegó otro telegrama de Jacques en el que decía que su pasaje

había sido cancelado, Sylvia se sentó en el suelo y lloró cubriéndose la cara con las manos. Por un momento, sintió una oleada de temor de que él desapareciera de nuevo. En su carta, él mismo le expresaba su propia decepción.

La inauguración de la Feria Mundial fue como un recordatorio de la ausencia de Jacques. La primavera dio paso al verano; largas, calurosas semanas de espera. El 23 de agosto Stalin firmó un pacto de no agresión con Hitler, confirmando los peores temores de Sylvia y sus amigos acerca de la Unión

Soviética. El 1 de septiembre, las tropas nazis invadieron Polonia.

Sylvia sentía que unas puertas gigantescas se cerraban lentamente y que Jacques quedaba atrapado del otro lado del Atlántico. Pero entonces, la primera semana de septiembre a las once de la mañana del sábado, Ruth, la hermana de Sylvia, contestó el teléfono en el departamento.

—Es para ti —dijo, pasándole el aparato a Sylvia—. Creo que es Jacques.

Sylvia descolgó el auricular; su mano temblaba. Algo terrible debía haberle ocurrido como para que hiciera una llamada transatlántica.

—Hola —dijo Sylvia con voz queda y temerosa.

—Sylvia, soy Jacques —dijo. Se le oía contento.

—Te escucho tan cerca, como si estuvieras a la vuelta de la esquina.

—Y lo estoy. Estoy en el hotel Marseilles en la calle 103.

—¿Estás aquí? ¿En la ciudad? —no podía ser cierto. Cuando él llegara ella lo encontraría en el muelle y lo saludaría moviendo la mano en el aire para que bajara por la escalerilla. Para cuando él llegara ella tendría días para los preparativos.

—¿Estás en la calle 103?

—En el hotel Marseilles. Acabo de registrarme. ¿Voy? ¿O por qué no vienes tú?

—¿Por qué no me avisaste que te habías embarcado?

Se sintió excluida, como si le hubieran tomado el pelo.

—Sylvia, te mandé un telegrama.

—¿Ah, sí? Nunca lo recibí.

—Bueno, como sabrás, ha empezado una guerra. ¿Quieres que vaya? ¿O

quieres venir al hotel? Tengo un montón de noticias maravillosas.

Sylvia recorrió con la vista el departamento, que estaba en desorden.

—Iré.

—Bueno. Apúrate. Me muero por verte.

Ella quería tiempo para pensar, para arreglarse el cabello. Quería días y días de feliz anticipación, pero se dio un duchazo, se maquilló y se puso un vestido de verano, blanco pique, que tenía una chaquetita de bolero. Al entrar al hotel donde se hospedaba Jacques, tuvo un impulso, que enseguida ignoró, de preguntar en la recepción cuándo se había registrado el señor Mornard. Pero todos sus malestares se evaporaron cuando Jacques abrió la puerta de su suite, con la corbata desanudada y las mangas de la camisa enrolladas. Ahí estaba

Jacques, tan guapo y atractivo.

—Finalmente —dijo él, tomándola en los brazos y besándola.

Un enorme baúl yacía a mitad de la habitación. Ella vio, a través de la puerta entreabierta de la recámara, valijas abiertas encima de la cama.

—Déjame verte —dijo él—. Tienes el cabello diferente.

—Me lo recorté, y ya me creció. ¿No te gusta?

—Me gustaba más como lo traías en París, pero siempre se puede volver a cortar.

—Sí, como tú quieras. Me alegra que hayas llamado hoy; si no, no me habrías encontrado. Nos vamos mañana de fin de semana. Vamos en grupo a la casa familiar del lago. Por supuesto, tienes que venir.

—Sylvia, acabo de llegar.

—Es una celebración importante aquí, el fin de semana por el Día del Trabajo. Nadie se queda en la ciudad. Te divertirás. Irán Walta y Manny. Puedes relajarte y recuperarte del viaje. No hay manera de

que yo no vaya.

—Bueno, si insistes. ¿Tienes hambre? Pensé en pedir comida, una botella de champaña para celebrar. ¡Tengo que contarte noticias! Sabes de las dificultades que estuve teniendo por culpa de mi padre.

—Sí, problemas con tu visa.

—Bueno, mi madre finalmente vino a rescatarme. Me dio diez mil dólares y me dijo que comprara un pasaporte nuevo.

—¿Un pasaporte falso?

—¡Espera! —entró en la recámara y regresó con un sobre de cuero que contenía un fajo de billetes y un pasaporte canadiense, que abrió en la hoja donde estaba su fotografía.

—Está igual a ti.

—Soy yo, tontita. Es mi fotografía. Pero ve mi nombre.

—¿Frank Jacson? —ella quiso pronunciarlo con acento francés.

—Jackson —la corrigió él.

—Pero no tiene la *k*.

—Sí, un error, una ortografía extraña, pero *Jac* es como se escribe.

—Esto es ilegal.

—Es sólo un documento. Un tecnicismo.

—¿Debo llamarte Frank?

—En México, posiblemente debas referirte a mí como Frank Jacson; pero,

por supuesto, seguiré siendo tu Jacques.

—¿México?

—Sí, ésa es la otra parte de mis noticias. Mi madre arregló que trabaje con un gran amigo suyo. Peter Lubeck es un asesor financiero que trabaja con artículos de primera necesitad. Está abriendo una oficina en la Ciudad de México, y me ha contratado como su asistente. Cree que la guerra creará una gran competencia para las materias primas

de América Latina. Es una gran oportunidad para mí. Está planeando un gran éxito financiero.

—¿No es eso especulación?

—Sylvia, no seas ingenua. Alguien hará dinero con la guerra. Así ha sido siempre. Lubeck me paga cincuenta dólares a la semana y me otorga una letra de cambio. Y vendrás a México para reunirte conmigo tan pronto como me establezca.

—¿Cuándo te vas?

—No estoy seguro. Tengo que esperar a Lubeck, pero creo que estaré aquí por un mes. Pensé en rentar un departamento en el Village. Me está pagando viáticos, pero no quiero gastar una fortuna en hotel.

—¿Greenwich Village? —le sorprendía que se le oyera tan familiarizado con la ciudad.

—Sí, ¿no es cierto que en París no parabas de decir que Saint-Germain te recordaba a Greenwich Village?

—Debo haberlo dicho. No me acuerdo.

—Claro que lo decías. Lubeck tiene un socio que puede acomodarme allí.

—Está muy retirado de mi departamento.

—Te quedarás conmigo. El lugar de una mujer es con su marido. Y mientras lo pienso, quiero que me guardes este dinero —empezó a contar billetes de cien dólares—. Aquí está, son tres mil dólares. Quiero que me los guardes.

—¿Por qué no lo guardas en la caja fuerte del hotel?

—No estaré aquí mucho tiempo, y quiero que me lo guardes.

—¿Qué hago con esto?

—Lo que desees. Confío en ti plenamente.

Jacques se quedó en Nueva York un mes. El primer fin de semana, él y Sylvia visitaron la casa de los Ageloff en el lago, en las montañas al norte de la ciudad.

El lugar tenía un encanto rústico, con portales por ambos lados que

daban hacia el lago. Jacques se tumbaba en traje de baño en el muelle de madera frente a la

casa mientras los otros escuchaban la radio y hablaban sobre la guerra. Inglaterra había empezado a evacuar civiles de Londres, y los nazis invadían Polonia. Para ejercitarse, Jacques trajinaba en el bote de los Ageloff, haciendo a la pequeña embarcación dar brincos por debajo de los remos.

Septiembre se fue en un abrir y cerrar de ojos para Sylvia. De repente, tan misteriosa y abruptamente como había llegado, Jacques se marchó. Sylvia lo acompañó a la terminal Grand Central; un segundo taxi llevaba el equipaje. Era un día fresco de octubre, y Jacques se veía particularmente bien con lentes de sol, con saco tweed, con su corbata a rayas verdes y negras, unos tirantes color negro carbón. Distraído, vio a la ciudad pasar, y luego, como si de pronto recordara a Sylvia, le cubrió una mano con la suya.

—No será mucho tiempo. Vendrás en diciembre.

—Sí, eso espero.

—No te preocupes por el dinero. Pagaré todo. Pero trata de venir un mes o dos.

—No estoy segura de que pueda disponer de todo ese tiempo. Tengo un nuevo trabajo.

—¿No puedes pedir un permiso?

—Puedo —dijo ella, y rio—, pero no significa que me lo otorguen.

—Bueno, ojalá puedas renunciar y venirte conmigo, pero mejor investigamos cómo está la situación por allá. Ya sé que parezco impaciente, pero no me gusta estar sin ti.

En la estación del tren, Sylvia y Jacques siguieron a los maleteros que cargaban el equipaje por el largo y enorme pasillo. Las multitudes, la conmoción y las prisas los apartaban. Jacques estaba atento a sus pasajes, a que su equipaje fuera documentado apropiadamente, y a dar propinas. Ella lo siguió en el tren hasta su compartimento. Escuchó al maletero gritar: “¡Todos a bordo! ¡Todos a bordo!”, y sintió el vagón desplazarse bajo sus pies cuando Jack la besó y le dijo adiós. Él estaba de pie en las escaleras cuando el tren empezó a moverse y ella caminaba a lo largo del andén. Todavía se despedía de ella moviendo la mano, sonriendo mientras el tren desaparecía en el negro

túnel.

VEINTICUATRO

Los volcanes se cernían sobre el montañoso valle; los blancos y nevados picos refulgían contra un límpido cielo azul. Eran más altos que el Canigou, y mucho más imponentes. Una espiral de humo se elevaba por encima del cónico volcán como su voluptuosamente elongada acompañante: una mujer reposando a su costado. Debajo de aquellos dos monstruos, aquellas conmovedoras deidades, se alzaban las cúpulas y los chapiteles de la ciudad junto a la extensión de un lago, un espejo tranquilizante que reflejaba un azul celestial. El valle tenía el contorno de un recipiente oval, y la tierra de un seco color rosáceo estaba cruzada por las uniformes filas verdiazules de nudos en las plantaciones de maguey.

Al cabo de un largo viaje de Nueva York a Texas, Ramón había conseguido un vuelo Pan Am en Brownsville y no estaba preparado para la repentina llegada a la Ciudad de México y su asombrosa vista. La luz de la montaña era incandescente, la atmósfera radiante. Se dio una semana para instalarse y aclimatarse; después se puso a trabajar, telefoneó a Frida Rivera y, tras una serie de llamadas, recibió una invitación para comer a las tres treinta de la tarde.

Mientras decidía qué traje y qué saco ponerse, pensó en Frida. La había visto entre los amigos de Sylvia en París, lo cual, con Sylvia presente, lo hacía sentirse nervioso por moverse en los mismos círculos. Entonces Frida se retiró de forma misteriosa. Algo ocurrió. Él esperaba que lo ayudara en México, pero ella era poco clara, como todo en México. El clima parecía atravesar varias estaciones a lo largo de un día. Las mañanas eran frescas como en octubre en París. Una tibia y suave primavera daba inicio a las once de la mañana. A media tarde, el verano entero era ardiente como en el sur de Francia. Y las noches podían ser bastante frías. Finalmente se decidió a vestirse para el verano, la hora de la comida, y escogió un saco color azul marino.

Entrecerró los ojos cuando fue acercándose al Ford sedán negro —un retroceso comparado con el Citroën— que lo esperaba detrás de la puerta de la cochera del hotel Montejo. Le dio una propina al portero, y después de un momento para ajustar el espejo retrovisor, se adentró en el Paseo de la Reforma, el boulevard más grande de México, el cual, tomando como modelo a los Campos Elíseos de París, era casi tanto parque como avenida, con hileras de

árboles, fuentes en cascada, monumentos heroicos y glorietas de

tráfico rotatorio. Se acordó de Sylvia el primer día en que fueron a dar un paseo por París. A ella le encantaría México. Era tan dada a leer las guías de viajes, a descubrir cosas. A diferencia de París, la Ciudad de México era floreciente, llena de europeos que huían de la guerra. Norteamericanos acaudalados, privados de los placeres de unas vacaciones mediterráneas, llenaban los hoteles de lujo donde las orquestas latinas tocaban rumbas y chachachá en las terrazas de los bares y en los centros nocturnos.

El trayecto de veinte minutos a Coyoacán lo llevó por Tacuba y Mixcoac, antiguos pueblos convertidos en suburbios. Coyoacán se percibía distinto y, de alguna manera, exclusivo. Tenía aún la apariencia de un pueblo montañoso con calles empedradas. El zócalo, como todos los zócalos en México, tenía su iglesia y su palacio municipal, pero aquí a la vida pueblerina se le había idealizado con hermosos arriates de flores. Se dio cuenta de que la dirección que le había dado Frida correspondía a una zona nueva atrás del zócalo con anchas calles trazadas en cuadrícula, las cuales tenían los nombres de capitales europeas. A las tres de la tarde, hora de la comida de mediodía, el pueblo estaba vacío y prevalecía la quietud.

Un chofer esperaba en un Studebaker color verde pálido de cuatro puertas frente al número 45 de la calle Londres. Cuando Jacques se estacionó, un mexicano corpulento con ojos de rana salió de la casa, portando un plato cubierto con un paño de cocina color rosa. Traía puesto un sombrero Stetson de diez galones y un revólver en una funda que le daba una apariencia más robusta.

El conductor salió del auto para abrir una de las puertas traseras, y tomó el plato, mientras que el Studebaker parecía dar de brincos con el peso del hombre.

Después de que el Studebaker se puso en marcha, Ramón salió del Ford y cruzó la calle, y advirtió los ladrillos de adobe crudo en lo alto de las paredes azul cobalto. Una criada abrió la puerta, permitiéndole entrar por habitaciones llenas de sombras densas y en donde tenía lugar una congregación de figuras de papel maché de tamaño natural. A un lado, amplias puertas se abrían hacia un jardín, donde sobre las paredes cobalto se alineaban plantas con flores y árboles frutales. Voces de mujeres salían de lo que él supuso que era la cocina; entonces apareció Frida, una figura fantasmagórica que se movía suavemente a través del comedor. Con el largo cabello cayéndole por la espalda, tenía una apariencia convaleciente en una túnica tejida en azul y rojo, y cargando en una mano un vasito color azul verdoso. Reparando en la ligera cojera, Ramón recordó la pierna marchita por

la poliomielitis, las cicatrices en su abdomen.

Cuando se reclinó para intentar besarla, ella movió la cabeza y los ojos,

indicando la presencia de las sirvientas.

—¿Es su marido el que iba saliendo?

—Ah, ¿viste a Diego?

—Me sorprendió. Me platicó usted que se estaban divorciando.

—Sí, pero no se está divorciando de Blanca, nuestra cocinera. Vino por su pato con mole. Lupe, su primera esposa, no su segunda, le enseñó a Blanca la receta, así que él cree que tiene el derecho a reclamar.

—Suena complicado.

—No tanto. Es su platillo favorito. ¿Te vio?

—No creo.

—Qué bueno.

Ella gesticuló ante la intensa luz cuando caminaban por el jardín, donde el aire se impregnaba con la fragancia de los geranios y los naranjos en flor. Un gran loro verde chilló en su jaula al final del jardín, lejos de la mesa puesta para comer debajo del frangipani.

—¡Así que puros cambios! —dijo él.

—¡Todo! ¡Y todo jodido!

—¿Así de mal?

—Amo a Diego, pero es un cerdo sádico. Regresé de París enferma como un perro. Mi columna vertebral me está matando. Necesito otra cirugía, y Diego anuncia que se divorcia de mí. Un puñetazo doble para Fridita. Nick, el tipo que amo en Nueva York, recién me dijo que se casa. Luego Diego me dice que vamos a divorciarnos. ¡Pum! ¡Pum! —le puso una mano en el antebrazo—.

¿Quieres una copita? ¡Qué bruta soy! Estoy tomando brandy, mucho brandy en estos días. Pero hay vino y whisky. O tequila. Tengo un tequila especial que deberías probar.

Tocó una campanita de plata para llamar a la criada y, después de decirle a la mujer lo que debía traer, lo condujo a unas sillas hechas de bambú y lino. A la luz del sol, su tez tenía un tono amarillento poco saludable, y su vello facial y el bigote negro y las cejas habían perdido su lustre.

—¿Por qué quiere Diego divorciarse? ¿Descubrió lo del hombre de Nueva York?

—Diego no da explicaciones. Dice que —se detuvo, moviendo cuatro dedos en el aire para hacer la señal de las comillas— es una mera conveniencia legal, lo más moderno que hay que hacer. Es lo que dijo a la revista *Look* —dio un trago a su copa—. Diego es un gran imbécil. Es como una atracción de circo

para las ricachonas que vienen aquí. Como Paulette, la esposa del pequeño vagabundo. ¿Cómo se llama? ¿El pequeño vagabundo?

—¿Chaplin?

—Sí. Paulette se mudó a San Ángel Inn, frente al estudio de Diego. Diego se acuesta con ella y con su asistente, una gringa.

Dejó de hablar cuando la criada volvía con otro brandy, un tequila, y una charolita de plata con nueces saladas. Terminó el brandy que traía en la mano y tomó el que había en la charola.

—A lo mejor quieres limón para tu tequila, pero pruébalo solo, a ver qué te parece. Sí, el sabor es diferente, pero no tan malo como el maldito ajenjo.

Bebió fuerte durante la comida; metía la cuchara en la sopa, pero no comió nada. La comida y los condimentos eran extraños para Jacques; las tortillas de maíz eran un tipo de crepa tosca. Un platito de arroz sazonado con una yerba verde siguió después de la sopa, luego un chile relleno con caldillo de tomate. Y

como platillo principal, la cocinera les llevó pato cubierto con una salsa espesa que parecía lodo.

—¿De veras? ¿Chile con chocolate? —dijo Ramón, haciendo discretamente la salsa a un lado.

Después de que la criada sirvió el café y el flan, Ramón mencionó a Trotsky.

—¿Así que aquí es donde vive? Me sorprende que se haya adaptado a esta casa.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella en un tono beligerante, empezando a articular mal sus palabras—. Esto no es una mansión pero es más grande de lo que parece. Mi padre construyó esta casa.

—Claro, pero Trotsky tendrá su séquito, ayudantes, guardias, todo tipo de personas.

Ella asintió una y otra vez.

—Yo creo que Diego se enteró de lo de Trotsky mientras yo estaba en París.

—¿Trotsky y usted?

Ella encogió los hombros.

—No tuve alternativa. Diego, ese cerdo, se acostaba con mi hermana, y eso fue de veras una patada en el estómago. Cristina me importa más que nadie. Es mi corazón, mi alma. La única manera en que me las podía cobrar de Diego era con uno de sus héroes chivitos.

—¿Sus qué?

Ella se tocó la barbilla.

—O sea, su cabrito. Trostky tiene barbita. Es un tipo a la antigua. No podía tener sólo sexo, se tenía que enamorar de mí, hacer un gran drama para que su esposa lo descubriera. Diego algo sospechaba. Es tan tramposo que siempre sospecha. En cuanto me fui a Nueva York, Diego le sacó la pura verdad a Cristina. Eso es lo que ocurrió cuando estuve en París. Por eso es que no podía contarte. Allí estuve, la delegada de México en la Cuarta Internacional, ¡una heroína para todos los trotskistas!

—¿Cuándo se mudó Trotsky de esta casa?

—Mientras estuve en París. Diego no confrontó a Trotsky pero los dos sabían. El viejo quiso empezar a pagarle renta, pero Diego se rehusó. Así que Trotsky se marchó. Vive en una vieja casa a dos calles de aquí.

—¿Ha hablado con él?

—¿Por qué tanto interés en Trotsky? ¿Viniste a matarlo?

—No, claro que no. ¿Parezco asesino?

—Alguien lo matará. Hasta los tontos lo saben.

—¿Quién dice?

—Todo el mundo. Pero yo no. Yo conservo mi distancia —se ajustó el chal alrededor de los hombros. El sol se ocultó y con la sombra de inmediato el jardín se puso frío.

Al marcharse, Jacques preguntó sobre las figuras en papel maché que vio al llegar. Una de ellas, una mujer con larga cabellera rubia y con los labios pintados de rojo, vestía una bata corta y llevaba puesto un centelleante collar. Otra, un hombre, portaba una placa, revólver y botas.

—Los hacen aquí los pueblerinos. La rubia es una gringa rica, tal vez una puta. Y él es el sheriff. Los lugareños los hacen para quemarlos en días festivos.

A veces se inspiran en determinada gente.

—¿Queman sus efigies?

—Sí, los llaman Judas. Diego y yo los coleccionamos.

Empezaba a oscurecer cuando entró en su coche. ¿Por qué le había hecho Frida aquella pregunta? ¿Había venido él a matar a Trotsky? Como artista, ¿se sentiría ella obligada a decir y a hacer lo que no era apropiado? Puso en marcha el motor, recorrió ocioso una, dos, tres manzanas y llegó al final del pueblo; las casas se volvían marginales, no había más empedrado. El crepúsculo, la hora melancólica del día. Un árbol de eucalipto se elevaba frente a él, por encima de una barda como el velamen de una gran goleta. A la distancia, del otro lado del valle, se avistaban los volcanes, sus costados de un profundo azul sombrío contra

el pálido cielo, los picos nevados que se volvían rosáceos con la ya descolorida luz solar.

Un muro de mampostería se desplegaba a lo largo de la calle, haciendo ver pequeño al Ford, hasta que dio vuelta en la calle Viena, un tramo de tierra lleno de baches, donde, mirando hacia lo alto y hacia atrás, Ramón pudo ver una torreta con ametralladora y alambres de púas que cubrían la pared frontal del recinto. Dos policías estaban de pie en la calle frente a una estación de la guardia nacional, un

pequeño cobertizo de ladrillo recién construido. Del otro lado de la calle había una milpa. En algún lugar cercano cantó un gallo, y a la distancia un burro rebuznaba. Dio vuelta a la izquierda en Viena hasta el final de la calle, y de la manzana, donde una hilera de cipreses servían de límite en el lecho seco de un río. No había nada más allá. Era el confín de la ciudad, el límite de Coyoacán.

VEINTICINCO

—¡Sí, claro, claro! —dijo David Alfaro Siqueiros. Sentado al escritorio, y con el auricular del teléfono en el hombro, las botas apoyadas en uno de los cajones inferiores. No llevaba puesto su uniforme de caballería, sino un saco de cuero color café, manchado de pintura, un suéter verde de cuello de tortuga y un overol de lino crudo. El negro cabello le había crecido; lo traía partido por la mitad, lo que hacía resaltar el largo de su cara, su piel pálida y sus gruesos labios.

Mientras escuchaba, divertido, sus verdes ojos iban de Eitingon a Caridad y luego a Ramón; enseguida se posaron en Antonio Pujol, quien transmitía una paciencia ancestral; su rostro era una máscara maya: la nariz chata, los pómulos cacarizos, los carnosos labios levemente curvados como si los presionara contra el vidrio de una ventana. Siqueiros levantó dos dedos frente a Pujol y le hizo una indicación con la boca. El joven sacó un Lucky Strike de un paquete, se incorporó para pasarle el cigarro a Siqueiros, sacó un cerillo de una cajita, y se lo encendió.

Se hallaban en un departamento que tenía Siqueiros en la Zona Rosa. Lo había cedido a Caridad y a Eitingon para que lo usaran como oficina, pero él se comportaba como si todavía fuera suyo. Había recibido una llamada durante el encuentro.

Caridad, con los labios apretados formando una sola línea, bajó la vista hacia sus agujas de tejer, que movía con gran celeridad, jalando con cólera la hilaza negra. Jacques se había sentado en un desvencijado sofá de cuero de color verde.

—Amílcar, te llamo por teléfono en cuanto sepa, pero la comisión es segura.

Voy a pintar ese muro.

Siqueiros siguió hablando, encendió el cigarro y exhaló una columna de humo hacia el techo.

—Estoy seguro de que la comisión se llevará a cabo y, en cuanto se

haga, te echo una llamada. Serás el primero en saberlo, te lo prometo.

Caridad dirigió a Eitingon una mirada inflexible y aplastó el cigarro cuando Siqueiros colgó el teléfono.

—¿Qué es? —preguntó Siqueiros en francés, soltando la quijada y los

hombros en una expresión completamente gala.

—Mi querido David, ¿era un periodista? —le preguntó en francés Eitingon.

—Sí, Leonid, el editor de arte de *La Opinión*, Amílcar López.

—Dada la naturaleza secreta de nuestra misión —dijo Caridad—, ¿no te sería conveniente evitar a la prensa?

Siqueiros le sonrió.

—Contrario a lo que puedas pensar, si repentinamente salgo de vista, serviría sólo para despertar curiosidad. El mejor camuflaje que tengo es quedarme a la luz pública.

—Pero tal vez puedas evitar las entrevistas mientras trabajamos —sugirió Caridad.

Siqueiros se recargó en su silla, cómodo en su postura. Era quien rentaba el departamento. El teléfono era suyo. Era el único que sabía desde dónde se metían, a escondidas, las zancadillas en el Partido Comunista Mexicano: quién era estalinista, quién era trotskista, quién odiaba a quién. Siqueiros era el que tenía el carisma para convocar y liderar a un grupo de hombres en un asalto armado clandestino.

—Si prefieres desconecto el teléfono. De esa forma los periodistas ya no me molestarán aquí.

—¡No, no, no! —dijo Eitingon, levantando la palma de la mano—. Llevaría mucho tiempo conseguir otra línea.

—Seguramente el Partido tiene alguna “palanca” en la compañía de teléfonos —dijo Ramón.

—Seguramente, el Partido dirige los sindicatos de las dos compañías de teléfonos.

—No importa —dijo Eitingon—. Incluso con la influencia de David, tomaría meses conseguir otra línea.

—Como están las cosas, andamos retrasados —se quejó Caridad—. No tenemos un itinerario. No me gusta ser la regañona, pero si no ponemos límites y trabajamos diligentemente nunca conseguiremos nada.

—¿Dónde está el plano de la casa? —preguntó Siqueiros—. ¿Cuántos guardias hay, cuántos policías, cuántas armas? ¿Hay alarma? No podemos planear un ataque sin esta información.

—Ramón está trabando relación con Frida Rivera y piensa que ella podría colaborar.

—Fridita —dijo burlonamente Siqueiros, viendo a Ramón—. ¿Y qué le

haces a la señora Rivera?

Pensativo, Ramón encendió un Lucky Strike y dejó caer el cerillo en una copa.

—Sabe todo y conoce a medio mundo.

—¿Pero *haría* cualquier cosa? —sonrió Siqueiros—. No, mi joven amigo.

Conozco a Frida desde que era una adolescente. Cuando Diego era estalinista, Frida era estalinista. Cuando fue trotskista, ella era trotskista. No tiene creencias políticas propias, ni convicciones — Siqueiros enlazó los dedos, dejando que sus ojos reposaran en Ramón.

—¿Por qué no acribillamos al viejo, y ya?

—No, el Kremlin tiene órdenes muy claras —dijo Caridad.

—Tenemos que emprender una campaña en la prensa para convencer a la gente de que Trotsky es un terrorista y un traidor. Ya conocen la filosofía de Stalin: primero el asesinato moral y después el asesinato físico. Tenemos que librar de culpas al Kremlin.

—Era una broma —dijo Ramón—. Estaba bromeando.

—¿Y qué hay del muro que rodea la casa? —reflexionó Siqueiros, aburrido de la charla política.

—Con unos cuantos cartuchos de dinamita se resuelve el problema — sugirió Eitingon—. Haz un boquete y enfrentas a tus hombres con los guardias de Trotsky antes de que éstos se hayan recuperado de la impresión.

—Nos falta saber quién está adentro, cómo están armados.

Eitingon miró a Ramón.

—¿Y Sylvia? Confío en que la sigas teniendo a la mano.

—Sí, claro.

Eitingon frunció el ceño, pensando por un momento.

—Comunícate con ella para ver qué tan pronto puede venir. Ella puede ser la única vía para entrar en esa casa. Ella es la llave que necesitamos.

VEINTISÉIS

Al ver a Sylvia bajar la escalerilla del avión Pan Am, Jacques sintió una ráfaga de placer, que vio reflejarse en su rostro, su enérgico saludo, el beso que le sopló desde los dedos. Portaba sus lentes de sol y llevaba su abrigo de zarigüeya encima del brazo. Él se mostraba encantado de verla; no podía negar sus sentimientos. Caridad y Eitingon podían menospreciar a Sylvia por ser crédula, pero el abrigo de zarigüeya le evocaba otras memorias, el historial que tenía con Sylvia, el hecho de que ella lo considerara su esposo. A ella le importaba él y las cosas que le había dado. Ansioso y feliz, fue hacia ella, dejando de pensar en Caridad y en Eitingon. Para jugar su papel, para hacerle el amor a Sylvia, para compartir una cama, él se había acoplado a su inocencia.

—En realidad no necesitabas traer tus pieles —le dijo cuando fueron a reclamar su equipaje—. Aquí no hace tanto frío.

—Pero en Nueva York hace frío. Tuve que abrigarme al salir de Idlewild, y es probable que haga frío cuando regrese.

—No pensemos en eso —dijo él, pasándole el brazo por encima.

Tras recoger sus maletas, guió a Sylvia y a un maletero hasta el Buick descapotable amarillo, al tiempo que explicaba cómo había cambiado su Ford sedán negro. En tránsito por la ciudad, Sylvia contemplaba a la gente, bajita y sombría, de piel morena, cabello azabache y rasgos afilados. Ataviados con huaraches y sombreros de paja, los hombres conducían carretones tirados por burros cargados con elevados fardos de leña y abultados sacos de carbón. Las mujeres, en pesados vestidos con bordados, parecían estar cocinando en fogatas al aire libre a lo largo del camino.

Habían oído mucho acerca de la ciudad, por sus hermanas, y por artistas en París y en Nueva York que encomiaban la luz y los colores de México. Jacques le señaló los nevados volcanes, y dijo que él había escalado el Popocatépetl, el que tenía forma de pirámide.

—Se ve enorme, y qué nombre tan espantoso.

—Sí, es azteca. Yo en realidad no lo escalé hasta la punta —le confesó —; la altitud es mucha, y yo no me había aclimatado. El otro es el Iztaccíhuatl, la

mujer dormida.

Jacques mencionó que iría rumbo a Reforma, que, de no ser por la aparición ocasional de algún burro, parecía un boulevard parisino. Pasaron, al dar vuelta a la derecha, por la embajada de Estados Unidos; dieron una vuelta en U en una de las glorietas de mayor tráfico, y desembocaron en el estacionamiento del hotel Montejo.

—Recuerda que eres la señora Jacson —dijo él camino hacia el hotel, el cual le pareció a Sylvia muy mexicano. Los pisos eran de baldosas rojas, las paredes de estuco blanco, a los techos los cruzaban oscuras y gruesas vigas de madera.

Sabiendo que Sylvia necesitaría tiempo para bañarse y reposar, Jacques dijo que tenía que hacer un encargo rápido para su jefe, el señor Lubeck. Caminó tres manzanas hasta llegar a la calle Hamburgo, que estaba detrás del hotel por la Zona Rosa, y subió las escaleras del edificio Ermita hacia el departamento de Siqueiros. Tamborileó en la puerta, deslizó la llave por la cerradura y se introdujo en la oficina, que estaba cargada de humo. Eitingon se hallaba al teléfono, hablando en ruso. Caridad levantó la vista y cerró el expediente que había estado leyendo.

—¿Y a tu pajarita rubia le gustó el Buick amarillo?

—Sí, el Buick es un gran éxito —dijo, al tiempo que se sentaba en el sofá de cuero verde, preguntándose si su madre tenía celos de Sylvia.

Caridad entrecerró los ojos.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—No, nada.

—Leonid, la esposa de Ramón ya llegó —anunció Caridad cuando

Eitingon colgó el auricular del teléfono.

Eitingon le sonrió al joven y lo miró con vivo interés.

—¿Cuáles son tus planes? ¿Tus planes inmediatos?

—Los mismos: mostrarle la ciudad, entusiasmarla. He pensado que podría llevarla a bailar esta noche al Ciro's.

—¿Ciro's? —replicó Caridad—. ¿No es un poco glamuroso para alguien como Sylvia?

—No sé. Podría pasarla bien.

—¿Dónde está ahora?

—En el hotel. Iremos a cenar al Bellinghausen. Está cerca. Podrá estirar las piernas un poco.

—¿Y qué hay de Trotsky? —preguntó Caridad.

—Tengo que esperar hasta que ella diga que quiere verlo. No puedo sugerírselo.

—Por supuesto que no —convino Caridad—. ¿Qué tal si no quiere ir?

—Querrá. Sylvia nunca quiere perderse de nada. Sus dos hermanas ya hicieron el peregrinaje. Es un ritual de familia.

Eitingon lo previno para que no mostrara el menor interés en Trotsky.

—Es algo que dejamos claro con Jacques en París. No quieras presionarla en nada.

Ramón les recordó a Eitingon y a Caridad que todavía había algunos detalles que no habían resuelto. Sylvia querría saber dónde estaba su oficina y un número telefónico donde llamar.

Eitingon hizo un mohín.

—Esos pequeños detalles, no queremos que nos hagan tropezar. Ahora que ella ha llegado, debes tener cuidado con tus visitas a este lugar.

—Ella cree que tengo un empleo normal. Tendré que venir aquí más seguido.

—Tal vez sea un error tenerla en un hotel tan cercano —dijo Eitingon.

—¿No te seguirá hasta aquí? —preguntó Caridad.

—No.

—Dale la dirección, pero cámbiale un número —dijo Eitingon—. No importa si llama por teléfono. Yo nunca contesto en ruso.

Jacques caminó de regreso al hotel y se detuvo en la caseta telefónica del vestíbulo para llamar a Sylvia.

—¿Te mueres de hambre?

—Sí, pero aún no estoy lista. ¿Por qué no subes?

—Tengo que arreglar algo en la recepción. Te veo aquí abajo. ¡Apúrate!

Tengo hambre.

Cuando Sylvia salió del elevador, Jacques estaba parado cerca del mostrador de la recepción, leyendo un periódico.

—¡Llegaste! El restaurante está a unas calles de aquí. Pensé que te gustaría caminar.

La condujo a la salida de la puerta principal hacia Reforma, luego a la vuelta de la esquina y hacia la Zona Rosa; le dijo que en México la comida principal se servía entre las dos y las tres de la tarde, y que posteriormente todo el mundo tomaba una siesta. Las tiendas y las oficinas cerraban y volvían a abrir hasta las cinco, cuando los trabajadores volvían a sus empleos y allí se quedaban hasta las

nueve o las diez.

Cubiertas de flores moradas, las jacarandas se alineaban en las angostas calles de la Zona Rosa. Dos niñitos andrajosos con cajas para lustrar zapatos les salieron al paso, diciéndoles: “¡Señor, déjenos bolearle los zapatos! ¡Señor, por favor! Un pesito, un pesito”.

Una indígena estaba sentada en la acera, con la espalda recargada contra un edificio, una chiquilla a su lado y la mano abierta y extendida, apoyada en la rodilla.

—¡Una limosna! —musitó, con los ojos mirando un punto indefinido, cuando Jacques y Sylvia pasaban frente a ella—. ¡Una limosna!

Jacques guio a Sylvia al restaurante e intercambió algunas palabras en

español con el jefe de camareros, quien los condujo rápidamente por el comedor de paredes de estuco de color rosa frambuesa y por entre mesas de manteles blancos hacia un patio semicubierto. Ráfagas de humo de puro y de cigarros flotaban entre las ramas de una ceiba, junto con el chachareo de voces interrumpidas por el seco sonido metálico de cuchillos y tenedores. Un ejército de camareros con sacos blancos se movían por el recinto. Uno de ellos le acomodó la silla a Sylvia mientras otro desenvolvía una servilleta de lino blanco para colocársela en el regazo.

—Me siento como si estuviera en una película acerca de México —dijo ella, inclinándose alegremente hacia adelante.

—Sí, el restaurante tiene fama porque se asemeja a una hacienda mexicana, muy tradicional. Estrellas de cine y toreros famosos, todo tipo de celebridades mexicanas vienen aquí: políticos, locutores de programas de radio y periodistas.

—¿Hay aquí alguien que conozcas?

Él miró a su alrededor; por unos momentos apretó los labios.

—No, a nadie. Soy todavía muy nuevo en la ciudad.

Se dispuso a ver el menú.

—Creo que podríamos empezar con un daiquirí.

—¿Me sentiré bien? ¿Qué hay de la altitud?

—Uno no te hará daño.

Mientras Jacques llamaba al camarero para pedirle los cocteles, Sylvia veía el menú. Reconoció algunas palabras: taco, tortilla, chile, pero el resto le resultaba indescifrable.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Jacques, deletreando—: S-E-S-O-S.

—Sesos —dijo él, mirando su menú—. Cerebros, cerebros de terneros. Son

deliciosos, sazonados con mantequilla. No creo que te gusten.

—Jacques, ¿ya sabías hablar español?

—¿Español?

—Hablaste con el jefe de comedor cuando llegamos, y con el camarero.

Él se dio cuenta de que ella estaba en lo cierto y se preguntó si no estaría siendo deliberadamente descuidado.

—Sólo algunas palabras —respondió él—. Si hablas francés, el castellano llega solo.

Le ofreció a Sylvia un cigarro, que ella rechazó, y encendió uno para él.

Cuando llegaron los daiquirís, Sylvia habló de los lugares que quería ver: Chapultepec, el Palacio de Bellas Artes, el Museo Nacional de Arte, las chinampas de Xochimilco, Teotihuacán y la Pirámide del Sol.

—Me encantaría ir a Acapulco de fin de semana y tumbarme en la arena.

¿No se te hace fantástico nadar en el Pacífico y broncearnos?

—Sí, pero acuérdate, soy un empleado. No sé cuántos permisos me dará Lubeck.

—¡Ay, sí, Peter Lubeck! ¿Y cuándo lo conoceré?

Jacques la miró y un leve fruncimiento del ceño cruzó sus facciones.

—Sylvia, no creo que sea bien visto.

—Pero siendo esposa tuya, debo conocer a tu jefe.

—Lamento decírtelo, pero Lubeck no aprueba nuestro matrimonio.

—¿No aprueba?

—Es muy católico, muy tradicional. Alguien le contó que no estamos casados por un cura o por un juez. Eso, y que cree que tú eres comunista.

—Pero no lo soy. ¿No se lo dijiste?

—Eres una seguidora de Trotsky, una de sus simpatizantes, y para él es lo mismo que ser comunista. Pero Sylvia, no dejes que esto eche a perder nada.

Debo advertirte que el apoyo a Hitler es muy fuerte aquí. Pero no es

tanto por antisemitismo como por una aversión a los Estados Unidos.

—Lubeck es nazi, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. Si él te conociera, sé que vería tus virtudes. Es el modo en que nos casamos lo que no es de su aprobación.

VEINTISIETE

Conforme avanzaban por los cavernosos y resonantes espacios impregnados del azulado humo del incienso, de los susurros de los rezos, y de los sesgados rayos solares, de sombras moteadas de azul, rojo y verde, Sylvia se detenía para consultar su guía de turista, un libro de aspecto serio y del tamaño de un himnario, con una cubierta color rojo sangre de toro, lleno de mapas y extensas secciones históricas e impreso en fino papel. Con su bolso de mano colgándole cerca del codo derecho, con todo su peso cargado hacia el pie izquierdo y el derecho inclinado hacia delante, se quedaba parada leyendo durante varios minutos, indiferente ante los indígenas devotos, que arrastrando los pies pasaban frente a ella envueltos en chales y sarapes.

—¿Sabías que los españoles construyeron esta catedral encima de las ruinas del templo más importante de los aztecas?

—No, no tenía la menor idea —dijo Jacques alcanzando sus cigarros —. El incienso huele a orines de gato.

—Amor, probablemente no deberías fumar aquí.

—No, al parecer no se debe. Pero con todo este humo… —se sintió impaciente; se preguntaba por qué Sylvia tenía que detenerse para leer. ¿Por qué no sólo miraba lo que tenía enfrente?

Ella levantó la cabeza y sonrió, acomodándose los lentes.

—¿Te gustaría que nos fuéramos? ¿Te dio hambre?

—Sí, el olor del incienso siempre me trae recuerdos desagradables.

Fueron en coche unas cuantas calles a un restaurante americano, que Jacques sabía que había ocupado una mansión del siglo XVI español al otro lado de la Alameda.

—Es como una gran tienda miscelánea —dijo Sylvia cuando pasaron

por una farmacia y un puesto de revistas camino al comedor, donde las meseras vestían como las indígenas mexicanas, con batones largos y coloridos. Sylvia ordenó un club sandwich y abrió su guía una vez más.

—Esto es muy interesante —dijo tras leer un poco—. Terry dice que los

aztecas sacrificaban gente en el templo donde ahora se halla la catedral. Miles de personas lo atestiguaban. El sacerdote soplaba la concha de caracol y golpeaba los tambores, y luego, cuando llegaba el sol, abrían de tajo el pecho de la víctima, le sacaban el corazón, y lo sostenían frente a la luz. Creían que el sol ya no saldría si no realizaban el sacrificio.

—Sylvia, eso es macabro.

—No, es interesante. Los sacerdotes y los nobles cocinaban y comían el cuerpo de las víctimas.

Ella dejó de comer una parte de su sándwich.

—Escucha esto. Los españoles se horrorizaron cuando descubrieron que los aztecas practicaban el canibalismo.

—Sí, por supuesto.

—Destruyeron los templos aztecas porque eran caníbales, y luego hicieron que se convirtieran al catolicismo, en el que el sacramento implica comer el cuerpo y la sangre de Cristo. ¿No es irónico?

Después de comer dieron un breve paseo por la Alameda, un extenso parque con senderos de grava, esculturas y fuentes. Sylvia quería visitar el Palacio de Bellas Artes, pero estaba cerrado, por lo que salieron hacia Reforma y pasaron frente a su hotel rumbo al Castillo de Chapultepec, que se encontraba en una colina, desde donde avistaron una vez más la catedral.

Después de subir varios tramos de peldaños y de caminar por las recámaras del emperador y de la emperatriz, Maximiliano y Carlota, llegaron a una terraza en donde Sylvia abrió su guía de turista y comenzó a leer.

—Maximiliano era de Habsburgo, ¿sabías? No entiendo del todo qué hacía en México, pero fue ejecutado al cabo de cuatro años —leyó un poco más, luego miró hacia el Paseo de Reforma—. Su mujer, Carlota,

era terriblemente celosa.

Mandaron construir el boulevard para que ella pudiera ver cuando llegara y se marchara al palacio del Zócalo el carruaje de Maximiliano. Ella quería asegurarse de que él no se detendría en el camino.

A la mañana siguiente, cuando Jacques estaba anudándose la corbata, Sylvia hizo una llamada a Coyoacán, a los colaboradores de Trotsky. Jacques la escuchó identificarse, mencionando a sus hermanas Hilda y Ruth. Cuando colgó, dijo que la habían invitado a tomar el té a las cuatro de la tarde.

—Creí que estarían muy ocupados, pero quieren que vaya esta tarde.

—A las cuatro —dijo Jacques—. Perfecto, estaré libre a esa hora.

Ella vaciló por un momento sin saber cómo proceder.

—¿Algún problema?

—Sí, no creo que debas venir.

Él miró su reflejo en el espejo.

—¿Por Lubeck?

—No. ¿Así de mezquina crees que soy?

—¿Entonces por qué?

—Hilda, Ruth y todo el mundo dicen que los estalinistas están haciendo todo lo posible para que Trotsky sea deportado. La mínima infracción a la ley podría amenazar la condición de Trotsky. No puedo hacer nada que lo ponga en riesgo.

—No entiendo lo que dices.

—Tú estás aquí con un pasaporte falso. No creo que debas de ir a esa casa.

—¿Por mi pasaporte?

—Probablemente no tenga importancia, pero aun así… No necesitas llevarme, tomaré un taxi o el tranvía.

—No, yo te llevaré. No quiero verte sola en la ciudad y dando vueltas —él terminó de ajustarse la corbata y se puso el saco del traje—.

Tengo que ir a la oficina pero estaré de vuelta a tiempo para ir a Coyoacán.

Cuando Jacques volvió, Sylvia estaba vestida y lista para irse, silenciosamente emocionada de encontrarse con uno de los grandes héroes de su vida. Por temor de que Jacques se sintiera excluido, habló de otras cosas cuando iban a Coyoacán.

—Este pueblo estaba a orillas del lago —dijo cuando pasaron por Tacubaya

—. Éste, el siguiente y Coyoacán se encontraban todos a la orilla del lago cuando llegaron los españoles.

Mientras la brisa soplaba a través de las ventanas del coche, ella intentó imaginar el agua azul, las piraguas yendo y viniendo. La ciudad azteca más grande y más hermosa que cualquier ciudad de Europa. Los españoles habían empezado a desecar el lago cuando invadieron México, y cuando la población aumentó el lago casi desapareció. El aire era rico en olores exóticos. La gente y el ganado deambulaban a un lado del camino.

Quedó encantada cuando llegaron a Coyoacán con sus calles empedradas y sus inmensas paredes de piedra cubiertas con buganvilias. Jacques le mostró el zócalo y el palacio municipal, la iglesia y los jardines; luego prosiguieron rumbo a la calle Viena, donde Sylvia dejó escapar un leve jadeo cuando vio los muros, tapiados con alambre de púas, torres de vigilancia y una torreta con ametralladora.

—Ay, es una cárcel.

—Más bien una fortaleza, diría yo.

Un amodorrado policía se reclinó contra la barraca de ladrillo que se hallaba en la calle entre un fuerte y una milpa. Al otro lado del valle, se divisaban los volcanes contra el cielo; una curva de humo se elevaba desde el Popo. Jacques estacionó el Buick en una esquina contra la pared, saltó del coche para abrirle la puerta a Sylvia y la acompañó a la entrada, una puerta de acero fortificada empotrada a la pared al lado de otra, la de un garaje, de metal y cerrada herméticamente. Cuando ella tocó el timbre se abrió una rendija metálica en la puerta. Dio su nombre, y un momento después zumbó un seguro eléctrico; la puerta se abrió un par de centímetros, y enseguida se oyó el ruido de una barra de metal raspando el concreto. Finalmente, la puerta se abrió de modo oscilante dejando ver, a lo lejos, un Dodge negro y un poco del verde jardín.

Jacques vio a Sylvia desaparecer en el interior, y enseguida volvió los ojos hacia lo alto del muro donde un joven de cabello castaño sostenía de pie un rifle Springfield. Sintiendo un chispazo de curiosidad, Jacques inclinó la cabeza, luego regresó a donde estaba el Buick. Con la puerta abierta, encendió el radio y sintonizó una estación que tocaba una canción de Glenn Miller. Se fumó un cigarro, luego salió del coche y se quitó el saco como si tuviera mucho calor.

Consciente de que el guardia estaba observando, fue hacia el frente del coche, donde subió su pie derecho al parachoques para anudarse una agujeta. Se revisó el zapato izquierdo, luego dio una vuelta alrededor del Buick para inspeccionar las llantas. Estaba toqueteando la tercera llanta con la punta de su zapato cuando se escuchó una voz desde lo alto.

—¿Le gusta el Buick?

Él levantó la vista y le sonrió al joven.

—Es un buen coche, pero no tan sensible como el Citroën.

—¿No es usted de Estados Unidos?

—Canadá. ¿Y usted?

—De Nueva York. Mi viejo maneja un Buick.

—¿Ah sí?

—Yo prefiero el Packard.

—Dicen que son buenos. He visto unos dos aquí en México.

El joven cambió de lugar el rifle y enseguida miró hacia abajo, a un costado del muro para cerciorarse si estaba siendo observado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jacques.

—Sheldon. Sheldon Harte, pero muchos mexicanos me dicen Roberto.

—¿Y eso?

—Es mi primer nombre. Robert. Robert Sheldon Harte. Y me imagino que Sheldon les es más difícil de pronunciar. E-sheldon —pronunció como para demostrarlo.

—Sí, entiendo lo que dices.

—Aquí todo el mundo tiene dos nombres, nombres en clave, alias, motes de guerra. Se ponen otros nombres cuando se unen al movimiento. Es gracioso, los judíos siempre se ponen nombres cristianos, pero nunca a la inversa.

El joven miró de nuevo hacia abajo, y tras un momento apareció otro guardia, un hombre enorme y fornido de cabello negro, nariz ganchuda y quijada cuadrada. Llevaba un pañuelo rojo amarrado alrededor de su cuello y un revólver en una funda que le colgaba de un ancho cinturón de cuero. Jacques asintió con la cabeza y después regresó a su coche. Había conseguido lo que quería. La próxima vez sabrían que él era el marido de Sylvia.

Al cabo de una hora y media, la reforzada puerta de metal se abrió y Sylvia salió a la calle; lucía radiante.

—Te la pasaste bien —dijo Jacques, ayudándola a subir al coche.

—Sí, sí. Nunca te imaginarías quién está aquí. ¿Te acuerdas de los Rosmer?

¿Marguerite y Alfred? Fuimos a su casa durante el encuentro en Périgny. Los dos te recuerdan. Especialmente Marguerite. Quería saber sobre mi atractivo y aristócrata marido.

—¿Y qué les dijiste?

—Que me estabas esperando afuera. Les expliqué lo de tu pasaporte.

—¿Y qué dijeron de eso?

—Realmente, nada. Los invité a cenar con nosotros una noche. Espero no te importe.

—No, no, si así tú lo quieres.

Ella le aseguró que a los Rosmer les emocionaba la invitación. Habían estado viviendo en un cuarto diminuto en la parte trasera del jardín y habían traído de Francia al nieto de Trotsky. El chico se había quedado huérfano cuando mataron a Sedov. Alfred y Marguerite se habían quedado para ayudarlo a adaptarse.

Ahora no podrían regresar a Francia.

—Si tú así lo quieres, yo estoy de acuerdo. Los podemos llevar a nuestro hotel para que se entretengan.

—También me ofrecí de voluntaria en la oficina. Necesito hacer algo

mientras tú estás en el trabajo, y Trotsky está desesperado por que le ayuden.

Está retrasado en su biografía de Stalin, y su editor en Nueva York no le mandará dinero hasta que Trotsky le envíe algunos capítulos. Y no puede trabajar en ellos porque tiene que tomar trabajos, por la paga inmediata, que le ofrecen revistas y periódicos. Es un círculo vicioso.

—¿Trotsky no tiene dinero?

—Puedo llegar en el tranvía. Me dijeron que es perfectamente seguro.

Marguerite usa el tranvía todo el tiempo.

—¿Quieres venir aquí y trabajar para Trotsky? ¿Haciendo qué?

—No estoy segura. Está escribiendo el primer borrador de la biografía en ruso. A lo mejor puedo intentar traducirlo al inglés, si recuerdo cómo hacerlo. O

podría ayudar con la investigación. ¿Te importa?

—No, y no te preocupes en tomar el tranvía. Yo vengo por estos rumbos por asuntos de negocios, así que no será problema.

VEINTIOCHO

Así Jacques se convirtió en una presencia frente al portón del número 45 de la calle Viena. Iba a dejar a Sylvia y desaparecía durante una o dos horas para visitar a inversionistas de San Ángel, un barrio colindante, y después regresar por ella. Se hizo el propósito de no hacerle preguntas —cuántos guardias había, quién trabajaba en la casa— pero escuchaba cuidadosamente, recordando los nombres, hasta poco a poco ir conformando una lista.

—Ah, sí, Sheldon —dijo Alfred Rosmer en francés al tiempo que sostenía su copa para que Jacques se la llenara con champaña. Estaban en la suite de Jacques y Sylvia en el hotel Montejo. Jacques había encontrado dos botellas de buena champaña y había convenido con la cocina del hotel para que les enviaran canapés y preparar lo que él esperaba fuera un sencillo pollo rostizado que comerían en el comedor. Rosmer tomó un trago de su copa, luego se limpió su encanecido y disparejo bigote. Había pasado mucho tiempo de su vida discutiendo de política, primero como sindicalista y luego como líder

del Partido Comunista en Francia, que le parecía un alivio estar con un joven hombre de negocios que podía darse el lujo de una buena vida.

—En realidad, Sheldon no encaja con el resto de los hombres —dijo Rosmer

—. No sé a qué se debe.

—¿Sheldon Harte? —dijo Marguerite—. Es un romántico. Vino a México con la romántica intención de escribir una obra de teatro. Es de una acaudalada familia de la Park Avenue, mientras que los otros son de clase trabajadora.

—Pero creo que es algo más que eso —replicó Alfred.

—¿Qué será?

—No lo sé. Así que prefiero no opinar. Marguerite, ¿cómo era esa historia sobre Sheldon y la carretilla? —preguntó.

El rostro de Marguerite Rosmer se iluminó. Una mujer robusta, gorda comparada con su esbelto marido, tenía un rostro jovial, fino, las mejillas carnosas, y un busto voluminoso. Se mostró divertida al contar cómo Sheldon, al poco tiempo de llegar, entregó la llave del portón mientras estaba de guardia.

Uno de los mexicanos que trabajaba en la renovación de la casa iba y venía con

una carretilla, y Sheldon, pensando que era una molestia estar abriéndole el portón, terminó entregándole la llave.

Marguerite empezó a reír; luego, viendo el inexpresivo rostro de Sylvia, explicó:

—Su trabajo era resguardar el portón, no regalar la llave —Marguerite se frotó ligeramente los ojos.

—¿Y el que usa el pañuelo rojo? —preguntó Sylvia.

—Ése es Jack Cooper, alguien totalmente diferente —dijo Alfred—. Es camionero de la región del centro de Estados Unidos. Sus padres eran judíos inmigrantes, terriblemente pobres. El Sindicato de Camioneros manda acá a hombres a trabajar como escoltas de Trotsky. Todos son voluntarios —Alfred sacó su pipa y se puso a rumiar—. Vienen y van;

algunos son mejores que otros, pero Trotsky nunca se ha preocupado por la seguridad. Después de una revolución y una guerra civil no se siente amenazado fácilmente.

Tras la cena, cuando Jacques estaba abriendo una botella de vino, Sylvia le preguntó a Alfred acerca del libro que planeaba escribir.

—Sí, es acerca de Moscú en tiempos de Lenin —dijo—, los primeros siete años.

—Si Lenin viviera, ¿sería todo diferente? —preguntó Sylvia.

—Eso queremos pensar. Le di a Lenin años de mi vida, pero, la verdad sea dicha, él fue el origen de algunos de los problemas que tenemos ahora.

Concentró mucho poder en el Partido y en el Comité Central. Tenía toda la intención de derrocar al zar y, de modo irónico e inconsciente, creó una dictadura a su imagen y semejanza. Trotsky no dejaba de advertir a Lenin, y Trotsky tenía razón. Ése fue el quid de su discrepancia con Lenin en los primeros años. Trotsky no estaba libre de defectos, pero tenía una visión fuera de lo común.

—¿Pero no te unirás a la Cuarta Internacional? —dijo Sylvia.

Como si estuviera ordenando sus pensamientos, Alfred sacó su bolsa de tabaco y rellenó su pipa.

—Trotsky es un viejo amigo, un hombre que admiro. Pero no, para mí algo cambió cuando me expulsaron del Partido en 1924.

—¿Cuándo fue que Trotsky cambió? —preguntó Jacques volviendo a la mesa.

—¿Trotsky? ¿Cambiar en qué forma? —dijo Alfred.

—Alejándose del marxismo y de la revolución.

Alfred levantó las cejas.

—Pero, muchacho. No sé de qué está hablando. Trotsky nunca se desvió de Marx y Lenin.

Jacques abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Se concentró en servir más vino en tanto Alfred hacía una breve disquisición sobre la teoría marxista, diciendo que Marx siempre había creído que para que una revolución del proletariado fuera exitosa, tendría que haber

un movimiento internacional. De otra manera, los excedentes económicos se desperdiciarían en guerras nacionalistas por los mercados y de las materias primas. Fue Stalin quien dio inicio a una política de la revolución en un país, decretando que la Unión Soviética no daría más apoyo a movimientos revolucionarios en otros países.

Jacques tenía puesta la atención en las copas y no dio señal de estar escuchando. Alfred prensó el tabaco en el cuenco de la pipa con su pulgar y encendió un cerillo; después se inclinó hacia adelante como si se hubiera acordado de algo.

—¿Supieron lo que ocurrió en España?

Jacques reprimió su impulso de decir que él había estado allí, de decir que era español y que sabía todo lo que había que saber sobre la guerra en España.

En cambio, movió la cabeza.

—No, me temo que no.

—Bien, será tema de otra velada.

VEINTINUEVE

Cuando puso el teléfono en su lugar, los pensamientos de Sylvia evocaron a madame Gaston. Sintió como si la tierra se hubiera hundido de pronto bajo sus pies, esa súbita sensación en su vientre semejante a cuando Jacques con el Buick descendía a gran velocidad por una hondonada. Regresó a la mesa cerca de la puerta del frente, donde estaba trabajando. Una de las secretarias estaba escribiendo a máquina; las teclas del pesado artefacto negro chasqueaban.

Mientras, en su oficina, Trotsky hablaba por su máquina para dictado; las frases y las palabras en ruso salían por la puerta y las ventanas abiertas como si estuviera dirigiéndose a una multitud más que escribiendo un libro. Sylvia intentó concentrarse en su trabajo, pero al cabo de unos minutos se incorporó y caminó hacia el comedor y salió al patio a buscar a Marguerite.

Los Rosmer tenían una habitación al final de una hilera de cuartos pequeños que habían sido construidos a lo largo del muro interior del jardín, para los guardias y asistentes. Marguerite salió a la puerta; llevaba puesto un vestido de casa, y su largo y canoso cabello le caía por los hombros.

—Sylvia, estás inquieta. ¿Qué pasa?

—Llamé a Jacques a su oficina y me respondió una mujer.

—Sí —dijo Marguerite asintiendo con la cabeza—. Su secretaria.

Sylvia movió la cabeza.

—Cuando le pregunté por Frank Jacson, me dijo que me había equivocado de número. Volví a llamar y me respondió la misma mujer. Nunca había oído hablar de Frank Jacson ni de Jacques Mornard.

—Tal vez llamaste a un número equivocado —dijo Marguerite, mesándose el largo cabello sobre el pecho.

—No, estoy segura de que el número es el correcto. He llamado dos o tres veces y siempre me ha respondido Jacques.

—Ya sabes cómo es el sistema telefónico de aquí, dos compañías diferentes para una misma ciudad. Es absurdo. Las llamadas siempre se cruzan.

—No, no es el caso.

Sylvia hizo una pausa. No estaba segura de a dónde se dirigía, no quería traicionar la lealtad de Jacques.

—Este tipo de cosas han ocurrido en el pasado con Jacques. Yo sentía que había algo que no me estaba diciendo. Como lo de su pasaporte falso, o que no me presentara a su jefe.

—¿Crees que tenga otra mujer?

—No —estaban de pie a la sombra del árbol de eucalipto; los ruidos del barrio flotaban por encima del muro.

—Entonces ¿qué es?

Sylvia aspiró profundamente, después vio por encima de su hombro para asegurarse de que no había alguien que pudiera escuchar.

—Creo que está trabajando como agente encubierto.

Marguerite estaba frente a la casa, de modo que podía ver el patio y la puerta que daba al comedor. La voz de Trotsky salió de su oficina.

—¿Crees que Jacques esté trabajando para la GPU? —preguntó Marguerite en un susurro.

—Ay, Dios mío. Si yo hubiera… —Sylvia no pudo pensar qué haría—.

Jacques no es estalinista. Ni siquiera comunista. Creo que trabaja para los ingleses.

—Bueno, es posible. Todo el mundo tiene espías en México por la guerra.

Francia, Alemania, los soviéticos. La ciudad está llena de espías — Marguerite se acercó, bajando la cabeza—. Pero tienes que averiguarlo, tienes que saber quién es Jacques.

—¿Pero cómo?

—Ve a su oficina.

—Nunca podría hacerlo. Jacques no quiere que conozca a su jefe, se pondría furioso si creyera que lo estoy espiando.

—Las esposas siempre espían a los maridos. Es su trabajo. Elige una hora en la que estés segura de que él no estará. No tienes que *entrar* en la oficina. Habrá algún letrero en la puerta; puedes hacer preguntas discretas en el edificio.

—Marguerite, sería una traición.

—Sí, pero debes tener la mente en paz. Tienes que cerciorarte. Seguro que no es nada. Estar en esta casa, con todos estos guardias y armas, puede afectar la imaginación, volver ansioso a uno. Pero tienes que investigar.

Sylvia volvió a su escritorio, donde siguió pensando en Jacques, en cómo había desaparecido de París. A la hora de marcharse, reunió sus pertenencias y

se puso los lentes de sol. Jake Cooper estaba arriba en el muro por encima de ella; Sheldon Harte maniobró la puerta en el garaje que abría hacia la calle.

—¿Ya se va? —dijo Harte, moviendo la pesada palanca metálica que se apoyaba contra la puerta y apretando el interruptor eléctrico con que se quitaba el seguro. Miró por la mirilla y enseguida empujó la puerta.

Afuera, la figura de Jacques a un lado del Buick le resultó tranquilizadora.

Éste era el hombre que ella conocía y a quien amaba. Jacques estaba hablando con Otto Schüssler, uno de los ayudantes de Trotsky.

—¿Lista? —Jacques sonrió cuando la vio. Traía los labios enrojecidos y agrietados por el aire seco y el sol de la montaña. Detrás de él, por encima de la ciudad, se elevaba una voluta de humo del pico del Popocatépetl. A su lado, la nieve cubría el costado de la mujer dormida.

Jacques arrojó lejos su cigarro y se dio la vuelta para abrir la puerta del coche para que entrara Sylvia.

—La novia de Otto va a venir desde Alemania —dijo Jacques.

—Otto, qué maravilla —Sylvia sonrió—. ¿Cómo se llama? ¿Cuándo llega?

—Se llama Gertrude, pero yo le digo Trudy. ¡Pronto! Creo que la próxima semana.

—Me alegra que pueda salir de Alemania —dijo Sylvia cuando se pusieron en marcha.

A la mañana siguiente, cuando terminaban de desayunar, Sylvia le preguntó a Jacques si iba rumbo a la oficina. Estaban en el comedor del hotel y Jacques, tras encender un cigarro, se pasó por la lengua la punta de un dedo para quitarse una hebra de tabaco.

Frunció el ceño.

—¿Por qué la pregunta?

—Nada más. A las esposas les gusta saber lo que hacen sus maridos.

—Lubeck y yo tenemos una reunión en el centro.

—¿Qué tipo de reunión?

—Sylvia, ya sabes que no puedo hablar del trabajo. Estamos comprando mercancías para la guerra.

Ella no insistió. Después de que él se fue, pasó una hora y media en la suite, esperando nerviosamente. Ella no era como Marguerite. No era francesa, no pensaba en que los hombres tenían amantes y que las

esposas debían espiarlos.

¿Y por qué, casada con un hombre como Alfred, creería eso Marguerite? Sylvia

sintió que debía confiar en Jacques, antes que la duda minara su matrimonio.

Pero la semilla de la duda ya había enraizado. Tenía que volver pronto a Nueva York, y no podría irse sin saber.

Afuera, la mañana era luminosa. El diáfano aire de la montaña era fresco y tenía el penetrante olor tan particular de la ciudad, una mezcla de cera para lustrar zapatos y de gases de escape. Dio la vuelta en una esquina, rumbo a la Zona Rosa, y caminó rápidamente para evitar a los chiquillos y a la indígena sentada en la acera con su hijo. El mobiliario completo de una casa venía hacia ella en las espaldas de indígenas vestidos de blanco: un sofá, sillas tapizadas, un escritorio, una cajonera. Los indígenas se movían calle abajo, agachados bajo las correas de tela que llevaban alrededor de sus frentes para soportar sus cargas.

Una empresa de mudanzas, le había dicho Jacques; así es como se hacía en México.

Cuando llegó a la calle Hamburgo, una calle de cruce, empezó a buscar el edificio Ermita en el número 820. Puesto que había imaginado a Jacques trabajando en una moderna oficina o en el edificio de un banco, estaba segura de que debía haber un error cuando vio la burda placa de metal que decía “Ermita”

a un lado de un edificio de departamentos de estuco. Seguramente ahí no era donde Lubeck, un financista internacional, tenía su oficina. Pero con la guerra, tal vez había carestía de oficinas más apropiadas.

Recorrió con la mirada la calle en busca del Buick amarillo; luego, con el corazón latiéndole más rápido, entró en el oscuro y pequeño vestíbulo que tenía mosaicos de barro rojo en el piso. Jacques había escrito número 203, a un lado de “Edificio Ermita”, en la hoja de papel del hotel. Conforme subía las escaleras oyó voces y olió el aroma a comida. Obviamente, había gente viviendo en el edificio, pero al mirar hacia abajo, hacia el primer vestíbulo, vio letreros en las puertas, que anunciaban oficinas. Cuando llegó al número 203, oyó a través de la puerta un alboroto de niños que jugaban. Jacques no podría tener una familia en México. Era simple y sencillamente imposible. Se armó de valor y tocó a la puerta. Después de unos

momentos, una joven mexicana con un bebé en brazos abrió la puerta, sólo lo suficiente para mirar hacia fuera. Hurgando en su español de secundaria, segura de que se encontraba frente a una sugerencia descabellada, Sylvia preguntó por Frank Jacson. La mujer frunció el ceño y se encogió de hombros.

—¿Habla inglés? —preguntó Sylvia.

—Un poco —la mujer subió el pulgar y el índice para indicar una cantidad pequeña.

—¿Conoce a Frank Jacson? —preguntó Sylvia.

La mujer movió la cabeza, cambiando a su otro brazo al bebé que cargaba.

—¿O al señor Lubeck? ¿Peter Lubeck? Tiene una oficina aquí.

Los nombres nada significaban para la mujer.

Sylvia se dio la vuelta. Bajó a la calle y estudió el letrero en el frente del edificio. Nada le parecía que tuviera sentido. ¿Era Jacques un agente encubierto?

¿Existía Peter Lubeck?

En el hotel, las manos le temblaron cuando levantó la bocina del teléfono y pidió a la operadora que la comunicara con la casa de Coyoacán.

—Voy para allá —dijo Marguerite—. Sólo estoy esperando que Jack Cooper me lleve hasta el centro. Le pediré que me lleve a tu hotel. Me cuentas todo cuando llegue.

En la suite, Sylvia paseó de un lado a otro hasta que oyó a Marguerite tocar a la puerta.

—¿De qué se trata todo esto? —dijo Marquerite—. Debe haber una explicación. Jacques es un hombre encantador. No puedes hacer conclusiones precipitadas.

—No las estoy haciendo. Hice lo que me dijiste y salí a investigar. Encontré la que debe ser su oficina, pero había allí una mujer mexicana viviendo con sus hijos.

—¿Crees que Jacques tenga una familia aquí?

—Claro que no, si acaba de llegar.

—Ya sabes que los hombres hacen este tipo de cosas. ¿Le describiste a la mujer cómo era Jacques?

—No entendía muy bien inglés, pero su nombre no significaba nada para ella.

—Será mejor que vaya yo. Soy más vieja y hablo más español. Voy a resolver esto.

Mientras esperaba a Marguerite, Sylvia se metió al baño. Creyendo en los poderes restaurativos del agua, se lavó la cara y las manos, se peinó y se puso carmín. Se colocó los lentes, estudió por un momento su reflejo en el espejo, luego se los quitó. Al inclinar levemente el rostro a un lado, se dio cuenta de que no estaba segura de resultarle atractiva a Jacques. Si tan sólo supiera, si tan sólo tuviera la certeza de que era bonita, se sentiría segura de que Jacques la amaba.

Marguerite regresó; se veía complacida consigo misma.

—Sylvia, es como te dije, todo es un tonto malentendido. Jacques está en el

205, no en el 203.

—¿Lo viste?

—No, ni siquiera entré al edificio. Un hombre estaba trabajando afuera, un conserje. Le describí a Jacques y a su coche, y el conserje entendió perfectamente lo que yo le estaba preguntando. También de Lubeck, un extranjero de más edad.

—¿Anotó Jacques un número equivocado?

—Un simple error. Temías que te estuviera mintiendo, pero todo ha sido un malentendido.

TREINTA

Más allá de Coyoacán y San Ángel, el camino daba paso a un flujo de lava negra que se extendía en la tierra, una cavidad de alquitrán de dieciséis metros de altura y cuatro metros y medio de largo. Huertas y jardines ascendían por la pendiente del valle, abriendo brecha a malezas y árboles de monte quemados.

Los niños se quedaban parados frente a las casuchas de adobe, para ver cuando pasaba el Buick amarillo. Ramón iba conduciendo con Eitingon a su lado.

Caridad iba sentada en el asiento trasero, mirando de forma decidida, lista para la confrontación con Siqueiros. Estaba harta de sus bufonadas, su actitud de nobleza forzada. Con el fin de retarla, Siqueiros atacaba siempre a Ramón.

—¿Dónde está el plano de la casa? —diría Siqueiros—. Necesito ver qué hay del otro lado del muro.

No dejaba de sacar a cuento una y otra vez el fracaso de Ramón para introducirse en la casa. ¿Qué pasaba con Ramón? ¿Por qué no podía controlar a Sylvia? Siqueiros le decía *la fea*. Como muchos mexicanos, creía que las mujeres debían ser voluptuosas y carnosas, y definitivamente no debían usar lentes. A Sylvia le decía *la jamona*. Tal vez *la jamona* estaba insatisfecha.

Caridad y Eitingon habían hecho la delicada labor de crear el clima político idóneo para el asesinato de Trotsky. Habían dirigido una depuración de los diarios comunistas. *El Popular* y *La Voz de México* exigían ahora la deportación de Trotsky, y lo llamaban fascista, terrorista y traidor. Siqueiros daba largas.

Quería hablar de disfraces y seudónimos como si fuera a realizar un montaje teatral. No admitía órdenes de nadie, y mucho menos de Caridad.

Ramón disminuyó la velocidad del coche cuando llegaron al pueblo de Santa Rosa, un pequeño conjunto de casuchas de adobe, una escuela de un cuarto y un edificio municipal. Siqueiros les había dicho que tomaran el tercer carril después de Santa Rosa. Cruzarían cerca de un barranco, luego darían vuelta a la derecha hacia una alta empalizada de nopales. Cuando Ramón se detuvo para abrir un portón, la tranquilidad del campo se les impuso, el soplo del aire fresco.

—¿Seguro que vamos bien?

—Sí, según las indicaciones de David.

Ella torció los labios, mirando a lo lejos.

El polvoriento y blanquecino camino se curvaba alrededor de la montaña; guijarros y piedritas crujían debajo de las llantas. Una casita de adobe iba apareciendo a la vista cuando una metralleta Thompson abrió fuego. Ráfagas de polvo siguieron a un perro chino de largas piernas que corría por el campo arado casa abajo hasta que, emitiendo un gañido, dio un salto mortal y cayó convertido en un cadáver ensangrentado.

—¡Ay, pinche perro! —cacareó un hombre de voz aguda.

—¡Híjole! —gritó otro. Dos hombres que se hallaban adelante de la casa se dieron la vuelta desde el campo, uno de ellos con la metralleta

bamboleándosele por encima del hombro. Los hermanos Arenal, los asistentes en el estudio de Siqueiros y también sus cuñados, se movían con holgura familiar. El que traía el arma, Leopoldo, lucía un traje de pachuco color café, un largo saco con hombreras muy anchas y pantalones flojos hasta los tobillos. Luis vestía un overol azul salpicado de pintura y un sombrero de paja nuevo, la clase de sombrero que los niños y la gente del campo compraban en el mercado.

—¡Pendejos! ¡Pendejos y buscapleitos! —dijo entre dientes Caridad cuando David Alfaro Siqueiros emergió de la construcción de adobe. Ramón detuvo el coche a un lado de un Packard gris. La mujer de Siqueiros, Angélica, estaba sentada con su hijita encima de una colchoneta que habían extendido debajo de un álamo enorme. La tierra formaba una pendiente debajo de la casa. A la distancia, más allá de los campos en retazos de color parduzco, las balaustradas cúpulas y los chapiteles de San Ángel y Coyoacán centelleaban con el sol de la tarde. Hacia la izquierda, los nevados volcanes empequeñecían la ciudad.

—¡Bienvenidos! —los recibió Siqueiros—. Bienvenidos a nuestro escondite.

Con una botella de cerveza en la mano izquierda, dio la vuelta para abrirle la puerta a Eitingon, comportándose como si hubieran llegado a una fiesta. Le rodeó los hombros a Eitingon con el brazo derecho e insistió en que vieran el interior de la casa, la cual él se empeñaba en llamar su *escondite*. La casa estaba inacabada y no había ni electricidad ni drenaje. El primer cuarto tenía un camastro metálico y una rústica mesa de madera de la clase que uno puede comprar en cualquier mercado, y cuatro sillas de poco valor. El segundo cuarto tenía otro camastro y un caballete, frente a dos ventanas con vista al valle.

Antonio Pujol yacía en el catre, leyendo un cómic mexicano. Vestía una camisa vaquera verde esmeralda y un cinturón de niño decorado con pedazos de vidrio rojo.

—¡Miren qué vista! —insistió Siqueiros—. Le renté la casa a un lugareño.

Le dije que les iba a enseñar arte a unos estudiantes.

—Tu escondite —Caridad pronunció las palabras como si las sujetara con pinzas— ya no será tan secreto con esa gente disparando

metralletas ahí afuera.

—En seis o en ocho meses nadie se acordará de unos disparos.

—No en seis o en ocho, pero ¿qué tal dentro de tres? —replicó ella—. La operación está planeada para mayo.

—¿Quién la planeó? —preguntó Siqueiros, volviéndose hacia Eitingon —.

No tengo todavía un plano de la casa.

—Nosotros sí —dijo Eitingon, cambiando del castellano al francés y sacando una de las sillas de la mesa—. ¿Podemos hablar aquí?

—Como gustes —replicó Siqueiros en francés, sentándose cerca de Caridad.

Eitingon sacó un sobre ancho del bolsillo de su saco y desenvolvió un plano cuidadosamente trazado.

—Aquí está la entrada por la calle Viena —amartilló con los dedos el papel

—. El portón se abre hacia el viejo garaje. Un sendero conduce hasta la casa, tiene la forma de una T. La parte superior de la T corre hacia el muro exterior próximo al río: pasa por una biblioteca, un comedor y una cocina. La base de la T está hecha con tres cuartos en hilera, que se extienden hasta un terreno en donde está la oficina de Trotsky, la recámara de él y su esposa y una tercera habitación para el nieto. Detrás de éstos hay un jardín muy grande y un patio.

—Sí, sí, está muy claro.

—Y aquí está el árbol de eucalipto que se ve desde fuera —Eitingon indicó un pequeño círculo—. A lo largo de este muro construyeron cuatro cuartos pequeños que dan hacia el patio. Allí es donde duermen los guardias y la pareja de los viejos franceses. Con sólo cuatro guardias, probablemente no hay más de dos en el turno de la noche. Uno debe estar a la entrada, el otro en la torreta encima del muro.

—¿Dónde lo conseguiste?

—Fue Ramón.

Siqueiros volteó a ver a Ramón que estaba de pie en el pasillo, con el

hombro recargado en el marco.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Me hice amigo de uno de los guardias, un joven norteamericano. Me he reunido con él un par de veces de noche en el centro, lo llevé a beber. Incluso lo llevé a un prostíbulo.

—¿A cuál?

—Al Kit Kat Klub —respondió Jacques.

—Pero ésa es una cantina, no un prostíbulo.

—Allí había una puta.

Siqueiros se rio.

—¿Y allí hiciste este plano?

—No. Sólo un boceto que mejoré posteriormente.

—¿Crees que sea exacto?

—Sí, y pronto sabré más. Estoy enviando a Sylvia de vuelta a Nueva York.

Ella es el motivo por el que no he entrado en la casa.

—Sudoplatov quiere que el golpe se realice a mediados de mayo —intervino Eitingon—. El desfile del 1 de mayo será una manifestación contra Trotsky. Una o dos semanas después, Hitler invadirá Francia, a mediados de mayo. Al mismo tiempo ocurrirá la ejecución.

—Así que Trotsky será desplazado de las primeras planas de los diarios.

—Exacto. ¿Pero estarás preparado para entonces?

—Sí, tengo la mayor parte de las armas, y conozco a los hombres que necesito. Todavía tengo que encontrar a algunos policías y uniformados del ejército, de modo que los podamos tomar por sorpresa —miró a Ramón—.

¿Crees que puedas convencer a ese hombre de que abra el portón?

—Posiblemente.

—Si no tenemos que saltar el muro, podemos entrar y salir antes de que se enteren de lo que ha ocurrido —se inclinó para ver el plano de la casa—.

Colocamos una metralleta junto al árbol para inmovilizar a los guardias, posteriormente rodeamos la recámara de Trotsky. Será como pescar una vieja trucha en un tonel.

TREINTA Y UNO

Se quitó el exceso de carmín con un pañuelo de papel, luego entrecerró los ojos, y retrocedió para escudriñar su imagen en el espejo sobre el tocador. Con la esperanza de notar alguna mejoría, se quitó los lentes, pero no se sentía bien esa noche. Era su última noche antes de marcharse, y no deseaba que fueran a un centro nocturno. Pero Jacques insistió en que salieran.

—Creo que me veo desaliñada —dijo mientras caminaba hacia la sala de la suite, donde Jacques, vestido con un saco blanco y una corbata de moño negra, estaba sentado en el sofá.

—Sylvia, no debes decir eso —se le quedó viendo por un momento—. Te ves encantadora.

—¡Pero este vestido!

—Siempre te ha gustado el azul.

—Pero no está de moda.

—Nadie en México lo notará. Y no te preocupes, en Nueva York te compras vestidos nuevos para salir. Eso será algo bueno —sacó el abrigo de zarigüeya de Sylvia del armario—. Vamos a pasarla muy bien en el Ciro's. Ya verás, es muy glamuroso.

En el elevador, jugueteó nerviosamente con su vestido, y luego dejó de arrugarlo con los dedos, diciéndose a sí misma que tenía los nervios de punta por la partida. Le daba miedo pensar en vivir de nuevo en Nueva York con sus hermanas, solteronas en ciernes. Temía que su vida en ese hotel, con un jardín lleno de flores y sus borbollantes fuentes, se convirtiera en un recuerdo sombrío.

Todo pendía de una balanza. Todo dependía de Jacques, quien le acomodaba el abrigo de piel sobre los hombros camino a la cochera, donde los esperaba el Buick amarillo. El aire de la noche era fresco y el tránsito en Reforma empezaba a ceder.

—Confío en que saldrá bien. Odio tener que irme ahora —dijo Sylvia cuando Jacques puso en marcha el coche.

—¿Te refieres a Alfred?

—Sí, a Alfred.

—Estará bien. Probablemente no es nada serio —dijo Jacques dirigiendo el coche hacia la avenida.

—Pero si no es serio, ¿por qué someterlo a una intervención quirúrgica? ¿Por qué no esperar a que llegue a Nueva York? Debe ser urgente.

—¿No te dijeron qué tipo de cirugía era?

—No, pero ya sabes cómo son de reservados. Tan propios.

—Tal vez lo que tiene es una hernia. Es algo común en los hombres de su edad, y no es tan serio.

Presionó el encendedor del tablero, y le pasó a Sylvia su cigarrera de plata.

—¿Me lo enciendes?

Ella extrajo uno de los cigarros, y entonces notó el desagradable aroma cuando el tabaco y su envoltorio de papel chisporrotearon al contacto con la roja brasa del encendedor. Reforma, con todas las hileras de árboles alineados a lo largo de las explanadas y las áreas peatonales, parecía casi un bosque. Los *peseros*, taxis compartidos con costo de un peso, los coches más viejos y baratos, iban y venían deteniéndose para permitir el ascenso y descenso de los pasajeros.

Gente pobre, indígenas, caminaba por las calles, cargando pesados bultos en sus espaldas y tomando de la mano a sus hijos. Al verlos, Sylvia sintió nostalgia, confundida por no saber dónde estaba su hogar. Jacques se veía tan contento y tan atractivo. ¿Feliz porque ella partía? ¿Porque iban a un centro nocturno famoso? A veces a ella le parecía tan infantil. Él no podía ver más allá del elegante centro nocturno, a las semanas o incluso meses de separación. ¿Cómo era que él podía estar tan feliz especialmente en esa noche?

Cuando llegaron al club, ella decidió sacudirse la incomodidad. Se mostraría como él le pidiera, alegre y animada. Los choferes estaban de pie junto a los encerados coches alineados en la calle. Al entrar, los

recibió el alborozo de una orquesta que tocaba *Begin the Beguine* al final de un pasillo señorial, en el que se alineaban columnas y que estaba adoquinado con piezas de mármol blanco y negro. Ella esperó mientras Jacques dejaba su abrigo y de nuevo cuando le dio su nombre al jefe de camareros, quien los condujo hacia un espacioso salón circular donde la gente que bailaba daba vueltas debajo de enormes candelabros, y nubes de humo se desprendían de las mesas y de los asientos que circundaban la pista de baile.

—¡Mira! —dijo Jacques, señalando con la cabeza uno de los murales que decoraban el recinto. Alguien había pintado descomunales mujeres desnudas que deambulaban voluptuosamente por un claro del bosque, con los muslos, grupas y

senos expuestos como si fueran parte de un banquete.

—¿Las pintó Rivera?

—¡Por Dios! ¡Debe ser así! ¡Pobre hombre! Me contaron que en esto había terminado.

—¿Pobre? ¿Qué quieres decir? ¡Éste es el mejor centro nocturno de México!

—Fue un artista y un revolucionario. Intentaba cambiar a las masas. Ahora entretiene a los ricos. Mira a esas mujeres, ni siquiera son mexicanas.

—Sus campesinos mexicanos estarían aquí fuera de lugar.

—Jacques, eso es lo que estoy diciendo.

—No entiendo tu punto de vista.

—Quizá haya algunos de ellos hasta en la cocina —dijo ella lastimeramente.

Prosiguieron, siguiendo al jefe de camareros a los asientos que, como todos los demás asientos y mesas, tenían su propia lámpara, que despedía su propia y pequeña isla de luz.

—Mira a esa gente de ahí. Deberíamos estar más cerca de la pista de baile.

Pediré una mejor mesa.

—No, estoy bien aquí. No quiero estar tan cerca.

—Bueno, si insistes —Jacques le hizo una seña a un camarero.

—Creo que pediré un Gibson —dijo Sylvia.

—¿Segura? ¿No es un poco fuerte?

—Me gusta el efecto del Gibson. Seré una mujer Gibson. ¡Mira el collar de esa mujer! ¿Crees que sean esmeraldas de verdad?

—Deben serlo. ¿Bailamos?

—Todavía no. Tomemos nuestros tragos y vamos a ambientarnos. Este lugar es extraordinario. Me siento como si estuviera en Hollywood.

—Entonces te estás divirtiendo.

Ella puso su mano encima de la de él y la apretó suavemente. Una joven pasó cargando una caja con cigarros y mentas. Le siguió otra que vendía orquídeas.

Jacques insistió en comprarle a Sylvia un ramillete, disculpándose por no haberle enviado uno al hotel. Ella se terminó su Gibson y luego fueron a la pista de baile.

La melodía era relativamente lenta, un foxtrot. A ella por lo general no le gustaba mucho bailar, pero apretó su cara contra el esmoquin de Jacques, aspirando el tenue aroma de su colonia; su cuerpo la guiaba. Una vez que pescó el ritmo, entró en él de modo natural: arrastraba los pies alineada con la horda de gente rica, daba la vuelta lentamente en círculo. Ella prefería las canciones

románticas lentas: *Blue Moon*, *Red Sails in the Sunset*, *Chasing Shadows*. Se quedaron sin bailar los ritmos latinos, que exigían mayor movimiento.

Ella pidió una segunda bebida y luego una tercera, que la hicieron sentir que la noche era remota y de algún modo irreal. Cuando fue al sanitario, oyó voces en alemán y un lloriqueo. Una mujer sollozaba, se enjugaba las lágrimas con un pañuelo mientras otras dos la consolaban. *Schoen, shatzie, schoen*, canturreaba una de ellas. Eran unas treintonas acicaladas y vestidas exquisitamente. Cuando vieron a Sylvia, cerraron filas, y ya habían desaparecido cuando ella salió de uno de los retretes.

Se sentó por un momento frente a uno de los tocadores, estudiando su rostro, la tenue franja de pecas que le cruzaba los pómulos, y la ancha

boca. Se preguntó qué se sentiría ser hermosa en un modo material y absoluto. ¿Eran sus dudas sobre Jacques en realidad dudas sobre sí misma? Se retocó el lápiz labial y enseguida volvió a su mesa, que encontró vacía. Estaba golpeteando la cigarrera con los dedos cuando lo vio en la pista de baile con una joven. Los vio platicar de una forma animada; él echaba la cabeza hacia atrás al reírse, mientras le daba a la chica una pequeña vuelta.

Una oleada de celos se apoderó de Sylvia. La chica era más joven y más bonita que ella, tenía un hermoso cabello oscuro y hermosos hombros blancos. A ella y a Jacques se les veía a gusto. Tenían que ser conocidos. Él había venido al club para verla. Al terminar la canción, él se quedó parado agarrándole la mano, luego le hizo una leve reverencia, y regresó al lado de Sylvia.

Sylvia intentó sonreír, comportarse como si nada hubiera ocurrido, pero en realidad estaba perpleja.

—¿Quién era? —preguntó.

—Una chica. Me vio solo en la mesa y me invitó a bailar.

—¿No tiene nombre?

—Debe tenerlo, pero no se lo pregunté —Jacques le dirigió una torpe sonrisa a medias.

La orquesta empezó a tocar una vez más y una mujer alta con un vestido de lamé dorado se encaminó al frente del escenario: *Like the beat beat beat of the tom-tom*, cantó, *when the jungle shadows fall*.

La canción era conocida, ¿pero por qué los preludios eran tan difíciles de reconocer? ¿Por qué no sonaban como el resto de la canción? Cuando comenzó la melodía, la rutilante multitud reanudó su rítmico baile, y el remolino romántico giraba poco a poco. *Night and day, you are the one*.

—No debe importarte que haya bailado con ella. Vino con su tía y su tío y no

tiene pareja.

—¡Pobrecita! ¡Y qué amable de tu parte! Parecía que se conocían. Estoy segura.

Jacques se rio.

—Nunca la había visto —encendió un cigarro y le hizo una seña al camarero

—. No estarás celosa.

—No, no estoy celosa. ¿Qué te crees que soy? Estoy cansada. Me gustaría irme ahora al hotel. Me voy mañana.

No hablaron durante el trayecto al hotel. El silencio era tóxico, como si los celos le endurecieran el corazón y la confundieran. Se sentía arrasada por algo que no podía ver o controlar. Y todo lo que Jacques había dicho, cada inocua palabra

— *pobrecita, ya sé que estás cansada*— le enardecía la imaginación. Se contuvo de hablar hasta que él cerró la puerta de la suite.

—¿Quién era ella? —dijo Sylvia, agarrándose con fuerza al respaldo del sofá.

—¿Quién?

—Ya sabes de quién hablo. La chica del club.

—Sylvia, no tengo la menor idea. Nunca la había visto antes. Y nunca la volveré a ver.

—¿Es tu amante? ¿Es ella a la que estabas viendo antes de que yo llegara?

¿Es con la que te fuiste cuando andabas desaparecido? ¿La has estado viendo todo este tiempo, o no? Sabía desde el principio que algo estaba ocurriendo. ¿Te siguió desde París?

Jacques rio con incertidumbre.

—¡Dime! ¡Quiero saber la verdad! ¡Es tu amante! ¿Cómo se llama?

—Sylvia, escucha lo que estás diciendo. Desvarías.

—Querías ir al Ciro's para verla. O querías que ella me viese para que no tuviera celos.

—Es una locura, Sylvia. Si tuviera una amante oculta, ¿habría hecho que ella fuera al mismo cabaret? ¿Me habría levantado para bailar con ella cuando te fuiste al baño? No tiene sentido.

Sylvia se quedó pensativa.

—¿O sí? —la presionó—. ¿Te parece que tiene sentido?

Sylvia respiró hondo y empezó a hablar, luego se estremeció. Se llevó las palmas de las manos a la cara y comenzó a llorar incontrolablemente, como lo

había hecho una vez en París. Él la abrazó, le pasó la mano por la espalda, tiernamente, arrullándola.

—Sylvia, Sylvia, sé que tengo mis defectos, pero te quiero. ¿Por qué no me crees?

Ella movió la cabeza y luego se alejó, hipando, tratando de recuperar el control. Aceptó el pañuelo que él le ofreció y se secó los ojos, crispada todavía de dolor.

—¿Quieres un último trago? ¿Algo que te ayude a dormir? Seguramente estarás agotada y ansiosa, la noche antes de un largo viaje. Nos debimos haber quedado en el hotel, y cenar tranquilamente.

—No, no quiero nada para dormir. Quiero que me digas la verdad. No me importa esa joven. Aquello fue algo disparatado. Pero sé que ocurre algo que no comprendo. Lo he sentido desde el principio.

Sus ojos se quedaron quietos.

—Jacques, ¿quién eres? No sé quién eres. ¿Existe Lubeck? ¿Qué haces aquí?

Te veo y te oigo. Y te quiero mucho, pero tengo miedo de perder la cordura.

Jacques parecía ido, vacío. Se quitó los lentes y se talló los ojos; acto seguido, movió la cabeza, habló con voz baja y tranquila.

—Sylvia, por favor no me digas esas cosas. Soy tu marido —vaciló—. Mi vida, el mundo del que vengo se ha derrumbado de formas que tú no alcanzas a entender. El único futuro que imagino es contigo en Nueva York. Es todo lo que tengo.

Ella empezó a llorar, pero de manera distinta. La tormenta amainaba. Él la envolvió con sus brazos.

—Cariño, vámonos a dormir. Todo estará bien.

—¿No vas a desaparecer de nuevo?

—No, no desapareceré. Te lo prometo. Te amo. Puede que vaya a Nueva York. Vamos a finiquitar nuestros asuntos aquí, y tal vez yo pueda encontrar un trabajo en Nueva York. Podemos tener un departamento, una vida verdadera juntos. Eso es lo que queremos, ¿o no?

—Sí, por supuesto —convino ella, desesperada por creerle.

—Vamos a dormir. Será nuestra última noche en un largo tiempo.

Cuando él entró en la recámara, ella estaba sentada frente al tocador, aplicándose crema en la cara.

—Jacques —dijo, y levantó los ojos hacia él en el espejo.

—¿Sí?

—Hay otra cosa que quiero que me prometas.

—Sí, lo que sea.

—Cuando me vaya, no quiero que vayas a Coyoacán.

—¿A Coyoacán? ¿Quieres decir a la casa?

—Sí, no te quiero cerca de Trotsky.

—Ni siquiera conozco al tipo. No me interesa. ¿Qué piensas?

—No sé exactamente por qué, pero no quiero que vayas a la casa cuando yo me haya ido. Tengo un mal presentimiento.

—¿Y si Marguerite y Alfred necesitan algo?

—Tienen amigos allí. Estarán bien. Los puedes ver en la ciudad.

—No entiendo.

—No me importa si lo entiendes. ¿Me prometes que no irás? ¿Me lo prometes, por favor?

—Sí. Sí, lo prometo.

Ella empezó a quitarse la crema de la cara, acercándose más al espejo, percatándose de las ojeras que había debajo de sus ojos. Odiaba las ojeras, deseaba no tener ojeras.

TREINTA Y DOS

El ingreso a la casa, cuando ocurrió, fue súbito y sin esfuerzo. La cerradura eléctrica chasqueó, la pesada barra de hierro resonó contra el concreto y enseguida la reforzada puerta de acero se abrió hacia el garaje en donde se había montado, en el saliente derecho, un improvisado cuartel para los guardias: un escritorio con una silla de oficina y un banquillo alto junto a la mirilla.

—La señora Rosmer dijo que espere en el jardín —le dijo Jake Cooper a Jacques cuando lo dejó entrar—. Dijo que no hay motivo para que espere en la calle.

Le ofrecieron una silla de paja para que se sentara. Se desabotonó el saco y se sentó, encendiendo un cigarro y cruzando las piernas al estilo de los norteamericanos, con el tobillo derecho reposando encima de la pierna izquierda.

Un sendero de adoquines corría paralelo bajo el muro frontal, y terminaba a las puertas abiertas de la biblioteca. Se oía el repiquetear de las máquinas de escribir; la buganvilia se desbordaba por encima del techo de la pequeña veranda formando una enramada sobre la puerta. Una franja de brillante césped verde separaba al sendero y al ala de la casa que se extendía hasta el jardín, tres habitaciones cada una con un pequeño y romántico balcón a un pie del suelo, y una baranda ornamental curveada con puertas corredizas de vidrio.

Al cabo de un momento, un oficial mexicano de rango mayor con pantalones de montar, chamarra militar y botas para cabalgar emergió de entre la buganvilia para recorrer el pasillo hacia el portón. Debajo de una visera, su rostro era afable y de algún modo femenino; tenía una oscura verruga debajo de la comisura izquierda de la boca. Miró a Ramón y asintió enérgicamente con la cabeza.

Cuando iba a salir, Sheldon Harte saludó moviendo la mano desde la torrecilla militar en el muro frontal que estaba arriba de la entrada a la biblioteca.

—¿Vienes por Marguerite? —gritó.

Jacques movió la cabeza afirmativamente y sonrió.

—La voy a llevar a ver a Alfred.

Se terminó su cigarro; después, al darse cuenta de que Jake Cooper estaba hablando con alguien en la calle a través de la mirilla, se puso

de pie, haciendo

como que estiraba las piernas. Con las manos en los bolsillos, se acercó para inspeccionar las margaritas y los helechos debajo de los balcones. La primera de las tres habitaciones era la oficina de Trotsky; una parte de su escritorio era visible a través de las puertas corredizas de vidrio. La siguiente habitación estaba oscurecida; había una cama cubierta con una cobija autóctona y la luz del sol entraba por los altos ventanales sobre el muro izquierdo. El siguiente conjunto de puertas corredizas de vidrio daban hacia la habitación del muchacho: una cama individual, un escritorio para niño; modelos de aviones colgaban con alambres del techo.

Tras cerciorarse de que no estaba siendo observado, Jacques se desplazó hacia el final de aquella área, rodeando la esquina de la casa con la intención de localizar una entrada externa y los cuartos para los guardias en la parte trasera del recinto. Un viento cruzaba las ramas del árbol de eucalipto, ondulando las ráfagas de luz solar y sombras que flotaban por encima del suelo. Olía al aroma del eucalipto y a humo de ocote, los difusos y distantes ecos del pueblo.

Amparado por los muros y el árbol, el jardín parecía una pequeña esquina del paraíso.

Por un momento, Jacques no advirtió al hombre que se hallaba de pie dando la espalda a la casa, de frente a una especie de caja de alambres. Enseguida, percibiendo otra presencia, se dio la vuelta. Con el corazón agitado, reconoció el distintivo rostro que, con barbas de chivo, lentes redondos y una frente amplia, se asemejaba al de Mefistófeles. Satán. Que Trotsky vistiera un sayo azul de campesino y cargara un conejo blanco que había sacado de una conejera lo hacía ver más siniestro. Los hombres se miraron, suspendidos en un momento de quietud; luego Jacques, deseando no saber lo que seguía, hizo una reverencia muy leve y se retiró de la sombra del eucalipto hacia la franja de césped, y a su silla.

Para entonces, ya escuchaba los pasos de Marguerite Rosmer por la biblioteca, su voz aflautada repartiendo adioses entre los colaboradores, recogiendo buenos deseos para su marido. Apareció vestida con su mejor vestido, el azul marino, cargando su bolsa de mano y una canasta cubierta con una toalla.

—¡Ay, *Mon cher*, aquí está! —chilló en francés, permitiendo que Jacques se acomidiera a ayudarla con la canasta—. Le hice a Alfred mi sopa de pollo con nada de chile, pues lo detesta. Veo que Jake lo dejó

entrar. Mejor que estar sentado en la calle como un peón.

Habló en inglés con Jake Cooper, preguntándole por el paradero de Natalia Sedova, como todo el mundo se refería a la mujer de Trotsky. Una vez más, en

la calle, Jacques abrió la puerta del coche para que Marguerite entrara; enseguida puso la canasta en la parte trasera, asegurándose de que el tarro con la sopa estuviera recto.

—¿Y Alfred? —preguntó Jacques, acomodándose al volante.

—Mucho mejor, gracias.

Cuando él encendió el motor, ella abrió su bolso de cuero negro, que despidió un historial de polvos para la cara, mentas y medicamentos. Él creía que estaba a punto de sacar una carta de Sylvia, pero lo que sacó fue un pañuelo tejido que él le había dado en un recorrido que habían hecho por un mercado indígena en Toluca. Ella y Alfred no tenían dónde guardar sus monedas, y ella se había prendado de los nudos de seda color violeta que decoraban las orillas del pañuelo.

Por algún acuerdo tácito, ni ella ni Jacques mencionaron a Sylvia, que se había marchado hacía menos de dos semanas. Estaba seguro de que Sylvia le había sacado alguna promesa a Marguerite para que lo mantuviera alejado de la casa. Pero con Alfred en el hospital, era un sacrificio muy grande para Marguerite rechazar la ayuda de Jacques, por no mencionar el placer de su compañía. Muchos en la casa necesitaban que los trasladaran de un lado a otro, y muy a menudo los coches de Trotsky no estaban disponibles, o el Ford estaba en el taller.

—¿No le dije que me cambié del hotel al Shirley Courts? —preguntó Jacques.

—¿El qué?

—Es muy moderno, un motel americano.

—¿Motel?

—Hotel para con coche. Un hotel para coches.

—¿No vendría siendo un garaje?

—Es más conveniente cuando se tiene un coche. Se puede llegar directamente a la entrada de la habitación sin tener que pasar por un

vestíbulo.

—Creo que he oído de ese tipo de establecimiento, un lugar a donde los hombres casados llevan a sus amantes.

—Pero éste es bastante decente, un lugar familiar. El señor y la señora Shirley tienen un hijo que se interesa por el montañismo.

—¡Bueno, un motel! Me gustaría verlo.

—No sé si sería conveniente. A la señora Shirley no le gustaría que llevara a una hermosa mujer casada.

Presionó el encendedor contra el tablero y bajó el vidrio de su ventana.

—¿Quién era el que estaba ahora en la casa? El oficial mexicano. Un coronel, creo.

—Debe haber sido el coronel Sánchez, jefe de la policía secreta de México.

No lo creería si lo viera, pero los mexicanos tiemblan cuando escuchan su nombre. Es muy influyente.

—¿Qué hacía allí?

—Viene a la casa regularmente.

—¿De veras?

—Sí, el presidente Cárdenas hizo al coronel Sánchez personalmente responsable de la seguridad de Trotsky desde que arribó a México. Hasta ahora, el coronel Sánchez se aparece por la casa como si fuera un viejo amigo de la familia.

Estaban a medio camino del centro cuando ella dijo: "*Regarde l'éclair*", al tiempo que un rayo centelleó entre las oscuras nubes amontonadas alrededor de los volcanes.

—El tiempo de lluvias está por empezar. El año pasado, nosotros llegamos cuando se estaba terminando, tan encantador y exótico. Todas las noches hay tormentas muy espectaculares, como en la ópera. Caen rayos y centellas. Parece como si fuera el fin del mundo, y luego, puf, cesa.

El hospital francés estaba en la colonia Condesa, un enclave de judíos

europeos adinerados, donde surgían edificios de departamentos *art déco* de cuatro y cinco plantas alrededor de un parque desnudo, casi sin árboles. El exterior del hospital era blanco igual que el interior; los pasillos blancos y limpios olían a éter y a desinfectante. Alfred mejoraba en su segunda semana de convalecencia. Jacques tomó la mano del viejo entre sus manos, y le besó la mejilla. Por petición de Marguerite, le acercó el plato, una cuchara y una servilleta para la sopa, y después dejó a solas a los Rosmer. Deseaba un momento en solitario para repasar lo que había visto en la casa de Coyoacán. Pero de repente se dio cuenta de que estaba pensando en Sylvia.

Habría sido sencillo consolarla, tomarla entre sus brazos, soñar con ella y con la vida que podrían tener en Nueva York. Pero por debajo de su histeria, hasta cierto punto Sylvia entendía lo que estaba ocurriendo. Le preocupaba que algún día se llegara a sentir traicionada, pero no había nada que hacer, y así había sido siempre, para alterar el curso de los acontecimientos. Aunque Ramón consiguiera o no el plano de la casa, Siqueiros llevaría a cabo el asalto.

Se fumó su cigarro frente al hospital, pensando en que tanto el parque como el edificio lucían burdos y feos, que era un error intentar recrear Europa en México.

Se había terminado el cigarro y tenía abierta la puerta del coche para que entrara Marguerite cuando Sheldon estacionó el enorme Dodge negro de Trotsky.

—¡Mire! —dijo Marguerite—. Ahí está Natalia Sedova. Vino a ver a Alfred.

La esposa de Trotsky estaba sentada en la parte trasera del Dodge, acompañada de su nieto Seva. El primero en salir fue el chico, con semblante pálido y débil; vestía su uniforme escolar, una camisa blanca, pantalones cortos negros, y calcetines negros y largos.

—¡Marguerite! —gritó—. ¡Señor Jacson!

Lo siguió Natalia Sedova, una mujer esbelta, con el cabello canoso y un rostro alargado y triste, que cargaba una lata de café con margaritas, helechos y una frondosa buganvilia del jardín. Ramón quiso darse la vuelta para protegerse de la mirada de aquella mujer, pero Marguerite estaba abrazando al chico.

—Te extrañábamos —dijo Marguerite a Natalia Sedova—. No sabía que vendrías. A Alfred le dará mucho gusto verte.

—¿No estará cansado para otra visita?

—En absoluto. Le encantará.

—No creo que conozcas al esposo de Sylvia, Frank Jacson —dijo Marguerite, volteando hacia Jacques para presentarlo.

Natalia Sedova le ofreció la mano y sus profundos ojos grises escudriñaron su rostro.

—Los Rosmer me han hablado mucho de usted. Seva también. Ha sido usted muy amable por incluir a mi nieto en sus salidas con Marguerite y Alfred.

Jacques sintió una cuchillada de remordimiento. Incapaz de hablar, sólo pudo sonreír; luego bajó la vista y puso una mano en el hombro del chico.

—Nos divertimos, ¿verdad, Esteban?

—Sí, señor —dijo el chico, volteando para sonreírle a Jacques.

—¿Conoce al señor Harte? —preguntó Natalia Sedova—. Sheldon viene de Nueva York, y nos ayuda desde hace tiempo.

Jacques sonrió, y los dos hombres se estrecharon las manos como si nunca hubieran hablado.

El encuentro complació a Marguerite.

—Muy buena persona —recalcó, metiéndose en el Buick.

Jacques prendió el motor.

—Tiene unos ojos tan tristes —dijo él con un tono involuntario, interrogativo, en la voz—. Nunca he visto unos ojos tan tristes.

—Sí, pero es natural pues le han matado a sus hijos.

TREINTA Y TRES

Fila tras fila, ocho al frente, miles de mexicanos marchaban por Reforma.

Muchos parecían aztecas o mayas, con el cabello lacio y rasgos severamente esculpidos. Plomeros, carpinteros, electricistas, pintores, las bases del Partido Comunista de México cargaban carteles exigiendo

que Trotsky saliera del país.

¡Trotsky fuera! Caminaban en silencio; sus rostros, imperturbables; habría podido ser una procesión funeraria de no ser por las camionetas con altavoces que transitaban a intervalos regulares cargando fotografías en gran tamaño de Trotsky con apariencia satánica por su blanca barba de chivo, con los ojos brillándole intensamente a través de sus lentes. Una voz áspera y metálica salía de un enorme altavoz con forma cónica. "¡Trotsky es un traidor y un terrorista!", exclamaban voces a la distancia, luego se volvían dolorosamente sonoras, y por fin se disipaban conforme los vehículos avanzaban. En todo momento, los trabajadores mantuvieron su forma de caminar, arrastrando los pies sobre el pavimento, indulgente y constante.

Para el observador casual, el desfile del Primero de Mayo constituía un impresionante cambio. Trotsky había sido un héroe para los campesinos y obreros cuando llegó a México, y ahora era un villano. Para Jacques, el desfile fue una demostración de las proezas de Caridad y Eitingon. Habían traído el poder del Kremlin y de la Tercera Internacional para influir al Partido Comunista de México. Moviéndose tras bambalinas, sin mostrar nunca las manos, habían purgado los diarios comunistas en México, sustituyendo a editores y colaboradores que habían aceptado la presencia de Trotsky. Habían metido en cintura a la prensa comunista montando una campaña contra Trotsky, incitando al linchamiento. Trotsky ya no era un amigo del obrero. Era un terrorista y un fascista.

Eitingon y Caridad habían aplicado la misma clase de presión sobre los más grandes y poderosos sindicatos en México, que eran dirigidos por comunistas.

Los dirigentes sindicales habían hecho que acudieran veinte mil mexicanos para protestar contra Trotsky. Eitingon y Caridad tenían palancas en el poder y estaban utilizando todos los recursos para concretar su plan. Todo estaba saliendo a pedir de boca. El atentado contra Trotsky tendría lugar en poco

tiempo. Era el 1 de mayo; las tropas de Hitler habían invadido Dinamarca y Noruega, Francia y los Países Bajos, y Bélgica era el siguiente. El mundo libre iba a atestiguar con horror cómo un dictador fascista marchaba hacia Europa Occidental. Hitler proveería de la protección que requería Stalin para ajustar viejas cuentas.

Una vez que el desfile terminó, Jacques se metió en su coche y se

dirigió a Coyoacán. Habría preferido no ir en ese día tan particular, pero Marguerite lo había requerido, y temió que pareciera raro que no apareciera.

Cuando Jacques se detuvo frente a la casa, un relámpago centelleó entre las oscuras nubes que se amontonaban cerca de los volcanes. Reconoció a Julia y a Ana, las mujeres que Siqueiros había contratado para que espiaran la casa.

Vestidas como campesinas, coqueteaban con los policías enfrente de la casucha de ellos. Habían rentado viviendas baratas en la calle de junto, donde entretenían a los policías, sonsacándolos para que les dieran detalles acerca de sus puestos.

Moviendo la mano, Jacques saludó a Jake Cooper en la torreta, y luego oyó la cerradura eléctrica abrirse cuando se acercó a la reforzada puerta. La pesada barra metálica crujió al caer en el cemento; Sheldon abrió la puerta y se hizo a un lado, con los ojos muy abiertos en la penumbrosa luz del garaje.

—¿Qué haces, dejándome entrar así? —preguntó Jacques en voz baja.

—Escuché tu coche. Sabía que eras tú.

—Debes tener cuidado.

—Marguerite tuvo que salir, pero Hansen quiere verte.

—¿A mí? ¿Por qué quiere verme?

—No sé, pero pidió que te hiciéramos pasar. Está en la biblioteca.

Mientras avanzaba por el alosetado sendero, Jacques sintió como si una gran fuerza gravitacional se estuviera apoderando de él, la impetuosa corriente de un océano que lo arrastraría hacia el mar. Las puertas a la biblioteca se hallaban abiertas como una trampa en espera. Mientras avanzaba por debajo de la enramada de buganvilias, se quitó los lentes oscuros; sus ojos y su mente funcionaban de manera muy rápida, tomando apuntes para Siqueiros. La habitación recordaba la estación de mando de un campo de batalla: austera, improvisada, ordenada, con inacabados pisos de tablón, los gruesos muros de adobe enyesados con un intenso color mostaza; focos descubiertos colgaban de largos cordones de las vigas del techo. Había dos escritorios y una mesa de trabajo, dos voluminosas máquinas de escribir negras, cajoneras clasificadas, un teléfono, un mapa de Europa, y un pequeño librero con volúmenes de una enciclopedia.

Había imaginado muchas veces la oficina, armando una imagen con trozos sueltos de información. Le sorprendía encontrarla vacía, salvo por Joe Hansen que estaba sentado al escritorio, de espaldas a la biblioteca. Levantó la vista de un manuscrito, examinó a Jacques por un momento, y enseguida se puso de pie.

Fuerte, de mediana altura, Hanson era como un personaje del Viejo Oeste, con su cabello rubio quemado, mal cortado por un peluquero mexicano, ojos azul claro y una manzana de Adán prominente asomándosele por encima del nudo de la corbata y el deshilachado cuello de su camisa; una pistola enfundada le colgaba a un costado del cinturón de cuero.

—Marguerite me pidió que le diera esto —dijo, entregándole un sobre a Jacques—. Lo he visto afuera. No creo que nos conozcamos.

—Sí, yo sé quién es usted.

—El viejo quería que yo hablara con usted. Ha oído de usted y ha empezado a preguntarse qué anda haciendo por aquí.

Jacques sintió que la boca se le secaba.

—Estoy por negocios en México. Mi esposa, Sylvia, me presentó a los Rosmer.

Hansen frunció el ceño.

—¿Y qué me dice del pasaporte falso?

—Sí, tuve que comprar un pasaporte canadiense en París. Soy belga pero no pude conseguir un pasaporte allí.

—¿Por qué? —preguntó Hansen, cruzándose de brazos.

—Un problema familiar, una dificultad legal.

—¿Con legal quiere decir delictiva?

—No —Jacques retrocedió un poco como si lo hubieran ofendido—. No creo que le incumba, pero fui comisionado como oficial en el ejército.

Posteriormente, cuando fui dado de alta, mi familia utilizó sus influencias para que me hicieran reintegrarme de modo que no pudiera abandonar el país. Con el tiempo fui absuelto pero con la guerra la burocracia retuvo mi visa. Comprar un pasaporte fue un

asunto de conveniencia, nada más.

Hansen se quedó pensativo un momento, cabeceando.

—El viejo quiere también conocer su postura política.

—Soy ajeno a la política.

Hansen se encogió ligeramente de hombros.

—Bueno, dejaré que siga su camino.

Al marcharse, Jacques se encontró a Sheldon esperando en el garaje. Un

trueno retumbó lejos. El techo de lámina crujió mientras el sol se ponía. El lugar olía a polvo y a aceite, a neumáticos y a grasa. Una silla con respaldo alto, un portapapeles, y una pila de revistas viejas daban idea de la monotonía de la espera.

—¿Qué quería?

—Nada. Tenía que darme un mensaje de Marguerite.

—¿Por qué no me lo dio a mí?

—No lo sé —Jacques sacó su cigarrera, le ofreció un cigarro a Sheldon, y tomó otro para él. Cuando los encendió, vio que la mano de Sheldon temblaba un poco. Le puso su mano en el hombro y lo apretó como para alentarlo.

—¿Puedes escaparte esta noche?

Sheldon asintió.

—Sí.

—Ven al Shirley Courts. Yo te llevo a tu casa.

—¿A qué hora debo ir? ¿Es demasiado temprano a las siete?

—No, está bien. Ahora será mejor que me dejes salir.

Vio a Sheldon mover la pesada plancha de metal. La puerta se abrió al olor de la lluvia que se cernía sobre el valle.

TREINTA Y CUATRO

Con una lluvia a mares estrellándose en las ventanas y la luz eléctrica parpadeando en el techo, Caridad lucía demacrada; su boca, una delgada línea de carmín, que ella misma se iba desprendiendo con la colilla de un cigarro.

—¿Es mañana en la noche, entonces?

—Sí. Mañana es viernes. ¿Hay algún motivo para que no sea en viernes? —

preguntó Eitingon—. ¿Hay algo especial en los horarios de la casa?

Miró alrededor de la mesa.

Había llegado la hora.

—¿Ramón?

—No, creo que los guardias tienen los mismos horarios.

—David, ¿están preparados tus hombres?

—Sí, pero andan inquietos. Diez u once días es mucho tiempo de espera cuando no sabes qué estás esperando.

—¿Y entraremos a las cuatro a.m.?

—A menos que haya algún motivo para cambiar la hora.

—Estoy reuniendo a los hombres en tres grupos en casas distintas —dijo Siqueiros—. Haré las rondas, les daré instrucciones, repartiré los uniformes, pero alguien necesita estar en cada una de las casas para asegurarse de que no se irán de vagos.

—¿Ramón?

—Sí, puedo hacer eso.

—Yo me quedo en otra —dijo Eitingon—. Uno de los españoles puede hacerse cargo de la tercera.

Eitingon deslizó el plano de la casa hacia el centro de la mesa.

—Repasémoslo de nuevo para asegurarnos de que todos estamos de acuerdo.

Señaló dónde se estacionarían los coches: uno en Churubusco junto a

la orilla seca del río, otro en Abasolo, y el tercero en Viena.

—Llegaremos a pie.

—Los pinches perros van a ladrar.

—Será inevitable.

—¿A qué hora empiezan Julia y Ana a entretener a los policías? —preguntó Siqueiros—. Tienen tanto tequila y mezcal como para hacer flotar un barco.

Caridad miró a Siqueiros.

—¿Cuánto se tarda un policía en emborracharse?

—Veinte minutos —y se rio.

—No, en serio. ¿Y si queremos que se pongan hasta atrás de borrachos a las cuatro de la mañana?

—Díganles a las chicas que empiecen la fiesta a las diez de la noche. No podemos predecir qué tan rápido caerá cada uno.

Siqueiros volteó a ver a Ramón.

—¿Y tu amigo te va a abrir el portón?

—Lo hará si se encuentra ahí.

—Ése es un "sí" muy arriesgado. ¿No lo puedes averiguar?

—Si pregunto demasiado, se pondrá nervioso. De cualquier forma, el itinerario siempre puede cambiar a última hora. Me preocupa más que uno de los otros guardias esté arriba, en la torreta, en el muro de enfrente. Eso podría convertirse en un tiroteo.

—Nosotros ganaríamos.

—Sí, pero a costa de mucha sangre.

—¿Qué tan probable sería?

—Poco. Otro de los guardias está enfermo y ha estado durmiendo durante el turno de la noche y hasta el amanecer.

—Si podemos saltar el muro, tendremos dinamita, arpeos y escaleras

de cuerdas. Pero si el portón se abre, entraremos y saldremos en unos minutos.

—¿Cuándo les darás a los hombres sus comisiones?

—Hasta mañana por la noche. Tres de los hombres instalarán una metralleta detrás del tronco del árbol de eucalipto para mantener a los guardias inmovilizados, mientras cuatro de nosotros con ametralladoras nos aposentamos frente a las ventanas de Trotsky. Nadie oirá nada hasta que empecemos a disparar. Algunos de los hombres estarán afuera para hacerse cargo de los policías y del guardia.

—Recuerden, éste es el cuarto donde duerme el muchacho —dijo Ramón, apuntando al plano—. Tienen que atravesar por allí para llegar al cuarto del

viejo, pero no hay motivo para lastimar al niño; déjenlo que salga corriendo o que se esconda debajo de la cama. Y este otro cuarto de atrás es donde duermen los Rosmer. No quiero que los lastimen.

—¿Te estás suavizando? —preguntó Siqueiros.

—No, pero no veo razón para lastimarlos.

—Ramón y yo no vamos a entrar —dijo Eitingon—. Tan pronto como el portón se abra, nos vamos. Él me llevará al centro. Caridad y yo tenemos vuelo a Brownsville a las seis y media. Tú y tus hombres pueden usar los coches de Trotsky para huir.

—¿Y Sheldon Harte? —preguntó Ramón—. ¿Qué pasa con él?

Con el índice y el pulgar, Siqueiros hizo como que formaba una pistola, y la disparaba.

—No —dijo Ramón—. No puedes matarlo.

—Si lo dejamos, te identificará. Tu fotografía estará en todas las oficinas de correos de México y de los Estados Unidos a las ocho de la mañana del siguiente día.

—Entonces entremos saltando el muro.

Eitingon miró a Caridad, pasándose la mano por el cabello.

—No, no saltaremos el muro a menos que tengamos que hacerlo, y no mataremos al guardia. David, te lo puedes llevar contigo cuando te

vayas. Haz que conduzca uno de los coches. Lo implicaremos. De todas maneras, la policía sospechará de él. Parecerá un encargo desde dentro, como si los hombres de Trotsky se hubieran vuelto contra él. Eso le gustará a Stalin.

—¿Y después qué?

—Lo esconderemos por un par de meses. Para entonces estaremos tomando vodka y comiendo caviar en Moscú. Puede vender su historia a los periódicos —

Eitingon se frotó los ojos y vio alrededor de la mesa.

—¿Algo más? ¿Dudas?

Camino al Shirley Courts, Ramón se preguntaba sobre el futuro. Lo único en lo que encontraba sentido era estar con Sylvia en Nueva York. Ciertamente, no se veía en Moscú; un invierno ahí sería peor que una prisión. Sería impensable regresar a España mientras Franco permaneciera en el poder. Su hermana y sus hermanos estaban en Tolosa, esperando que la guerra les permitiera avanzar.

Esa noche, ya en la cama, daba vueltas a uno y otro lado. Soñó que oía un metálico traqueteo que se acercaba hacia él, un sonido familiar que no pudo

identificar. Enseguida bajaba la vista para ver los cartuchos de dinamita atados a su pecho.

A la mañana siguiente se quedó en el hotel hasta que pasaron los hermanos Arenal en una camioneta para recoger la caja de equipo de ingeniería que él había estado guardando en el cuarto de almacenamiento del Shirley Courts.

Luego, para matar el tiempo, caminó hacia el departamento de Hamburgo, donde encontró a Caridad depositando archivos en cajas de cartón. Se veía como si no hubiera dormido, su cara esculpida por la fatiga.

—Hay un incinerador bajando por el pasillo —dijo, pasándole una de las cajas.

Encontró el contenedor de alambre donde las cenizas aún ardían, vació los contenidos de la caja, acercó su encendedor a los papeles y observó las flamas elevarse y extenderse y los papeles enroscarse al convertirse en hojas de carbón.

El clima era templado, el aire fresco por la tormenta de la noche anterior.

Encontró un palo para revolver los papeles, luego subió las escaleras para ver si había más. Caridad estaba sentada a la mesa, revisando archivos; un puro ardía en un cenicero. Levantó la mirada cuando él se sentó en el deteriorado sofá verde.

—Mañana en la noche estarás en Nueva York.

Asintió con la cabeza, con un leve fruncimiento del ceño.

—¿Por cuánto tiempo necesito estar aquí?

—Un mes, seis semanas —dijo ella, sin volver la vista.

—¿Tanto?

—Puedes hacer montañismo si quieres. No queremos que parezca que huiste.

—¿Y después de eso qué sigue? ¿Sabes lo que haremos?

Dio vuelta a la página, tomó un puro.

—No, pero si esto sigue como lo planeamos, podemos hacer lo que queramos.

—¿Estás segura?

—Le habremos quitado un gran peso de encima a Stalin.

—Me gustaría que me enviaran a Nueva York.

Ella levantó los ojos y se le quedó viendo por un momento.

—Veamos qué ocurre esta noche.

TREINTA Y CINCO

De vez en cuando centelleaban relámpagos difusos: una bóveda de blancura se concentraba en un rayo y se desplegaba, una descarga tras otra, un largo dedo que se proyectaba para apuñalar la ciudad. Las cuchillas del parabrisas generaban metódicamente un ruido sordo cuando la lluvia salpicaba con suavidad el chasis del Buick, mientras la luz de los faros sondeaba la oscura calle y las gotas de lluvia caían de manera oblicua.

—¡Híjole! —dijo Ramón al escuchar el tronido.

—Está amainando —dijo Eitingon—. No durará mucho.

—Sí, qué bueno.

Iban a baja velocidad por una barriada donde el agua anegaba las calles. Al borde de la luz de los faros, vieron a un hombre correr para protegerse bajo los edificios en un intento por no mojarse.

—Allí es —dijo Eitingon cuando el hombre desapareció en el interior de una vivienda.

—¿Voy contigo?

—No. No es necesario.

Ramón vio a Eitingon entrar en el edificio, luego se dirigió a la intersección de las calles de Cuba y Chile. Apagando las luces y el motor, salió del coche y se encasquetó su fedora al subir los peldaños de la vivienda. El largo y estrecho pasillo olía a queroseno y a basura. Un murmullo de voces se trasminaba por la delgada madera de la puerta. Cuando Ramón tocó, se hizo el silencio dentro del lugar. Temor. Precaución. Se abrió un poco la puerta, un español se asomó.

—Me mandó David —dijo Ramón.

—Sí, sí, pásale, pásale.

La pobreza era evidente: había un camastro con un colchón sucio y sin sábanas pegado a la pared, una pantalla de papel rasgado colgaba de la ventana, una mesa endeble, una lata de sardinas llena de colillas de cigarros. Dos hombres dejaron a un lado su juego de dominó, un tercero se levantó del camastro. En el cuarto de al lado se hizo el silencio entre un grupo de mujeres y niños que

estaban fuera del alcance de la vista. Ramón se quitó la fedora y la gabardina, luego pasó entre los demás su paquete de Lucky Strikes.

—¿Ha andado David por aquí? —preguntó.

—Sí, con Pujol.

Ramón se esforzaba en conversar, pero la distancia era mucha entre él y los hombres. Los refugiados de guerra habían perdido todo en España y no tenían nada en México. Ramón era un jefe, un tipo rico enfundado en buena ropa, con coche, que se mantenía por encima de

los problemas.

Los hombres fumaron sus cigarros en un silencio incómodo; después, como si un torniquete se hubiera soltado, los jugadores de dominó prosiguieron su juego, hablando en voz baja entre ellos.

—Ahora a los franceses se los va a joder Hitler —dijo uno, con una alegría malsana.

—Sí, pero Hitler se chingará a los franceses y luego se irá. Franco nunca dejará de joder a España.

Un trueno retumbó a la distancia cuando la tormenta se alejaba del valle. El tiempo transcurría con los golpecitos secos de las fichas del dominó, con el sonido del agua goteando de los aleros. La ansiedad de los hombres encendía la de Ramón. No quería pensar en lo que estaba a punto de ocurrir, en Sheldon abriendo el portón o en Alfred y Marguerite durmiendo en sus camas.

Un coche se detuvo frente a la vivienda y enseguida llegaron otros dos. Las puertas se abrieron y las cerraron de golpe. Las voces de los hombres emplomaban las calles.

—Es el Packard de David —informó uno de los españoles junto a una de las persianas rotas. Momentos después escucharon un toquido en la puerta y una voz que ordenaba:

—¡Abran la puerta! ¡Es la policía!

Uno de los hombres intentó abrir la puerta de una patada pero cayó de espaldas cuando Siqueiros se apareció, disfrazado de oficial del ejército. Portaba una guerrera de comandante, una visera, pantalones y botas de montar, lentes oscuros y un bigote falso. Antonio Pujol y los hermanos Arenal lo seguían, cargando unas maletas de cartón.

—Muchachos, ¿cómo me queda? —preguntó Siqueiros, girando de un lado a otro como un modelo.

—¡Muy bien! —aclamaron los hombres, desenfadados—. Se le ve muy bien.

Siqueiros se la pasaba bien. Para los hombres era un héroe —un soldado, un

revolucionario, un muralista internacionalmente famoso—, y estaban divirtiéndose. Siqueiros abrió las maletas y empezó a sacar armas y

uniformes como si fuera Navidad.

Cuando llegaron a Coyoacán, las nubes se habían disipado para dejar ver la luna blanca que flotaba en un anillo de calina. Con Eitingon y cuatro de los hombres en el Buick, Ramón se estacionó en la calle Abasolo, una manzana atrás de la residencia. No había movimiento en la calle. Pudo ver la sombra del eucalipto surgir por encima de las bardas del recinto hasta que el calor de los hombres empezó a empañar las ventanas del Buick.

A las diez para las cuatro, salieron del coche cerrando silenciosamente las puertas. Jacques abrió la cajuela para que los hombres con uniformes del ejército sacaran sus armas: una metralleta, rifles, una mochila de bombas en termos. Un perro que andaba cerca empezó a ladrar, luego otro en la calle Churubusco, y un tercero en la calle Viena. Esquivando charcos, Eitingon, como un oso enfundado en su gabardina y con su sombrero de fieltro, iba al frente, pegado a las paredes.

El fresco del aire de la madrugada hizo temblar a Ramón. Se dijo a sí mismo que estaba en una noche de redada en España, pero con todo y lo planeado y toda la espera, esto era peor. Él sabía quién se hallaba del otro lado del muro y qué era lo que estaba a punto de ocurrir. Aun así, sintió una sacudida de miedo cuando vio a unos policías surgiendo de la oscuridad en la calle Viena.

Eitingon retuvo a los dos escuadrones en la esquina, esperando que Siqueiros y sus hombres llegaran a escondidas desde el lado opuesto al recinto a lo largo del muro principal. Cuando Siqueiros llegó a la caseta de policía, se irguió y entró, seguido por dos de sus hombres. Encendió una linterna. Se escuchó un murmullo de voces en la casucha, y después Siqueiros salió.

—Borrachos hasta atrás —susurró, pavoneándose frente a Eitingon con su uniforme militar—. Piensan que están bajo arresto. En un rato estarán atados y amordazados.

—¿Listo? —preguntó Eitingon, tocando a Ramón con el arma.

Eitingon había escogido a dos de los hombres para que acompañaran a Ramón. Uno de ellos iría acuclillándose por cada costado y atravesaría la puerta en el momento en que quitaran la barra de metal.

Ramón sintió la mano de Eitingon moverse encima de él.

—Si no es Sheldon —dijo el ruso— no permitas que te vean el rostro.

Cuando Ramón tocó suavemente en la puerta de metal, se imaginó al norteamericano sentado en la silla, hojeando una revista. Oyó movimiento, luego

la voz de Sheldon a la puerta.

—¿Quién está allí? ¿Hay alguien?

—Sheldon, soy yo.

—¡Frank! ¿Qué haces allá afuera?

—Se me descompuso el coche. ¡Déjame entrar!

La ranura de la mirilla se abrió y a través de ella salió proyectada una luz.

Sheldon movía los ojos de un lado a otro; luego, al ver a Ramón, levantó el seguro de la cerradura eléctrica.

—Un momento —dijo, mientras quitaba la barra de hierro.

Cuando la pesada puerta empezó a abrirse, los dos hombres entraron, saltaron sobre Sheldon y le sujetaron los brazos. Parecía que estaba a punto de reírse —esto tenía que ser una broma—, hasta que una mano le cubrió la boca.

Enseguida, sus ojos se movieron con pánico de un lado a otro, intentando ver a sus captores, hasta que, perplejos y defraudados, se posaron en Ramón.

Ramón se inclinó muy cerca, tan cerca como para oler el aliento de Sheldon, su piel y su cabello.

—Sheldon, haz lo que te dicen y no te lastimarán. Haz lo que dicen, y todo estará bien.

El joven empezó a forcejear mientras lo apartaban del camino y más hombres uniformados empezaron a cruzar la puerta.

Eitingon tomó a Ramón por el brazo.

—Muy bien, vámonos de aquí.

Ramón y Eitingon caminaron rápidamente hacia el coche, escuchando el ruido amortiguado de zancadas al otro lado del muro. Las ametralladoras abrieron fuego, haciendo añicos la quietud de la

madrugada con un prolongado y violento estruendo que se detuvo con un silencio rotundo. Las voces iban y venían. Se hizo un disparo. Otro. Luego los perros del vecindario empezaron a aullar.

TREINTA Y SEIS

A Natalia Sedova la despertó un estruendo aplastante, una conmoción de ruido, calor y fuego, tiros volando de un lado a otro de la habitación, el golpe sordo del plomo horadando las paredes, el escozor de la arena y el cemento, el olor del azufre. Su marido gemía a su lado, tratando de levantarse, de romper la red narcótica de su pastilla para dormir. *Han llegado*, pensó ella. *Lo que hemos temido durante tanto tiempo finalmente ha comenzado. Los hombres de Stalin han venido a matar a Trotsky*.

Debatiéndose por debajo de la sábana y la cobija, empujó a su marido fuera de la cama, junto a una pared, y se le encimó, protegiendo su cuerpo con el suyo.

Yacían tan próximos, que ella lo sintió despertar cuando cayó un torrente de tiros de metralleta. Removiéndose, se apretó más contra él, presionando contra el espacio que había entre el suelo y la pared. *¡Seva estaba en la habitación de junto, Stalin le había matado a sus dos hijos, y ahora a Seva!*

El silencio llegó de súbito, mientras una oleada de conmoción se esparcía por la noche. Afuera, voces en español y en inglés iban y venían por el patio.

—¡Abajo! ¡Abajo! —gritó uno de los guardias de Trotsky.

—Si te mantienes al margen, no te pasará nada —gritó un agresor, y luego rafaguearon el frente de la casa de los guardias con una ametralladora.

Su frágil cuerpo temblaba; escuchó un garrapateo en la puerta del cuarto de Seva, seguido de una explosión que despidió llamas y provocó que el cuarto se llenara de humo. Seva gritó cuando una puerta exterior se abrió hacia su cuarto; luego escucharon pasos que se acercaban, tacones de botas que golpeteaban los pisos de madera. Desde abajo de la cama, Natalia Sedova observaba la puerta que daba al cuarto de Seva abriéndose, y las llamas reverberando en las botas de montar.

Sabían lo que ocurriría. El ejecutor maniobraría el interruptor de la electricidad y tiraría de las cobijas. Así se procedía. No se marcharía

hasta cerciorarse de que había cumplido con su objetivo. Les dispararía si se agazapaban en el suelo.

El asesino se acercaba; las botas se aproximaban al filo de la cama, tan cerca

que podía haberlas palpado. Pero en vez de encender la luz y quitar las cobijas de la cama, con un revólver detonó cuatro disparos rápidos hacia el colchón, y las balas rebotaron en el piso a un lado de ellos. Después se dio la vuelta y caminó hacia fuera de la habitación.

Se oían voces de uno y otro lado del jardín. Los hombres corrían.

—¡Vámonos!, ¡vámonos! ¡Ya! ¡Ya! ¡Vámonos! —gritó un mexicano.

Se retiraban en dirección al garaje. Las puertas de un coche se abrieron y se cerraron. Alguien puso en marcha el Ford. Alguien más, el Dodge. La enorme puerta del garaje retumbó cuando la abrieron.

—¡Seva! —dijo Natalia, casi murmurando, desesperada. Creía que su nieto estaba muerto en la habitación de al lado. Se imaginó la matanza afuera, en el patio, los cuerpos de sus amigos acribillados, la sangre.

Apretujados en una esquina, escucharon cómo el Dodge salía del garaje seguido por el Ford. Las transmisiones cambiaron de primera a segunda, los engranajes rechinaron cuando se puso a los coches en marcha. Natalia Sedova y Trotsky yacían en un silencio que pasmaba. Una ráfaga de tremenda violencia había chocado contra ellos, pero de alguna manera habían sobrevivido.

—¡Marguerite! —gritó Seva, en voz alta y dulce—. ¡Alfred!

Natalia Sedova jadeó.

—¡Están vivos, Seva! ¡Los Rosmer están vivos!

—¡Vengan! —dijo Trotsky, ayudando a Natalia Sedova a levantarse. Al encender la luz, pudo ver un humo azulado en el aire y las arrasadas paredes de emplasto.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —gemía Natalia Sedova en ruso. En su bata de noche, con su canoso cabello cayéndole por la espalda, recogió una manta del piso y la arrojó por encima de las llamas; Trotsky se puso su bata y sus pantuflas y tomó una pistola de una mesita de noche. Intentó abrir la puerta de su oficina, pero ésta se

había atorado desde el exterior. Imaginando en llamas su manuscrito acerca de Stalin, gritó pidiendo ayuda y aporreó la puerta.

Con las caras pálidas, temblando, Jake Cooper, el guardia fornido de Minnesota, y Otto Schüssler abrieron la puerta de la oficina.

—¿Dónde está el chico? —quiso saber Trotsky—. ¿Está lastimado?

—Una bala le rozó el tobillo. Está con Marguerite y Alfred.

Trotsky salió al patio, donde vio a los Rosmer agazapados junto al chico.

—Está bien —dijo en francés Marguerite—. Un poco aturdido.

—¿Seva? —Trotsky tocó al muchacho en la espalda.

El chico asintió valientemente con la cabeza.

—¿Y los demás?

—Nadie salió herido. Pero Sheldon desapareció.

—¿Qué ocurrió?

—Nos inmovilizaron en nuestras habitaciones —respondió Schüssler —.

Colocaron una metralleta a un lado del árbol de eucalipto. Alguien encendió la luz del patio, de modo que iban a disparar si sacábamos la cabeza.

Otros dos de los guardias, Charles Cornell y Harold Robins, aparecieron y se reunieron con los otros en el patio. Las dos mexicanas que trabajaban en la casa se asomaron desde sus dormitorios, con los ojos abiertos de terror. Todos los perros del vecindario aullaban mientras los vecinos fingían dormir.

—¿Dónde está Sheldon? —preguntó Trotsky.

—Desapareció —respondió Robins—. Estaba tras el volante del Dodge.

—¿A quién le tocaba guardia esta noche?

—Sheldon estaba en el portón.

—¿Quién más? ¿A quién le correspondía vigilar el muro?

—Pasada la medianoche, sólo a Sheldon. Me había tocado velar toda la semana y me tuve que dormir un rato. No somos suficientes, jefe.

—¿Cómo entraron?

—No echaron abajo la puerta ni saltaron la barda.

—Sheldon los dejó entrar.

—¿Era él uno de ellos? —preguntó Cooper—. ¿Un trabajo encubierto?

—¿Sheldon? —repitió Trotsky—. Ha estado aquí unas semanas. Habría podido matarme sin tanto problema. ¿Qué me dicen de los guardias de la calle?

—Estaban atados y amordazados en la caseta de vigilancia —dijo Cornell.

—¿Los dejaron ir?

Cornell movió la cabeza.

—Bueno, ¡que se vayan! ¡Déjenlos ir!

Los jóvenes se vieron entre sí. Ninguno de ellos había estado en la guerra.

—Jefe, está esa milpa del otro lado del camino, podría haber allí una metralleta.

—¡No! Se fueron. Los oímos marcharse. Se acabó.

Los hombres estaban pasmados, temerosos de moverse.

—No pueden dejar amarrados a esos hombres. Si no los desatan, yo mismo

saldré y lo haré.

Puso su brazo alrededor de Natalia Sedova.

—El chico está bien. Todos sobrevivimos. Pronto llegará la policía.

Trotsky caminó hacia el tronco del gran árbol de eucalipto, donde había casquillos brillando en el césped húmedo. Era obvio lo que había ocurrido. Stalin había enviado a la GPU para matarlo. La GPU había hecho su jugada y había fracasado de manera lamentable.

—¿Tomamos un té? —preguntó Natalia Sedova en voz alta.

—Té u otra cosa. Estaremos despiertos hasta que amanezca y con la policía aquí.

TREINTA Y SIETE

— *¡Oh la!* ¡No puede imaginar la conmoción! Dormíamos profundamente y un minuto más tarde creímos que estábamos muertos —Marguerite hizo una pausa cuando una mesera ponía un flan frente a ella—. El interior de esa habitación está acribillado a balazos. Cómo sobrevivieron ellos, es un misterio.

Tomó su cuchara y rozó la superficie del postre; la piel del flan temblaba bajo el metal. Estaban comiendo en Sanborns, el mismo restaurante al que Jacques había llevado a Sylvia poco después de que ella llegara. Las meseras andaban ataviadas con coloridos vestidos autóctonos, de faldas largas. Un grupo de hombres en trajes oscuros llegaban para tomar su comida del mediodía.

—Ya sabe —continuó Marguerite—, Natalia Sedova lo salvó. Él se había tomado una dosis extra de sus pastillas para dormir y no podía despertar. Creía que los lugareños estaban quemando juegos pirotécnicos para celebrar otro día festivo. De algún modo Natalia Sedova consiguió sacarlo de la cama y llevarlo hasta una esquina de la habitación. Él dijo que ella lo protegió con su cuerpo.

—Eso no tiene sentido.

—No, pero es lo que ellos dicen. Y ninguno de los dos exagera; son tan objetivos, muy precisos. Pero, ay, parecía una escena del infierno. Cuando la balacera terminó, se abrió una puerta que daba al cuarto de Seva, donde había empezado un incendio. Trotsky sabía lo que iba a ocurrir. El agresor encendería la luz del techo y quitaría los sobrecamas. Y cuando encontrara a Trotsky y a Natalia Sedova, los acribillaría como a ratas. Así se hace. Pero no, no encendió la luz. Vació su pistola en el colchón, se dio la vuelta y se marchó.

—¿No encendió las luces? —dijo Jacques, con tono de incredulidad.

—Tal vez temía ver sangre.

—¿Quién puede saber eso?

—¿Saber qué?

—Eso… que el asesino no quería encender las luces.

—El coronel Sánchez, me imagino. ¿En qué cambia las cosas?

—No puedo creerlo. Llegar a eso…

—Por aprehensión, supongo. Un matón escrupuloso. Pero si viera los orificios de las balas, difícilmente puedes culparlo por su lógica. Es un milagro que esos hombres no se mataran entre sí, al disparar de uno y otro lado de la habitación.

—¿Y Seva?

—Tiene sólo un rasguño en el tobillo. Lo rozó una bala.

Por un instante Ramón perdió el hilo de lo que estaba diciendo. La cabeza le hervía al saber que Siqueiros, al cabo de meses, años de preparación, había sido tan descuidado. Si tan sólo él hubiera echado un vistazo, ya todo estaría hecho.

Marguerite saboreó el flan.

—Trotsky se sintió muy aliviado al final. Casi en éxtasis. Los matones de Stalin hicieron su teatro, y mostraron lo tontos que son. Ni siquiera tocaron la oficina de Trotsky, su invaluable manuscrito de la biografía de Stalin. Se hicieron tontos y Stalin iba a quedar en ridículo. Pero entonces el imbécil del coronel Sánchez decidió que se trataba de un atentado que se había cometido con la complicidad de algún empleado de la casa. No creo que conozca usted al coronel.

—Lo vi en una ocasión en la casa. Traía uniforme, parecía una especie de tirano.

—Lev Davidovich está furioso con el coronel Sánchez. ¡Un atentado con la complicidad de un empleado! ¿Podría haber algo más absurdo? ¡Qué tonterías!

—¿Sánchez está a cargo de la investigación?

—Sí, es el jefe de la policía secreta en México. Conoce a Lev Davidovich y a Natalia desde que llegaron. Era su trabajo: darles protección.

—¿Qué pensará?

—Quién sabe. Quién sabe si pensará siquiera. Arrestó a las criadas. Metió a Consuelo y a Lupita en una cárcel llamada el *Pocito* —frunció

la nariz y la boca con repugnancia—. Deduzco que es una prisión donde la policía tortura a los sospechosos. Los mexicanos oyen la palabra *pocito* y la sangre se les va a los pies. Si no me equivoco, le dicen pocito porque se trata literalmente de un pozo.

—Sí, así es —dijo Jacques—. Significa casi lo mismo que en francés.

—Pobres de Consuelo y Lupita, las dos personas más indefensas en la casa.

El coronel las encerró por una noche, lo suficiente para que ellas recordaran que había habido actividades sospechosas en la casa antes del ataque. Posteriormente el inspector arresta a los ayudantes de Trotsky, Otto Schüssler y Joseph Hansen, y los mete al *pocito*.

Retiró la vista de su flan y la dirigió hacia Jacques, con los ojos nublados de lágrimas; las arrugas de su cara se intensificaron.

—¿Será posible que este coronel Sánchez de veras crea que Trotsky organizaría un autoatentado como una bufonada propagandística? ¿Será él un estalinista?

—¿El inspector?

—Sí, claro. ¿Quién más?

—Puede que sea estalinista —concedió Jacques—. Es difícil saberlo. ¿Pero qué pasó con Schüssler y Hansen?

—Están en la cárcel. Hoy en la mañana Trotsky habló por teléfono con uno de los colaboradores de Cárdenas. Si la suerte nos asiste, el presidente está en la ciudad y leerá esta tarde la carta de Trotsky.

Tomó otro trocito del flan, pasando la vista por todo el comedor.

—¡Y pobre de Trotsky! —prosiguió—. Estaba seguro de que para Stalin y la GPU esto significaría un golpe duro. ¡A Trotsky se le culpa de su propio ataque!

Stalin no podría estar más feliz.

—Dudo que Stalin pueda estar del todo feliz.

—Oh. Entiendo lo que quiere decir. Trotsky no ha muerto. Supongo que será una forma de consuelo.

—Una gran ganancia, creo. Particularmente para Trotsky. ¿Pero nadie

sospecha de Sheldon?

Trotsky insiste en que el muchacho fue secuestrado. Le dijo al coronel que si Sheldon lo hubiera querido matar lo habría hecho semanas atrás sin mayor problema.

Jacques respiró hondo y cruzó los brazos sobre el pecho. Estaba a punto de hablar, de decir que él estaba seguro de que Sheldon era inocente, cuando, con un ruido, un accidente sorpresivo, una bandeja de vasos, platos, y platería golpearon el piso de azulejos, imprimiéndole al ambiente un momento de suspenso. Un mozo vestido con saco blanco se arrodilló y comenzó a reunir frenéticamente las astillas de vidrio mientras una de las meseras vestida con su atuendo autóctono se le ponía delante, airada.

Tras el momento de pausa, la conversación se reanudó. Jacques partió un bolillo de la cesta del pan, luego lo puso a un lado.

—¿Supo que Diego Rivera abandonó el país? —preguntó.

—Leí en los periódicos que está escondido en California. ¡Cuánta vanidad!

Tenía miedo de que la GPU lo pusiera en la mira. Qué tontería. ¡Pobre de Frida!

No puedo creer que el coronel la mandara a la cárcel a ella y a su hermana Cristina.

—¿Frida? —frunció el ceño—. No sabía. ¿Estuvo en la cárcel?

—Dos noches.

—No me da envidia el carcelero. ¿A razón de qué la encarceló?

—El coronel sospechaba que ella era parte del complot, supongo que por la desavenencia entre Trotsky y Diego.

—¡Es absurdo! El coronel se está agarrando a un clavo ardiente.

Marguerite raspó un poco más de su flan.

—Alfred y yo nos sentimos muy mal al tener que irnos justo después de lo ocurrido.

—¡Ah, es cierto! Se embarcan el miércoles.

—Nos hemos quedado mucho tiempo, y no podemos darnos el lujo de perder nuestros pasajes. No tenemos ingresos económicos, salvo por lo poco que gana Alfred con sus artículos. Pero usted no tiene que preocuparse de llevarnos a Veracruz. Podemos tomar el tren.

—Quiero hacerlo. Como le dije, tengo que ir a Veracruz al menos una vez al mes por mi jefe, así que no es problema. ¿Ya saben lo que harán en Nueva York?

—¿Qué otra cosa podemos hacer sino esperar a que termine la guerra? No podemos regresar a Francia.

TREINTA Y OCHO

Harold Robins saludó moviendo la mano desde la torreta, y el portón se abrió de golpe antes de que Jacques se acercara.

—Un momento —dijo Jake Cooper al mover la barra de metal para abrir la puerta—. Me imagino que ya sabes del escándalo de aquí.

—Sí, lo leí en los periódicos. Y Marguerite me puso al tanto.

Cooper sonrió.

—El coronel Sánchez en persona entregó anoche a Schüssler y a Hansen a la casa. El presidente debe haberle dado una buena regañiza. Sánchez estuvo arrastrándose ante todos, empezando con el viejo, a quien le pedía que lo perdonara por haberse llevado a los jóvenes. Trotsky fue cordial, pero Natalia Sedova dejó en claro cómo se sentía. Toda una escena.

—¿Y Sheldon?

Cooper movió la cabeza.

—Nada. No hay noticias suyas. Deben estar usándolo como rehén. Al menos, es lo que esperamos. Puedes entrar. Te están esperando.

Jacques siguió el camino a la casa. La biblioteca estaba vacía, pero hasta allí llegaban las risas y el bullicio de una celebración que salía del comedor. Echó un vistazo a la reunión, y, al ver a Trotsky, que tenía una gran cicatriz en la frente, se apartó para esperar cerca de la entrada. Un momento después, Alfred salió a buscarlo.

—¡Venga! ¡Venga! —Lev Davidovich estaba leyendo una carta de John, uno de los guardias norteamericanos que estaban allí. ¡Venga

con nosotros!

Jacques sintió una leve sacudida cuando Trotsky se acercó para saludarlo. De hombre a hombre, el ruso era más grande y más joven de lo que Jacques había imaginado, tan alto como él y más corpulento de la espalda y el pecho. La barba y el mostacho le hacían la boca más prominente, y los labios le sobresalían de los bigotes. De cabello plateado y nariz ganchuda, parecía un águila; los ojos, detrás de los lentes de carey, eran de un azul penetrante. Estrechó la mano de Jacques.

—Sí, el marido de Sylvia —dijo Trotsky en francés—. Alfred y Marguerite me han hablado de usted. Y mi nieto —sonrió afablemente. Ileso, salvo por el rasguño en la frente, parecía estar de excelente ánimo.

—Natalia —dijo, volviéndose hacia su esposa—, tal vez al señor Jacson le gustaría desayunar.

Jacques les aseguró a todos que ya había comido, pero aceptó una taza de té, sentándose al lado de Marguerite.

—¿Y Seva? —le preguntó Jacques.

—Tuvo que ir a la escuela —dijo Marguerite—. Nos despedimos de él antes de que se marchara.

El aire de celebración comenzó a disolverse de golpe, junto con la risa.

Jacques había venido por Alfred y Marguerite. Se los iba a llevar.

— *Alors* —dijo Marguerite—, tengo que hacer los últimos preparativos.

Cuando se iba a levantar de la mesa, Natalia Sedova le agarró la mano y se le salieron las lágrimas.

—Marguerite, ¡no puedo despedirme!

—¡Ay, querida! —respondió Marguerite con voz maternal, abrazando a su amiga—. Sé que nos volveremos a ver pronto.

—No, no lo sabemos —Natalia Sedova movió la cabeza.

—Nada sabemos de eso. Iré contigo a Veracruz de manera que pasemos otro día juntas.

—Pero Nata —objetó Trotsky—. ¿Cómo regresarás?

—Con el señor Jacson.

Frunciendo el ceño, Trotsky le habló en ruso a su esposa.

—Entonces regresaré en el tren. O Ellen y yo los seguiremos en uno de nuestros coches —dijo ella, refiriéndose a la solterona que estaba sentada a la mesa—. Sí, Ellen y yo podemos conducir.

Secándose las lágrimas, se levantó de la mesa.

—Ellen, no tienes objeción, ¿o sí? Empacaré una pequeña maleta para pasar la noche. Tardaré sólo un momento.

Jacques esperaba en los peldaños del frente en compañía de Alfred, cuando Trotsky se les unió. Puso una mano en el hombro de Jacques, y sonrió; sus ojos azules centellearon.

—Señor Jacson, al parecer todos aquí lo conocen, quiero decir: todo el mundo menos yo. Si ya está tan cerca de toda esta gente de aquí, me pregunto,

¿por qué no es usted uno de los nuestros?

—Me temo que nada sé de política.

—Pero está usted en los negocios, mucho del mundo de los negocios tiene que ver con la política. La economía y la política son los dos lados de una misma moneda.

—Seguro que tiene usted razón.

—Nos sería útil un hombre como usted, alguien que entiende cómo funciona el mundo. Estoy seguro de que podría usted hacer una contribución importante.

—¿Quiere decir que con dinero?

Trotsky rio.

—No, pero eso siempre es bienvenido. Podría gustarle escribir algo para nuestra publicación. Sylvia nos dijo que usted trabajó de periodista en París. No creo que deba decirles a los demás lo que deben pensar, pero siempre animo a la gente a escribir. Como debe saber, cuando uno se sienta con pluma y papel a la mano las cosas se ven de manera diferente. Debe haber algo que haya observado, algo

que usted esté queriendo expresar.

—No sé qué decir.

—No necesita decir nada. Pero piénselo. Tal vez algo le venga a la mente.

TREINTA Y NUEVE

—Es muy posesivo —explicó Marguerite—. Y es muy correcto. En su opinión es simple y sencillamente inapropiado que su esposa viaje sola con un hombre atractivo y con quien pasaría la noche en un hotel. Después de todo, ¿qué pensaría la gente?

—Creí que no confiaba en mí —dijo Jacques, viendo por el espejo retrovisor para asegurarse de que Ellen Reed y Natalia Sedova vinieran detrás de ellos.

—No, no, él no confía en *ella* —dijo Marguerite—. Desde que él tuvo ese pequeño desliz con la señora Rivera, ha estado insensatamente celoso de Natalia.

¿No es curioso?

—No confía en él mismo —señaló Alfred.

—Cuando se ha estado casado tanto tiempo, no es lo mismo.

Jacques vio el viejo Ford en su espejo retrovisor.

—¿Ha cambiado?

—¿Trotsky?

—Lo conocen desde hace tiempo.

—Oh, sí —dijo Alfred—. Cuando lo conocimos por primera vez, en Francia, era un joven encantador que era una promesa. Se volvió famoso a muy temprana edad, durante el levantamiento de 1904 en Moscú.

—A mí no se me hace que haya cambiado tanto —difirió Marguerite —.

Siempre ha sido la misma persona.

—Pero su vida cambió drásticamente. De vivir durante años como un

escritor político, un intelectual, pasó a convertirse en el comandante del Ejército Rojo. De ser uno de los grandes líderes en la escena mundial vino a ser lo que ves: un exiliado viviendo en la oscuridad. ¡Ésa sí que fue una caída dramática!

—Era presuntuoso —objetó Marguerite—. Eso le representaba un problema.

—Sí, la presunción fue su mayor fracaso —concordó Alfred—. Creía, como muchos otros, que él era el único sucesor de Lenin. Cuando Lenin empezó a tener infartos cerebrales, Trotsky no hizo nada. No iba a combatir por el poder como lo había hecho Stalin. Que Stalin haya envenenado a Lenin no está claro,

pero no cabe duda de que Stalin siempre estaba maquinando, colocando a toda su gente en puestos clave. No, haber llegado al cenit del poder y luego obligado al exilio, debió haber sido una experiencia terrible para Trotsky.

—Pero no está amargado —añadió Marguerite.

—No, ha encontrado un lugar en México. Pudo haberse escondido, haber desaparecido completamente, pero insiste en que tiene que estar en condiciones de hablar, mantenerse firme.

—¿En dónde podría desaparecer? —preguntó Jacques.

—En los Estados Unidos, por supuesto. Es el único lugar donde podría estar a salvo. Amigos de la Cuarta Internacional poseen grandes extensiones de tierra en Occidente. Sería cuestión de hacer cruzar la frontera a Trotsky y a Natalia Sedova.

—Él se ve diferente ahora —agregó Margarite—. Antes, no tenía interés en la gente que trabajaba con él, al parecer no se daba cuenta que ellos tenían familia y vida propia. No los veía en ese contexto y no se mostraba interesado.

Pero ahora se ha encariñado con esos jóvenes norteamericanos que trabajan para él. Todavía se conduele por Sheldon. Yo creo que vivir en espacios próximos con estos norteamericanos lo ha cambiado.

Iban por la carretera a Puebla, y cuando subían por el costado de los volcanes, aquellos monstruos desaparecieron de la vista. Se detuvieron a almorzar en la ciudad, luego siguieron hacia el sur y el este por Sierra Nevada. A Jacques, las montañas le recordaban los Pirineos, los verdes pinares, el aire fresco y fragante.

Les había dicho a Alfred y a Marguerite que él iba por carretera a Veracruz una vez al mes por su jefe, y tuvo que morderse la lengua cuando apareció entre las nubes un triángulo blanco y brillante, como un papalote que muy pronto resultó ser el pico de un voluminoso volcán que dominaba el paisaje.

—Es muy grande —dijo finalmente—. Es más grande que el Popocatépetl.

—El Pico de Orizaba —comentó Alfred.

Con el nevado pico flotando encima del paisaje como un sueño remoto, la carretera de dos carriles los llevó cada vez más alto hasta que empezaron a descender por entre las grises nubes en la provinciana ciudad de Jalapa, envueltos en neblina y una lluvia ligera. Jacques encontró el zócalo, donde había dos hoteles.

—Por lo común me quedo en otro lugar —dijo Jacques cuando bajaban el equipaje—, pero me dijeron que éste es mejor.

Después de registrarse, Jacques fue a dar un paseo entre la grisácea bruma, y

volvió al hotel para encontrar a Natalia Sedova y a Marguerite platicando sentadas en uno de los sofás del vestíbulo. Al cabo de una cena temprana, se fueron a dormir. A la mañana siguiente, cuando se iban, Jacques advirtió un charco en el suelo, debajo del Ford. Después de llegar a un acuerdo con el encargado del garaje para que repararan el radiador, continuaron en el Buick.

Las mujeres iban sentadas en los asientos traseros; Marguerite y Natalia Sedova platicaban alegremente en francés. Una vez más, el recorrido fue espectacular; las pendientes eran más empinadas cuando bajaban por la sierra Nevada hacia la plana llanura costera, donde, a finales de mayo, el aire era caliente y húmedo.

Atravesaron campos de caña y vieron hileras de palmeras que se balanceaban.

Jacques había consultado un mapa de Veracruz antes de salir de la Ciudad de México, pero se le pasó virar a la entrada del puerto. Alfred y Marguerite se pusieron tensos cuando el coche daba vueltas por un sector de casas de adobe donde los buitres deambulaban por las calles como si fueran sus propietarios.

— *Finalement!* —jadeó Marguerite cuando se deslizaron fuera del

laberinto y vieron el barco esperando en el embarcadero. Soplaba el viento del Golfo de México. Las gaviotas planeaban y graznaban por encima de las olas. El muelle era festivo, lleno de viajeros y vendedores; un grupo de músicos tocaban la marimba. Jacques ayudó a Alfred a tramitar los pasajes y la documentación del equipaje, y luego siguieron a las mujeres a su camarote, un pequeño compartimento mal ventilado bajo el sol de la tarde.

—¿Por qué no subimos a cubierta? —sugirió Alfred a Jacques—. Vamos a fumar.

De pie en una barandilla, Alfred llenó su pipa, luego acuevó sus manos para prenderla.

—Pronto iré a Nueva York —dijo Jacques—. Podríamos vernos.

—¿Va de vacaciones? —preguntó Alfred, sin apartar de sus labios la boquilla de la pipa.

—No, para quedarme, creo. Mi jefe está finiquitando sus negocios en México.

—Buenas noticias. Sylvia se pondrá feliz. ¡Y Marguerite! Se siente muy afín a usted, igual que yo. Como sabe, nunca tuvimos hijos. Con la guerra y tanta incertidumbre —su voz se fue apagando.

Caminaban despacio, amigablemente alrededor de la cubierta.

—¿Recuerda aquella noche en que usted y Marguerite vinieron al hotel? —

preguntó Jacques—. Usted iba a platicarme algo sobre España.

Confundido, Alfred Rosmer sonrió:

—¿España? No recuerdo haber hablado de España.

—Estábamos hablando de Trotsky y de Stalin, de lo que ocurrió en España.

—No, no sé qué iba a decir, a menos que haya sido una herejía.

—¿Qué es eso?

—Que la guerra civil en España habría sido una revolución de no ser por Stalin.

—¿Qué quiere decir?

—Los españoles querían una revolución. Era precisamente el tipo de levantamiento que Marx predijo y sobre lo cual escribió. Los españoles sabían que Franco reinstauraría el feudalismo, que estarían una vez más bajo el yugo de la Iglesia y de la aristocracia. Se dispusieron a combatir y morir por una causa.

Si recuerda, los campesinos y los obreros se apoderaban de las tierras, mataban a los curas, y quemaban las iglesias. Los campesinos subían a los taxis llevando cartuchos de dinamita y atacaban puestos militares.

—Pero Stalin apoyaba al pueblo.

—No, Iósef Stalin apoyaba al gobierno republicano, que era el *statu quo*. Y

no era algo por lo que valiera la pena morir. En vez de una revolución, España tuvo una guerra civil. Y eso fue algo muy diferente. Para Stalin la única revolución es la de la Unión Soviética. La Tercera Internacional no apoyará la revolución fuera de la Unión Soviética. Ésa es la política oficial.

—Pero Franco ganó porque Trotsky dividió a la izquierda en España.

—Usted ha visto dónde vive Trotsky. Ni siquiera puede defender su propia casa. ¿Cree usted que él les decía a los anarquistas y a los sindicatos qué hacer en España? —el viejo aspiró de su pipa, y exhaló una olorosa bocanada de humo. Parpadeando, en actitud reflexiva, miraba tierra adentro, más allá de Veracruz.

—Es curioso que no se pueda ver desde aquí —dijo.

—¿Ver qué?

—El Pico de Orizaba. Creo que estamos demasiado cerca, pero es la primera tierra que las embarcaciones avistaron desde el golfo antes del amanecer. La nieve brilla con la luz.

CUARENTA

Sylvia vio el avión Pan Am desplazarse hasta la terminal en Idlewild. Llevaba puesto su más lindo vestido de verano, pero le resultaba siempre estresante encontrarse con Jacques tras una separación, verlo entre la multitud como a un extraño, apartado y autosuficiente, ella siempre temerosa de que él hubiera cambiado, de que la percibiera sin

la bondad de su amor.

El avión hizo alto; se apagaron los motores, y luego, cuando las hélices se hicieron visibles, dos trabajadores salieron corriendo con cuñas en dirección a las llantas. Jacques bajó la escalerilla; vestía un traje y lentes oscuros, y llevaba una gabardina doblada en un brazo.

—¡Aquí estás! —dijo, tomándola entre sus brazos e inclinándose para besarla—. No te imaginas lo feliz que me hace verte. ¡Qué vuelo tan espantoso!

—¿Estuvo pesado?

—Sí, hacía mal clima.

De la mano, entraron en la terminal, siguiendo a la gente que iba a recoger su equipaje.

—¡Anda! —dijo él—. ¿Es nuevo el sombrero que traes?

—Sí, ¿te gusta?

—Te sienta muy bien, *très chic*. ¿Cómo están tus hermanas? ¿Has visto a Marguerite y a Alfred?

Sylvia se detuvo de pronto.

—Ay, Jacques, estaba tan emocionada de verte que olvidé darte las malas noticias. Los nazis entraron en París esta mañana. El locutor en la radio dijo que los parisinos se detenían a llorar en las calles.

—Todo el mundo sabía que esto iba a suceder —dijo él, adquiriendo súbitamente una apariencia de cansancio y preocupación.

—Llamé por teléfono a los Rosmer pero su línea estaba ocupada.

—Al menos están fuera de ahí. Quiero verlos ahora que estoy aquí.

Jacques recogió su equipaje y llamó a gritos a un taxi. Era un hermoso día de junio en Nueva York. Tersas nubes blancas flotaban en el cielo azul. Una

placentera brisa salpicaba las ventanas del taxi, y los rascacielos y los puentes aparecieron a la vista. Jacques le dijo al taxista que los llevara al hotel Pierpont en la Quinta Avenida entre la Diecisiete y la Dieciocho.

—Voy a estar esclavizado a Wall Street —le dijo a Sylvia—. Lubeck ya está aquí y tengo una reunión esta tarde.

—¿Tan pronto? Esperaba que pasáramos el día juntos.

—Lo siento, pero no será hoy. Lubeck dice que vamos a estar en juntas toda la semana. Está trasladando su negocio para acá y acondicionando una oficina en Nueva Jersey.

—¿Aquí?

—Sí, buenas noticias. Quizá pueda contratar a tu hermana —tomó de la mano a Sylvia—. Y mejor todavía, tú y yo finalmente podremos tener un lugar, tener una vida de verdad.

En el hotel, Jacques registró la habitación a nombre del señor y la señora Jacson. Siguieron al botones al elevador; de pie a espaldas de éste, Jacques la abrazó por la cintura, atrayéndola suave y juguetonamente. El botones los condujo a la habitación, insistió en mostrarles cómo funcionaba el radio y les preguntó si requerían algún otro servicio.

—No, no, no —dijo Jacques, entregándole al hombre un billete enrollado.

—¡Finalmente! —exclamó Jacques cuando se cerró la puerta. Se desanudó la corbata y besó a Sylvia, jalándola hacia él, mientras se quitaba el saco—.

¿Quieres bañarte? Me tengo que asear. Debo oler a bestia.

—No, cariño; una ducha, no. Acabo de ir con el peluquero.

—No tenemos tiempo para llenar una tina.

—Adelante —dijo ella—. Te espero.

—Tengo hambre. De ti y de un desayuno, un desayuno americano: huevos, jamón, pan tostado.

—¿Pido el servicio a cuartos?

—No, no todavía. Vamos a darnos más tiempo —se quitó la camisa y se sacó los zapatos. Besándola de nuevo, le empezó a desabotonar la blusa.

—¡A un lado, bestia! —dijo ella, empujándolo.

—¿Tan mal huelo?

—No, para nada. Hueles muy rico. Me encanta cómo hueles. Ve. Me pondré cómoda.

Se bañó y se rasuró con la puerta abierta, llamando a Sylvia, preguntándole cómo le había ido en la tarde, por su trabajo, por su familia. Cuando salió, con

una toalla alrededor de la cintura, oliendo a jabón y a agua de colonia, ella se había tirado en la cama y yacía contra las almohadas vestida con su corpiño marfil pálido. Él se sentó para verla a la cara y le sonrió cuando ella acercó su mano para acariciarle el pecho.

—Estoy tan contento de verte —susurró él—. Te he extrañado tanto.

Iba a inclinarse pero vaciló, súbitamente distraído.

—Jacques, ¿qué pasa?

—Ay, lo lamento. Es la junta de esta tarde. Lubeck está cometiendo un error.

Sé lo que debe hacer, pero no estoy seguro de conseguir que me escuche.

—Debe ser un hombre sensato. Y tú eres convincente.

—Ya veremos. No quiero pensar en eso ahora.

Jacques empezó a besarla una vez más; luego, se quitó la humedecida toalla y se metió bajo la sábana.

Después de hacer el amor, se recostaron para platicar, escuchando a las recamareras en el pasillo.

—Me siento lujuriosa —dijo Sylvia.

—¿Lujuriosa? No conozco esa palabra.

—Hacer el amor en un cuarto de hotel a la mitad del día.

—No es a la mitad del día —él frunció el ceño, buscando su reloj.

—No, no todavía. Pero si vas a desayunar, probablemente deberías llamar al servicio a cuartos.

Después de desayunar, él cambió de ánimo mientras se vestía: un abatido estado de determinación.

—¿Qué rumbo llevas? —preguntó él cuando salieron del hotel.

—Creo que iré a casa.

—Un taxi para Uptown —le dijo Jacques al portero.

Tras ver a Sylvia en el taxi, pidió otro con rumbo al centro.

—A Wall Street —le dijo al taxista cuando subió. Dejó que el conductor avanzara cinco manzanas, luego le dijo que había cambiado de opinión. Quería ir a Washington Square.

Después de salir del taxi, caminó bajo un arco en el parque y se sentó en una de las bancas, sintiéndose ansioso pero esperanzado. Había dado con la solución al problema. Era tan obvio, tan notoriamente obvio.

Los caminos de grava habían sido recientemente rociados y rastrillados. La gente en el parque se veía feliz de forma ordinaria: las madres paseando

cochecitos, los chiquillos bailando trompos, los viejos jugando al ajedrez. Le ilusionaba vivir en Nueva York, tener un empleo, un departamento con Sylvia.

Luego, viendo su reloj, se puso de pie y caminó alrededor de la glorieta del parque como se le había instruido, y al cabo de un momento, vio a Eitingon y a Caridad sentados en una de las bancas. Eitingon llevaba puesto un panamá blanco. Caridad iba con un traje verde aceituna, con un pequeño y elegante sombrero que parecía el ala de un pájaro.

Eitingon le lanzó una mirada de advertencia cuando se aproximó.

—Siéntate y baja la voz —le dijo en francés—. Probablemente nos estén viendo.

Ramón obedeció, haciendo un esfuerzo para no mirar a su alrededor.

—¿Quién está observando?

—Nuestra gente. La GPU, la NKVD.

—¿Así de mal están las cosas? —dijo Ramón en francés.

—La situación no es buena, y podría empeorar. Nos han asignado a un agente de la NKVD aquí. Lo vamos a ver en unos minutos. Déjame llevar la conversación, a menos que él te pregunte algo. Todo saldrá bien —Eitingon se puso de pie, miró su reloj—. Ya casi es hora. Vamos a la Quinta Avenida.

—Pero antes de que nos vayamos, tengo algo que decir.

—Ramón, ahora no —Caridad parecía impaciente—. Vamos a llegar tarde.

—Pero creo que tienen que escuchar esto.

—Tienes toda la semana para contarnos.

—Sólo una cosa, una cuestión que de hecho será determinante. En la casa, después de vaciar su pistola en la cama de Trotsky, Siqueiros no encendió las luces.

Caridad miró a Eitingon.

—No se cercioró de que Trotsky estuviera muerto —enfatizó Ramón.

—¡Ese cabrón! —dijo Caridad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Eitingon.

—Me lo dijo Marguerite Rosmer.

—¿Salió eso en la prensa mexicana?

—No. No que yo sepa.

Eitingon movió la cabeza.

—Es indignante, pero no cambia nada.

—Lo cambió todo —insistió Ramón.

—No por ahora. No lo saques a cuento. Nos echarían la culpa a tu madre y a mí. Estuvimos a cargo de la misión. Dirían que fracasamos en entrenar adecuadamente a Siqueiros.

—Pero…

—Así es como funciona.

—Hay algo más que les quiero decir.

—Después. Éste será sólo el primer encuentro. Me temo que esto durará toda la semana.

El edificio nada tenía de atractivo. Las letras doradas en la puerta de cristal esmerilado decían Smith y Klein. Más allá de una pequeña sala de espera, había una oficina con ventanas que daban a la calle tres pisos abajo. Gaik Ovakimian tenía cabello escaso y rubio, ojos azul pálido, una tez descuidada y usaba lentes con armazón de acero. La nariz de una forma extraña, ganchuda, las fosas nasales tan pequeñas que parecían haberle sido añadidas al final con una perforadora de papel. Iba vestido con un traje barato, mal cortado, y era claro que no se sentía feliz de verlos.

Eitingon se presentó en ruso; su voz subía y bajaba de volumen, mientras que Ovakimian permanecía imperturbable, de vez en cuando encogía levemente los hombros y golpeteaba la mesa con sus largos dedos. Finalmente, Ovakimian dijo algo concluyente y se aclaró la garganta, sacó de la bolsa de su camisa un cuadernillo de notas y se le quedó mirando un momento.

—*Not good. Not good*. —dijo en inglés, moviendo la cabeza de un lado a otro, y enseguida los miró de modo siniestro—. Trotsky ya señaló a David Alfaro Siqueiros como su agresor.

Caridad volteó a ver a Eitingon.

—¿Cómo es posible que se haya dado cuenta? —reclamó Ovakimian.

—Pura especulación —sugirió Eitingon.

—¿Y Alfaro Siqueiros sigue dando entrevistas a los diarios mexicanos como para hacer creer que sigue en la Ciudad de México? ¿Qué sentido tiene ser tan provocativo? Está llamando la atención.

—Así es él.

—¿Sigue en México?

—Sí, se está ocultando en las montañas.

—¿En un lugar seguro?

—Dice que no lo encontrarán.

—Los mexicanos darán con él a menos que decidan no hacerlo.

Involucró a demasiada gente. Tenemos reportes de que dos de los hombres que tomaron parte en el ataque se encuentran ahora en Nueva York. Leopoldo y Luis Arenal andan por la ciudad, visitando a artistas e intelectuales mexicanos expatriados como si anduvieran de gira cultural. Le ayudan a David en su estudio. Siqueiros debió haberles dado dinero.

Ramón empezó a hablar —había estado esperando la oportunidad— pero Ovakimian respiró bruscamente, como un bufido al revés.

—Nada de esto es bien visto a la luz del día. ¿Quién en su sano juicio pensaría que es una buena idea poner a un artista mexicano famoso a dirigir una misión secreta?

—Sudoplatov, Beria y Stalin aprobaron esa opción —dijo Eitingon.

—Sí, y ninguno de ellos lo recordará al final.

Miró su cuadernillo de nuevo.

—¿Y el norteamericano al que se llevaron? Robert Sheldon Harte.

—Siqueiros se lo llevó.

—¿Por qué involucrar a este tipo de personas? Su familia es rica. Su padre fue a buscarlo a México. Llamaron al embajador de Estados Unidos en México.

Luego llamarán al FBI.

—El FBI estaría en desventaja en México —dijo Caridad.

Ovakimian consultó otra página de su cuadernillo verde, moviendo la cabeza y mordiéndose los labios como si estuviera frente a una fórmula que no pudiera resolver.

—Bueno, ¿y ahora qué? —miró a Ramón—. Estuviste en México tras el ataque del 23 de mayo. ¿Crees que alguien sospecha de ti?

—Nadie. Nada de eso. Están intentando reclutarme a su facción. Trotsky quiere que yo escriba un artículo para su publicación.

—Eso es muy bueno, muy útil.

—Sí, me gustaría decir algo —Ramón volteó a ver a Caridad y luego a Eitingon—. He examinado de cerca la situación en México. Y en París conocí a la gente que dirige la Cuarta Internacional. Ahora, conozco la

organización de Trotsky mejor que nadie en el Kremlin. Conozco a sus escoltas y a sus colaboradores. Los he observado de cerca —Ramón titubeó, respiró profundamente—. Confío en que ni Trotsky ni la Cuarta Internacional representan amenaza para Stalin ni la Unión Soviética. No hay motivo para matarlo.

—Sí, muy bien. Afortunadamente, tenemos un plan de contingencia en marcha. Necesitamos ajustarlo a las circunstancias actuales y aprovechar lo que ocurrió. El Kremlin quiere que Trotsky sea el autor de su asesinato. El asesino será uno de sus seguidores, un trotskista desilusionado.

—Espere un momento —dijo Ramón.

Caridad movió la cabeza.

—Aún no es tiempo.

—El plan B siempre requiere de un infiltrado —dijo Eitingon—, así que esto implicaría un ligero refinamiento.

—Sí, para tomar ventaja de la propaganda actual —convino Ovakimian—.

Lo que necesitamos hacer es escribir una carta, presentarle una coartada a nuestro agente, que será encontrada en su cuerpo, echándole toda la culpa a Trotsky.

—En su cuerpo —repitió Caridad.

—En su persona, en caso de que se le aprehendiera.

Ramón miró a Caridad y luego a Eitingon.

—¿Y quién es esta persona, ese trotskista desilusionado?

Ovakimian levantó las cejas.

Caridad se encontró con los ojos de Ramón.

—Sabes de la confianza que hemos depositado en ti. Ésta es tu gran oportunidad. Stalin, el Kremlin, todos estarán observando.

Empezó a hablar, pero los párpados de Caridad se tensaron, aquella mirada de advertencia que conocía desde su niñez.

—Deberíamos también pensar en ese artículo que quiere Trotsky que

tú escribas —continuó Ovakimian—. Debemos trabajar en eso también mientras estés aquí.

La conversación turbaba a Ramón, de muchos modos; su cabeza zumbaba.

Él, ¿el asesino? Y ni siquiera se habían tomado la molestia de informárselo.

Caridad se veía tan campante. Por las ventanas abiertas entraba el viento y el ruido del tráfico de la Quinta Avenida.

Ramón aguardó hasta que se sintió seguro de lo que iba a decir.

—Ahora que el momento ha llegado, ¿puedo preguntar cuál es el plan de contingencia?

Ovakimian hizo un gesto con las manos vacías.

—¿Qué quieres decir?

—Están planeando la propaganda, ¿pero cómo ocurrirá el asesinato? ¿Se ha planeado?

Eitingon se inclinó por encima de la mesa hacia él, sonriendo con aprobación.

—Eres el que mejor conoce la situación. El plan final saldrá de ti, pero te ayudaremos. Este tipo de operación puede ser muy simple. Unos operarios en Bulgaria eliminaron al embajador de allí. Se movieron como si estuvieran entregando una alfombra, le rompieron la cabeza al embajador con un tubo de plomo, lo envolvieron con la alfombra y se lo llevaron. Nadie se dio cuenta hasta el final del día.

Ovakimian estornudó violentamente, luego se removió en su silla para extraer un pañuelo doblado del bolsillo trasero de su pantalón. Extendió el pañuelo, se sonó la nariz en la blanca tela de algodón, luego lo volvió a doblar.

—¿Cuándo? —preguntó Ramón.

Caridad y Eitingon miraron a Ovakimian. Él sacó un pequeño calendario de su cartera para estudiarlo.

—En agosto, seguramente. Antes del fin del verano.

Ramón esperó hasta que terminara la reunión y estar en la calle con

Caridad y Eitingon. Buscó el rostro de su madre cuando estuvieron de pie en la acera con los transeúntes arremolinándose a su alrededor.

—No me lo habías dicho.

—No sabía que esto iba a ocurrir.

—Pero si era el plan de contingencia desde muy al principio.

—El plan era a prueba de fallas. De no haber sido por David Alfaro Siqueiros, el plan A no habría fracasado.

—¿No pensaste que al menos debí saber lo que se me tenía reservado?

Ella apretó la boca y elevó el esternón cuando enderezó los hombros.

—No necesitabas saber. No iba a dejarte en España. Te necesitaba conmigo.

Soy tu madre. Te necesitaba.

—¿Qué clase de madre eres? —le preguntó Ramón en catalán—. ¿Qué clase de madre actuaría así?

—Vi lo que era posible, pero no quería darte falsas esperanzas, no quería desilusionarte. Si ese loco hubiera hecho su trabajo, ni siquiera lo sabrías.

Ramón sintió que la cara se le encendía de ira.

—No quiero hacerlo.

—Por supuesto que no quieres, pero es demasiado tarde para echarse para atrás.

—No estoy seguro de que pueda.

Caridad le lanzó una mirada fulminante.

—No me hables así.

—No aquí, no en la calle —siseó Eitingon—. Están llamando la atención.

—¿Creen que me importa? ¿Creen que alguna de estas personas se dará cuenta? Me arrastraron a este fiasco. Me engañaron y me mintieron. ¡Son unos incompetentes! Echaron a perder la misión, y

ahora quieren que los rescate.

—Ramón, hijo mío, te estás pasando.

—No lo suficiente —respondió, girando sobre sus talones y alejándose.

CUARENTA Y UNO

—¿Dejaste el coche con los guardias? —preguntó Sylvia, reclinándose hacia atrás y sonriéndole a Jacques con gesto de sorpresa, un daiquirí en la mano derecha. Le había organizado una fiesta y se sentía satisfecha con los resultados

—. Cariño, ¿qué es lo que te hizo pensar en dejar tu coche con los guardias de Trotsky?

—Yo sabía que podría servirles —dijo él, sonriente para complacencia de las hermanas de Sylvia, así como para Walta y Manny, y algunos otros conocidos de París—. El Ford del viejo siempre se está descomponiendo.

—¿Pensaste incluso en eso?

—Pasé mucho tiempo esperándote frente a la casa y llegué a conocer bastante bien a algunos de los guardias.

—Y estabas allí el día del ataque —dijo Walta.

—En México sí, pero por supuesto no, no estuve en la casa la noche del ataque. Si hubiese estado, las cosas habrían sido muy diferentes. No me gusta criticar a otros. Uno nunca sabe qué puede hacer en una emergencia, pero lo que ocurrió fue vergonzoso. Los guardias de Trotsky no dispararon un solo tiro para protegerlo. ¡Ni uno solo!

Mientras Jacques hablaba, Sylvia se deslizó a la cocina para supervisar la cena. Clemmy había cocinado pollo frito, y Jacques había proveído los daiquirís y varias botellas de vino. Ella lo veía diferente en los pocos días que tenía Jacques en la ciudad. No sólo escuchaba cuando todo el mundo hablaba de política sino que había empezado a participar en las discusiones, refiriéndose a Trotsky como “el viejo”.

Su visita había empezado muy mal. El primer día en la ciudad, Jacques había vuelto a casa furioso por su encuentro con Lubeck, tan enojado que no podía hablar. Se negó a contarle a Sylvia lo que había ocurrido, pero ella dedujo que Lubeck lo había defraudado y que Jacques pensaba en dejar el empleo. Ahora se le veía mejor, como si

hubiera tomado una decisión importante.

Al escuchar que los Rosmer llegaban, Sylvia regresó a la sala. Marguerite llevaba la misma bolsa de mano color negro; Alfred vestía su traje oscuro con

corbata.

—*Mon cher! Mon cher!* —dijo Marguerite, sosteniendo en sus manos la cara de Jacques, sus ojos brillando de gusto. Empezaron a hablar en francés, algo relacionado con un viaje y acerca de las montañas. Finalmente, Marguerite volteó a ver a los demás, tomando a Jacques del brazo—. Este encanto de hombre nos llevó desde la Ciudad de México a Veracruz. Me acuerdo cuando nos perdimos en aquella horrorosa barriada. Ay, fue terrible. Había buitres caminando en la calle.

Jacques rio.

—Marguerite, no nos perdimos. Fue que di una vuelta equivocada.

—Sí, ¡pero teníamos que abordar un barco!

—Exagera terriblemente. Permita que le traiga un daiquirí. ¿Vino? ¿Alfred?

—Oh, ¡no se imaginan lo que este caballero significa para nosotros! —dijo Marguerite a los demás cuando Jacques salió de la habitación—. Siempre tan atento. Cuánta amabilidad en todo momento.

—¿Y viene a vivir acá? —le dijo a Jacques cuando aceptó la bebida.

—Sí, en uno o dos meses. Estamos abriendo una oficina en Nueva Jersey.

—¿Ya encontró departamento?

—No, dejaré que Sylvia se encargue de eso. Ella sabe lo que buscamos.

—Marguerite, noticias de París —dijo Sylvia—, estuve tan triste.

Marguerite movió la cabeza, las lágrimas se asomaron por sus ojos.

—Sí, fue horrible. En qué mundo tan horroroso vivimos. Las noticias son siempre horribles.

—Diles de la llamada telefónica que recibiste esta mañana —le sugirió

Alfred.

Marguerite se llevó las manos a la cara.

—¡Natalia Sedova llamó por teléfono esta tarde! ¡Apenas podía creerlo, qué insólito! Acaban de dar con el joven americano Sheldon Harte.

—¿Natalia Sedova y Trotsky lo encontraron? —preguntó Jacques.

—No. Las autoridades, ese necio del coronel Sánchez y sus detectives. Ay, fue horrible. Lo encontraron en un pueblito adelante de Coyoacán.

—Pero no puede ser cierto —dijo Jacques—. Estaba en las montañas con Siqueiros. Se lo llevaron a las montañas.

Sylvia, Marguerite, Alfred y los demás voltearon a ver a Jacques.

—¿En las montañas con Siqueiros? —repitió Sylvia—. Jacques, ¿dónde oíste

eso?

—Alguien me lo dijo en México. No recuerdo quién. Todo el mundo cree que Siqueiros se esconde en las montañas y que tiene a Harte como rehén.

—No, lo mataron mientras dormía —dijo Marguerite—. Traía calzoncillos y un suéter azul encima de la camiseta, como un niñito.

Jacques escuchó horrorizado cuando Marguerite contó cómo la policía había encontrado el colchón manchado de sangre de un camastro en la casita que Siqueiros rentaba en el campo adelante de Coyoacán. ¡El escondite de Siqueiros!

Los asesinos habían tasajeado el colchón tratando de quitar las manchas de sangre y habían esparcido cal en el piso donde la sangre se había escurrido a través de las grietas. Habían llevado el cadáver al sótano, donde lo enterraron en una tumba poco profunda y lo cubrieron con cal. Para la policía mexicana, Harte se veía alarmantemente blanquecino, como un gigante blanco que acababa de ser desenterrado.

A los hermanos Arenal Jacques los recordaba disparándole al perro con descarnada crueldad. ¿Se mofarían de Harte? Debió haber estado aterrado, como Pablo en España cuando se le ató dinamita al cuerpo y

marchó delante de los tanques.

—El coronel Sánchez llevó el cuerpo al Palacio Municipal en Coyoacán —

continuó Marguerite—. Trotsky acudió a identificarlo. Natalia Sedova dijo que después de lo que había ocurrido, Trotsky finalmente se vino abajo y se soltó a llorar cuando vio al muchacho.

—No puedo creerlo —musitó Jacques, moviendo la cabeza.

Marguerite lo miró.

—Es cierto. Conoció a Harte, ¿verdad? Recuerdo que se lo presenté cuando Alfred estuvo en el hospital.

—¿Por qué abrió el portón? —preguntó Sylvia.

—No tenía conciencia de lo que hacía —dijo Marguerite—. Esa gente lo usó, luego lo mataron para que no pudiera hablar. Lo tiraron como un trozo de basura.

CUARENTA Y DOS

Semanas más tarde, después de que Jacques desapareciera de nuevo, Sylvia volvió a revisar los paquetes de dinero. Los angostos sobres de manila atados con hilo verde y sellados con cera roja tenían que ser una pista. Pesos del mercado negro, le explicó Jacques. Había comprado pesos en Nueva York y obtendría un éxito financiero en México.

El día que se marchó, envió por adelantado su equipaje a la estación de tren, y después le pidió a Sylvia que lo acompañara a su caja de seguridad en el Pierpont. A puerta cerrada, se quitó el saco, puso los paquetes en una mesa, y se enrolló largas bandas de goma por arriba de las mangas de su camisa a rayas.

Colocó los sobres por debajo de las bandas. No se le notaba nada cuando se puso el saco, y ella no pensó en los pesos una vez que entraron en el taxi hacia la Gran Central. Los misteriosos paquetes, el acto de ocultarlos, iba muy a tono con Jacques. Lo vio abordar el tren; luego, la confiada esposa se puso de pie y lo despidió moviendo una mano desde el andén al tiempo que él le devolvió el saludo desde su compartimento.

Jacques le telefoneó dos veces después desde San Antonio para decirle

que iba a tomar un vuelo a la Ciudad de México. El calor en el sur había sido brutal, y San Antonio era un infierno. Al día siguiente Sylvia recibió un telegrama: LLEGUÉ CON BIEN A MÉXICO. ESCRIBÁMONOS PRONTO. CON AMOR, JAC.

Y luego, nada.

Sylvia sabía que una carta desde México podría tardar semanas o incluso meses en llegar a Nueva York. Sabía que los telegramas se extraviaban. No empezó a preocuparse sino hasta que habían transcurrido dos semanas; entonces volvió su ansiedad de antaño, los recuerdos de cuando él había desaparecido en París.

Fue entonces cuando se percató de la rareza de los sobres manila. ¿Por qué se había molestado siquiera en hacer aquello? Él sabía que no pasaría por la aduana en Nueva York. Lo haría hasta que aterrizara en la Ciudad de México, donde rara vez se revisaba el equipaje. Comenzó a reparar en los sobres como una pista de su desaparición. Empezó a contar los días desde que se había ido, a

llegar apresurada a casa para revisar su correo, a saltar cuando sonaba el teléfono. De noche, se despertaba con sobresalto ante la idea de que Jacques hubiera desaparecido de nuevo. Jacques estaba en problemas. Estaba enfermo o moribundo. Lo habían robado y asesinado por quitarle los pesos.

O tal vez él no la amaba. Siempre aparecía esa posibilidad.

Y entonces, finalmente, llegó un telegrama: ESTOY MUY ENFERMO Y NECESITO

TU AYUDA. POR FAVOR, VEN. ESTOY EN EL MONTEJO. CON AMOR, JAC.

Llamó a una operadora de llamadas internacionales y pidió comunicación de persona a persona.

—Nos comunicaremos cuando esté lista su llamada —dijo la mujer.

Al cabo de treinta minutos, sonó el teléfono. Por encima de la estática y de los zumbidos, Sylvia oyó a la operadora pedirle a Jacques que se identificara. Su voz sonaba débil, un murmullo ronco.

—Hablen —dijo finalmente la operadora.

—Jacques, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurrió? He estado preocupada por ti.

—¿Puedes venir? —susurró él; cada palabra pesaba como una piedra.

—Sí, ¿pero qué ocurre?

—Estoy enfermo —hizo una pausa para tomar fuerza—. Me enfermé en un pueblo cerca de Orizaba, demasiado enfermo como para irme—. La comunicación empezó a zumbar, una extraña voz emergió—. Te contaré cuando llegues.

A la noche siguiente, un botones condujo a Sylvia a la suite del Montejo. Afuera llovía y la alcoba estaba en penumbras, las cortinas descorridas. Pudo distinguir el negro cabello de Jacques en la almohada.

—Jacques —dijo, deteniéndose para encender una lámpara. Se sentó en el borde de la cama y le puso una mano en la frente. Jacques tenía la piel fría y pegajosa, el pelo enmarañado, su rostro demacrado, los ojos hundidos—.

Jacques, aquí estoy.

Él abrió los ojos entre parpadeos; tenía los labios partidos, y una saliva blanca le escurría por las comisuras de la boca. Dijo ásperamente:

—Gracias por venir.

—¿Qué sucedió?

—El agua, la comida, me imagino. No pude irme. Pensé que me iba a morir.

Todavía estoy muy débil.

—¿Ya vino un médico?

Él negó con la cabeza.

—Oh, Jacques, ¿por qué no?

Estaba llamando por teléfono a la recepción para pedir un médico cuando Jacques empezó a quejarse.

—Mi estómago —dijo, haciendo un esfuerzo para levantarse. Ella lo ayudó a ir al baño, y luego, al oír la líquida evacuación e identificar una arremetida de diarrea, volvió a la sala para tomar el teléfono.

—Lo siento —se disculpó Jacques al salir—. No puedo evitarlo.

—Ya están mandando un médico del hotel —lo ayudó a volver a la cama—.

¿Dónde está tu ropa, el resto de tus pertenencias? No hay nada aquí, sólo una mochila.

—Todo está guardado en el Shirley Courts.

—Llamaré mañana. Necesitarás cambiarte de pijama.

—Sí, estoy sucio —dijo él y cerró los ojos, como yéndose a la deriva. Ella se quedó junto a él hasta que llegó el médico, un mexicano corpulento que hablaba un inglés chapurreado.

—Amibas —dijo después de examinar a Jacques—. Una infección de amibas. Extendió recetas y le dio a Sylvia instrucciones para que lo asistiera.

Cuando el médico se retiró, ella pidió a servicio a cuartos que le llevaran refresco de jengibre y galletas saladas. Le dio a Jacques la medicina, y se sentó junto a él toda la noche; le acercaba el vaso de agua a la boca, y lo auxiliaba para que fuera al baño. Cuando tuvo fiebre, le pasaba por la frente una toalla húmeda.

Cuando tenía escalofríos, lo cubría con una cobija.

—No, no, no —musitaba Jacques, agitándose—. ¿Hablé en sueños? —

preguntó en un momento de lucidez, cuando se dio cuenta de que Sylvia estaba sentada en una silla leyendo un libro.

—Un poco. ¿Te sientes mejor?

Él la observó. La siguió con los ojos cuando ella se levantó para llevarle agua.

Al día siguiente, mientras él dormía, ella arregló que le enviaran las pertenencias que Jacques tenía en el Shirley Courts, e hizo acopio de latas de sopa. Empezó a desempacar el equipaje, ayudó a Jacques a que se bañara y que se pusiera unas piyamas, se aseguró de que tomara las pastillas a tiempo, lo alimentó con sopa y jugo. Dormitó en una silla al lado de la cama, escuchándolo respirar, observando las sombras en su cara.

La fiebre empezó a ceder; los ataques de diarrea y calambres se fueron

espaciando. Pero tenía las mejillas y los ojos hundidos, y la piel de un tono verdoso. Ella le preguntó qué había sucedido.

Él movió la cabeza.

—Decidí escalar el Pico de Orizaba antes de abandonar México. Llegué hasta un pueblo para adaptarme a la altitud. No te lo dije porque sabía que te preocuparías. Había moscas por todos lados. Debo haber comido algo descompuesto. Me enfermé y no me pude ir.

—Sigues enfermo. Cuando te sientas mejor, me dirás lo que ocurrió.

Al tercer día Jacques se puso la bata y las pantuflas para comer en la sala un plato de sopa.

—Te has aburrido— dijo.

—No realmente. Me mantuve ocupada. Y estuve leyendo.

—Sí, te veo siempre con un libro en las manos. ¿Cuál es?

—Freud. *La interpretación de los sueños*.

Él se quedó con la cuchara suspendida antes de llevársela a la boca.

—¿Interpretaste mis sueños?

—No, no me has contado tus sueños.

—¿Hablé en sueños? —preguntó él, repentinamente ansioso.

—Hablaste un poco, pero nunca dijiste algo que tuviera sentido. Decías el nombre Ramón. Parecías muy preocupado por él. ¿Quién es Ramón?

Jacques titubeó.

—No estoy seguro. Es un nombre común. Probablemente había un Ramón en el pueblo donde estuve.

—Todavía no entiendo qué estabas haciendo en ese pueblo, cómo llegaste hasta allí.

—Fui con un grupo que encontré la primera vez que vine aquí. Carlos Patiño, el supervisor de la oficina de la Pan Am, él organiza expediciones.

Subimos cerca de cuatro mil quinientos metros pero la altitud era demasiada.

Los demás se fueron, y yo decidí darme la oportunidad de aclimatarme. Era un pueblo indígena pobre, no había agua potable, no había electricidad. Lo iba a intentar de nuevo, pero me enfermé. Los indígenas intentaron ayudarme, pero me sentía demasiado enfermo. No me podía mover y cada vez que me traían té o sopa me hacía sentir más enfermo.

—¿Cómo volviste?

—Uno de los indígenas bajó la montaña para ir al siguiente pueblo, donde

había un hombre propietario de una camioneta. Le pagué para que me trajera a la ciudad. Fue el viaje más largo que he hecho. Me tuve que salir de la camioneta para defecar a orillas de la carretera.

A la mañana siguiente, Jacques se bañó, se rasuró y se puso un traje.

—Te ves espantoso —le dijo Sylvia—. Debes haber bajado seis kilos. La ropa te queda holgada.

—¿Tanto así?

—No deberías salir.

—Es por trabajo, una diligencia que he pospuesto mucho tiempo.

A la salida del hotel tomó un taxi para que lo llevara a Coyoacán. En el trayecto sintió fuertes calambres en las tripas, y temía tener que pedirle al taxista que se detuviera. Había sentido temor por el traslado, una oleada de tristeza cuando entraron en la calle Viena, donde esperaba el Buick amarillo frente a la entrada. Un martilleo llegaba desde el otro lado del muro. Joe Hansen lo saludó con un movimiento de mano desde la torreta, y Jake Cooper abrió la puerta reforzada.

—Creímos que nunca volverías por tu coche.

—Sí, no lo dudo. ¿Por qué tanto alboroto?

—Estamos reforzando el lugar, reforzando la seguridad. Los camaradas de Nueva York enviaron un cheque gordo. Oye, no te ves muy bien.

—Me enfermé en las montañas.

—Supongo que sabes lo de Harte.

—Sí, en Nueva York. Me contaron los Rosmer.

—Ninguno de nosotros cree que fuera estalinista. Al viejo le dolió mucho cuando encontraron el cadáver. ¿Supiste cómo lo mataron?

—Sí, sí. No estoy del todo bien.

—Te traeré las llaves. Están en la biblioteca. Entra para que saludes.

—No, aquí te espero.

Momentos más tarde, Jake regresó con Otto Schüssler y Natalia Sedova atrás de él.

—Señor Jacson, bienvenido a casa —dijo ella, moviendo los ojos debido a la luz del sol, para verlo mejor—. Dios mío, se ve usted enfermo.

—Sí, tuve disentería. Sylvia vino para cuidarme.

—¿Está Sylvia aquí en México? Nadie nos ha dicho que estuviera aquí.

—La he mantenido ocupada, fue un viaje inesperado.

—Nos gustaría verla. Puede traerla para tomar el té.

—Sí. Ella no sabe que estoy aquí. Habría querido venir, y como puede ver, no me basto a mí mismo.

—Le diré a uno de mis colaboradores que le hable por teléfono.

—¿Su esposo está bien?

—Sí, pero trabajando arduamente. Dejó de lado su biografía de Stalin para escribir un análisis de las tácticas criminales de la GPU. Él cree que nos procurará mayor protección que todo el trabajo de reforzamiento de seguridad en esta casa

—sonrió tristemente—. Seva ha preguntado por usted.

—¡Ah, Seva! —por la fiebre casi se había olvidado del muchacho.

—Ha preguntado por usted. La ha pasado mal desde que se fueron

Marguerite y Alfred.

—Sí, no puedo expresarle lo mal que me siento con Seva.

—¿Seva? Sí, Sylvia y usted pasaban tiempo con él cuando salían con los Rosmer.

Jacques hizo una leve mueca de dolor; tenía dificultad para escoger sus palabras, le apenaban los recuerdos.

—Tuve una niñez difícil. Sé lo que es ser un chico de la edad de Seva.

CUARENTA Y TRES

Eitingon asintió, animando a Ramón mientras éste se llevaba a la boca una cucharada de consomé. Estaban sentados lado a lado en el patio del Bellinghausen. Eitingon advirtió que la mano de Ramón temblaba, y le preocupó el color de su tez. Lo había conocido de muchacho, lo había visto madurar, y ahora confiaba en él. Por un momento, deseó que Ramón fuera su hijo en lugar de Luis.

—Si le pones un poco de jugo de limón te sabrá mejor —le sugirió—. Es lo que hacen los mexicanos.

—No quiero que tenga mucho sabor.

—¿Te sientes más fuerte?

—Sí, los calambres cada vez son menos. Es sólo la náusea.

Eitingon tomó un trago de su vodka, luego pasó sus gruesos dedos por el mantel blanco que cubría la mesa.

—Deberías comer un poco de carne roja. Carne tártara sobre una tostada.

—¿O carne de caballo con coñac?

—Sí, algo así.

—No creo.

Los ojos de Eitingon se volvieron hacia el lado extremo del patio, donde estaba llegando un famoso comediante mexicano que provocaba un alboroto al pasar hacia el restaurante: las cabezas volteaban, las manos se extendían, el chef y el jefe de meseros le hacían reverencias.

—Tienes que comer algo sólido. Les pediré que te prepararen unos huevos.

Unos huevos tibios y pan. Los bolillos mexicanos son muy sabrosos.

—Comí huevos en el desayuno. Ahora me tomo un té.

—Dijiste que a las cuatro en punto.

—A las cuatro treinta.

—Qué bien. Tienes que analizar todo. Conoces la estructura física. Ahora debes aprender sus hábitos. ¿Cierra él la puerta de su oficina?

Ramón levantó momentáneamente los ojos hacia Eitingon, y luego tomó otra cucharada de consomé.

—¿Cuánto tiempo lleva ir caminando desde su oficina hasta la calle donde está su coche? ¿Diez segundos, sin obstáculos? El silencio será determinante. Es una casa grande pero hay personas alrededor de él. Esta tarde, habla con él acerca del artículo que estás escribiendo. Dile que necesitarás de su ayuda. Eso te dará la oportunidad para concertar una cita. Tal vez dos.

—Me preocupa estar allí en compañía de Sylvia. La última vez, antes de que ella se marchara, me hizo prometerle que no me pararía en la casa sin ella.

—Pero ella sabe que allí te conocen, que con frecuencia ibas a la casa por los Rosmer. Es difícil que se diga algo explícito.

—Me temo que tengo miedo —dijo Sylvia cuando Jacques estacionó el coche contraesquina del muro.

—¿Por qué? Estabas tan ansiosa la primera vez que viniste.

—Lo sé, pero Trotsky querrá hablar de política, y no me siento como para una discusión. Ni para la política. Marguerite dice que no tienen nada de dinero, que usan la misma ropa que traían puesta cuando llegaron a México. ¿Crees que Lubeck pueda hacer algo por ellos?

—¿El señor Lubeck?

—Sí, ¿puede incluirlos en algún negocio?

—Creo que sí, si tienen algo de dinero para invertir. ¿Les pregunto?

—No, no por ahora. Son tan ceremoniosos, que probablemente les parezca impropio hablar de negocios.

Jacques se dio la vuelta para abrirle la puerta del coche a Sylvia, advirtiendo el relampagueo entre las oscuras y amontonadas nubes cerca de los volcanes. La torreta estaba vacía. La puerta del garaje se levantó cuando se acercaron.

—Entra por aquí —dijo Jake Cooper—, voy a sacar el Dodge.

Cooper los saludó; luego siguieron el camino de loseta a la casa y entraron a la biblioteca por debajo de la enramada de buganvilia. Otto Schüssler, Walter Kertley, que era uno de los ayudantes, y Ellen Reed dejaron de hacer lo que estaban haciendo para saludar y preguntar por las hermanas de Sylvia y por los Rosmer en Nueva York.

—Estamos tomando el té en el patio —dijo Natalia Sedova mientras salía del comedor y se secaba las manos con una jerga. Abrazó a Sylvia y la besó en ambas mejillas.

—¿Y el señor Jacson? —dijo, ofreciéndole la mano.

—Mi esposo nos está esperando afuera. Creo que le agradará.

Una pequeña mesa redonda estaba dispuesta con un mantel azul y blanco encima, vasos y platos.

—¡Ay, Sylvia! —dijo Trotsky, poniéndose en pie para abrazarla. Eres una aparición bienvenida y un gusto inesperado. Ladeó la cabeza con asombro cuando vio a Jacques—. Y el señor Jacson, entiendo que no ha estado muy bien.

Dios mío, está usted pálido y bajó de peso. ¿Qué medicinas le dio su médico?

Debe tener mucho cuidado con el agua de aquí. Es lo primero que les decimos a nuestros invitados. Nunca tomamos agua sin que haya sido hervida.

—Tengo algo para Seva —dijo Jacques, llevándose la mano a la bolsa de su saco—. ¿Está aquí?

—Está en su cuarto, es el que se encuentra hasta el final —dijo Natalia Sedova—. Estará feliz de verlo.

Jacques dejó que Sylvia respondiera a las preguntas concernientes a

Nueva York y subió los tres peldaños que conducían al cuarto del chico.

—Esteban —lo llamó—. Te traje algo.

El chico salió. Se veía pálido e inhibido; todavía llevaba puesto su uniforme escolar. Jacques sacó el largo y angosto envoltorio de su saco.

—Un planeador —dijo Seva cuando quitó el papel con que estaba envuelto el regalo.

Jacques se sentó en uno de los peldaños y encendió un cigarro mientras el chico desprendía las delgadas piezas de madera de álamo e insertaba la larga y frágil ala en la ranura de la parte central del avión.

—Seva, ¿qué es eso que traes? —preguntó Trotsky cuando el chico y Jacques se les unieron.

—Un planeador. Me lo regaló el señor Jacson.

—¿Le diste las gracias?

—Sí, abuelo, claro. Gracias, señor Jacson.

Seva ensambló el ala de la cola y el timón, y luego lanzó el avión, que se elevó por un momento, desafiando la fuerza de la gravedad. Los dos hombres se quedaron viendo cómo el chico iba tras el avión. El viento movía el árbol de eucalipto y las sombras se mecían en el suelo. Las gallinas cacareaban suavemente en el gallinero y una mancha de sombra moteada flotaba debajo del árbol.

—He pensado en escribir sobre algo —dijo Jacques.

Trotsky volteó a verlo; sus ojos de un azul cristalino se centraron, intentando recordar de qué estaba hablando su invitado.

—Oh, sí, cuénteme.

—Pensé que sería importante analizar cómo la guerra en Europa está provocando inflación en América Latina y abordar el asunto de las utilidades vistas como contrapuestas del mercantilismo.

—Suena prometedor —dijo Trotsky, viendo por momentos a sus conejos y por momentos a sus pollos. Jacques lo seguía a la distancia.

—Nunca he escrito nada parecido a esto, de modo que necesitaré de su supervisión, si está todavía dispuesto a ayudarme.

—Por supuesto —dijo Trotsky, mirando con atención la conejera—.

Tráigame el borrador. Lo revisaremos juntos. Le puedo hacer sugerencias, luego me lo vuelve a traer para la lectura final. Ése es el procedimiento común —puso su mano en el hombro de Jacques con afecto—. Es un espléndido suceso. Me alegrará ayudarle.

CUARENTA Y CUATRO

Sacó un cigarro del paquete de Lucky Strikes que estaba en la mesa y se los pasó a él.

—Ya es hora —encendió su cigarro, parpadeando por el humo—. No necesitas a Sylvia aquí. Deshazte de ella.

Ramón encendió el suyo y exhaló, sin tomarse la molestia de responderle.

Eitingon se sentó en una silla bajo una lámpara en un ángulo de la habitación, donde revisaba un documento.

—Sylvia es una distracción, y es peligroso para ti que te acuestes con ella. Se te puede salir decir algo cuando estés dormido. No debiste haberla traído de nuevo.

Los párpados de Ramón se tensaron ligeramente.

—Estuve enfermo, necesitaba ayuda.

—Pudiste haber ido a un hospital. Es lo que debiste haber hecho.

—No puedo deshacerme de Sylvia así como así.

—Por supuesto que puedes. Terminamos con ella. Ya no necesitas preocuparte por lo que piensa o lo que siente. Ya no la necesitamos. Es una distracción.

Ramón se quedó viendo su cigarro, contemplando el humo, la grisácea ceniza, la pavesa que se quemaba lentamente como un incienso. Contra su propia voluntad, había confiado en su madre en España. La había seguido a París y luego a México. Ella lo había conducido al peor dilema posible, una traición sin escapatoria. No estaba seguro de lo que iba a hacer, pero sí de que quería encontrar su propio camino y que no tenía intención de mandar a Sylvia de regreso a Nueva York.

Levantó la cabeza para enfrentarse a los ojos de Caridad.

—Su presencia me da sosiego.

—¡Leonid! ¿Estás escuchando?

Eitingon levantó la vista del documento que estaba revisando.

—Si ella hace sentir bien al chico, ¿qué tiene de malo? Es como poner a una

cabra con un caballo de carreras. Ramón, ¿cuándo vas a regresar a mostrarle a Trotsky tu artículo?

—El viernes.

—Qué bien. Los alemanes dieron inicio a sus ataques aéreos contra Inglaterra el día de hoy. En una semana o en diez días, empezarán a bombardear Londres. Tenemos que hacerlo antes de que eso suceda. La sincronización será perfecta.

—¿Ya decidiste qué arma vas a usar?

—Tengo una idea pero no estoy seguro.

—Si tan sólo hubiera una forma de silenciar un revólver —dijo Caridad—.

¿Has considerado matarlo a garrote? Puedes esconderte un trozo de alambre entre las ropas.

—Dará la batalla. Es viejo pero fuerte. Si golpea algo, los guardias acudirán al momento.

—Nunca falta un tubo de plomo —sugirió Eitingon—, se consigue en cualquier ferretería.

Jacques hizo una mueca.

—Estaba pensando en algo menos tosco.

—¿Sí?

—Un piolet, como el que usaba yo para escalar en Europa.

—¿Un piolet?

—Es una piqueta. La cabeza tiene una uña muy afilada a un lado y una cuchilla en el otro. Puedo cortar o serrar el mango y esconderlo debajo de mi gabardina.

—Suena como si fuera un azadón. ¿Estás planeando ir a su oficina con un implemento de granjero?

—No. Es muy elegante y preciso. Cuando escalé en los Pirineos, rompí enormes bloques de hielo con la punta.

—Sería muy fácil rastrearlo. ¿Quieres dejar tu tarjeta de presentación en la escena del crimen?

—¿En qué cambia los hechos? Van a enterarse de que fui yo, me atrapen o no.

—¿Y tienes uno de esos elegantes implementos?

—No, pero sé dónde conseguir uno.

Caridad puso su mano en el antebrazo de Jacques y lo apretó con firmeza.

—Tienes que pensar en esto positivamente. Utiliza el arma que quieras.

También deberías llevar un revólver.

—¿Quieres una cápsula de cianuro? —preguntó Eitingon.

—¡No! —espetó Caridad—. ¡Ésta no es una misión suicida! ¡Ésa no es una alternativa!

Eitingon la miró fijamente a través de la nube de humo de su cigarro, que ondulaba lentamente por la habitación. Al cabo de un momento, olfateó ruidosamente, y enseguida se puso a reordenar las cuartillas mecanografiadas.

—Vamos a revisar la carta de nuevo.

—Me la sé de memoria. Soy Jacques Mornard, un aristócrata belga. Mientras vivía en París, me afilié a un grupo de trotskistas. Uno de los miembros me preguntó si me gustaría ir en una misión especial a México, etcétera, etcétera, etcétera.

—Ramón, no hay etcétera —dijo Eitingon, levantándose de la silla—. Vas a estar bajo una fuerte presión. Te van a interrogar una y otra vez.

—Sí, sí, lo sé.

Eitingon se le acercó a la cara.

—¿Quién te contactó para que vinieras a México?

Ramón sintió que le hervía la sangre por la ira. Deseó agarrar a Eitingon de las orejas y estamparle la cara contra la mesa.

—¿Quién? ¿Quién te contactó?

Ramón respiró profundamente, tratando de mantenerse en equilibrio.

—Un miembro de la Cuarta Internacional. Dijo que se harían cargo de todos mis gastos, pero tendría que asumir un nombre nuevo y viajar con un pasaporte falso.

—¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo. Nunca me dijo.

—¿Cómo era?

—Era francés, un intelectual.

—¿Cuáles eran sus instrucciones?

—Que tenía que mantener distancia cuando llegara por primera vez, para evitar las sospechas. Después de encontrarme con Trotsky, me desilusioné. Vi que era desdeñoso hasta con sus propios seguidores, y despreciaba a la clase trabajadora. Era un loco a quien sólo le importaba el poder. Quería enviarme a la Unión Soviética en una misión secreta para asesinar a Stalin. Cuando me di

cuenta de que había arruinado mi vida haciéndome venir a México bajo falsas circunstancias, no tuve otra más que matarlo.

—¿Una misión secreta?

—Sí, iba a enviarme a Shangai, donde me encontraría con otros agentes encubiertos.

—¿Y juras que tu nombre es Jacques Mornard?

—Sí.

—¿En qué parte de Bruselas vive tu familia?

—Tienen una casa en la ciudad y una finca. Una finca en el campo.

—¿Cuál es la dirección en el pueblo?

Jacques volteó a ver a Caridad.

—Ella no lo sabe. Ella no estará contigo. Estarás solo. Estarás agotado, desesperado por dormir. Podrías estar herido, y vendrán por ti una y otra vez, exigiéndote respuestas, poniendo en entredicho todo lo que digas. Si eres un aristócrata, sabes dónde vive tu familia. No se

cambian de casa una vez al año.

—¿Por qué tendré esta sensación de que esperan que me atrapen?

—No esperamos eso. Esperamos que salgas caminando de esa casa y que tomes un vuelo con nosotros hacia los Estados Unidos. Pero tienes que estar preparado porque, dadas las circunstancias, te van a hacer trizas. Tienes que poder hacer esto hasta cuando sueñas.

—Acuérdate —dijo Caridad—, si ocurre lo peor y te atrapan, tendrás apoyo absoluto de la GPU. Sudoplatov dio su promesa personal de que tendré todo el dinero y a toda la gente necesaria para liberarte. Esto es México, donde todo está a la venta. Podemos sobornar a los jueces y a los fiscales, y si la cosa empeora te ayudaremos a que te fugues de la cárcel.

—Pero tienes que apegarte a la coartada —dijo Eitingon—. Si implicas a la GPU, entonces le darás a Sudoplatov un motivo para no rescatarte. Pero eso no ocurrirá porque vas a estar preparado. Vamos a repasar todo esto una y otra vez.

Yo no te voy a abandonar aquí en México. ¿Me entiendes?

Jacques asintió, y respiró profunda y nerviosamente.

Caridad se le aproximó; sus ojos, un espejo suyo, se movían lentamente, escrutando.

—La única salida es seguir adelante, hijo. Entrarás a esa casa con confianza.

Es una operación delicada pero no imposible, no más difícil que ensartar una aguja. Vamos a repasar.

Caridad desenrolló un plano de la casa encima de la mesa.

—Aquí —dijo, poniendo su dedo en el lugar del plano donde estaba localizada la oficina de Trotsky—. Al momento de atacarlo das la vuelta y cruzas la puerta. No corras. Te diriges a tu coche y vienes para acá.

Luego tornó hacia un mapa del barrio. Golpeteó con los dedos en una intersección a dos calles de la casa.

—Te voy a estar esperando con un chofer en otro coche. Dejas el Buick y nos venimos para acá —golpeteó una vez más en una

intersección al final del barrio—. Leonid va a estar esperando en otro coche. El conductor nos va a llevar al aeropuerto, donde estará un piloto que tendrá un avión listo para despegar.

Cuando las autoridades mexicanas se den cuenta de lo ocurrido, ya estaremos fuera de México. ¿Me entiendes? —preguntó, esperando que volteara a verla.

Por un momento le sostuvo la mirada con sus verdes ojos profundos, inmóviles.

CUARENTA Y CINCO

—Jacques, ¿ya te diste cuenta de que hoy es sábado?

Sylvia se asomó a la recámara, donde el baúl de Jacques seguía abierto, esperando llenarse con los montones de camisas y suéteres y sacos desparramados encima de la cama. Al ver que la puerta del baño estaba cerrada, fue hacia el escritorio en la sala, y se detuvo para abrir una ventana y dejar que entrara el aire fresco de la mañana. Le complacía que su habitación estuviera en la parte trasera del hotel, lejos del ruido del tránsito de Reforma. Se sentó al escritorio y empezó a hacer una lista de todas las cosas que necesitaba y quería hacer antes de marcharse de México. Le faltaba comprar algunos regalos. Quería ver el mural de Diego Rivera en Bellas Artes, por el que invariablemente preguntaban en Nueva York. Esa noche tenían entradas para ir a ver a Carlos Chávez dirigir la Sinfónica Francesa. Y, por supuesto, tendrían que regresar a Coyoacán para despedirse del viejo y de todos.

Seguía escribiendo cuando Jacques entró, recién rasurado y enfundándose en el saco de su traje.

—Me preguntaba cuándo vamos a pedirle al hotel que embarque tu baúl.

—¿Mi baúl?

Ella se levantó y fue hacia la recámara para ver los montones de ropa encima de la cama.

—Sí, costaría una fortuna llevarlo por avión. ¿Echaste un vistazo a lo que irá en el baúl?

—No realmente. Confío en tu juicio.

—Por favor, acércate y mira. Una vez que hayamos enviado el baúl, no volverás a ver su contenido hasta dentro de dos o tres semanas.

Ella se puso de pie enfrente de la cama, acomodándose su rubio y corto cabello, mientras observaba su labor.

—¿Viste esto? —levantó una pequeña caja como de juguete. Tres lados de la caja estaban hechos de madera barata pintada de amarillo cobre; el frente era de cristal. Adentro, un trío de esqueletos tocaban una trompeta, una guitarra y un

violín. Jacques miró por encima de su hombro.

—Los encontré en el mercado y pensé que podrían servir de regalos.

—¿No parecerán mórbidos?

—No sé. Creo que, de una extraña manera, los esqueletos son alegres.

—Se puede ver este tipo de cosas por todo México. Esqueletos de juguete para los niños, dulces en forma de esqueletos.

—Ojalá viajáramos por barco. Sería mucho más sencillo y relajante ir por mar —puso el juguete en el piso y tomó un montón de camisas, hurgando entre ellas como si buscara algo.

—¿No tendrás por aquí algo que hayas perdido?

—¿Cómo?

—¿Algo que no quieras enviar?

—No. Estoy seguro de que ya está todo.

—A propósito, ¿qué vas a hacer con tu coche?

—¿Mi coche?

Ella sonrió con indulgencia.

—Sí, el Buick amarillo.

—No lo he pensado.

—Pues no puedes dejarlo en el aeropuerto.

—No, no lo dejaré ahí. Yo creo que puedo dejárselo al viejo.

—No sé cómo se sentiría si aceptara un regalo como ése.

—Puedo darlo a la Cuarta Internacional. O si no lo quieren, lo regreso a la agencia donde lo compré, y que lo vendan.

Ella acomodó las camisas y se volvió hacia él.

—Hablando de esqueletos, cariño, pareces un espantapájaros con ese traje.

Literalmente, nadas en él.

—Así me pasa con toda mi ropa. No lo puedo evitar.

—Lo sé, pero en Nueva York vamos a hacer que engordes. Estoy negociando para que Clemmy cocine para ti, y también hice una cita con el doctor Blumenthal, que está en la avenida Park. Vamos a pasar unos días en la ciudad, luego podemos ir al lago el Día del Trabajo.

Jacques tomó su gabardina para la lluvia y su fedora gris.

—¿Vas a salir?

—Sí. Un encargo del señor Lubeck.

—¿Tan tarde? —ella frunció el ceño—. Me gustaría que me contaras qué haces. Has estado tan nervioso que parece que vas a saltar.

—Lo lamento. Como sabes, no puedo hablar de eso —titubeó—. Es una última negociación que tengo que terminar.

—¿Así de importante es?

—Sí. Se cometió un error que hay que corregir.

—Es desconcertante. ¿A qué horas crees que volverás?

—Ah, hacia las seis. Antes de que empiece a llover.

Pasó su brazo por encima del de él, y lo acompañó a la puerta.

—¿Y mañana? ¿Podemos ir a Cuernavaca? ¿Comemos en uno de los hoteles? ¿Vamos a nadar? Tienes que darme un pequeño incentivo para seguir trabajando. Y te vendría muy bien a ti poner distancia.

—No veo por qué no.

—¿Llevas sombrero? Nunca usas sombrero.

—Sí, he pensado que debería convertirlo en un hábito.

Cuando se metió en el coche, sintió un calambre en lo profundo del vientre. Era un poco después de las cuatro y su cita con Trotsky era a las cuatro y media.

Sentado tras el volante, Jacques repasaba el artículo que Ovakimian había escrito para él en Nueva York. Lo había copiado a mano, eliminando algunas frases, cambiando el orden para asegurarse de que requería una segunda revisión. Le preocupaba haberlo cambiado demasiado, que Trotsky lo rechazara por completo, pero ahora era demasiado tarde y no había nada que pudiera hacer.

Respirando nerviosa y profundamente, dobló las cuartillas y encendió el motor del coche. Avanzaba mecánicamente, poniendo un pie delante del otro.

Detuvo el coche frente al edificio Ermita, tocó el claxon del Buick, y esperó hasta que Eitingon bajó los primeros peldaños; llevaba puesto un sombrero y una gabardina doblada encima del brazo.

—Podría ir solo —dijo Ramón en francés, mientras Eitingon se metía al coche.

—Por supuesto, ¿pero no te molesta mi compañía? Pensé en dar una vuelta por la plaza mientras tú vas a la casa. Coyoacán es un barrio encantador. Podría comprar algunos recuerditos mientras tú ves a Trotsky.

Se sentó en el asiento del copiloto mientras Jacques quitaba el freno al coche.

Ir acompañado de Eitingon era señal de un cambio: que sería observado, que no le tenían total confianza.

—¿Tienes listo el artículo?

—Sí. Estuve trabajando un poco más en él. Creo que está bien, pero quedará mejor con unos cambios leves. Si el artículo es muy malo, me dirá que no se molestará en corregirlo, y ahí quedará todo. Pero si es demasiado bueno, no habrá entonces un pretexto para un segundo encuentro.

—Sí, debes tener un segundo encuentro.

Ramón presionó el encendedor y buscó un cigarro sin apartar su vista del camino.

—Sería más fácil si fuera espontáneo.

—¿Cómo?

—Si no tuviera que pensarlo mucho. Si no tuviera que esperar.

—Pero si tienes que escapar, debes tener cerca un coche esperándote, un avión. ¿Hoy no irás a entrar ahí con un arma?

—No, por supuesto que no.

—Muy bien. Nosotros hicimos nuestro plan y no queremos desviarnos.

Debemos confiar en nuestro plan.

Al toparse con una carreta tirada por caballos, Ramón bajó la velocidad del Buick, recordando con una punzada de ansiedad que todavía tenía que conseguir el piolet. El hijo de los Shirley tenía uno, pero tendría que llamar y pedírselo prestado. Halló sus cigarros y encendió uno, mientras pisaba el acelerador para sacarle la vuelta a la carreta. Sintió otra oleada de calambres en el vientre cuando entraron en el barrio, la calle pavimentada con adoquines y rodeada por muros de piedra y llena de cipreses.

Dejó a Eitingon en el zócalo y luego siguió la ruta habitual, pasando por la casa de los Rivera, hasta que vio un eucalipto por encima de los muros que siempre lo hacían pensar en las velas de un velero. A la distancia, nubes de tormenta ondulaban cerca de los volcanes. Se sintió desinteresado cuando dio vuelta en la calle Viena, como si estuviera viendo una película. Dos policías se hallaban de pie frente a la choza de ladrillo, al mismo tiempo que un campesino volvía del cauce del río arreando un burro. Una corriente de aire fresco llegaba a través de la milpa desde la casa.

Recordó a Sheldon y volvió la vista hacia la parte alta del muro, pero no había nadie. ¿Dónde estaban los guardias? ¿Cómo podían ser tan poco exigentes, tan ciegos? ¿Por qué no podían descubrirlo? Seguramente advertirían que iba vestido con una gabardina y con un fedora. Eso seguramente los pondría en alerta.

Cuando salió del coche y lo cerró de un portazo, escuchó el ruido de martilleos y serruchadas provenientes del otro lado del muro. Presionó el interfón; al cabo de un momento Jake Cooper abrió la puerta.

—Vengo porque tengo una cita a las cuatro y media —anunció Jacques, fríamente.

Cooper sonrió.

—¿Tienes una cita con el viejo?

—Sí. A las cuatro treinta.

—Nadie me lo comunicó —Cooper consultó un portapapeles, moviendo la cabeza.

—Aquí no dice nada de una cita para ti.

Jacques sintió cómo iba emergiendo el pánico.

—Le llamé y hablé con Otto Schüssler acerca de esta entrevista. Conduje desde la ciudad hasta acá.

—Tranquilo. Si el viejo dijo que te verá, te verá. No siempre nos habla de sus citas si se trata de alguien que él conoce.

Jacques cuadró sus hombros y atravesó el garaje y por entre la brillante luz del sol, hasta donde estaba Trotsky de pie observando cómo Joe Hansen y un mexicano cubrían las puertas corredizas de vidrio hacia su recámara con pesados postigos de metal.

—¡Oh, señor Jacson! —Trotsky extendió la mano, sus ojos azules sonreían

—. Mire lo que están haciendo: convertir mi casa en una prisión. Yo creo que es una pérdida de tiempo. La GPU no lo intentará por segunda ocasión.

—Claro, tiene usted razón —convino Jacques.

—Nunca antes fui dueño de una casa, y aborrezco ver ésta en ruinas, pues ha llegado a gustarme. Hansen, ¿aguantarán esas bisagras los postigos?

—Sí, señor, creo que sí. Pero me voy a asegurar en un momento —Hansen y el mexicano alzaron un largo postigo de metal y lo encajaron en la estructura.

—Ahí está —dijo Hansen, moviendo el postigo que hacía a las bisagras rechinar.

Trotsky se estremeció.

—Se parece a algunas de las celdas de las cárceles en las que viví.

—¿Dónde fue eso?

—Antes de la revolución, bajo el régimen del zar. La cárcel no es tan terrible si puedes leer y escribir. Tu mente es libre —fijó su vista en Jacques, los azules

ojos atentos.

—¿Y cómo se siente hoy de salud? ¿Se siente mejor?

—Sí, mucho mejor.

—¿Y cómo está Sylvia?

—Está bien. El clima no le desagrada. ¿Y su esposa? ¿Está bien?

—Sí, salió por unos mandados. Me temo que no la verá. Bueno, vamos a ver el texto que ha escrito.

Le puso a Jacques una mano en el hombro y le dio un fuerte apretón; su mano era cálidamente alentadora. Atravesaron la biblioteca y el comedor hasta llegar a la oficina. Jacques observó que Trotsky cerraba su puerta incluso cuando las demás habitaciones estaban vacías. La oficina estaba en pleno centro de la casa, expuesta por todos lados. El murmullo de las voces de los hombres llegaba desde el jardín. El escritorio, una amplia mesa de madera, se hallaba delante del cuarto de modo que Trotsky podía sentarse de espaldas al comedor, viendo a través de las puertas corredizas de vidrio hacia el jardín de enfrente. Había un diván cubierto con una colcha indígena en el lado extremo de la habitación, dos sillas para los invitados, un dictáfono, y un largo estante para libros a un lado del escritorio, que contenía volúmenes empastados en rojo y azul. Había ordenados alteros de publicaciones periódicas en la parte superior del estante. No había nada en el escritorio a excepción de una pluma fuente negra, y tinta, un vaso de barro con lápices amarillos con punta, y una pistola calibre .25.

Trotsky se frotó las manos con entusiasmo.

—Y bueno, ¿empezamos?

Jacques se había quitado el sombrero cuando entró en la casa, pero ahora con la estorbosa gabardina en su brazo derecho, se lo volvió a

poner y metió la mano a la bolsa de su saco para extraer el manuscrito.

—Temo que no esté muy bien escrito —se disculpó.

—No se preocupe —dijo Trotsky—. Cuando se escribe se tiene la oportunidad de ver lo que se ha escrito, y luego mejorarlo. Estoy seguro de que podemos resolver cualquier problema que encontremos.

Trotsky fruncía el ceño conforme iba desdoblando las cuartillas.

—¿No le pidió a su secretaria que se lo mecanografiara?

—Lo siento. No tuve oportunidad.

—Es más sencillo editar un documento mecanografiado. Puede ver lo que ha estado haciendo.

Trotsky se sentó al escritorio, colocando el documento frente a sus ojos —un

hábito de trabajo—, y empezó a leer. Jacques vio que la situación era intolerable.

La estancia era demasiado pequeña. No había lugar para él donde estar de pie, no había lugar donde poner su sombrero. Estando de frente a Trotsky, no podría sacar el piolet de su saco. De la cocina salían voces de mujeres y el alboroto de hombres trabajando llegaba desde el exterior. Se quedó junto a la puerta que daba al comedor y luego, como si intentara mirar por encima del hombro de Trotsky, se aprontó detrás del escritorio, tan cerca que podía oler el tónico capilar que Trotsky usaba y ver el brillo del cuero cabelludo.

Trotsky leyó durante unos segundos, luego alzó los hombros con irritación.

—Señor Jacson, ¿le importaría? —miró por encima de su hombro y por un momento sus miradas se encontraron. Jacques sintió que el cabello se le erizaba en la nuca al ver cómo cambiaba la expresión en los ojos de Trotsky, cómo Trotsky miraba hacia su interior.

Entonces, de un modo inexplicable, aquel momento entre ellos pasó.

—Su sombrero —dijo Trotsky—. ¿Puede quitarse el sombrero y tomar asiento?

Leyó durante unos minutos más, dando vuelta a las cuartillas antes de

volver la vista de nuevo.

—Bueno, tiene usted estadísticas interesantes —dijo, y la calidez de su voz se extinguió—. Necesita usted formular su tesis desde el principio, y definir sus términos. Lo hace en el penúltimo párrafo, pero debe aparecer desde el principio

—daba vuelta a las páginas, marcando los cambios que sugería.

—Entiendo. Por supuesto —decía Jacques—. Sí, entiendo lo que se requiere.

Trotsky dobló verticalmente el documento e hizo un gesto conclusivo; luego se lo devolvió a Jacques.

—¿Se lo puedo volver a traer? Haré los cambios y lo mandaré mecanografiar, como dice usted.

Trotsky titubeó.

—Si tiene que volver, vuelva.

Trotsky estaba sentado en el patio leyendo un periódico cuando Natalia Sedova volvió de hacer sus diligencias.

—¿Sabemos quién es el señor Jacson? —preguntó.

—¿Por qué? Es el marido de Sylvia. ¿Vino a la cita?

—Sí. Se fue antes de que llegaras.

—¿Y qué tal el artículo que está escribiendo?

—Pésimamente organizado, las ideas son lugares comunes. Y ni siquiera se tomó la molestia de mandarlo a mecanografiar.

—Ay, qué fastidio.

—¿Pero qué sabemos realmente de él?

—Todo el mundo lo conoció en Francia. Pertenece a una familia de aristócratas. Si mal no recuerdo, su nombre cristiano es Jacques, pero viaja con un pasaporte canadiense falso. Sylvia dijo que había tenido un problema para obtener una visa por su servicio militar en Francia. ¿Por qué tantas preguntas?

Trotsky le relató lo que había ocurrido en su oficina.

—Tengo un presentimiento muy extraño.

—Siempre has abominado de quien lee por encima de tu hombro.

—Fue algo más que eso. Traía puesto un sombrero.

—¿Un sombrero?

—Traía puesto el sombrero cuando estaba dentro de mi oficina. Cuando volteé a verlo y vi que traía puesto su sombrero, supe que no era francés. Un francés jamás se dejaría puesto el sombrero en la oficina de otro hombre.

—Creo que es belga.

—Da lo mismo, belga, francés. Y si no es quien dice que es, entonces podría ser cualquiera. No hay diferencia. Un belga o un francés.

—Te entiendo.

—¿Y quién es ese fabulosamente rico señor Lubeck de quien habla? Creo que es tiempo de que hagamos algunas preguntas.

CUARENTA Y SEIS

Al abrir los ojos, Jacques vio el baúl que seguía abierto al otro lado de la habitación en penumbra, y las hileras de sacos y de chamarras en ganchos, y suéteres colgados encima de la puerta abierta. Sintió frío bajo las sábanas. Un espasmo le cruzó entre los omóplatos y descendió por todo su cuerpo. Sabía que estaba enfermo. Los huesos le dolían; el aliento le olía a viejo contra la almohada.

Giró sobre un costado, tratando de conseguir una pizca de sueño, un momento de olvido. Estaba ahí acostado fingiendo dormir, con los ojos cerrados y el cuerpo engarrotado. No tenía a dónde ir. No tenía dinero. No tenía escapatoria. Era un farsante. Todo en aquella habitación —el baúl, la ropa, la habitación misma— le recriminaba su fraude. No tenía pasaporte. Su verdadera identidad se había perdido, no era más que un recuerdo recurrente.

Acurrucándose, con las manos sobre el pecho y las rodillas dobladas, era como Harte mismo, durmiendo sobre su costado en ropa interior y un suéter.

Había llevado a Harte al portón. Lo hizo abrir el portón a una realidad de demonios que se arremolinaban. ¿Sintió el frío acero de la boca de

la .22 contra su frente, el orificio circular del metal que encerraba el oscuro y vertiginoso infinito? ¿Siqueiros había jalado el gatillo? No, por supuesto que no. Un artista no querría esas imágenes en su cabeza; no era tan tonto como para encender la luz y retirar las mantas.

El ruido del tráfico llegaba desde la calle. La luz trepaba por las paredes entre los doseles y las cortinas. La mañana casi había terminado. Sylvia había salido a ver a unos amigos. Siempre conocía a alguien a quien llamar, estuviera donde estuviera. Lo había esperado toda la mañana, le había rogado levantarse de la cama. Ella era ingeniosa, siempre gentil y sensible. La percepción que tenía de él era la de un hombre civilizado y normal, y ambos se aferraban a esta percepción. No era una tonta ni una idiota. Si ella no lo quisiera, si la verdad no fuera tan innombrable, ella sabría quién era él, qué estaba haciendo.

El futuro con Sylvia destellaba como un espejismo a la distancia, una vida feliz que le hacía señas desde detrás de una imposible barricada. La casa de

Coyoacán, Trotsky. Ramón no podía ensartar la aguja. No podía cruzar el portón, matar a sangre fría, y salir de nuevo. Era un problema sin solución.

Debajo de las sábanas los dedos de su pie derecho palparon su tobillo izquierdo mientras recordaba el desastre de la tarde previa, el olor del tónico capilar de Trotsky, los surcos de la edad en el cuello del viejo, el alboroto de los hombres que estaban trabajando en el exterior. En ese momento de comunión silenciosa entre la presa y el depredador, observó la comprensión cristalizada en los ojos azul claro de Trotsky, el conocimiento convertido rápidamente en reconocimiento, tan rápido que era imposible separarlos. Con el aliento en suspenso, Ramón esperaba que Trotsky presionara el botón de la alarma que había debajo de su escritorio o que alcanzara la pistola que tenía a plena vista.

Sabía que Trotsky sabía. En el trayecto de regreso a la ciudad, estuvo seguro de que los hombres de Trotsky llamarían a la policía, que los detectives llegarían al hotel. Esperaba la mano sobre su hombro, el toquido en la puerta.

En cambio, el silencio, un eco, un silencio sonoro. ¿Qué significaba? ¿Que el coronel Sánchez estaba preparando el juicio? ¿Que a él lo arrestarían de día?

Ramón yacía con los ojos moviéndose de un lado a otro, mirando el techo.

Trotsky lo sabía y nada había ocurrido. Trotsky sabía.

Entonces, entendió que Trotsky, más que un problema insuperable, era la solución. Trotsky no necesitaba hacer nada sino cerrarle la puerta a Frank Jacson. Tocaría el timbre de la puerta y Cooper o Robins dirían: "Lo siento, el viejo no puede recibirte". Era un drama sin clímax.

Hizo a un lado las cobijas, y sus pies pisaron el suelo. Encendió una lámpara; se sentía drenado y lúcido como al cabo de una de sus fiebres. Contempló las fabulosas prendas en el baúl, luego se dirigió al baño y sintió fríos los azulejos.

Tenía que ir a Coyoacán. Tenía que asegurarse. Si Trotsky sabía, la orden habría sido dada. Podía ir a Coyoacán sin rasurarse, con el pelo enmarañado, pero no eran necesarios aquellos teatros. Iría a Coyoacán para hacer recordar a Trotsky.

Se bañó y se rasuró, limpiando el vapor del espejo. Mientras se vestía llamó a la recepción para que le acercaran el coche. Se sentía mejor, más optimista.

Estaba desviándose del plan, tomando las cosas en sus propias manos. Cuando salió de la habitación, con lentes oscuros para protegerse del refulgente sol, lo sobresaltó ver lo solo que estaba el Paseo de la Reforma, y se acordó de que era domingo. No había nadie en la calle. Todo el mundo estaba en comidas familiares. Encendió el coche y entró en la calle, luego dio vuelta hacia la Zona Rosa.

Se estacionó frente al edificio Ermita y subió los peldaños, sin estar seguro

de lo que iba a decir, pero decidido a ver a Caridad. Cuando tocó a la puerta, pudo escuchar el chirrido de una silla.

—¡Momento! ¡Momento! ¿Quién es?

—Yo, Ramón. Abre. Quiero hablar contigo.

Se oyó que quitaban los cerrojos, que una cadena chasqueaba. Caridad se asomó, entrecerrando los ojos.

—¿Qué pasa? Te ves horroroso.

—Quiero hablar.

Empujó la puerta para quitarle la cadena del seguro, abrió y se retiró hacia el escritorio.

—¿Estás trabajando?

Ella se sentó, cerrando un archivero.

—Sí, poniendo orden todavía en el revoltijo que nos dejó Siqueiros.

Asintió, acercó una silla. Evitaba mirarla directamente, temeroso de la ira que ella le despertaba.

—Algo importante ocurrió ayer, y quería contártelo.

Ella lo escuchó describir el encuentro con Trotsky.

—¿Qué quieres decir con eso de que él sabía?

—Vio a través de mí. Hubo un momento cuando ambos nos estábamos mirando el uno al otro y él comprendió por qué estaba yo allí.

—¿Cómo podía saberlo?

—No lo sé.

Ella movió la cabeza, parpadeando.

—Si realmente hubiera sabido, habría hecho algo. No habría permitido que te marcharas.

—Me quedé pensando que llamaría a la policía. Anoche en el hotel, esperaba que los detectives del coronel Sánchez tocaran a la puerta.

—Ramón, lo imaginaste. Si Trotsky hubiera sabido que tú eras su asesino, no estarías aquí. Estás dejando que la imaginación te lleve demasiado lejos.

—Mis nervios están alterados, es cierto. He visto mucho de Trotsky. He pasado mucho tiempo con la gente que está a su alrededor. Si fuera un extraño absoluto, tal vez podría hacerlo, pero no creo que pueda ir allí y matarlo a sangre fría. No soy un matón, un sicario.

—Ya no puedes echarte para atrás.

—¿Y qué pasa si voy a la casa y no me dejan entrar? Les dice a sus

hombres

que no quiere verme. Es lo que puede hacer.

—Ramón, ¿a dónde quieres llegar?

—Es un viejo. Es ridículo pensar que la Cuarta Internacional representa una amenaza para Stalin. Conozco a esa gente. Son intelectuales. ¿Qué pasa si voy a la casa y me dejan fuera? ¿Me culparán? Siqueiros sigue vivo. ¿Cómo comparas su fracaso con el mío?

—Ramón, tienes que hacerlo. No hay forma de volver atrás.

—Prevenir a los guardias de Trotsky es cosa fácil, una llamada telefónica…

—Ramón hablaba muy rápido, enfebrecido, alarmando a su madre.

—Sudoplatov se enteraría de lo ocurrido. No tardaría en informar a Beria y a Stalin.

—¿Cómo podría Sudoplatov saber lo que ocurrió?

—¿No creerás que somos los únicos agentes de la GPU que operan en México?

—¿Hay alguien en la casa?

—Podría haberlo y no lo sabríamos. Pero estás hablando del tipo de sabotaje que nunca podría quedar impune. Tarde o temprano la verdad saldría a la luz.

—¡Si tan sólo no hubiera toda esta espera! ¡Es eso lo que me está matando!

—Se terminará antes de que te des cuenta, pero deja de pensar de este modo.

Deja de pensar en eso.

—Pero ¿cómo, con todo y el plan? —se puso de pie.

—¿A dónde vas?

—A Coyoacán. Tengo que saber si me recibirá de nuevo.

—Diles que Sylvia quiere pasar a despedirse. ¡Y no hagas tonterías!

Igual que al centro de la ciudad, a los viejos barrios de Mixcoac, Tacubaya y Coyoacán los envolvía un silencio somnoliento; las calles estaban vacías. Ahora Ramón pensaba en Trotsky como la única persona que podía detener una terrible cadena de acontecimientos y salvarlo de su propio destino. Las ramas del eucalipto se movían por encima de los muros; los volcanes se alzaban a la distancia, con la nieve brillando contra el cielo puro y azul y una espiral de humo elevándose desde el Popocatépetl. La calle enfrente de la casa podría haber sido un camino de tierra del campo, los policías suspendidos en el sopor del mediodía. La torre de vigilancia encima de la calle se hallaba vacía.

Jacques tocó la campana y un momento después Jake Cooper asomó por la mirilla.

—¡Un momento! ¡Un minuto! —dijo cuando abría la puerta—. ¡Señor Jacson! ¿Alguien lo espera?

—No, no tengo cita, pero me gustaría ver al viejo sólo un instante.

El guardia movió la cabeza.

—Está descansando. Hoy no recibe a nadie.

—¿En todo el día?

—Anoche estuvo aquí el médico y ordenó que reposara todo el día.

—Vine hasta acá sólo para verlo. Sólo un minuto. Es por el artículo que estoy escribiendo para él.

—Lo siento. No hay nada que pueda hacer.

—¿Está la señora? ¿Puedo ver a Natalia Sedova?

Cooper vaciló, inseguro.

—Creo que está en el patio. Sígame y vamos. Pero no haga ruido. Su recámara está a un lado.

La moteada sombra se movía debajo del árbol de eucalipto. Una gallina cloqueó tranquilamente en el gallinero. En algún lugar del vecindario, un perro ladró. Natalia Sedova estaba sentada en el portal que había arriba del patio, justo afuera del comedor. Sus ojos se ensombrecieron cuando vio a los hombres; enseguida se puso de pie y

fue a su encuentro.

—Señor Jacson, espero que no haya habido un error —dijo en voz baja—.

No lo esperábamos.

—No. Andaba por el barrio y quise ver a su marido por un momento.

—Está descansando. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Estuve aquí ayer. Leyó el documento en el que estoy trabajando.

—Sí, me contó.

—Quería decirle que estoy haciendo los cambios. Me gustaría mostrárselos mañana por la tarde.

—¿Mañana? No, estoy segura que andará muy ocupado mañana.

—¿Entonces el martes por la tarde?

—Supongo que estará de acuerdo, pero necesita llamar a Otto o a uno de los asistentes para hacer una cita.

—Sí, de acuerdo —dijo Jacques, y emprendió la retirada.

Jacques se sentó en el coche sintiéndose bloqueado y perdido. Sabía lo que había ocurrido en la oficina de Trotsky. El viejo debió haber hecho algún movimiento.

Quiso regresar, aporrear la puerta e insistir en que Trotsky lo recibiera. En cambio, encendió el motor del Buick y regresó por el barrio, bajando la velocidad del coche en la calle Londres. No había nadie frente a la casa, ni una sola alma en la calle empedrada. Por un impulso, detuvo el coche y tocó el timbre. La criada lo reconoció.

—Sí, la señora sí está. Espere aquí.

Adentro, los enormes judas de papel maché aún esperaban a la sombra mientras que, a través de las puertas abiertas, el jardín llamaba poderosamente la atención. Ella emergió lentamente por entre la semioscuridad, caminando con un bastón. Se veía enferma, su rostro sin color ni vitalidad, su semblante falto de energía.

—¡Ay, Dios mío! —gritó—. ¿Qué quieres de mí?

—Pasaba por aquí.

—¿Te vio alguien entrar?

—No, la calle estaba vacía.

—Pero hay un pinche carro amarillo afuera. Ya me chingué.

—Sólo quería verla un momento.

—Estuvo aquí la policía. A mí y a mi hermana nos metieron a la cárcel.

Escudriñaron en mis papeles.

—Lo lamento. Supe que Diego había huido.

—¿Qué quieres, muchacho? Frida no tiene nada que darte. Te ves enfermo, peor que yo.

—Tuve amibas. Este país es una mierda —se rio, y enseguida empezó a sollozar—. Supe que usted entendería.

—Entiendo. Lo entiendo muy bien, pero tienes que irte. No puedo hacer nada por ti. Tienes que irte.

CUARENTA Y SIETE

Jacques postergó su diligencia hasta el lunes; entonces, con las horas pasando y con todo suspendido de una balanza, se dirigió al Shirley Courts. Ahí lo conocían como un ingeniero canadiense muy respetado que siempre pagaba la semana por adelantado y nunca provocó el menor problema. Una campana sonó en la puerta cuando Jacques entró llamando al señor Shirley al mostrador que dividía la pequeña oficina del vestíbulo.

—¡Señor Jacson! ¿Volvió para quedarse con nosotros?

—No, nada de eso.

—Ay, qué lástima. Le podemos dar su antiguo cuarto.

—No, vengo a ver a su hijo. Le quiero pedir un favor.

—¿Le quiere pedir un favor a Bobby?

—Sí, voy a escalar y perdí mi piolet. Aquí en México no se consiguen,

y esperaba que Bobby me prestara el suyo.

—Déjeme llamarlo. Está en su cuarto.

Un momento más tarde, el muchacho apareció en pantalones de mezclilla y una camisa a cuadros. Era un chico robusto de catorce años, de ojos grandes y grises y semblante serio. Sonrió al ver a Jacques, a quien veía como el ideal del adulto.

—¿Mi piolet? —preguntó.

—Sí, por uno o dos días. Te propondría que me lo vendieras, pero sé que no quieres venderlo. Te puedo dar un depósito en caso de que algo sucediera.

—No, no es necesario —el chico se retiró a la vivienda familiar, y regresó momentos después con el piolet.

—Éstos están muy bien balanceados —dijo Jacques, tomándolo con la mano.

El mango de roble pulido era de dos pies de largo. La cabeza de acero era de veinte centímetros desde la punta de la uña hasta el borde de la cuchilla. Palmeó el lado frío de la cabeza contra su mano—. ¿Sabes?, con uno de éstos yo partía grandes bloques de hielo en Europa.

—Sí, me lo dijo. ¿A dónde va?

—Al Ajusco. Si hay un buen ascenso tal vez podamos regresar allí juntos.

—Sería estupendo.

Jacques sacó el dinero, que traía sujeto con un clip, y separó varios cientos de pesos.

—Toma esto en caso de que algo sucediera.

—Pero es muchísimo.

—No te preocupes. Me lo regresas cuando yo te devuelva el piolet.

Con el piolet en mano, Jacques regresó a Reforma y salió al Bosque de Chapultepec, acercándose a una zona desolada. Salió del coche cargando el piolet y la gabardina, que extendió en la cajuela. La cuchilla cabría fácilmente dentro de la prenda doblada, pero el mango era demasiado largo. Se colocó la gabardina de un lado, luego del

otro, sosteniéndolo con su brazo, experimentando, dándose cuenta de que el revestimiento de la gabardina necesitaba algo, un lazo, para que el piolet no se le soltara.

Abandonó el parque para dirigirse a Reforma y al Zócalo; viró en dirección hacia el mercado de la ciudad, donde las tiendas de los artesanos se alineaban en las calles aledañas. A la distancia, el mercado tenía un repugnante olor a fruta podrida. El mal olor de carne cruda, pescado, de las aves de corral vivas y recién sacrificadas. Carne, chiles y cebollas asadas encima de estufas de queroseno y carbón. Las aceras atestadas, las calles llenas de basura. Iba a baja velocidad en su Buick hasta que vio unas sillas de pino rústicas y recién hechas amontonadas en un pasillo. Salió a la acera, pagó a un niño para que cuidara el coche y regresó a donde estaba el carpintero de las sillas, llevando el piolet debajo de la gabardina. Se le recordaría como un europeo, vestido de traje, que manejaba un coche amarillo.

—¿Qué es eso? —preguntó el carpintero cuando vio el piolet.

—Soy alpinista. Es para escalar montañas —con la uña del pulgar mostró al carpintero dónde quería que le recortara el mango.

—Pero no tendrá la misma fuerza.

—Pero sí la suficiente.

La tienda olía a aserrín y a virutas de madera. El carpintero serró el mango lenta y metódicamente, luego limó los filos del corte en bruto con una escofina.

Jacques preguntó dónde encontrar una costurera y caminó media calle a un establecimiento similar, donde tres mujeres estaban sentadas ante máquinas de coser. Una mujer de lentes gruesos y un mandil atendió la petición de Jacques: un cordel fuerte atado dentro de la gabardina justo debajo del cuello.

Los ojos de la mujer se abrieron cada vez más cuando Jacques probó el artefacto haciendo que la cabeza del hacha pendiera del cordel y, enseguida, cargando la gabardina doblada con su brazo derecho.

—No, no, la colgadera está demasiado corta —dijo con preocupación la mujer—. No le deja suficientes pliegues para que lo pueda cargar en el brazo.

Retiró el primer lazo y cosió un trozo más alargado.

—Ahora, queda perfecto —dijo cuando dobló la gabardina por encima de su brazo.

Le pagó a la mujer, luego se alejó para encender un cigarro, y caminó calle abajo hasta que se topó con un vendedor de cuchillos. Probó la navaja de muelle antes de posar la vista en un cuchillo con apariencia ornamental y con un filo curvo de diez pulgadas.

—¿Me permite? —le preguntó al vendedor, levantándose el dobladillo de la gabardina para ver si había suficiente espacio para acomodar el cuchillo.

—¿Cabe? —le preguntó el hombre.

—Perfectamente.

—¿No se le caerá?

—Ojalá que no.

CUARENTA Y OCHO

—Jacques, nunca fuimos a Bellas Artes —dijo Sylvia, levantando la vista de su guía de turista.

Él no la había escuchado. Andaba abstraído, con el cigarro olvidado en su mano, el humo subiendo lentamente en espirales hacia el cielo azul y límpido, sus ojos ocultos tras de los lentes oscuros. Estaban desayunando en el patio del hotel. Había macetones de geranios rojos y flores frescas encima de las mesas.

Un plato con fruta en un aparador parecía una naturaleza muerta española, con una papaya partida que dejaba al descubierto las oscuras y brillantes semillas adheridas a la pulpa. El sol resplandecía con gran brillo, pero se sentía demasiado frío como para estar en el exterior; un inconfundible fresco emanaba de las piedras del muro y del suelo.

Siguió leyendo el libro, estirándose el suéter para acercárselo más a los hombros.

—Jacques, ¿cuánto por tus pensamientos?

Hizo una mueca y aplastó su cigarro en el cenicero.

—Detesto que digas eso. Preferiría que no lo hicieras.

—Lo siento. No lo volveré a decir. Estabas quién sabe dónde.

El gesto de Jacques se transformó en una sonrisa a regañadientes.

—Estoy tratando de resolver algo.

—¿Algo con el señor Lubeck?

—Sí, creo que estoy cometiendo un error, y no lo he hablado. Tengo que decirle lo que pienso.

—¿Y él quiere que lo hagas?

Él levantó las cejas como indicando lo incierto que podría ser aquello. Ella tomó un sorbo de té y se estremeció levemente.

—Hace frío aquí.

—Quema, no calienta.

—¿De qué hablas?

—Eso que dicen, que por la altitud el sol quema pero no calienta.

—Eres extraordinario —sonrió ella—. Sé que no te sientes bien y sigues trabajando, pero no desperdiciemos este último día en México.

—¿Qué quieres decir?

—Ésta puede ser la última vez que estemos juntos aquí. Hay todavía muchas cosas que no hemos visto ni hecho. Tendemos a rendirnos, a renunciar antes de que el juego termine.

—¿Hay algo que quieras hacer?

—Me gustaría ver los murales de Bellas Artes. ¿Tienes tiempo?

Estuvo a punto de negarse, pero luego cedió.

—Sí, ¿por qué no? Tengo que ir a la embajada de Estados Unidos para renovar mi visa, pero no me tomará mucho tiempo. Podemos darnos una vuelta por Bellas Artes y luego almorzar en un lugar que te guste. Te dejo aquí antes de mi cita de las tres treinta, luego te recojo para ir a Coyoacán.

—No tenemos que salir, lo sabes.

—Sí. ¿Por qué no?

—Está fuera de tu rumbo, y, si tienes una junta a las tres treinta, quién sabe cuándo empezará realmente. Así es México.

—No, este tipo está en el banco. Es puntual. Sólo tenemos que firmar algunos documentos.

Ya afuera, en la acera frente al hotel, Jacques dudó. La avenida era tan amplia que era casi como un río con sus herbosas explanadas, sus hileras de árboles y el tránsito trasegando de un lado a otro; casi demasiado amplia como para cruzarla a pie. La mañana se sentía fresca tras la lluvia de la noche anterior, el cielo azul de la montaña, el aire chispeante, pero la ciudad tenía un olor penetrante a petróleo, a aguas residuales, a cera para lustrar zapatos. Unos indígenas vestidos de blanco barrían debajo de los árboles con escobas hechas de ramas.

Había una larga fila de gente formada frente a la embajada: europeos del este, rusos, refugiados de la guerra. Aunque para Jacques, un hombre de negocios de Canadá, no había fila. Entró directamente, luego esperó diez minutos a que un funcionario viera su pasaporte y le sellara la visa.

Cruzó Reforma una vez más, desviándose del hotel cuando iba rumbo al edificio Ermita de la calle Hamburgo. Se sentía como si estuviera tratando de despertar de un sueño profundo, de romper el encantamiento de una hipnosis, la fuerza de la inercia. Ensimismado, ensayando lo que intentaría decir, difícilmente reparaba en su alrededor. Subió los escalones del edificio, tocó tres

veces la puerta. Caridad apartó la vista de un legajo que estaba arrojando a un bote de basura y lo miró a la cara.

—¿Arreglaste lo de tu visa?

—Sí.

—Ojalá no dejaras estas cosas hasta el último momento.

—¿Está Leonid aquí?

—Sí, en la habitación de junto. ¡Leonid! Ya llegó Ramón.

Eitingon entró, sonriendo, con un largo sobre blanco en las manos.

—¡Ah, aquí estás! Te tengo la carta. Ahora, no tienes que entregarle esto a Trotsky en vez del artículo, aunque a esa hora, ya no tendrá importancia. Pero podrían arrestarte, y por supuesto, no queremos eso, pero sólo por si acaso, asegúrate de que encuentren esta carta. Definirá la línea del interrogatorio, te facilitará las cosas. Sería mejor si estuviera en castellano en vez de francés, pero eso no sería correcto de un belga y la mandarán traducir lo más pronto posible.

Debes aferrarte a esta versión, pase lo que pase. Puedes decir que no recuerdas algo o que no sabes, pero no des otra versión. ¿Me entiendes? —y de ese modo siguió hablando durante un rato; luego se volvió a Caridad—. ¿Me falta algo?

¿Pasa algo?

—Ramón —dijo Caridad, soltando la carpeta—. Esto va a terminar antes de que te des cuenta. Hacia el final del día, estaremos en el avión rumbo a Estados Unidos. Tienes que ponerte a prueba a ti mismo. Serás un héroe. Entrarás en la historia como uno de los grandes héroes de la revolución. ¡Piénsalo! ¡Piensa en la gloria!

Él movió la cabeza.

—No es cierto. Nada de esto es correcto.

—¿Correcto? ¿Por qué no es correcto? —dijo Caridad mientras la sonrisa en su cara se volvía rígida como una máscara.

—¿Qué tiene que ver lo *correcto* con todo esto? —dijo Eitingon. No nos pagan para que digamos qué es lo correcto. Estamos aquí para cumplir con una misión.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Caridad, con una ansiedad que se tornaba palpable.

—Esta tarde, fui para allá, y no me dejaron entrar. La puerta está cerrada.

Alguien los puso sobreaviso. No puedo acercarme a Trotsky. ¿Qué hará o dirá Sudoplatov?

—Eso sería traición —siseó Caridad—, ir contra todo aquello por lo que

hemos luchado. Ya sabes lo que ocurrió en España. De no ser por Trotsky habríamos derrotado a Franco.

—Eso es propaganda, mentiras del Kremlin. Produjeron su propia propaganda. Tendrían que ver lo que ocurre. El viejo está indefenso. ¿Qué hace él después de que vamos y balaceamos su casa? Se sienta a escribir un análisis del ataque. Así es como se defiende. No tiene nada, no tiene recursos. Está en la ruina. No tiene nada, salvo lo que gana por escribir. Cría conejos y pollos.

—Ramón —dijo Eitingon—, no querrás terminar del lado de los perdedores.

—En lo que a mí respecta, perdidos ya estamos. Perdimos en España. No tengo país. Soy como Trotsky, un hombre sin país. Nunca volveré a ver Barcelona.

—Tu hermano Pablo está muerto por culpa de Trotsky —objetó Caridad—.

Lo sabes. Es por Trotsky que hemos perdido nuestro país.

—No. No lo sabía. Lo que creo es que por un tiempo eso quisiste hacerme creer, me insistías que creyera en eso. Pero ahora estoy empezando a creer que sacrificaste a Pablo por tu ambición. Pudiste haberlo salvado, pero no tuviste alternativa entre tu hijo y tu reputación en el Partido. Lo sacrificaste, y ahora estás haciendo lo mismo conmigo.

Los ojos de Caridad centelleaban, y su mano le estampó una bofetada que le cruzó la cara. Él sintió de inmediato una punzada y brotaron lágrimas involuntarias de sus ojos.

Caridad se llevó la mano a la boca.

—Yo era al que querías —dijo él—, pero me traicionaste. Me mentiste.

—No creí que llegaríamos a esto. Tratamos de protegerte.

—Sí, ahora voy a protegerme yo mismo.

—¿Qué haces? ¿Qué significa eso exactamente? —le recriminó ella con voz severa.

—No es de tu incumbencia —Ramón se dirigió hacia la puerta.

—Eres como tu padre. Eres un cobarde. No eres un hombre.

—Haz lo que quieras, porque la verdad es que no tengo las agallas para esto.

Dile a Sudoplatov que cometiste un error.

—Hijo —dijo Eitingon, con voz conciliadora—. ¿A dónde vas? La GPU

enviará a alguien tras de ti. Te encontrarán vayas a donde vayas. Cada vez que escuches un toquido en la puerta, tu corazón se paralizará. Te matarán. Matarán a tu madre. Matarán a tus hermanos menores y a tu hermana. Y probablemente me maten a mí también. Nos matarán a todos.

—¿Y en que cambian las cosas? ¿No es la revolución más grande que nosotros? —Ramón escuchó su propia voz como si fuera otra persona la que hablara. ¿Podría traicionar a Eitingon y a su madre? ¿Escogería a Sylvia por encima de Caridad?

—Ramón, matarán también a Sylvia —le advirtió su madre—. No la van a eximir.

—Piensa en lo que te dijo tu madre —le exigió Eitingon—. Todo esto terminará pronto. Nos iremos juntos en un avión, sanos y salvos. ¡Piensa en el recibimiento que tendrás en Moscú, en los desfiles! Serás un héroe de la revolución.

—No quiero ser un héroe. No quiero ser partícipe.

CUARENTA Y NUEVE

—¿Qué sucede? —preguntó Sylvia cuando Jacques entró en la suite.

—Nada, no pasa nada.

—Jacques, estás casi temblando, y tienes la cara llena de manchas rojas.

—Ya sabes cómo son los empleados de la embajada. Son lentos y groseros.

Te hacen esperar. Perdí los estribos.

—¿Pero conseguiste que te renovaran la visa?

—Sí, la tengo.

—Bueno, pero no dejes que un burócrata te eche a perder tu último día en México —ella estaba de pie junto a unos velices enormes abiertos encima de la cama.

—Éstos ya están listos. Dejé nuestras maletas pequeñas, y mi neceser.

¿Todavía quieres salir?

—¿Por qué no? ¿Qué más hay que hacer?

—Pero si no tienes ganas…

—Sí, vamos. Tú ya te vestiste. Para pasar el tiempo.

El frescor de la mañana se había evaporado bajo el sol de mediodía. Las hileras de eucaliptos a lo largo de Reforma formaban un túnel de moteada sombra verdosa. Al centro de la ciudad se hacían diez minutos en coche, y a la una en punto se hallaban subiendo las escalinatas del Palacio de Bellas Artes, un mausoleo construido a costa de los campesinos por el dictador Porfirio Díaz, una edificación de mármol blanco, de tanto peso que poco a poco se iba hundiendo en la tierra. Sylvia y Jacques se veían cosmopolitas subiendo los peldaños en la entrada del Palacio; los dos llevaban lentes oscuros, ella con su cabello rubio.

Iban de turistas, y al día siguiente se marcharían. Los coches bramaban en la calle. Unas indígenas pedían limosna silenciosamente en la acera.

El interior era frío, con imponentes escaleras hechas de bruñido travertino con sombras ambarinas. Dieron con los murales ubicados en un largo pasillo de un mezzanine: pinturas enormes, manifestaciones monumentales de egos heroicos reposando sobre los hombros de la clase trabajadora. Los tacones de

Sylvia chasqueaban en el pulido piso mientras observaba el mural de Rivera, un canto a la era de la máquina, en el centro un ingeniero-dios transformando mediante un propulsor a una criatura angelical en una enorme libélula.

—Mira, ahí está Lenin —dijo Sylvia, localizando el rostro de éste entre la multitud del mural.

—Es por eso que lo desmontaron del Rockefeller Center.

Jacques se estremeció cuando vio el gigantesco mural de Siqueiros emergiendo en el muro contrario con una violenta ola de energía adolescente.

Angélica, la esposa de Siqueiros, estaba de pie con el torso desnudo en

el centro de la pintura, una guerrera amazona con un casco de cuero, rompiendo las cadenas.

—¿Conociste a Rivera mientras estuviste aquí? —preguntó Sylvia.

—Sólo a Frida.

—Mis hermanas me contaron que es encantador.

—Sabe tratar con las mujeres.

Se estaban yendo, bajando los peldaños de blanco mármol bajo el sol de mediodía, cuando Jacques, cegado por los destellos, sintió que un hombre lo agarraba por los hombros. Al dar la vuelta quedó frente a frente con el secretario de Trotsky, Otto Schüssler. El corazón se le aceleró; Jacques creía saber qué había ocurrido. Habían enviado a alguien para detenerlo. Lo habían aprehendido.

Luego escuchó a Sylvia decir: "¡Hey, Otto! ¡Qué agradable sorpresa!" Y

Otto le sonreía a Jacques como un tonto.

Furioso, trémulo por la impresión, Jacques se alejó y quedó de pie a mitad de los peldaños; las manos le temblaban tanto que apenas pudo encender su cigarro.

Observó a Sylvia y a Otto platicar cordialmente, completamente inocentes de su realidad.

—Lo siento —le decía Sylvia a Otto, sonriéndole como excusándose—. Jac no está del todo bien. Tiene que cerrar una negociación y éste es nuestro último día en México.

—Ay, no debí llegar con él tan de sorpresa. No sabía que se marchaban.

—Sí, Jacques está intentando finiquitar el último de sus negocios el día de hoy. ¿Qué haces por aquí?

—Estoy esperando a Trudy. Tenía el día libre. Voy a una librería para comprar los periódicos de Alemania. Luego voy a ir a la Alameda a una exposición de pintura.

—¡Fabuloso! —Sylvia se quedó mirando con nostalgia el parque, los

caminitos y las fuentes sombreadas por exuberantes plantas

subtropicales—. Me encantaría ver a Trudy. Más tarde iremos a Coyoacán para una última despedida, parece que no estarás por allí.

—No, esta tarde no.

—Sylvia —gritó Jacques—. ¡Ya no tenemos tiempo!

Sus ojos lo siguieron a la calle.

—Siento no poder despedirme de Trudy.

—Pero volverán por estos rumbos, ¿no? Si no tienen plan podríamos vernos para cenar. Vamos a ir a La Blanca. Está en la esquina de Madero y San Juan de Letrán. Todo el mundo dice que es barato y muy bueno. Pero tal vez en otra ocasión.

Alcanzó a ver a Jacques que la esperaba impacientemente.

—Otto, podría no haber otra ocasión, y quiero ver a Trudy.

—¿A las siete?

—Es un poco temprano para Jacques, pero probablemente no comamos. Está teniendo muchos problemas estomacales. Pero sí, a las siete está bien. Mañana tendremos un día ocupado.

Para cuando llegó al Buick, Jacques estaba sentado tras el volante. Ella pensó en pedirle una explicación pero decidió no decir nada. Tenían que pasar bien el día. Mañana todo sería mejor.

—Podemos volver al hotel si quieres —sugirió ella cuando Jacques puso en marcha el coche.

—¿Qué tal el Salón del Quijote?

—Está bien. Sé que no tienes apetito.

—No, pero tenemos que comer.

Él trató de entablar conversación, hacer las paces, como si deseara que Sylvia disfrutara el paseo. El Quijote era un restaurante que a ella le gustaba. El interior era oscuro y romántico, con pretensiones de ser español. En un mural que había en una de las paredes aparecía don Quijote peleando contra un molino de viento, y los menús tenían pequeños dibujos, bosquejados con líneas, de don Quijote y Sancho Panza. Jacques animaba a Sylvia para que ordenara un coctel.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—No, no puedo. Mi estómago. Pero quizá un poco de cerveza.

Ella habló de Nueva York, de buscar un departamento, los barrios que a ella le gustaban.

—Te sentirás mucho mejor después de estar cerca del lago. No hay nada que hacer salvo nadar y tenderse frente al sol.

En el hotel, Jacques le pidió al portero que se encargara de su coche, que no tardaría en regresar. Tomó la mano de Sylvia cuando entraban al vestíbulo, la apretujó contra sí en el elevador. Le quitó el seguro a su cuarto, luego fue hacia la recámara. Aún no sabía qué haría, pero al volver llevaba su gabardina y su fedora.

—Ay —exclamó ella, llevándose la mano al corazón—. ¡Acabo de tener un sentimiento muy extraño!

—¿Qué?

—No estoy segura, supongo que una premonición: que no te volvería a ver.

Él sonrió tristemente.

—No voy a tardar.

—Supongo que es porque se trata de nuestro último día.

—Sí, y porque siempre piensas que voy a desaparecer.

—Jacques, ¿a dónde vas?

—Te lo dije, voy a encontrarme con un tipo en el banco para firmar un contrato.

—Quiero saber a dónde vas. ¿Cómo se llama ese hombre? ¿Qué banco es?

—Sylvia, ¿qué sentido tiene?

—Quiero poder encontrarte si es necesario. Éste es nuestro último día en un país extranjero. Podrías desaparecer.

Él rio, moviendo la cabeza.

—Por favor, dime. Quiero saber cómo encontrarte.

—Si te va a hacer sentir mejor —Jacques sacó su agenda y una hoja de papel en el cual escribió dos números de teléfono y una dirección en Reforma.

—Sé que he sido una tonta —sosteniendo la hoja, lo siguió hasta la puerta.

—Todo está en orden —se inclinó para abrazarla, acercando su cara a la de ella, sintiendo cómo se le abrazaba estrechándolo—. ¡Bien hecho! Un gran abrazo mientras regreso.

CINCUENTA

Le dio una propina al portero, enseguida subió al Buick, puso en marcha el motor y emprendió rumbo hacia Reforma, doblando hacia la derecha, y volviendo a través de la Zona Rosa a la calle Hamburgo. Al llegar al edificio Ermita advirtió que había dos coches negros de cuatro puertas en la calle, y esperando junto a cada uno, dos hombres vestidos con trajes oscuros, unos desconocidos para él. La cajuela del primer coche estaba abierta, y al cabo de unos momentos salió de él Eitingon con una maleta, seguido de Caridad que iba vestida para viajar con su traje color aceituna y con su sombrero que parecía el ala de un pájaro. Cargaba su bolsa de mano y un pequeño neceser. Cuando vio que Ramón intentaba acercársele, ella levantó su dedo índice, moviéndolo levemente de un lado a otro: un gesto de advertencia que él recordaba desde su niñez, un gesto de Cuba.

Eitingon, con el rostro pálido, regresó andando al Buick.

—¿Estás listo? —preguntó, estrechando la mano de Ramón.

—No, no del todo.

Eitingon asintió.

—Como ves, tenemos compañía.

—Sí.

—No pienses, sólo sigue el plan. Es todo lo que tienes que hacer. Vas a entrar y vas a salir antes de que alguien se dé cuenta de lo que ha ocurrido. Sal de ahí como si nada. Sigue el plan. Y no lo olvides: cuando Trotsky esté leyendo tu artículo, espera hasta que llegue al final de la primera página y le dé vuelta a la segunda; será el

momento cuando esté más distraído.

Ramón abrió la cajuela del Buick, donde yacían como a la espera el piolet y el puñal. Extendió la gabardina en el suelo de la cajuela. Dejó el hacha colgando del cordón en el interior del saco, luego introdujo el puñal en la costura horizontal del dobladillo. El saco, que envolvía el piolet, se sentía pesado pero no resultaba incómodo. Después de cerrar la cajuela subió al coche, se acomodó detrás del volante y puso la gabardina en medio del asiento. Enseguida, con las llaves todavía sin insertar, se inclinó hacia adelante para abrir la guantera, y sacó

la pistola, arropándola debajo de la gabardina. La carta que serviría como coartada la depositó en la bolsa delantera de su saco.

Eitingon subió a su coche y lo puso en marcha, seguido por el de Caridad, y detrás el Buick. Jacques vio por detrás la cabeza de su madre meciéndose rígidamente con el movimiento del automóvil. Iba fumando; acercaba su mano derecha a la ventana en intervalos regulares. Jacques se sentía furioso y aterrado.

Quería llorar de frustración. Caridad no lo ayudaría. Ella lo había conducido a esta trampa, y ahora le había dado la espalda. Su única esperanza era Trotsky, que el viejo lo hubiera descubierto, que el portón de la entrada no le fuera abierto.

Encendió un cigarro pero su boca tenía un desagradable sabor metálico.

Sentía asco por su cuerpo, las axilas empapadas, acidez en el estómago, las palmas de las manos tan húmedas que dejaban marcas en el volante. No veía el camino, sólo el coche delante de él, la cabeza de su madre meciéndose de un lado a otro. Pasaron por Mixcoac y Tacubaya, siguiendo la orilla de un lago que ya no existía. En las afueras de Coyoacán, el coche de Eitingon se salió hacia un costado de la carretera. El ruso lo saludó cuando Jacques pasó por enfrente de él.

El coche de Caridad siguió rumbo al pueblo, deteniéndose finalmente en un cruce a tres manzanas de la casa de la calle Viena. Jacques bajó la velocidad en un alto a un lado de su coche. Por un momento, los ojos de ambos se encontraron. Ella apretó los labios a modo de mandarle un beso, y luego asintió con la cabeza, instándolo a proseguir.

El eucalipto apareció ante su vista por encima de los muros, y luego los volcanes, un profundo azul sombrío, los nevados picos blancos frente al esmaltado cielo. La luz vespertina era límpida, un toque de

otoño en el aire, el olor a humo de leña de una hoguera proveniente del cauce desecado. Un burro rebuznaba a la distancia; sus ridículos sonidos eran una parodia de la risa. Un policía mexicano se arrellanaba a la entrada de la caseta de vigilancia y se picaba los dientes con la punta de una navaja. Esto era México, donde el tiempo se detenía y donde nunca nada pasaba.

En vez de estacionarse del modo que acostumbraba, Jacques dio una vuelta en U en la calle, colocando el Buick paralelo al muro de forma que quedaba de frente a Coyoacán. Se tocó el bolsillo delantero del saco para asegurarse de que allí estaba la carta, luego se deslizó hacia delante en su asiento para acomodarse la pistola en la bolsa trasera. Se puso la fedora y salió del coche, con la certeza de que la gabardina doblada encima de su brazo se veía sospechosa.

Joe Hansen, Charlie Cornell y un mexicano estaban trabajando en el techo

próximo a la torre de guardia. Al tiempo que movía la mano, Jacques les gritó:

—¿Ya llegó Sylvia?

—No, pero espérame un momento —respondió Hansen.

Cornell presionó el interruptor eléctrico en la torre de guardia; en el piso inferior Harold Robins abrió la reforzada puerta.

—Tengo una cita con el viejo —dijo Jacques.

—Fue al rancho.

—¿El rancho?

—Con sus pollos y sus conejos. Vete y regresa si es que te está esperando.

Decepcionado, Jacques miraba de un lado a otro como si se le hubiera extraviado algo.

—¿Está Sylvia aquí?

—No, ¿debería estar?

—Quedamos de vernos, pero me imagino que se le hizo tarde.

Caminó alrededor de la casa, intensamente consciente del peso de la

gabardina y de la presión de la pistola contra su trasero. Un vientecillo susurrante atravesaba las ramas del eucalipto, y una mancha de moteada sombra se mecía por encima del pasto. Vestido con su dril azul y con guantes de trabajo, Trotsky se hallaba junto a la conejera, dándole la espalda a Jacques. Las gallinas cacareaban, picoteaban la tierra. Los conejos hacían fru fru contra el alambre de sus jaulas. El olor a humo se desparramaba por encima de los muros junto con los mudos sonidos del barrio.

—Buenas tardes. ¿Cómo están sus conejos?

Trotsky volteó, con un gesto de extrañeza en su cara.

—Ay, señor Jacson —sonrió—. Me preocupan los conejos. Aquí en México no puedo encontrar alfalfa apropiadamente desecada. Si los conejos comen alfalfa húmeda, se enferman y se hinchan. Sé que debe haber un distribuidor de alfalfa desecada pero no lo encuentro. ¿Y cómo está usted el día de hoy?

—Muy ocupado —respondió; la boca se le secaba—. Sylvia y yo nos vamos mañana a Nueva York, y quisimos pasar y despedirnos. Iba a encontrarme aquí, pero al parecer se entretuvo.

—¿Se van mañana? —Trotsky echó un vistazo hacia la casa, donde su esposa había salido al portal.

—Oh, es usted, señor Jacson —gritó Natalia Sedova, con un aire de irritación en la voz—. No lo reconocí con el sombrero.

—Sí, soy yo —dijo Jacques. Advirtiendo la reprobación en la voz de Natalia Sedova, se sintió atraído hacia el portal. Era ella la verdadera centinela. Al igual que Sylvia, Natalia podía ser intuitiva.

—Tengo una sed espantosa. ¿La molesto con un vaso de agua?

—¿Le gustaría tal vez una taza de té?

—No, no, comí demasiado tarde y siento la comida hasta el cuello —

respondió, señalándose la garganta—. Me asfixia.

—Ajá, no se ve usted bien. No del todo bien. ¿Por qué trae puesto sombrero y gabardina? Usted no usa nunca sombrero, y hay sol.

—Es tiempo de lluvias. Siempre llueve por la tarde.

Ella empezó a hacerle notar que la tormenta tardaría horas, pero

enseguida pasó a otra cosa.

—¿Y cómo está Sylvia? —preguntó.

—¿Sylvia? —Jacques seguía preocupándose por su sombrero y su gabardina

—. ¿Sylvia? Sí, Sylvia. Ella siempre está bien.

—Le traeré su agua —se metió en la casa y regresó con un vaso.

—Gracias —dijo él, bebiendo un largo trago—. Traje mi artículo con los cambios. Espero que esté mejor.

—¿Lo mandó mecanografiar? —preguntó ella.

—Sí.

—Qué bueno. A Lev Davidovich no le gustan los manuscritos ilegibles.

Tomó el vaso, luego caminaron juntos por el jardín. Cuando se acercaban a Trotsky, éste le habló a ella en ruso. Ella miraba a Jacques incisivamente.

—No sabía que se marchaban mañana.

—Sí, sí, olvidé comentárselo.

—Qué pena que no lo supiera, podría haber enviado algunas cosas a Nueva York.

—Puedo pasar mañana.

—No, no, gracias. Sería inconveniente para ambos. Lev Davidovich quiso que lo invitara al té. Ya le expliqué que usted no se sentía bien y que quería agua.

Trotsky inclinó la cabeza, viendo detenidamente a Jacques.

—De nuevo anda usted mal. Se ve enfermo… eso no está bien. Debería estar en cama.

—Ya descansaré en Nueva York. Además, quería que leyera mi artículo.

Hice todos los cambios y lo mandé mecanografiar. Creo que mejoró mucho.

Trotsky empezó a hablar de nuevo en ruso con su esposa. Jacques advirtió algo lastimero en su voz y comprendió que el viejo no quería abandonar sus animales para entrar en la casa y leer un documento. El jardín era encantador, el sol vespertino se filtraba por entre las aromáticas hojas del árbol de eucalipto.

Afiebrado, Jacques esperaba que Trotsky dijera que le debía dejar el manuscrito y que lo leería después en su tiempo libre.

Pero entonces, de mala gana, Trotsky empezó a quitarse los guantes.

—Bien, ¿qué me dice? ¿Vemos lo de su artículo?

¿Por qué no se estaba resistiendo? ¿Quería morir? *Había visto a través de Jacques. Sabía que era un farsante*.

Trotsky cerró la jaula de la conejera, se sacudió la camisa azul y se dirigió a la casa. Al seguirlo, Jacques sabía que se había enredado en una poderosa cadena de acontecimientos que lo atraían inexorablemente hacia adelante. El corazón le retumbaba en los oídos; el tiempo se ralentizó y enseguida se aceleró; su zona de visión se angostaba hasta el punto de que sólo tenía un espacio cónico ante él.

Trotsky detuvo la puerta de su oficina, y luego la cerró tras ellos. Se quitó el guardapolvo para ponerse el desgastado saco de su traje, y vio a Jacques para cerciorarse de que éste se había quitado el sombrero.

—Bien, vamos a ver cómo va —dijo Trotsky, extendiendo la mano. Jacques palpó el crujiente sobre en el bolsillo de su pecho, y enseguida recordó que traía el artículo en la gabardina

—No quiero darle el documento equivocado —dijo, hurgando en su saco.

Trotsky se sentó al escritorio, cuadrando las cuartillas frente a su vista.

Llegaban del techo voces de hombres y el sonido de pisadas. A través de las puertas corredizas de vidrio, que estaban abiertas, una franja de césped centelleaba un verde fulgurante, y la enramada de la buganvilia roja se desbordaba por la puerta. La oficina era diminuta, claustrofóbica. La silla de Trotsky rechinó cuando él se sentó. Se aclaró la garganta, dos veces, y finalmente emitió un largo suspiro cuando empezó a leer.

Era un momento ensayado. Espera a que termine de leer la primera página, le había instruido Eitingon. Espera hasta que le dé la vuelta a

la página, a cuando más distraído esté.

Los ojos de Jacques se nublaron; puso su gabardina en el estante de periódicos por detrás del escritorio y se miró las manos, sorprendido de que no le temblaran. Enseguida, descolgando el piolet del cordel, sujetó el mango con ambas manos y se dio la vuelta hacia Trotsky, quien miraría por encima de su

hombro e intentaría tomar la pistola del escritorio frente a él, y presionaría el interruptor eléctrico debajo del escritorio. Pero no, comenzó a darle vuelta a la página.

Jacques levantó el piolet por encima de su cabeza y la dejó caer con toda su fuerza, cerrando los ojos en el último instante para imaginar que despedazaba un bloque de hielo. Escuchó un horrible y acuoso sonido, luego sintió el crujido de huesos y algo caliente y pegajoso rociándole las manos. Abrió los ojos al horror de sus manos sosteniendo el piolet, la punta enterrada profundamente en el cráneo de Trotsky. El viejo no se había roto como un bloque de hielo, sino que yacía sentado y consciente, conectado con Jacques en el momento fatal. *La punta tiene que salir*. Tirando hacia arriba del arma, Jacques soltó un chillido de agonía pura e inacabable. Se paralizó cuando Trostky se incorporó de la silla como un animal salvaje, volviéndose hacia él, tomando el mango del piolet, agarrando a Jacques por la mano para mordérsela ferozmente, atravesándole la piel para llegar a la carne. En un frenesí de sangre, saliva y sudor, lanzó sus brazos alrededor de su asesino, forcejeando con él, hasta que finalmente Jacques lo empujó y el ruso cayó en el comedor.

Aturdido, vio cómo la puerta se abría y la anciana se abalanzaba, lamentándose en ruso. Acurrucó la cabeza de su marido en su regazo. La sangre que le corría a Trotsky por la cara le hacía ver los ojos impresionantemente azules y desnudos sin los lentes de carey, que habían quedado tirados a su lado.

Agarrándose la mano herida, tembloroso, Jacques se puso a observar a la pareja, a contemplar lo que había hecho. Escuchó voces, el alboroto de gente corriendo.

Intentó recordar qué seguiría. Se dirigió hacia las puertas corredizas de vidrio, pensando en salir por el pequeño balcón. Natalia Sedova le estaba balbuceando algo a su esposo al tiempo que intentaba limpiarle la sangre de la cara. Volteó a ver a Jacques, con una expresión de profunda consternación en su rostro.

Frunciendo el ceño, intentando entender, le habló en una lengua que él no comprendía.

Uno de los guardias, Joe Hanson, entró desde el comedor y se acuclilló en el piso a un lado de la pareja de viejos. Al mirar hacia arriba, Jacques recordó la pistola y se la sacó de su bolsillo trasero mientras se acercaban a toda prisa dos guardias más. Uno de ellos lo derribó al suelo, donde empezaron a golpearlo con los puños y la cacha de la pistola. Golpes rabiosos que le dañaban la piel, la cara, un ojo, la boca.

Las sirenas aullaban cuando recobró la conciencia. La casa estaba llena de gente. Los paramédicos movieron a Trotsky con gran cuidado para tenderlo en una camilla mientras su esposa y Hansen, alrededor, le aseguraban al viejo que

iba a sobrevivir.

Cuando llegó el momento de que se llevaran a Jacques, un policía lo esposó y los asistentes de Trotsky lo alzaron bruscamente. La casa y el jardín pasaban lentamente frente a él, y lo metieron en la parte trasera de la ambulancia; las puertas se cerraron de golpe. Mientras las sirenas aullaban, desfilaron por las calles de la ciudad, en comitiva. A través de las ventanas, podía ver gente detenida en las banquetas, observando.

—Probablemente sobreviva —le dijo un paramédico al policía que resguardaba a Jacques—. Las heridas en la cabeza provocan sangrado abundante. El golpe no fue fatal.

Anochecía, y empezaba a llover. En el trayecto, Jacques recordó que Sylvia lo esperaba.

CINCUENTA Y UNO

A las cuatro de la tarde, Sylvia ya se había arreglado, lista para que Jacques pasara por ella. No era extraño que se tardara. Todo el mundo era impuntual en la Ciudad de México. Dobló las últimas prendas que aún no había empacado, enseguida hizo una lista de las cosas que necesitaría hacer durante la mañana.

Empezó a escribir una carta a su hermana Ruth, luego la dejó de lado al recordar que vería a Ruth al día siguiente, o tal vez al siguiente. De vez en vez veía el trozo de papel en el que Jacques había escrito el nombre Alfredo Viñas, un número telefónico y dos direcciones del Paseo de la Reforma. Quince minutos antes de las cinco, pensó en

marcar el número telefónico, pero en vez de eso llamó a la operadora del hotel para preguntar si acaso Jacques le había dejado un mensaje.

La última noche en una ciudad extranjera era siempre estresante, el alejarse; tomar un avión sólo contribuía a aumentar la tensión. Había estado preocupada por Jacques los días pasados y ahora, conforme se acercaba la partida, empezó a temer que algo terrible hubiera ocurrido. Llamó una segunda vez a la operadora del hotel, luego una tercera. Después de las seis de la tarde empezó a preocuparle que fueran a llegar tarde para encontrarse con Otto y con Trudy, que eran alemanes, puntuales y no comprenderían.

Sylvia se consideraba una persona racional y se dijo que habría algún tipo de malentendido para el retraso de Jacques. Últimamente andaba tan distraído que la mayor parte del tiempo nunca advertía lo que Sylvia le decía. Se revisó el maquillaje, se pintó los labios, contempló su reflejo en el espejo del baño. Por supuesto, finalmente pensó, tendrían que encontrarse con Otto y Trudy en La Blanca. Ése era el malentendido. Jacques se habría retrasado en su junta de negocios, esperaría encontrarse con ella en La Blanca.

Aliviada, tomó su bolsa de mano y su abrigo de pieles. Estaría frío afuera, incluso a finales de agosto. Sólo por si acaso, dejó una nota: *me fui a La Blanca.*

Ahí te veo, con amor S.

A la entrada del hotel, el portero la ayudó a subir a un taxi que la llevaría al restaurante. Rara vez salía sola de noche en México; pero se sentó en el asiento

trasero y observó la ciudad, pensando que en veinticuatro horas estarían de regreso, sin contratiempos, en Nueva York: la noche, las conexiones perdidas serían un recuerdo que se desvanecía. El taxi siguió la misma ruta que habían tomado en la mañana, por Reforma, pasaron por Bellas Artes y la Alameda. Le pagó al taxista al detenerse frente al restaurante, y acomodándose el abrigo, entró en La Blanca, que en realidad no era el tipo de lugar que le gustaba a Jacques.

Demasiado moderno, un poco estridente, demasiado grande y moderno. Sonrió y saludó con la mano cuando vio a Otto y a Trudy sentados a la mesa cerca de la puerta. Jacques no estaba con ellos; sin duda estaría intentando llamarla por teléfono.

—¡Perdón por la demora! Perdón por la confusión. Estamos un poco ansiosos pero, Trudy, queríamos verte.

—¿Va a venir tu esposo? —preguntó Trudy.

—¿No está aquí? —Sylvia estiró la cabeza—. Sabía que nos encontraríamos aquí.

Otto sonrió.

—No, no lo hemos visto.

—Pero estaba segura de que estaría aquí.

—Hemos estado atentos a la puerta. Lo habríamos visto entrar.

Con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, sus hombros se hundieron.

—¡Ese hombre!, ¿dónde andará?

—¿No dijiste que iban a ir a Coyoacán esta tarde?

—¡Ay, Dios mío! Debe haberse ido al hotel. No me encontró y debe estar esperándome en el hotel.

—¿Llamaste a la casa? ¿Estaba ahí?

—Ay, no, nunca iría allí sin mí. Está en el hotel. Llamaré para que sepa que estamos aquí.

Abrió la bolsa para buscar su monedero, luego fue al teléfono público en un pasillo cerca de los baños. Depositó las monedas en la ranura y esperó a que la operadora le respondiera. Sin entender lo que la mujer decía, Sylvia recitaba en español los números que había aprendido. Cuando la operadora respondió, Sylvia suspiró con alivio y pidió que la comunicaran a su cuarto. Escuchó los números marcados sonar y sonar hasta que la operadora tomó la línea una vez más.

—Sí, soy la señora Jacson. ¿Está mi marido en el hotel? ¿Me dejó algún

mensaje?

Respiró profundamente para calmarse. Había estado tan segura. Otto y Trudy la miraron con preocupación cuando regresó a la mesa.

—Simple y sencillamente no entiendo. Estaba segura de que estaría en el hotel. ¡Pobre de la señorita Noriega! Creo que la voy a volver loca.

—¿La señorita Noriega?

—La telefonista del hotel. La llamé dos veces antes de irme. Sigo creyendo que Jacques habló o que algo salió mal con los teléfonos.

—¿Por qué no llamo a Coyoacán para averiguar si estuvo allí? —ofreció Otto.

—No, no pierdas el tiempo. Jacques nunca iría allí sin mí.

Otto arqueó una ceja, escéptico.

—¿Estás segura?

—Sí, tenemos un trato al respecto.

—Podría haberte dejado un mensaje allí. Las personas que no son de la casa a veces dejan mensajes con los asistentes.

—No, no, no quiero entrar en pánico. Debo pensar. Hay una explicación lógica. Esta tarde, cuando salió del hotel, Jacques dijo que iba a encontrarse con un hombre del Banco Ejidal, en Reforma, para cerrar un trato. Era un encuentro muy importante. Tomé precauciones, le pedí a Jacques que me diera el número telefónico.

Abrió la bolsa de mano para buscar el trozo de papel.

—Sé que está por aquí. Lo puse en mi billetera. ¡Sí! El señor Viñas. Le hablaré por teléfono.

Se disculpó y regresó a la cabina telefónica, en la que se hallaba un norteamericano calvo y rechoncho; tuvo la certeza de que sería un vendedor o algo así.

Esperó impacientemente, con el trozo de papel en una mano; con la otra frotaba dos monedas. Cuando el hombre finalmente terminó de hablar, Sylvia intentó una sonrisa forzada y enseguida tomó su lugar en la caseta. Levantó el auricular, marcó el número cero, esperó hasta escuchar a la operadora, luego depositó una moneda en la ranura. Haciendo acopio de todo lo que sabía de español, dijo el primer número que Jacques había escrito en el pedazo de papel.

La línea estuvo muerta por unos momentos; enseguida volvió a escuchar a la operadora, que dijo algo que Sylvia no entendió.

—¿Cómo? —dijo Sylvia—. En inglés por favor.

Ahora otra operadora apareció en la línea, una mujer que hablaba en inglés.

—Lo siento —dijo—, pero este número no está activado.

—¡Ay! —dijo Sylvia, abatida—. Pero es de un banco. El Banco Ejidal. El número debe existir.

—La señorita López dijo que el número no existe.

—¿Podría intentar de nuevo? —preguntó Sylvia—. A lo mejor lo dije mal en español.

Una vez más, la línea quedó en silencio, y tras una breve pausa regresó la operadora para decir que el número no estaba funcionando. Sylvia le pidió probar el segundo número que Jacques había escrito. Al cabo de otro momento de misterioso silencio, Sylvia escuchó un zumbido eléctrico y de estática, luego un americano con acento diciendo: “Shirley Courts. Soy Robert Shirley”.

¿Se había ido Jacques al hotel Shirley Courts?

Confundida, azorada, se identificó como la esposa de Frank Jacson.

—Estoy buscando a mi marido. Es nuestra última noche en la ciudad y no lo encuentro —rio—. ¿No andará por ahí?

—No, no se hospeda aquí.

—Sí, claro, todavía estamos en el hotel Montejo. Pero por algún motivo él me dio este número cuando salió hoy por la tarde. ¿Por casualidad, no lo estará usted esperando?

—No, pero estuvo aquí ayer.

—¿Estuvo allí?

—O antier. Vino a hablar con Bobby.

El hombre tapó la bocina telefónica para llamar a su hijo, y en ese instante, Sylvia imaginó a una pequeña casa familiar más allá del vestíbulo del Courts.

Tras unos momentos escuchó la voz aflautada de un chico.

—Soy Bobby —dijo. Al fondo, se escuchó la voz grave del padre—. Estuvo aquí ayer —dijo el muchacho—. Vino a pedirme prestado mi

piolet.

—¿Un piolet? —dijo Sylvia.

—Sí, mi piolet. Me pidió que se lo prestara, y después insistió en pagármelo.

Iba a escalar el Ajusco.

—¿El Ajusco?

—La montaña que está al oeste de aquí.

—¿Te dijo *cuándo* iría a escalar?

—No con exactitud. Pero yo creo que iba a ir hoy.

Sylvia empezó a temblar y preguntándose si se estaba volviendo loca; le dio las gracias al chico y colocó el auricular en su lugar. Estaba parpadeando para contener las lágrimas cuando se sentó a la mesa una vez más.

—No sé lo que está pasando —le dijo a Otto y a Trudy—. Me dijo la operadora que uno de los números no está en funcionamiento y el otro es del Shirley Courts.

—¿Crees que iba para allá? —preguntó Otto.

—No.

—Debió darte ese número por error.

—Pero ayer fue para allá, para conseguir una piqueta. Les dijo que el día de hoy iba a practicar montañismo.

—Debe haber un error —insistió Otto—. Déjame intentar el número del banco. Si es de un banco, debe haber un número que esté funcionando. Las compañías telefónicas en México son un disparate, pero sé cómo tratar con ellas.

Sylvia se sintió de pronto débil, como si le hubiera empezado el ciclo menstrual y su energía se agotara. Tomó un vaso de agua, luego recordó que no podía beberlo.

—¿Puedo tomar un poco de tu cerveza? —le preguntó a Trudy.

Trudy le pasó el vaso de cerveza y le sonrió con empatía.

—¿Shirley Courts? —Sylvia movió la cabeza y enseguida tomó un sorbo de cerveza.

—Quizá te estaba enviando algún tipo de mensaje —sugirió Trudy—, sería como una clave en una novela policiaca. Sylvia apretó los hombros y empezó a mecerse de un lado a otro.

—¡No te preocupes! —la instó Trudy—. Encontraremos al señor Jacson.

—Sí, sí, lo sé. No estoy siendo racional del todo, pero esto me recuerda la vez que desapareció en París. ¡Ay, fue la peor época de mi vida! Yo estaba desesperada, desesperada. Anduvo perdido durante semanas, pero por supuesto tuvo que hacerlo. Yo no sabía dónde estaba o qué hacer. Quise regresar a Estados Unidos, pero no podía sin saber qué había ocurrido. Fue igual cuando se enfermó por andar escalando. Creí que me iba a dar un colapso nervioso.

Trudy le sonrió para darle ánimos.

—Vivimos tiempos muy difíciles. Mucha gente está fuera de sus casillas.

Otto regresó a la mesa con semblante perplejo.

—No sé de qué es este número, pero no es del Banco Ejidal. Ya lo consulté en la cabina telefónica con las dos compañías de teléfonos.

—Debe ser una línea privada para el gerente. Viñas es el gerente.

—¿Quieres ir al hotel?

Ella vio detenidamente el trozo de papel una vez más.

—No, no va a estar en el hotel. Me dio también este número de la calle de Reforma. Viñas debe tener otra oficina. Iré para allá. Tengo que buscarlo.

—¿Pero cómo?

—Tomaré un taxi.

—Pero no puedes ir sola —objetó Trudy—. Iremos contigo. Díselo, Otto.

—Sí, por supuesto.

Afuera había caído la noche sobre el montañoso valle y la ciudad había comenzado su proceso de final de jornada. Las tiendas cerraban, las cortinas de metal bajaban por encima de los aparadores con un ruido ominoso. Los oficinistas y dependientes se apresuraban para tomar sus autobuses y sus tranvías. Las indígenas con sus niños se acurrucaban en las aceras en frente de los edificios. El aire frío se mezclaba con el olor de los gases de escape, del queroseno, de las cebollas y los chiles fritos. El tráfico, los transeúntes y los automotores se arremolinaban alrededor de Bellas Artes, en la esquina de la avenida Hidalgo para fluir pasada la Alameda. Había transcurrido una eternidad desde aquella tarde frente a la ardiente luz solar en los peldaños del palacio de mármol blanco.

A la mitad de la Alameda dieron vuelta hacia Reforma, pasaron por el Montejo y la embajada de Estados Unidos. Los coches y los taxis daban vuelta alrededor del monumento de la Independencia y se deslizaban frente a la fuente de la Diana.

—Ahí está el Banco Ejidal —balbuceó con entusiasmo Sylvia.

—Pero no estará abierto, no a esta hora —Otto le pidió al conductor detener el coche—. ¿Qué números son?

Sylvia repitió los números, que Otto tradujo al conductor.

—¡Está muy lejos! ¡Mucho más allá! —exclamó el conductor.

—Dice que está muy lejos.

—Quizá Viñas tiene una oficina privada —dijo Sylvia—. Eso explicaría por qué Jacques ha tardado tanto. Sigamos. No me importa lo lejos que esté.

Una vez que salieron de Reforma y entraron al Bosque de Chapultepec, el parque más grande de la ciudad, cambió levemente el estado del tránsito: se volvió ordenado y en fila; los coches iban ocupados por los ricos, por los afortunados que regresaban a casa. Un largo río de rojas luces traseras

desembocaba a lo largo de la noche. Trudy empezó a decirle algo a Otto en alemán, y tras unos segundos, Otto le tradujo a Sylvia.

—Trudy dice que esto es como un cuento de Kafka. ¿Has leído a Kafka, un escritor de Alemania que vive en Viena? Sus cuentos son muy extraños. Puedes leerlos y leerlos, y nunca tienen sentido. Algo se extravió o algo ocurre de manera equívoca. Hay una lógica distinta en

ellos.

Sylvia se hundía más y más en el desasosiego; su mente daba vueltas barajando escenarios posibles. Tenía que ser el señor Lubeck, algo tenía que ver con él. Eso, o Jacques había tenido algún tipo de colapso mental.

Pasaron por enfrente de la entrada al zoológico y del otro lado del parque apareció Lomas de Chapultepec, que alguna vez fue una gran hacienda en las montañas con vista a la ciudad, y ahora era un suburbio exclusivo lleno de residencias con reminiscencias de haciendas. El conductor disminuyó la velocidad para poder ver los números de las casas, luego aceleró. Parecía que se estaban acercando a los confines de la ciudad. El progreso había dado paso a la oscuridad, y Reforma se convertía en un camino empedrado. Finalmente, el coche se detuvo y el conductor empezó a hablar muy rápido.

—Dice que hasta aquí llega Reforma.

—Entonces debemos haber pasado de largo esas direcciones.

Otto no respondió y nadie habló en el coche durante un rato. Ahora iban en sentido contrario, y cuando pasaban por el parque, el río de luces traseras de los coches que corría por el lado opuesto era blanco. Sylvia parecía haber perdido la esperanza, pero enseguida anunció que tenía que haber llamado al hotel en el momento en que salieron del parque.

—Vamos por ese rumbo. ¿No sería mejor esperar hasta llegar al hotel?

—No. Tengo que llamar. Dile que se detenga en el primer lugar que encuentre.

—¿Estás segura? —preguntó Trudy cuando Sylvia salía del coche enfrente del café Swastica.

—Está bien. He conocido bastantes antisemitas. Creerán que soy alemana.

Cuando volvió, diez minutos después, quejándose de la terrible señorita Noriega en el Montejo, Otto y Trudy la estaban esperando de pie en la banqueta.

—Pensé que podríamos ir caminando al Banco Ejidal —dijo Otto—. Son sólo unas calles.

—Pero dijiste que el banco estaría cerrado —le recordó Sylvia.

—Habrá alguien que trabaje hasta tarde. Si Viñas es el gerente, sabrán cómo

localizarlo.

—Viñas podría no ser el gerente. No estoy completamente segura —tiró de su abrigo de pieles en la oscuridad de la noche—. Y podría conocer a Jacques pero con otro nombre. Su nombre no es en realidad Frank Jacson. Se llama Jacques Mornard.

Casi no había transeúntes en aquel trecho de Reforma. Ocasionalmente, una indígena envuelta en un chal y cargando a un niño de la mano, hombres en pantalones de manta blancos y huaraches barrían las aceras con escobas hechas de ramas. La avenida parecía inmensa, con un amplio camellón a lo largo del centro y una doble hilera de eucaliptos a cada lado. Los vehículos —los taxis y los colectivos— parecían reconcentrarse, como si yendo en grupo estuvieran a salvo.

El banco estaba cerrado como habían supuesto, pero vieron a un empleado de intendencia trapeando el piso. Otto empezó a golpetear en la ventana de vidrio que había detrás del cortinaje de metal.

—¡Viñas! ¿Viñas? —gritó para que el hombre se acercara a la ventana —. ¡El señor Viñas! ¿Es el gerente del banco?

—No, no sé —respondió con gestos el hombre. El banco estaba cerrado. El hombre encogió los hombros y se alejó.

—Bueno, eso no significa nada —dijo Sylvia—. Probablemente no sepa quién es el gerente y no sepa los nombres de los empresarios socios del banco.

Supongo que tenemos que ir al hotel. Probablemente Jacques ya esté allí.

Siguieron caminando, y cuando llegaron a una cabina telefónica, Otto se detuvo.

—Voy a hacer una llamada —les dijo—. Marcó el número de la casa en Coyoacán, que era lo que deseaba hacer desde hacía rato. Sabía que el señor Jacson iba a la casa sin la compañía de Sylvia y no entendía la confusa objeción de ésta. Depositó unas monedas y le dictó el número a la operadora; después escuchó el recurrente timbre del

teléfono del otro lado de la línea.

—¡Bueno! —respondió alguien.

—¡Hola! ¡Hola! Soy Otto Schüssler. ¿Con quién hablo?

—Nilton. Vivo en la casa de junto.

—¿Qué está haciendo ahí?

—Aquí no hay nadie.

—¿Dónde están Hansen y Cornell?

—Se fueron. Todos se fueron.

Una oleada de estática se apoderó de la línea cuando pasó una fila de taxis.

Otto pudo distinguir la palabra *hospital* y sobreentendió que alguien había atacado a Trotsky.

—¿Qué sabe del señor Frank Jacson, un hombre de negocios canadiense?

¿Estuvo allí? Estamos tratando de encontrarlo.

—Sí, sí, anduvo por aquí.

—¿Sabe dónde está ahora?

—Se lo llevaron al hospital.

La comunicación era deficiente y con el ruido del tránsito de la calle Otto no estaba seguro de qué tanto entendía.

Sylvia movió la cabeza y empezó a llorar.

—Pero ¿quién atacó a Trotsky? ¿Y qué estaba haciendo allí Jacques? No tiene sentido. ¿Está bien el viejo?

—No lo sé.

—Debemos ir al hospital.

—No sé cuál hospital es. Vayamos mejor a la casa para averiguar qué está ocurriendo.

Sylvia lloraba silenciosamente en el asiento del taxi; a veces susurraba para sí misma, hasta que al final se hundió en el silencio. La extraña ciudad pasaba de noche frente a ella y todas sus defensas se le deshilaban. Cuando llegaron a la casa, había gente parada a lo largo de la calle, hablando de algo que había ocurrido. Había una reverberación poco común por las luces brillantes frente a la casa, que parecía la escenografía para una película, con patrullas bloqueando la entrada, vecinos y gente del barrio observando desde las sombras. Sylvia sintió como si fuera a flotar, sintió que se desprendía cuando salieron del taxi y empezó a cruzar el terroso camino hacia la casa. El portón estaba abierto.

Siguieron el sendero a la enramada de buganvilia, donde destellaba una luz amarilla proveniente de un portal. Sylvia se sintió débil, como si se fuera a desvanecer. Estaba terriblemente asustada. Temía preguntar, saber lo que había ocurrido. Vio que Otto hablaba con un hombre vestido de saco oscuro, y que la veían sin despegarle la vista. Necesitaba desesperadamente sentarse. Necesitaba ir al baño, pero el camino hacia el comedor estaba bloqueado por una gran mancha oscura sobre el tapete de yute.

—¿Sí?

Ahora Otto hablaba con ella. Alguien le estaba tocando los brazos. El hombre del traje oscuro la tomaba por el brazo. Ella no entendía lo que Otto

decía.

¿Estaba casada con Frank Jacson?

Una situación difícil. Todo era tan complicado. Ella intentó explicarlo pero la lógica seguía enmarañándose.

—No te preocupes, Sylvia, estarás bien —le decía Trudy, palmoteándole el hombro.

—Los detectives quieren saber si te llamas Sylvia Ageloff.

—Sí —sintió la presión en el brazo—. ¡Otto! ¡Dile que me deje en paz!

CINCUENTA Y DOS

El dolor era agudísimo, pero lo obligaba a centrarse en el presente, borrando los recuerdos que lo hacían estremecerse y retorcerse: el aullido desgarrador, el crujido de los huesos, la sangre derramada.

—¡No! ¡Duele! —gritó cuando las enfermeras con sotanas blancas lo examinaban. Con correas lo sujetaron a la cama. No importaba lo mucho que intentara, no podía escapar de los copos de algodón, del lacerante alcohol y del yodo. Con el ojo izquierdo no podía ver nada, lo tenía cerrado por la inflamación. La boca la tenía cortada y magullada. La cara y la cabeza le dolían por dentro y por fuera. La mano donde Trotsky le había encajado los dientes en la carne le palpitaba. Se sintió solo como nunca antes, y temeroso. Todo había salido mal. Todo era un desastre.

Pensaba en Eitingon y en Caridad cuando un hombre con aire familiar entró en el cuarto, un mexicano gordo de cabello escaso, con ese rostro carnoso, de villano y vagamente femenino y una distintiva verruga en una comisura de la boca. Llevaba un ostentoso traje a rayas que hacía juego con el chaleco. Miró a Jacques, divertido.

—¿Quién lo mandó?

Jacques se quedó paralizado por un momento enfrentando a su adversario.

—¿Joven, quién lo mandó?

—¡No hablo castellano! —dijo Jacques—. No hablo castellano —se contrajo de dolor, tratando de evadir las manos de las enfermeras, el punzante dolor en la herida encima del ojo—. En inglés —dijo—. En inglés o francés.

El mexicano lo contempló por un momento y caminó hacia la ventana, contemplando el exterior. Seguía lloviendo, y relampagueaba de vez en vez.

—No se imagina la multitud de reporteros que hay abajo —dijo en español

—. La prensa internacional, todos los periódicos de la ciudad, todas las estaciones de radio. ¡El mundo entero nos está viendo esta noche! Estamos en el ojo del huracán.

Jacques fingía no oír, y luego se dio cuenta de que las enfermeras se

aproximaban a él con una larga aguja hipodérmica.

—¡No! ¡Eso no! ¡Suero de verdad no! —forcejeó pero las correas lo mantenían inamovible. Eitingon se lo había advertido. Si hablaba, la GPU no lo rescataría. Abrió los ojos desmesuradamente cuando sintió

entrar la aguja, luego se inclinó hacia delante y mordió el borde de su bata, moviendo los ojos de un lado a otro.

El hombre sonrió.

—Es para evitar infecciones. No lo va a hacer hablar.

Las enfermeras prosiguieron con su trabajo y empezaron a ceñirle, con cinta adhesiva, una almohadilla de algodón encima del ojo hinchado.

—¿No habla español?

Jacques ignoró la pregunta, rehusándose a caer en contradicciones.

—Entonces, espéreme un momento… —el mexicano sonrió de nuevo, divertido por su propio sentido del humor, y luego abandonó la habitación.

Jacques esperaba que la droga hiciera efecto, pero no sentía nada. Momentos después, el mexicano regresó con un segundo hombre, de cabello espeso, y vestido con traje oscuro.

—Éste es el detective Morales, que servirá de traductor. Creo que habla un inglés excelente. Pasó parte de su niñez en Los Ángeles.

Esperó, dándole a Morales el tiempo necesario para que se familiarizara, y luego volvió a sus cordiales modales.

—Y claro, debo presentarme. Soy el coronel Sánchez. Tal vez haya oído hablar de mí. Soy el jefe de asuntos especiales en México, que la mayoría de la gente conoce como policía secreta. Probablemente ya sepa usted dónde se encuentra y sus circunstancias generales.

Jacques seguía con el rostro inmóvil, esperando que le tradujeran. Las enfermeras habían empezado a envolverle la cabeza con gasas, que le cubrían un poco la cara.

—Aquí es la Cruz Verde, el hospital municipal —prosiguió el coronel Sánchez—. Y este piso es de mi jurisdicción. Los oficiales están siempre apostados en la recepción frente a los elevadores y esta noche dos hombres armados hacen guardia enfrente de su puerta. Ahí los puse, no porque tengamos miedo de que usted escape, sino para su protección —sonrió maliciosamente—.

No queremos que venga uno de los suyos y lo mate. Así es como se procede generalmente, la manera más segura de que se quede callado.

Ésa es la costumbre de la GPU. Por supuesto, no sería uno de sus camaradas de confianza,

nadie de los que lo reclutaron. Sería un extraño, alguien a quien nunca antes ha visto. Podría ser un asistente, una enfermera. O incluso un oficial de policía.

El coronel sacó un paquete de cigarros de la bolsa delantera de su saco y encendió uno, arrojando el cerillo en el piso mientras esperaba a Morales.

—Trotsky está en el piso de arriba.

Jacques cerró los ojos.

—¡No diga ese nombre! ¡Por favor! ¡No lo soporto! —el grito le provocó vértigo y volvió a ver al viejo y a su mujer en el suelo y cubiertos de sangre.

—Veo que entiende algo. Pero sí, Trotsky —una vez más, la sonrisa maliciosa— está en condición crítica. Su esposa está a su lado, la pobre anciana.

No se imagina usted su pesar. Estaba cubierta de la sangre de Trotsky cuando llegaron a auxiliarlos. Ahora están rodeados de amigos y de camaradas. La Cuarta Internacional va a enviar un cirujano famoso desde Washington. La gente llama desde Estados Unidos y desde Europa, desde todas partes. Y usted está solo. Nadie llama para preguntar por usted. Nadie viene al hospital. Nadie muestra una señal de preocupación. Así es como siempre ocurre con el agresor

—sacó de la bolsa del saco de Jacques el pasaporte de éste y la carta, e hizo como si los analizara.

—¿Qué es esto? —le preguntó, levantando la hoja de papel.

—Una carta —respondió Jacques, una vez que Morales le tradujo la pregunta.

—¿Usted la escribió?

Una pausa.

—Sí.

—¿Qué dice? ¿No lo sabe? Haré que la traduzcan al español y muy pronto lo averiguaremos.

El coronel hizo alarde de que miraba con atención la firma, luego abrió el pasaporte.

—Está firmado por Jacques Mornard, pero su pasaporte canadiense está a nombre de Frank Jacson. ¿Cuál es su nombre?

—Mornard. Soy Jacques Mornard.

—¿Y el pasaporte?

—Es falso, lo compré en París.

—Hablaremos de la carta una vez que la haya leído. Debe saber que arrestamos a su cómplice Sylvia Ageloff. Está en un cuarto justo abajo del

pasillo.

Jacques se paralizó. No podía reaccionar, y hacerles saber que entendía. Pero finalmente dijo:

—¡No, a Sylvia no! Ella es inocente. No sabe nada.

—Estaba en una crisis de histeria cuando la trajeron para acá. Había estado con uno de los asistentes de Trotsky y su novia. Ellos la acompañaron en una búsqueda inútil por toda la ciudad, buscándolo a usted. Insistía que iba usted a tener un encuentro con un banquero, que nunca iba a la casa de Coyoacán por su cuenta. El asistente de Trotsky dijo que la señorita Ageloff había estado muy seria en el taxi, y luego perdió los estribos cuando vio la sangre en el piso de la oficina de Trotsky.

Jacques cerró los ojos.

—No, Sylvia es buena. Ella es inocente. Por favor, no la inmiscuyan en esto.

El coronel arrojó su cigarro en el piso y lo pisó.

—Los reporteros me esperan. Volveré cuando hayan traducido su carta, y podremos continuar nuestro jueguito del gato y el ratón. Tenemos mucho de qué hablar.

CINCUENTA Y TRES

Por entre la confusión de la fatiga y del dolor, Jacques escombraba a tientas en lo que Eitingon le había dicho, pero no tenía nada concreto

a que asirse, nada más que la amabilidad en los ojos y en el tono de voz de Eitingon. Caridad le había prometido que ella acudiría a su rescate. Era México, había dicho ella.

Sobornarían a jueces y lo ayudarían a que se fugara de la cárcel si fuese necesario.

A pesar de que la luz del techo le daba directamente en los ojos, comenzaba a dormitar cuando volvieron el coronel Sánchez y el detective Morales.

—Empecemos de nuevo —dijo el coronel, una vez más con la ayuda del traductor—. Su nombre es Frank Jacson.

De nuevo, se hizo una pausa.

—No, Mornard. Me llamo Jacques Mornard.

—Pero aquí dice que su nombre es Frank Jacson —Sánchez alzaba el pasaporte, y esperaba que le tradujeran sus palabras.

—Es falso. Soy Jacques Mornard. No soy canadiense. Soy belga.

—¿Dónde consiguió el pasaporte canadiense?

—Lo compré en París.

—¿Para qué quería un pasaporte falso?

—Para venir a México. El hombre que me mandó fue quien me dijo que lo consiguiera.

—¿Pero quién lo envió?

—Un hombre de París, un miembro de la Cuarta Internacional. Me pidió que viniera aquí para trabajar con Trotsky. Hizo las gestiones necesarias y pagó mis gastos.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—No lo sé. Nunca me lo dijo. Todo está en esa carta. Lo escribí en la carta.

—No le creo que la haya escrito usted. Quiero que me cuente para yo saber.

El retraso que implicaba traducir le daba a Jacques un momento para

pensar,

pero tenía que enmascarar sus reacciones y soportar el tedio del ir y venir, que era ya suficiente para hacerlo confesar.

—Un hombre en París ofreció pagarme mis gastos si viajaba a México para trabajar con Trotsky —dijo Jacques—. Trotsky era mi héroe político, así que acepté la propuesta. Pero cuando llegué aquí, empecé a darme cuenta de que Trotsky era un farsante. No le interesaban nada los obreros. Se refería de manera desdeñosa a la gente que lo apoyaba. Todo lo que le importaba era él mismo.

Cuando me pidió que fuera a Rusia para asesinar a Stalin, le expliqué que yo no podía abandonar a la mujer que amo. Ahí fue cuando me dijo que tendría que apartarme de ella. Ahí fue cuando me desilusionó por completo.

—¿Quién mecanografió esta carta? —preguntó el coronel.

—Yo.

—¿Dónde consiguió una máquina de escribir con caracteres en francés? No se consiguen en México.

—Me la proporcionó un hombre que conocí en el Kit Kat Club.

—¿Cómo se llama?

—Pérez o Paris. No sé.

—¿Quién es él?

—Un fulano, el tipo de persona con quien te topas en cualquier gran ciudad y que puede conseguirte lo que quieras.

—¿Dónde está esa máquina de escribir? Buscamos en su cuarto del hotel Montejo y no encontramos ninguna máquina de escribir.

—Se la devolví a Pérez.

—¿Dónde escribió la carta? ¿En su habitación del hotel?

—No, en mi coche, en el Bosque de Chapultepec.

El coronel hizo a un lado la carta.

—Estuve con la señora de Trotsky hace unos minutos. Ojalá pudiera

ver lo que está sufriendo. Es como una santa sentada a un lado de la cama de su esposo, esperando que despierte del estado de coma. Sánchez continuó: Los ojos de Jacques se quedaron quietos, como si estuviera acorralado.

—Sí, una experiencia terrible para una esposa después de tantos años juntos.

He tenido la fortuna de observarlos de cerca desde que llegaron a México. La gente habla de Trotsky como el gran intelectual y escritor, pero yo siempre lo consideré un soldado y un colega. Soy un comunista; muchos de nosotros lo consideramos un verdadero héroe —sonrió—. Es extraño que eligiera usted esa arma. Cuando lo golpeó con la piqueta, le insertó la cuña dos pulgadas en el

cerebro.

Jacques sintió cómo el sudor emergía en su rostro.

El coronel levantó el pulgar y el dedo índice para señalar la medida.

—Tal vez sobreviva. Cosas muy extrañas han ocurrido, pero si fallece, será usted culpable de asesinato.

Jacques movió la cabeza de lado a lado, escuchando una vez más el horrible grito.

—¡No! ¡Por favor, ya no! ¡No!

—¿Y lo hizo por Sylvia Ageloff?

—¡No! ¡Sí!

—¿Y la ama?

—Sí, más que a nadie. No podía abandonarla. No podía abandonarla e irme a matar a Stalin.

—¿Y ella lo ama?

—¡Sí! Ella es inocente. Ella no sabía.

—¿Que la engañaba?

—Sí. La engañé.

—La pobre mujer sigue en estado de histeria, fuera de sí. Los médicos

creen que está sufriendo un colapso nervioso. Ya sabe lo delicada que puede ser la gente inteligente. Tienden a la ansiedad. Son susceptibles a las ideas, a los problemas psicológicos. Debe haberle quebrantado su confianza en la realidad.

Dicen que ocurre cuando a la mente se la engaña por mucho tiempo y con mucha crueldad.

—No, no, Sylvia. ¡No! ¡No!

—Sí, está en un cuarto debajo del pasillo y Trotsky está en el piso superior rodeado de su esposa y sus colaboradores, de toda la gente a la que usted engañó. Es raro cuando las cosas se juntan, como en este caso —el coronel bajó los párpados—. Sí, qué extraordinario; imagínese lo que podemos divertirnos. Es como una de esas novelas policiacas, en donde el detective tiene a todos los sospechosos en la misma casa.

El coronel vio su reloj. Eran las tres de la mañana, pero estaba a sólo unos minutos de la colonia Doctores, donde vivía. Calculaba cuánto tardaría en responder al clamor de los reporteros que exigían su atención y cuánto tiempo le tomaría llegar a su casa y dormir. Sacó un paquete de cigarros, extrajo uno y le ofreció otro a Jacques, que parpadeó con dolor cuando se lo llevó a los estropeados labios.

—Vaya, veo que es un hombre inteligente. No perdamos tiempo. Sabemos que David Alfaro Siqueiros trabajaba para la GPU. Hasta sabemos dónde está escondido; se oculta en las montañas, cerca del pueblo de Hostotipaquillo. Me ha estado viendo la cara durante meses, sembrando artículos en periódicos como si todavía anduviera en la ciudad. El famoso pintor metió la pata, así que la GPU lo envió a usted para que terminara el trabajo.

—No, no sé nada sobre la GPU.

—La GPU lo contrató para que se ganara la confianza de Trotsky, para que fuera usted la serpiente en el pasto. Cuando Siqueiros fracasó, lo mandaron a usted para que le clavara una piqueta a Trotsky en el cráneo.

Jacques empezó a llorar. Las lágrimas le corrían por la cara.

—¡No! ¡No! ¡No lo soporto! —lloró, y se puso de cara a la pared.

—Calma, calma —le susurró la enfermera cuando la aguja se le deslizó por debajo de la piel. Surgió una pequeña gota de sangre, escarlata, brillante como una joya, que captó la atención de Sylvia; luego le frotaron con un trocito de algodón empapado de alcohol, y la sangre desapareció. Todo en el cuarto parecía distante y apagado, todo confuso; la gente entraba y salía. Sylvia seguía escuchando la voz que decía: no, no, no, una voz familiar, una voz que ella recordada. La enfermera se retiró, con su blanco hábito crujiendo suavemente.

Un sentimiento voluptuoso embargó a Sylvia, una sensación de que escapaba flotando. Ahí estaba Jacques, en algún lugar cercano. Escuchó su voz llamándola por su nombre.

—¡Sylvia! ¡Sylvia! —una mano la estrujó—. Sylvia, soy yo, Otto.

Se alejó. Gente entraba y salía. Sylvia perdió la noción del tiempo, las horas se deslizaban frente a ella. Natalia Sedova estaba sentada a su lado en la cama, sosteniéndole la mano, con sus ojos tan tristes, la tragedia escrita en su rostro.

Las dos mujeres se miraron a los ojos; compartían su pena. Sylvia ya no podía evadir la verdad. Entendía lo que había ocurrido cuando llegó a la casa y vio la mancha de sangre en el tapete de yute. Había estado esperando a Jacques desde las cuatro de la tarde, preocupada, deseando que todas sus sospechas resultaran infundadas. Se había desesperado cuando a las siete tomó un taxi para encontrarse con Otto y con Trudy para cenar. Deseaba que Jacques la estuviera esperando en el restaurante, para que hubiera otro estúpido malentendido, y por ende otra pesadilla a la cual ponerle fin. Era su última noche en México, y Jacques había desaparecido de nuevo. Todo lo que tenía era un pedazo de papel doblado donde él había escrito un nombre y dos números de calle. Viñas, ése era el nombre, un nombre que no podría olvidar fácilmente. Había hecho que Otto y Trudy tomaran un taxi junto con ella para hacer el largo recorrido por Chapultepec y hasta Las Lomas rumbo a una dirección que no existía. Y en todo el camino, ella había insistido en que Jacques nunca iría a la casa sin su compañía. Otto quiso llamar a la casa, pero ella insistía: no, no, no va a estar allí.

Posteriormente, en el largo trayecto a Coyoacán en la parte trasera de un taxi, ella comenzó a saber.

Ahora despertaba de una pena sin fin, retirándose de un futuro que ya no existía, un pasado que era una mentira, una existencia precaria al filo de la navaja de la angustia.

—Sylvia, tienes que despertar —empezó a decir Monte —. Quieren que te despiertes.

Monte, su hermano menor, había venido de Nueva York en representación de la familia, para hacerse cargo de Sylvia. Vestido con saco color azul marino, parecía fuera de lugar con sus pecas, con su cabello rubio.

Los médicos habían dejado de sedarla. Tenía los labios secos, la boca reseca.

Una mujer la ayudó a bañarse. Otra la vistió con ropa que Ruth e Hilda le habían enviado de Nueva York: una blusa marinera con rayas horizontales y pantalones negros. Su padre había mandado a Monte porque estaba enojado con sus hermanas; Ruth e Hilda eran cómplices por conocer a Trotsky.

Mientras comía un consomé, Sylvia sintió que la estaban preparando para un sacrificio ritual. Monte llegó con un periódico mexicano, que repasó de manera presuntuosa, sentándose en un sillón. No sabía leer en español, pero veía las fotografías.

Cuando terminó, dobló el periódico y colocó la portada frente a ella.

—Hubo una procesión —le dijo—. No veas las páginas interiores. Las fotografías son espantosas.

Sylvia se puso los lentes y parpadeó al centrar los ojos. Fijó la mirada en una foto en blanco y negro de unos hombres siguiendo calle abajo a un coche fúnebre, con miles de mexicanos abarrotando las aceras.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó, sintiendo que un balanceo la desorientaba.

—Es el periódico de hoy, entonces obviamente fue ayer.

—No, quiero decir ¿cuánto tiempo he estado aquí? Perdí la noción de los días.

—Tres días. Hoy es el cuarto.

Al analizar la fotografía, reconoció a Joe Hansen, a Charles Cornell y a Jake Cooper marchando detrás del coche fúnebre; la furia y el drama estaban escritos en los rostros de los hombres.

—No, no hagas eso —dijo Monte cuando le dio vuelta a la página—.

Esas fotografías son espeluznantes, imágenes como de una autopsia.

Al poner el periódico a un lado, Sylvia sintió una ansiedad entumecedora que reptaba encima de ella, un inminente ataque de pánico.

—Tengo la boca muy seca. ¿Me traes un poco de hielo picado?

Monte abandonó la habitación. Cuando volvió, evitó verla a los ojos.

Momentos después, entró el coronel Sánchez, uniformado: una casaca, pantalones y botas para montar; iba acompañado de una enfermera y un policía traductor. Sylvia tuvo un recuerdo poco placentero del coronel cuando éste la interrogaba.

Al principio, el traductor la hizo confundirse; no podía saber realmente quién hablaba o a quién mirar.

—¡Muy, muy bien! —dijo el coronel, sonriendo y frotándose las manos previsoriamente—. Veo que la señorita está despierta y que se siente mucho mejor —dijo el traductor.

Otra efusión de palabras salió de boca del coronel.

—Tenemos a uno de sus amigos a quien le gustaría ver. Será bueno para la señorita salir de la cama y caminar un poco. Será terapéutico, ¿sí? No vamos muy lejos, por aquí.

El coronel sonrió ampliamente y le ofreció su antebrazo a Sylvia, como si la invitara a bailar. Ella volteó de lado a lado, desesperada, y se aferró a los bordes del colchón.

—¡Monte! ¿Qué quiere este hombre? ¿Qué están haciendo? Por favor, no quiero ir.

—Sylvia, no puedo hacer nada.

—No, no puedo. Aún no me siento suficientemente fuerte.

Mientras protestaba, la ayudaron a bajar de la cama. Descalza, parecía un duendecillo con el cabello húmedo y peinado por detrás de las orejas. Sonriente, locuaz, el coronel Sánchez condujo a su pequeña procesión al pasillo. La enfermera iba a un lado de Sylvia, el traductor en el otro, Monte cerraba la marcha.

—No está lejos —decía el traductor—. Un poco más.

Cuando el coronel abrió la puerta hacia una concurrida habitación, dispararon flashes que enceguecieron a Sylvia. Hombres vestidos de traje se alineaban contra las paredes del cuarto. Un estenógrafo esperaba, sentado a una mesita. En un momento alucinante, Sylvia creyó que Trotsky estaría sentado, recargado en una cama de hospital, la cabeza envuelta con un turbante de gasas blancas, la cara semioculta con un parche.

Cuando reconoció a Jacques, Sylvia se abalanzó desde la puerta.

—¡No! —gritó, se le doblaban las rodillas—. No quiero verlo. ¡No me hagan

esto!

—Llévensela, por favor —rogó Jacques, ocultándose el rostro con las manos

—. Por favor, esto está de más —estaba alarmantemente cerca de ella, acostado con una bata sucia, el rostro con golpes y contusiones. Sylvia lloraba, las lágrimas le corrían por la cara.

Sonriente, de pie en medio de la habitación, el coronel comenzó a abordar a los periodistas convocados en un tono de voz estentóreo, confiado en que sus palabras irían directamente a la imprenta.

—El coronel invitó a los más célebres miembros de la prensa —le estaba diciendo el traductor a Sylvia—. Los reporteros más sobresalientes de la nota policiaca.

Al ver que Sylvia estaba a punto de desmayarse, la enfermera le frotó las muñecas con algodones humedecidos con alcohol. Todavía sonriente, el coronel se acercó a Sylvia, hablándole muy rápidamente en español.

—Sylvia —dijo el traductor—, ¿conoce a este hombre que tiene frente a usted?

Ella miró de un lado a otro. El coronel asintió con la cabeza frente a ella, para animarla a responder.

—Sí, lo conozco.

De nuevo, el coronel habló en español. De nuevo el traductor tradujo.

—¿Cuál es su nombre?

—Jacques. Jacques Mornard.

—Él dice que usted es la razón de su vida.

Sylvia no tenía idea de cómo responder.

—Él dice que usted es la razón de su vida —repitió el traductor; el tono estentóreo del coronel se filtraba en su voz.

—Me usó —murmuró Sylvia, bajando la vista y viendo el suelo.

—Por favor, tiene que hablar más alto —insistió el traductor.

—Me usó.

—¡Muy bien! ¿Y cómo la usó?

El careo estaba perdiendo su apariencia de realidad. Se hallaba dentro de una alucinación. Se hallaba en una tragedia, y querían que fuera un personaje.

—Me usó para conocer a Trotsky —respondió, resultándole más fácil conforme hablaba.

—¿Amaba usted a Jacques Mornard?

—Sí, yo era su esposa. Él era mi marido.

—¿Creía usted que él la amaba?

—Sí, estaba segura de su amor.

—¡Y Jacques! —el coronel se dirigió a él—. ¿Amaba a Sylvia?

Sylvia no soportaba ver a Jacques; solamente escuchaba el crujir de la ropa de cama.

—Sí —respondió Jacques en voz baja y ronca.

—¡Por favor, hable fuerte!

—Sí, la amaba, la amo todavía.

—Sylvia, ¿qué siente ahora por él?

—Asesinó a Trotsky. Mató mi amor cuando asesinó a Trotsky.

—Pero Jacques dice que Trotsky lo sedujo y lo traicionó, que Trotsky

iba a enviarlo como agente encubierto para desestabilizar a Rusia.

—Trotsky apenas si sabía que Jacques existía.

—¿No cree usted en lo que dice Jacques: que su desilusión ideológica fue el motivo de la tragedia?

—Él trabajaba para la GPU. ¿Por qué iba Trotsky a comisionarlo para ir a Rusia? Jacques no sabe nada de Rusia. A duras penas puede identificarla en un mapa. Trotsky habría enviado a un hombre en el que él confiara.

—¿Nunca sospechó que Jacques Mornard fuera un agente soviético?

—Hubo un momento en que creí que podría haber sido un agente británico.

Yo sabía que algo andaba mal. Pero lo amaba. Estuve enceguecida.

—Mírelo, Sylvia. Mire a su amante y dígame qué ve.

Sylvia se dio la vuelta, a regañadientes.

—Sylvia, díganos qué ve.

—Éste no es el hombre que yo amaba.

—Jacques, escuche las verdades que le dice su amante. Son muy duras, son tremendas. Se ha convertido en testigo contra usted. Dijo usted que ella era la razón de su vida.

— *Mon cher colonel!* Por amor de Dios, sáquenla de aquí.

NUEVA YORK, 1960

Mientras esperaba, escuchaba la lluvia. Una suave calma templaba la ciudad. El consultorio estaba en silencio. La luz de la mañana que atravesaba las ventanas era gris; el aire frío, casi líquido. Habían transcurrido diez minutos y su paciente luchaba por romper el silencio. Ella veía los zapatos de piel de becerro moverse de un lado a otro como las cuchillas de un parabrisas. Transitaban coches por la calle seis pisos abajo. Era primavera y el parque lucía verde y exuberante. Ella imaginaba la lluvia estrellándose contra los árboles cuando la luz del teléfono empezó a parpadear y una llamada activó el servicio de mensajes. Era muy pronto para que Fritz llamara. No habría llegado a su oficina de Columbia.

—¿Sí? —dijo, finalmente, para presionar a su paciente.

El hombre suspiró.

—Es tan difícil.

Ella resistió la tentación de preguntarle por qué, de propiciar una conversación, de ser seducida. Él movió el cuerpo, juntando las manos encima de su pecho.

—Anoche —su voz vaciló como si fuera a ponerse a cantar—, anoche soñé que andaba por el parque con los perros.

Le estaba contando un sueño. Un hombre y una mujer, un sendero por el bosque y dos perros.

Ella lo escuchó atentamente, con el objeto de captar las repeticiones, las pautas. Los nombres de la familia, los datos biográficos, todos los sueños se convertían en parte de un tejido, un pedazo de tela tejida en su mente. Imaginó que se desatendía de su paciente por completo; si tan sólo tuviera una pieza del rompecabezas, lo recordaría todo.

—Era un día frío, y Lil traía puesto su abrigo rojo de lana, el que le regaló su madre. Andábamos en el East Side cerca de nuestro departamento. Estaba frío pero soleado, un día lindo. Subíamos una colina cuando de pronto uno de los perros se metió en un matorral. Lil se angustió y quería que yo fuera a perseguirlo, y yo dije que el perro regresaría. Lo llamamos y llamamos…

¿Por qué se detenía después de contar la parte más concreta cuando, como era de esperar, casi siempre había más en un sueño, un trasfondo de imágenes vívidas, un contexto de sombras? Él estaba todavía en el proceso de aprendizaje, para confiar en ella, para confiar en sí mismo.

—¿Perros? —preguntó al fin ella.

—Sí.

—Creo que me dijo que tenía usted un perro.

—Pero en el sueño eran dos. ¿Significa algo que fueran dos perros?

—Podría, pero no necesariamente.

—Un amigo me dijo que los perros en los sueños siempre representan fidelidad, que por eso se les llama Fido.

—Los perros son leales. Así es como han sobrevivido. Pero en un sueño un perro puede representar muchas cosas. Depende de la vida de cada quien. El sendero, por ejemplo; podría representar su psicoanálisis, el parque o el bosque… —dejó la frase sin terminar—. Continúe. ¿Recuerda algo más del sueño?

Él se removió una vez más en el diván.

—No, no creo.

—Entonces, ¿qué le trae a la mente ese sueño?

Él tenía temor a la libre asociación, a dejar su mente suelta y seguir sus pensamientos. Para algunos pacientes era muy difícil. Lo había sido para ella.

Mientras aguardaba, ella recordó la fotografía que había visto aquella mañana en el periódico. Fritz la había advertido cuando entró en la cocina con el periódico.

—Tal vez te quieras saltar esto hasta después de que veas a tus pacientes —

le dijo con una sonrisa adusta—. Algo de México.

Fritz, un emigrado alemán, un físico, había perdido a su familia en la guerra.

El pasado regresaba con regularidad para ambos: algo de México, algo de Alemania.

Lo acompañó a la puerta del departamento, ayudándole a ponerse la gabardina y dándole el paraguas. Había tenido suerte después de todo. Él era el esposo que quería: un intelectual, científico y humanista. Después de que él se marchó, ella entró en la cocina, donde encendió la estufa y miró el periódico.

Cada año, cuando se acercaba el veintitrés de agosto, sus amigos y su familia intentaban protegerla y distraerla de los reporteros, de las noticias, de las preguntas. Pero ahora era mayo, siete de mayo.

Encontró la noticia en la página cinco: EL ASESINO DE TROTSKY LIBERADO TRAS

VEINTE AÑOS EN PRISIÓN MEXICANA. Ella sabía, de modo vago, que esto ocurriría, que Jacques sería liberado después de veinte años en la

cárcel, la pena máxima que se daba en México por asesinato. La información era inquietante, pero fue la granulosa fotografía en blanco y negro lo que le cortó el aliento.

Jacques había sido muy atractivo, con su espeso cabello castaño y sus ojos verdes. Pero estaba irreconocible en la fotografía. El joven que ella había conocido había quedado encerrado en la imagen de un prisionero de mediana edad, un corpulento convicto; las quijadas le colgaban junto con la papada, sus pequeños ojos enmarcados en negros y pesados lentes de concha. Y tanta importancia que él le daba a la belleza. Se preguntó si podría verse a sí mismo cómo se había transformado.

Con el corazón acelerado, leyó el primer párrafo: Ramón Mercader había volado a La Habana y posteriormente lo haría a Moscú. Enseguida, arrastró su dedo sobre las líneas buscando su nombre, esperando no encontrarlo.

A pedazos, la falsa apariencia de Jacques se había resquebrajado y caído a lo largo de los años. Los reporteros la habían llamado en 1947, cuando su identidad como español había sido revelada, y de nuevo en 1956 cuando Khruschev denunció el asesinato de Trotsky como un crimen "horrible y vulgar". El terreno político se había transformado mientras Ramón Mercader estaba preso, cambiando el significado de su crimen. No se había convertido en un héroe soviético, sino que se había vuelto un recuerdo vergonzante del pasado.

El corazón se le estabilizó a Sylvia cuando llegó al final de la última columna de la noticia. Jacques nunca había aceptado ser Ramón Mercader o trabajar para la GPU. Y ella nunca había dado una entrevista. No aparecía su nombre. Se estaba desvaneciendo de la noticias, y se referían a ella solamente como una comunista norteamericana, una intelectual de Nueva York. Muy pronto pocos se acordarían. Quizá sus hermanas la llamarían ese día, pero nadie más.

Recordó cuando se enamoró en París, lo desesperada y confundida que había estado. Él la sedujo, la usó y la cambió en un grado que no podría imaginar. Lo odiaba, pero poco a poco fue comprendiendo lo que había ocurrido. Al final, él le había obsequiado un misterio para develar, un enigma que resolver.

Bajó la vista para ver su cuaderno de notas en blanco en su regazo, mientras escuchaba a su paciente, que hablaba de su esposa y de su madre, de sus hijos.

Casi todo lo que él había dicho parecía insustancial. Ella tendría que esperar atentamente a que surgieran los paradigmas, para encontrarles un significado.

Creyó entender por lo que él estaba pasando, pero no podía precipitarse a una conclusión. Tenía que quedarse con su paciente mientras él hacía sus

descubrimientos, darse tiempo para que la transferencia tuviera lugar. Luego, en medio de este contexto fuera de peligro, revivirían el absorbente drama de la vida del paciente.

Él entró de nuevo en silencio. El tiempo casi se había agotado. Una vez más, entrelazó los dedos encima del pecho, rotó lentamente los pulgares, volteó la cabeza, intentando verla a la cara.

—No me esperaba esto.

—¿No?

—Cuando empezamos, tenía miedo de que algo saliera de mí, algún oscuro secreto del pasado, algo enterrado.

—Está pensando en ataques de pánico.

—Sí. Pero ahora me preocupa que no haya nada.

Ella titubeó, consciente de que con frecuencia eran sus últimas palabras las de mayor resonancia, definiendo lo que había ocurrido, preparando el escenario para lo que seguiría.

—¿Nada? —repitió ella—. Sí, muchos pacientes se sienten así. Vienen, esperando encontrar la llave para abrir la puerta de su psique, el reprimido trauma de la infancia que explicaría sus vidas. Tales cosas existen, acontecimientos en nuestras vidas que nos son dolorosos y temerarios. Pero en la mayoría de los casos, las neurosis nacen porque de niños malentendimos lo que nos estaba ocurriendo. Malinterpretamos algo inofensivo que hacen o dicen los adultos. Pero no tiene de qué preocuparse —continuó—. En el pasado siempre hay *algo*, no precisamente lo que imaginamos. Y hay cosas reales que temer, cosas terribles, pero en el ataque de ansiedad, por lo general, no es lo que vemos aquello que ocasiona el pánico. Es el hecho de que hemos dejado de observar.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Museo Casa de León Trotsky en la Ciudad de México y al Instituto Hoover de la Universidad de Standford por el acceso a sus archivos sobre Trotsky. En la Ciudad de México, un gran laberinto urbano repleto de historia, quedo agradecido con Pedro de Aguinaga y con Víctor Nava por su hospitalidad y asesoría.

Muchos amigos y ex colegas leyeron borradores de esta novela. En Austin, Laura Furman me merece agradecimientos especiales. Una notable escritora y editora, que se familiarizó tanto con la historia y los personajes que pudo poner el dedo en el lugar acertado. Generosa en tiempo, en estímulos y sabiduría, siempre me ayudó a dar el siguiente paso.

La fallecida Wendy Weil, leal e incondicional, me demostró que era la mejor agente. Tuve suerte de que Wendy acogiera la novela y de que Emma Patterson haya considerado consumar este proyecto.

En Delphinium, estoy enormemente agradecido con Carl Lennertz como con Joseph Olshan por su apoyo y por su entusiasmo. No pude haber tenido mejor editor que Joseph Olshan, quien con cada cambio me desafiaba y alentaba.

FUENTES

Tras el asesinato de Trotsky, la Cuarta Internacional pidió a cada uno de aquellos que habían tratado a Ramón Mercader y a Sylvia Ageloff tomar nota de lo que supieran y recordaran. El resultado fue un delgado archivo de documentos escritos por amigos en París, por las hermanas de Sylvia, por Alfred y Marguerite Rosmer, y por los guardias de la casa de Trotsky, que sugirieron un camino narrativo a través de un acontecimiento histórico complejo.

Uno de los primeros y más absorbentes recuentos publicados fue *Murder in Mexico* (Secker & Warburg, 1950), de Leandro A. Sánchez Salazar, jefe de la policía secreta de México cuando Trotsky fue asesinado. Sánchez se enfoca en la investigación del crimen. Issac Deutscher cubrió el asesinato en *The Prophet Outcast* (Oxford University Press, 1963), el tercer volumen de su magistral biografía de Trotsky, al igual que Hayden Herrera en *Frida* (Harper & Row, 1983).

Otros libros que me fueron útiles son: *Homage to Catalonia* (Mariner Books, 1979), de George Orwell; *Dreaming with His Eyes Open*: *A Life of Diego Rivera* (Knopf, 1998), de Patrick Marnham; *With Trotsky in Exile: From Prinkipo to Coyoacán* (Harvard University Press, 1978), de Jean van Heijenoort; *El grito de Trotsky* (Random House Mondadori, 2006),

de José Garmabella; *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Vintage Books, 2003), de Simon Sebag Montefiore; y *A People's Tragedy: The Russian Revolution 1891-1924* (Penguin Books, 1998), de Orlando Figes.

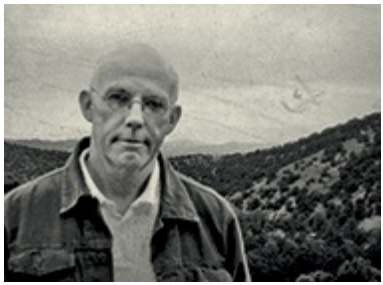
«Leer *El asesino obediente* es como ver una película de Alfred Hitchcock. Desde el primer párrafo el lector es atrapado en una intriga envuelta en suspenso que se retuerce entre el amor filial y la decepción. En esta gran novela, John P. Davidson transforma el asesinato político de León Trotsky en el íntimo e inolvidable retrato de un crimen»

Stephen Harrigan, autor del bestseller *The Gates of the Alamo*

En este oscuro y cautivante thriller, John P. Davidson hace una revisión de la vida de Ramón Mercader, el nacionalista español educado para cumplir una misión relevante: asesinar al gran intelectual enemigo de la Rusia estalinista, León Trotsky.

El gran conflicto interior de Mercader despierta a raíz de una pasión que no tenía que haberse cruzado en su camino: una mujer judía llamada Sylvia, a la que él está obligado a seducir para poder acercarse a Trotsky. Pero la vida le juega mal y él termina seducido por los encantos de ella. Es en ese momento cuando todo el entrenamiento recibido por su madre se va desintegrando. Seguimos entonces a Ramón por España, Francia, Bélgica, para llegar finalmente a México, donde se hace amigo de Frida Kahlo y Diego Rivera, mismos que habían dado refugio a Trotsky.

Con una indiscutible habilidad para recrear la atmósfera y los lugares de la época, Davidson nos regala el momento de la caída de un hombre torturado por su educación, y la muerte de otro que cambió el rumbo de la historia.



John P. Davidson comenzó a escribir en *Texas Montly* en 1976 y en 1980

publicó *The Long Road North*. Ganó la beca NEA y el Penney-Missouri Prize por excelencia en periodismo. Ha sido editor para *The Atlanta Journal Constitution*, *Texas Monthly*, *Vanity Fair*, y *San Antonio Express-News*. Ha editado *Texas Architect* y escribe frecuentemente sobre cultura, sociedad y política. Escribió para revistas como *GQ*, *Fortune*, *Mirabella*, *Elle*, entre otras.

Enseñó inglés en la Universidad Católica de Puerto Rico y ha impartido clases en la Universidad de las Américas, Puebla.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

El asesino obediente

Ramón Mercader y la muerte de Trotsky

Título original: *The Obedient Assassin*

Primera edición digital: julio, 2016

D. R. © 2014, John P. Davidson

D. R. © 2016, derechos de edición mundiales en lengua castellana: Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia

Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P.

11520, Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Guillermo Sánchez Arreola, por la traducción

D. R. © Penguin Random House / Daniel Bolívar, por diseño de portada D. R. © Cezar Sánchez, por fotografía del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.com.mx)

ISBN: 978-607-314-534-3

/megustaleermexico

@megustaleermex

Conversión eBook: *eGIANTS, Pre-Impresión y Edición Digital*

ÍNDICE

El asesino obediente

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y Uno

Treinta y Dos

Treinta y Tres

Treinta y Cuatro

Treinta y Cinco

Treinta y Seis

Treinta y Siete

Treinta y Ocho

Treinta y Nueve

Cuarenta

Cuarenta y Uno

Cuarenta y Dos

Cuarenta y Tres

Cuarenta y Cuatro

Cuarenta y Cinco

Cuarenta y Seis

Cuarenta y Siete

Cuarenta y Ocho

Cuarenta y Nueve

Cincuenta

Cincuenta y Uno

Cincuenta y Dos

Cincuenta y Tres

Cincuenta y Cuatro

Nueva York, 1960

Agradecimientos

Fuentes

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos

Document Outline

- El asesino obediente
- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once
- Doce
- Trece
- Catorce
- Quince
- Dieciséis
- Diecisiete
- Dieciocho
- Diecinueve
- Veinte
- Veintiuno
- Veintidós
- Veintitrés
- Veinticuatro
- Veinticinco
- Veintiséis
- Veintisiete
- Veintiocho
- Veintinueve
- Treinta
- Treinta y Uno
- Treinta y Dos
- Treinta y Tres
- Treinta y Cuatro
- Treinta y Cinco
- Treinta y Seis
- Treinta y Siete
- Treinta y Ocho
- Treinta y Nueve

- Cuarenta
- Cuarenta y Uno
- Cuarenta y Dos
- Cuarenta y Tres
- Cuarenta y Cuatro
- Cuarenta y Cinco
- Cuarenta y Seis
- Cuarenta y Siete
- Cuarenta y Ocho
- Cuarenta y Nueve
- Cincuenta
- Cincuenta y Uno
- Cincuenta y Dos
- Cincuenta y Tres
- Cincuenta y Cuatro
- Nueva York, 1960
- Agradecimientos
- Fuentes
- Sobre este libro
- Sobre el autor
- Créditos